

**CHARLIE DEL CID**

**REVOLUCION**



# CHARLIE DEL CID

## **REVOLUCIÓN**

(Una novela sobre la época de Monseñor Marcos G. McGrath)

...los signos de los tiempos...son en sí aquellos grandes hechos, acontecimientos y actitudes o relaciones que caracterizan a una época.

Marcos G. McGrath

**LIBRO PRIMERO****1**

El olor a orine no se podía disimular. Provenía de una bacinilla que estaba debajo de la cama. En el cuarto no había nadie. La señora que limpiaba el pasillo le dijo: -Yo he intentado limpiar el cuarto varias veces, pero el paciente que está aquí me ha gritado y me ha dicho que no quiere que limpie la habitación-.

-Ya comprendo –dijo José Raúl, quien había dejado el auto frente a la Iglesia de Cristo Rey; la que se llenaba los domingos para escuchar al padre Xavier Villanueva, un claretiano que incomodaba a Manuel Antonio Noriega.

José Raúl Torres, médico de profesión, había visitado pocas veces el Hospital Oncológico, que era como un apéndice del Santo Tomás.

“¿Y si no quiere recibirme?” – pensaba José Raúl.

Su antiguo amigo, el también doctor Jorge Esteban Sierra, acaba de dirigirse a la sesión de quimioterapia intravenosa que le aplicaban muy temprano en el hospital localizado en la Avenida Justo Arosemena. Las paredes del cuarto, pintadas de crema, y la poca luz que entraba daban un aire muy lúgubre. El pequeño radio de transistores permitía escuchar la voz inconfundible de Andrés Vega, Domplín, el del Cañonero.

José Raúl no sabía qué hacer; pero decidió esperar en la pequeña sala de espera del segundo piso. Muchos recuerdos venían a su memoria. Alguien le pasó una *Crítica* que ya había sido leída por varios. El doctor se puso a ojearla para ver qué decía del funeral de Arnulfo Arias, pero no había mayor descripción del evento, que había sido multitudinario. A mediados de 1988, la salud del Doctor Arnulfo Arias se hizo muy precaria. Había acompañado la lucha civilista cuando las enfermedades y los achaques, propios de un octogenario, se lo permitieron. A principios de 1988, había viajado a Miami con su esposa Mireya Elisa Moscoso. Allá lo encontró la muerte, anhelando la vuelta a la democracia. Sus restos arribaron a Panamá y, como en otras ocasiones, las masas volvieron a aclamarlo. Estuvo en capilla ardiente en La Catedral Metropolitana el domingo 14 de agosto. Su funeral el lunes 15, cuando debía cumplir ochenta y siete años, fue una manifestación en pro de la democracia y por el fin de la tiranía militar. Se calcula que lo acompañaron unas cien mil personas en su último viaje hacia el Jardín de Paz.

Cuando los restos del Sáhila de Arco Iris fueron depositados en la tierra del camposanto de Parque Lefevre, el silencio nostálgico de los opositores al régimen norieguista fue remplazado por un coro in crescendo que decía:

Se siente, se siente, Mireya Presidente. Se siente, se siente, Mireya Presidente.

En la sala de espera del segundo piso, todo estaba muy oscuro. José Raúl no quiso quedarse en el cuarto, pues temía una reacción negativa de Jorge.

Cuando él ahora paciente regresaba de la sesión de quimio, no se percató de la presencia del colega. Pasó al baño y empezó a vomitar. José Raúl decidió entrar en el cuarto, que no tenía puerta.

Cuando Jorge se incorporó, exclamó con extrañeza: -¿Qué haces aquí?-

-Vine a saludarte –respondió José Raúl, desde el umbral de la entrada de la habitación.

-Seguramente habrás venido a burlarte de mí, ahora que estoy en esta condición. Lárgate no quiero ver a nadie. Y a ti menos... Tú eres el culpable de que yo haya perdido a mi hijo.

Juan Carlos Sierra, hijo de Jorge y ahijado de José Raúl, era ahora seminarista, decisión que su padre no compartía. José Raúl no veía a Jorge desde los incidentes con Bárbara en 1981 y que habían dado al traste con una amistad de dos décadas, que había unido a los médicos muy estrechamente.

-¿Quién te habló de mi infortunio?

-Tu hijo.

-Me ganaste, José Raúl.

-¿A qué te refieres?

-Tienes tu familia. Tus hijos están felices. Mi hijo no me quiere. Siempre te ha preferido a ti. Tu Dios me lo ha quitado... ¿Sacerdote? Si es que existe Dios, esto debe ser un chiste; una broma de mal gusto para un hombre como yo ¿O a lo mejor es el karma? -exclamó Jorge.

-Juanky te quiere mucho. Tú no les has dado la oportunidad de demostrártelo.

-Recuerdas cuando hablábamos de mi ateísmo. Luego te convencí de irte conmigo. ¿Si Bárbara no te hubiera dejado dónde estarías hoy?

-Gracias a la Misericordia del Señor pude regresar a casa, Jorge. ¿Por qué no hablas con el capellán? Te haría bien.

-Si Dios existe, prefiero no ser un hipócrita. Toda mi vida he apostado a vivir sin Dios. Tú Dios no puede verme con agrado, José Raúl. Siempre lo he rechazado. No quisiera pensar que esto es un castigo por...

-Dios no mira como nosotros, Jorge. Nunca es tarde para abrirle la puerta. Dios no castiga a nadie.

-Me estoy muriendo, compadre... Así ha querido mi hijo que te recuerde: como compadre.

Fuimos colegas, amigos, copartidarios... Y a mí hijo se le ocurrió escogerte de padrino...

El santo silencio del Hospital Oncológico era roto por los vehículos que transitaban por la Avenida Justo Arosemena.

-¿Cómo te va con tu esposa? ¿Ella se creyó tu conversión o no tenía otra salida que aceptarte?

-No fue fácil, Jorge. Ella sufrió mucho. Mis acciones la humillaron. Yo no sabía cuánto podría herirla y destruirla con mi conducta. Muy poco discutimos; tú lo recuerdas. Yo era el amo y señor de la casa; mi sueldo daba para todo...

-Ya no sigas, ya eso lo sé.

-Ella me perdonó. Un grupo de oración la fue ayudando a sanar sus heridas y Monseñor McGrath la acompañó en muchas horas de dolor.

-¡McGrath! También me ha derrotado. Hasta Noriega me ha derrotado. Siento algo raro hacia el General. Desde que enfermé, no lo he visto. Aquí ha enviado a algunos oficiales y secretarías, pero él no ha venido a verme. Supongo que no tendrá tiempo para mí. La lucha nacionalista no le permite dialogar con su amigo de confianza... Todo el poder que llegué a tener se ha ido. Todas las influencias que tuve se han esfumado. Ahora no importo para nadie.

-Juanky me dijo que te habían intervenido con tiempo –comentó un perplejo José Raúl.

-Ya el daño estaba hecho. El oncólogo ha sido muy sincero conmigo. Yo le dije que no estuviera con rodeos. Me someten a quimioterapia, pero la suerte está echada. No importa lo que me hagan. A nadie le importa si vivo o muero.

-Sí nos importas, Jorge.

-Mientras estás con salud importas para alguien. Ahora soy un paciente. ¡Qué triste! ¡Qué soledad!

-Aquí estoy amigo y vendré a verte mañana. Juanky me dijo que vendría el fin de semana.

-Todas esas mujeres con las que me acosté... ¿Dónde están? Sólo Flora viene. Ha seguido ahí. Yo siempre he encontrado en ella un apoyo... Nunca la valoré –dijo mientras tosía con fuerza-. Sólo me queda encarar la muerte con valor, compadre.

-La muerte no es el fin, Jorge. La muerte es una puerta para entrar en la Misericordia de Dios.

-Yo hablando de la muerte. Nunca pensé que me iba a pasar. Camus decía: No esperes por el juicio final. Se lleva a cabo cada día”. Yo no temía la muerte...

-Y no hay que temerla...

-Yo di mi vida por el Proceso; pensé que nunca terminaría. El Proceso...

Hubo otro silencio antes de que Jorge continuara su reflexión.

-Noriega va a caer. Sé que va a caer. Macías, Fundora, Quezada, Valdonado, Famiglietti los aliados se han cansado del MAN. ¿Quién será la próxima vez? “Todo tiene su final” como cantaba Héctor Lavoe. “Nada dura para siempre.”

-Sí hay algo que dura para siempre, Jorge.

-Ya me vienes con el sermón.

-La Misericordia del Señor dura para siempre.

-Bueno, colega. Tengo que darte las gracias por venir. Yo te di la espalda. Cuando caíste en desgracia, me olvidé de ti; y hoy tú vienes a verme cuando estoy en desgracia.

-La enfermedad no es una desgracia, Jorge.

-Gracias por venir, Civilista.

-¿Quién te dijo?

-Todo se sabe. Este país es muy pequeño. Panameñista, Torrijista y ahora Civilista... Seguro que en ti se cumple aquello de Panta Rei de Heráclito

-Vendré a menudo; te lo aseguro. Hasta mañana. Descansa; te hará bien –dijo José Raúl al despedirse.

-Te acuerdas que nos conocimos en uno de estos vetustos edificios –dijo Jorge como si quisiera alargar la estadía de su huésped.

-Por supuesto no puedo olvidar esos días.

-Yo te abandoné luego de tu incursión al mejor estilo de Rambo –dijo Jorge, mientras recordaba el incidente de José Raúl con el Teniente Coronel por el amor de Bárbara-. Me burlaba de ti con algún miembro del Estado Mayor, pero hoy la vida me hace pagar.

-Los recuerdos de 1964 son inolvidables –dijo José Raúl, y ambos se transportaron en el tiempo.

...

-Ya no hay sangre y siguen llegando más heridos. ¿Qué vamos a hacer? –grito el joven

médico José Raúl Torres, quien estaba iniciando su internado en el Hospital Santo Tomás.

-Ya el Director llamó al Seguro Social para pedir apoyo –le contestó el también interno Jorge Esteban Sierra.

-Hay decenas de heridos en los pasillos. ¿Quién empezó esto? –gritó una de las enfermeras.

-¡Abran paso! ¡Rápido que se me muere! – gritó uno de los hombres que traía en brazos a un joven herido-. ¡Corra doctor! –añadió.

-No tiene signos vitales- dijo el doctor Sierra-. ¡Esto es lo que buscaban los comunistas! ¡Hasta que no mueran unos, no se quedarán tranquilos!

Ascanio Arosemena, líder estudiantil de la Escuela Profesional Isabel Herrera Obaldía, y antes del Instituto Nacional, fue el primero de los mártires del 9 de enero.

-¿Qué hacen estas cámaras de televisión aquí? –exclamó otra de las enfermeras.

Periodistas y comunicadores de diversos medios se fueron acercando al nosocomio de la Avenida Balboa. Las imágenes de las primeras víctimas eran pasadas por los canales de televisión. En el Palacio de Las Garzas, el Presidente Roberto Francisco Chiari corroboró las noticias que él y su esposa habían escuchado por Radio. Llamó a las autoridades zoneítas pero no logró detener la desigual represión, pues ya el Ejército del Comando Sur se había sumado a la policía yanqui. La Guardia Nacional, bajo la dirección de Bolívar Vallarino, intentaba evitar los saqueos, pero las masas eran incontenibles.

-¡Qué alguien detenga esto! -gritó uno de los que llevaba otro herido.

Ya no cabían en los pasillos, casi trescientos afectados por lacrimógenas y balas. Otros buscaban a sus familiares que no habían llegado a sus casas.

A eso de las diez de la noche, los combates seguían a ambos lados de la Avenida 4 de julio, como la habían bautizado los zonians. La gente en el Hospital reconstruía los hechos.

-En la mañana de hoy, unos motorizados gringos llegaron a la cerca del Instituto Nacional que colinda con la 4 de julio y nos gritaron en inglés: “Come on, raise that flag of yours...” En el recreo, decidimos que teníamos que ir a izar nuestra bandera en la Secundaria de Balboa –contaba entre sollozos un institutor que estaba entre los heridos.

-¿Entonces, hubo una provocación? –preguntó la madre del joven.

-Hace días que están provocándonos –dijo un periodista que estaba en el sitio.

-Fuimos a la oficina del profesor Ríos para que nos diera la Bandera, la misma que se había usado en 1947 para rechazar el Convenio Filós-Hines –continuó diciendo el joven-. El Director nos dijo que tuviéramos cuidado y que se la trajéramos de vuelta. Salimos del colegio y tomamos la ruta del Gorgas que rodea el Cerro Ancón.

-¿Todo esto por una simple bandera? –interrumpió el doctor Sierra-. Esto es lo que los profesores comunistas han ido enseñando a los estudiantes panameños: Rebeldía contra la autoridad.

-No es rebeldía –refutó el aguilucho-. Los acuerdos Chiari-Kennedy, que se firmaron en enero del año pasado, establecen que nuestra bandera sea izada en todos los sitios públicos junto al pabellón estadounidense. Eso fue lo que quisimos hacer cumplir.

El periodista añadió: -El 30 de diciembre, el General Robert Fleming, Gobernador del Canal de Panamá, anunció que la bandera de Panamá sería izada, al lado de la de Estados Unidos, en determinados sitios de la Zona del Canal, a partir del 1 de enero. Además agregó que la bandera de los Estados Unidos ya no sería izada frente a las escuelas reservadas para estudiantes estadounidenses, ni en otros lugares públicos en donde habitualmente era izada -precisó.

-¿Pero una bandera los llevó a estos extremos? –reiteró el doctor Jorge Sierra.

-La bandera es sólo el símbolo. Hay algo más profundo, doctor –prosiguió aclarando el periodista de *La Estrella de Panamá*.- El 3 de enero, en un claro acto de desobediencia a la orden del Gobernador zoneíta, el policía Carlton Bell izó la bandera de los Estados Unidos, sin acompañarla de la bandera panameña, frente al Monumento a los Héroes de la Guerra en Gamboa. Los panameños que laboraban en Gamboa corrieron la noticia, y los medios radiales y escritos denunciaron la actitud provocadora.

-Eso mismo nos dijo hoy el profesor de Historia -añadió el joven-. Al salir del colegio, tomamos por la ruta del Gorgas. Cuando pasamos por la casa del Gobernador, pacíficamente cantamos el Himno Nacional de Panamá. Pero cuando llegamos a las escalinatas del Edificio de la Administración, vimos la multitud en la parte frontal de la Escuela que gritaba contra nosotros.

-¿Pero por qué esa actitud de ellos? –cuestionó la madre del aguilucho.

-Están defendiendo su Zona, señora –dijo el periodista.- Para ellos, la franja canalera es su estado libre asociado a los Estados Unidos; una estrella más de su bandera. Tienen las dos nacionalidades, además de otros privilegios. Sus comisariatos son como una zona libre en los que pueden comprar exentos de impuestos. Según algunos, en La Zona existe una sociedad comunista perfecta; ni en la Unión Soviética el comunismo funciona tan bien. Todo el mundo está contento, goza de buen salario, tiene servicios públicos excelentes. –explicó sabiamente el periodista.

Toda la madrugada del viernes 10 de enero, a ambos lados de la 4 de julio, se mantuvieron los enfrentamientos. Cuando amaneció, los heridos ya sumaban más de quinientos y los muertos unos quince; pero las protestas seguían. Ese día, los panameños, heridos en lo más íntimo de su ser, quemaron el Edificio de la aerolínea Pan American y otros locales más que estaban en el límite entre la Asamblea Nacional y el Hotel Tívoli. El Parque de Santa Ana volvió a ser el ágora en el que el pueblo se congregaba para debatir y sentir la nacionalidad.

...

A las nueve de la mañana, en la cafetería del Santo Tomás, José Raúl Torres y Jorge Esteban Sierra leían los diarios y analizaban lo ocurrido.

-Escucha lo que dice *La Estrella*: "Siete muertos y más de cien heridos al disparar las fuerzas Norteamericanas"; "Panamá suspende relaciones con Estados Unidos y denuncia agresión ante la OEA". –dijo Torres.

-¿Qué vamos a llorar y lamentarnos ahora? Eso es lo que hemos sembrado en la juventud. Ahora esta poetisa con sus versos: "¡Oh Panamá, doncella, púber, mártir, hoy naces. Te saluda tanta sangre de tus niños mártires de estrellas...!" –exclamó Sierra-. Si te metes con el poderoso, vas a salir herido. La política no es juego de niños. Y ahora el Presidente Chiari decide romper relaciones con Estados Unidos. ¡Qué ridiculez! ¿Quién se lo cree? Si él les vende azúcar... -y soltó una risotada-. ¿No fue su padre el que pidió la intervención de los militares estadounidenses cuando el Movimiento Inquilinario en 1925? Los gringos hicieron este país y nunca lo van a abandonar. ¿No fue eso lo que dijo Teddy Roosevelt?

-Yo creo, Jorge, que hemos ido madurando como nación. Lo que ha sucedido es que nos cansamos de que pisoteen nuestra patria y el nacionalismo ha brotado espontáneamente.

-¿Qué estupidez? ¿Acaso se vive de nacionalismo? Esa famosa frase de Méndez Pereira



“Que se lleven su Canal, que nosotros comeremos dignidad” es utopía. Panamá no es nada sin los gringos.

A la mente del doctor Torres, saltaban sus memorias en El Nido de Águilas: “Todo lo que el profesor Tobías Díaz Blaitry y otros grandes docentes nos enseñaron a los aguiluchos de la generación del 57.”

-Seguramente que hay que revisar lo que los profesores del Instituto han sembrado en ustedes. Nosotros en los colegio privados no llegamos a esos extremos. Los extremos son peligrosos, dijo Aristóteles.

-Los aguiluchos, vibramos con los poemas *Al Cerro Ancón* de Amelia Denis de Icaza y *Patria* de Ricardo Miró, que han forjado nuestro sentimiento de nacionalismo y panameñidad. Nuestros profesores nos hablaban del Movimiento Inquilinario, sobre Acción Comunal, el rechazo al Convenio de Bases en 1947.

En eso se les unió una enfermera. –Hay disturbios en Colón, y dicen que del interior la gente quiere venir a unirse a las protestas.

-Más muertos es lo que vamos a tener –dijo Jorge Sierra mientras se levantaba.

El doctor José Raúl Torres Bárcenas nació en Panamá el 1 de octubre de 1940. La felicidad en casa era doble: nacía el primogénito de los Torres-Bárcenas y tomaba posesión como presidente de Panamá el Doctor Arnulfo Arias Madrid.

Anhelaba ser un médico que sirviese a los más necesitados. De niño, él y sus hermanos, jugaban al doctor en la Casa Gálvez del Barrio de La Exposición, donde sus padres tenían un apartamento. Creció rodeado del amor de sus padres y de la familia extensa. En el Instituto Nacional, había puesto sus ojos en Bárbara Nieto. ¡Cómo le gustaba ella! Ella lo supo por uno de sus amigos, pero a ella nunca le llamó la atención el joven. “Es demasiado santo para mí” le dijo en una ocasión a uno de los amigos comunes. Él nunca intentó decirle nada; era más bien tímido. Sin duda que el amor de su familia llenaba su corazón, por lo que nunca buscó tener novia en el colegio. Durante sus estudios de medicina se enfocó en su carrera. “No me queda tiempo para atender a una mujer” dijo un día a uno de sus compañeros. “Quiero dar a mi pareja, el trato que papá da a mamá”. Su padre había sido un novio modelo y era un esposo como ninguno. Había visto a sus padres discutir por decisiones de la casa, pero ellos vivían el precepto bíblico: “que el enojo no dure hasta la noche”. Ahora estaba enfocado en terminar su internado. La amistad de Jorge Sierra era un apoyo en el difícil cuarto de urgencia del Santo Tomás.

-¿Por qué no me acompañas al funeral de Ascanio Arosemena? –dijo José Raúl a su colega Jorge Sierra mientras tomaban una taza de café aquella mañana del sábado 11 de enero.

-¿Cuándo es el entierro?

-Ahora en la tarde. Después de almorzar, me voy a alistar para asistir –dijo José Raúl.

-Tú sabes cuál es mi posición en torno a esto: Si te metes con el gigante, puedes salir lastimado. Además, los santos se van a caer si me ven entrar en un templo.

-¿Pero me contaste que en La Salle ibas a misa hasta dos veces por semana?

-Eso fue en el colegio; los Hermanos nos obligaban a escuchar misa. Apenas me gradué, dejé las prácticas religiosas. ¿Y cuando llegué a los claustros de la Facultad de Medicina, quién podía obligarme a ir a misa? Es más, ya desde el Colegio, algunos profesores se arriesgaban y nos hablaban de pensadores anticatólicos como Marx, Freud y Nietzsche.

-¿En el colegio católico?

-Alguno que otro se atrevió a mencionarlos, pero eso alentó mi deseo de búsqueda. En la Facultad, comencé a coquetear con grupos masones. ¿Sabes que muchos médicos están

en la masonería?

-Sí, lo he escuchado, pero yo no sé quiénes son. Es más creo que lo guardan como un secreto.

-Es cierto. Es algo muy privado. Alguno de ellos me invitó a reuniones de tertulia filosófica y por ahí empezó mi gusto por la crítica a la religión. Creo que eso alentó mi agnosticismo, que casi raya en ateísmo. Además, no soporto a los curas; me parecen todos unos misóginos. Freud dice que uno no puede sublimar el sexo, y la Iglesia Católica se mantiene con sus posturas pro-celibato. No hay ninguna otra religión que mantenga esa práctica.

-Comprendo tus críticas, pero se trata del funeral de un mártir –dijo Torres.

-¿Por qué te interesa tanto eso de la política?

A la mente de José Raúl Torres venían las tertulias y anécdotas de su padre. La pasión de éste por Harmodio y Arnulfo Arias.

-En casa, crecimos con la idea de que la política es la ciencia del bien común. Mi padre es panameñista.

-Ah, ya voy entendiendo. Una mezcla explosiva: institutor y panameñista –dijo el doctor Sierra.

-Es cierto, no puedo ocultarlo. Varias veces, papá me ha recitado de memoria aquellas palabras de Arnulfo cuando regresó de Europa, y cautivó a las masas: “nacionalismo cultural, democrático y económico, basado en la exaltación de nuestras raíces históricas y en nuestro derecho a usufructuar nuestra posición geográfica. Panamá para los panameños.”

-Nunca me ha gustado, Arnulfo. Me parece que es demasiado populista. “Un médico que persiguió a la mentes avanzadas”, me dijo alguno de mis amigos masones. Mis compañeros de La Salle no estaban muy de acuerdo con los planteamientos de Arnulfo; es más oí que en el Club Unión no es muy querido.

-Mi padre casi que lo idolatra; igual que a su hermano, Harmodio, el Cholito de Río Grande.

-Sí, el hombre que dio el primer golpe de estado de la Historia Republicana y luego fue elegido democráticamente. ¡Paradójico!...Ve, y reza por mí. Tengo pensado irme para Antón. Nos vemos el lunes.

José Raúl fue al funeral con Rita Rivera, enfermera que había conocido esos días y que lo ayudaba a conocer el Hospital.

Cuando llegaron a la Iglesia de Santa Ana, la Catedral del pueblo, pagada por el famoso Conde de Izaguirre en la época colonial, no había espacio para tanta gente. El funeral lo presidía el padre Carlos Pérez Herrera. El cortejo tomó por el costado del templo que mira hacia el Teatro Variedades. Desde los tiempos del arrabal, era una tradición caminar con los restos del difunto hasta el Cementerio Manuel Amador Guerrero en El Chorrillo. La madre de Ascanio estaba inconsolable. Cientos de panameños la acompañaban en su dolor.

Un compañero institutor reconoció a José Raúl y lo saludó.

-¿Qué tal doctor? ¿Cómo te trata la vida?

-Bien, gracias a Dios, Javier. ¿Y tú qué tal?

-Todo bien. Sorprendido con todo esto. ¿Quién te acompaña?

-Disculpa. Es mi amiga Rita Rivera, enfermera en el Santo Tomás.

-Mucho gusto, señorita.

-El gusto es mío –dijo ella.

-¿Has oído que los gringos cerraron el Puente por miedo a que venga gente del interior? – preguntó el ex institutor a su amigo médico.

-No, no sabía nada.

A la mente de Javier Stanziola venía el comentario que su esposa, funcionaria del consulado estadounidense, le había confiado con el compromiso de llevárselo a la tumba: “450 balas de rifle calibre 0.30, 5 balas calibre 0.45, 7193 granadas o proyectiles de gas lacrimógeno. 340 libras de químico CN-1 chemical (gas lacrimógeno suave) y 120 libras de químico CS-1 (gas lacrimógeno fuerte). La policía de la Zona del Canal disparó 1850 balas calibre 0.38 y 600 balas de escopeta en la pelea, mientras usó sólo 132 granadas de gas lacrimógeno.

-Ni en la Separación de Colombia habíamos tenido tantos muertos: 22 mártires –dijo Torres.

-Nosotros somos gente de fiesta, pacíficos. Los yanquis nos han herido –dijo Stanziola.

-¿Cuándo entierran a los demás? –preguntó el doctor.

-He escuchado que el lunes 13 en la Catedral.

-Nos veremos allá –dijo Torres mientras se despedía de su compañero de la generación de aguiluchos del 57.

Una gran masa de gente vestía de negro. La tristeza caminaba por las calles de Plaza Amador. El silencio era cortado por los sollozos de la señora Marcelina Chávez Caballero, madre de Ascanio.

Cuando salieron de allí, José Raúl pensó que era un buen momento para conversar un rato con Rita.

-¿Dónde podemos ir a comer algo? –preguntó el médico..

-Vayamos a La Inmaculada frente a mi alma máter –dijo la joven.

Ya en la refreshería, ubicada en la Avenida Justo Arosemena, pidieron las clásicas hamburguesas.

-¿Por qué tanto interés en la política? –cuestionó Rita.

-Los aguiluchos recibimos una formación integral. Además, mi padre siempre me habla de Arnulfo Arias. En el Instituto, se vive el nacionalismo. Nuestros profesores nos inculcaron un amor por estos temas.

-El doctor Sierra dice que es puro comunismo –comentó Rita.

-No es cierto... Seguro habrá algunos socialistas infiltrados, pero el amor a la patria es un valor que está más allá de ser comunista. Nuestra nacionalidad se ha ido forjando con la lucha por la soberanía panameña en el Canal –prosiguió diciendo José Raúl-. Mientras caminábamos hacia el cementerio, noté que llevabas un rosario entre manos.

Rita recordó sus años de colegio. Los sermones de las madres franciscanas. “Cuando querían hablar entre ellas y que no supiéramos qué conversaban, hablaban en alemán”. Varias de las madres franciscanas, entre ellas Madre Caridad Brader, fundadora de la Congregación, eran suizas y hablaban alemán.

-Nosotras, en estas aulas, –dijo mirando hacia el edificio del Colegio Internacional de María Inmaculada- aprendimos a amar a la Virgen y a la Iglesia. En mayo y octubre, honrábamos a María. Las monjas nos contaban las apariciones de Guadalupe, Lourdes, Fátima, La Rue Du Bac. Asiduamente nos confesábamos. Monseñor Francisco Beckmann visitaba el colegio con frecuencia –dijo Rita.

-¿Tengo entendido que ya no es el Arzobispo?

-Es correcto; el falleció en octubre pasado. Con varias de mis compañeras, acudimos a su funeral, el cual presidió Monseñor Marcos McGrath quien está al frente de la diócesis temporalmente. Supongo que él presidirá los funerales el lunes.

-¿Por qué sabes tantas cosas de la Iglesia? –preguntó con interés el doctor.

-Cuando me gradué en María Inmaculada, sentí que debía ser monja. Para mí, las clases de religión eran de las favoritas. Además, mamá siempre ha estado en las archicofradías de la Parroquia de Cristo Rey.

-¿Monja?... ¿De veras?

-Sí, pero mi padre me dijo que estudiara una carrera universitaria; y después que terminara la misma, considerara la vocación. El padre Florencio Valtierra me orientó. Me dijo que en el Santo Tomás se estudiaba enfermería.

-¿Y qué, te enamoraste de un doctor y desististe? –preguntó el médico con una sonrisa en el rostro.

-Empecé mis cursos en el Hospital y el año pasado recibí mi idoneidad como auxiliar. Espero seguir estudiando. En el camino, descubrí que podía servir y amar el prójimo desde mi profesión, sin dejar de ser católica. Además, me motiva la idea de ser madre.

José Raúl estaba en silencio escuchando a la enfermera que quiso ser monja...

-¿No le apetece un “No me olvides”, doctor? Eran de nuestros predilectos.

-Sí, seguro que sí. ¿Me acompañarás el lunes a la Catedral?

-No tengo turno; por supuesto podría ir con usted doctor.

José Raúl caminó con Rita hasta la casa de ella, que estaba ubicada entre la Avenida Justo Arosemena y Calle 50. El barrio de Bella Vista tenía escasos treinta años. Era la extensión de La Exposición, fundada por Porras hacia 1910. Casas preciosas, abundante vegetación, calles espaciosas. En el trayecto, hubo un largo silencio hasta que José Raúl lo interrumpió con un comentario.

-El verano no va a ser igual. Las vacaciones de los institutores no van a ser lo mismo. Hay dolor en el ambiente. La patria está mancillada: Veintidós mártires de la patria y más de trecientos heridos. –reflexionó José Raúl en voz alta.

-¿Dónde pasaba sus vacaciones doctor?

-Mi familia es de Aguadulce. La playa era nuestra diversión. Mis abuelos paternos tienen una huerta cerca de Las Mineras; el río también me fascina.

-Mis padres tienen un terreno cerca de San Carlos y la playa era nuestro verano –dijo Rita.

Cuando llegaron al edificio de Rita, el doctor se despidió de ella dándole la mano.

-Tu amistad se ha convertido en algo muy especial. El internado no es lo mismo cuando tú no estás de turno –dijo el médico.

-Gracias, Doctor. Hasta el lunes entonces –dijo ella mientras le ofrecía la mano para despedirse.

Él no quería irse. La compañía de Rita le había agradado. Y buscó manera de alargar el fin de semana.

-¿A dónde irás a misa mañana? –preguntó él.

-Mamá y yo vamos a Cristo Rey.

-Mi familia acostumbra ir a una pequeña iglesia en Betania: Santa Eduvigis. El padre Reginaldo es un franciscano muy cariñoso y mi familia disfruta con su amistad. Mi casa está cerca de la Iglesia. ¿Y si te busco temprano y vienes a mi casa? Vamos a misa con mi familia y luego almorzamos en casa. Los macarrones dominicales de mamá son una delicia.

-¿Sus padres aceptarán una enfermera como invitada de su hijo médico?

-Mis padres se conocieron en el Instituto y siempre nos han inculcado respeto hacia todos.

La prudencia de Rita era notable. La educación en los colegios católicos, en los que niños y niñas estudiaban por separado, era bien vista por la sociedad. Los jóvenes venían a

conocerse en los Festivales de Debutantes o en los Carnavales. Dicen que los noviazgos se hacían desde la banca de la Iglesia. Se saludaban a la distancia. Claro los tiempos iban cambiando y las costumbres gringas de amor libre –sobre todo a raíz del movimiento hippie- ya iban llegando a nuestras costas. Igual era en el Instituto Nacional. El pudor reinaba en esos tiempos. Los profesores europeos y suramericanos, que habían venido a Panamá y trabajaban en el glorioso Nido de Águilas, le habían dado una categoría de excelencia y buenas costumbres al colegio.

-Si usted lo considera prudente, acepto la invitación.

-Nos vemos temprano. Vengo por ti –dijo José Raúl al despedirse de Rita.

...

Cuando salieron de misa, se dirigieron a la casa de los Torres-Bárceñas que estaba en la calle contigua al templo de Santa Eduviges. La madre de José Raúl sirvió el almuerzo. Rita no sabía de qué conversar. Era la primera vez que alguien le hacía una invitación formal para salir. Luego de comer, se atrevió a hacer un comentario.

-Los espaguetis con salsa boloñesa han estado verdaderamente fantásticos. Ya el doctor me había hablado de ellos –dijo Rita tratando de romper el silencio.

Los padres de José Raúl estaban perplejos de que su hijo se hubiese atrevido a invitar a alguien a casa. El primogénito de los Torres-Bárceñas era un joven normal, jovial, responsable, pero nunca había llevado a una joven a casa. Sus amigos del Instituto iban a Casa Gálvez a hacer tareas; y cuando se mudaron a Betania, los compañeros de Medicina se reunían en casa a estudiar. Pero nunca había llevado a una amiga a casa.

-José Raúl mencionó tu relación con las Franciscanas de María Inmaculada –comentó la señora Esther, madre del doctor.

En la mesa, estaban el señor Raúl, su esposa Esther, José Raúl, Mario Raúl, Maricarmen, los hermanos del médico, y Rita.

-Sí, yo estudié en María Inmaculada y mantengo relación con las monjas. Han sido un gran apoyo para mi familia. Igualmente, he empezado a participar en algunos grupos de la Parroquia de Cristo Rey por invitación del Padre Florencio Valtierra capellán del Hospital.

-Papá, cuéntale de tus desvelos por Arnulfo Arias. Ayer le hablé de eso en los funerales de Ascanio. Y ella quedó con ganas de saber más.

-¿Estás segura de lo que dices? –dijo la señora Esther-. Raúl puede quedarse aquí hasta mañana –y prorrumpió en carcajadas.

-¿De qué quieres que te hable, hija? Hay tantas anécdotas del doctor Arias –dijo el señor Raúl.

-No sé. Ayer su hijo me habló del milagro de San Miguel en la Presidencia, me comentó del Golpe de Acción Comunal –dijo la joven.

-El milagro de San Miguel es una de mis favoritas. Ya José Raúl me la ha escuchado unas diez veces. Aquel día fui uno de los encarcelados en La Modelo, casi mil fuimos conducidos a prisión; incluso el Presidente y su esposa Ana Matilde Linares de Arias.

-¿Pero es cierto lo de la bala que desvió San Miguel? –preguntó la chica.

-El doctor siempre le ha tenido devoción a San Miguel Arcángel. Ese día la policía, bajo el mando del Mayor Timoteo Meléndez, llegó a eso de la una de la tarde para sacar al Presidente del Palacio de Las Garzas. Unos mil panameñistas habíamos acudido a proteger la democracia. La policía empezó con lacrimógenas. Los guardias presidenciales

empezaron a contestar con disparos y nuestros copartidarios, que tenían armas, hicieron lo mismo. Los enfrentamientos duraron casi tres horas. El doctor decidió entregarse a la policía para que los muertos fuesen recogidos y los heridos atendidos. Arnulfo comentaba que una bala había rozado su cabeza. “San Miguel me protegió”, decía convencido—expresó el señor Raúl.

-Mis compañeras de María Inmaculada me dicen que está frecuentando a una exalumna.

-Sí, es cierto, se llama Mireya Moscoso. Ella trabaja en la Caja del Seguro Social.

-Mis colegas enfermeras me han comentado que él le manda ramos de flores espectaculares. Y que ella lo acompaña en actividades políticas.

-Esperemos que el doctor gane las próximas elecciones. Chichi Remón lo sacó del camino en 1952 en aquel juicio que le conculcó sus derechos políticos. Pero Roberto F. Chiari se los devolvió al asumir la presidencia.

-Ahora que mencionas a Chiari, papá, dicen que rompió relaciones con los Estados Unidos —comentó José Raúl.

-Sí es cierto. Es un hombre valiente. Lo mismo que el Ministro Galileo Solís. Seguro mañana estarán en el sepelio de los mártires.

-¿Podría preguntarle más sobre Arnulfo Arias? —dijo Rita que ya había entrado en confianza.

-Déjeme servir el café vespertino —interrumpió la señora Esther.

-Por supuesto, Rita —dijo el señor Torres, a quien la joven empezó a agradarle. Mario y Maricarmen se habían ido a sus cuartos a hacer la clásica siesta panameña.

-He oído que la primera esposa de Arnulfo Arias era una aristócrata de la alta sociedad — dijo Rita.

-Su familia era de la aristocracia, pero sus padres eran gente muy sencilla. Sobre todo porque Don Enrique Linares, padre de Ana Matilde, había quedado huérfano de padre muy temprano. Ella era una de los ocho hijos del matrimonio Linares-Herbruger. Si bien Don Enrique no aprobó el golpe de Acción Comunal, luego colaboró con Arnulfo en el gabinete de 1940.

-Pero Arnulfo no es querido por las clases más poderosas —añadió Rita.

-¿Quién te comentó eso? —preguntó el señor.

-Mi padre alguna vez.

-Tiene razón tu padre. Arnulfo es un hombre a quien la oligarquía mastica, pero no traga. El nació en Coclé, no es de los clanes tradicionales de lo que llaman la burguesía comercial. Con apoyo de su familia, él y Harmodio, su hermano, pudieron cursar estudios en el extranjero. Pero siempre se han sentido parte del pueblo. En 1952, los grupos poderosos fueron donde Remón a pedirle que tumbara al doctor luego de que quiso imponer nuevamente la Constitución del 41.

-Ya que menciona a Remón, papá me decía que Arnulfo había sido culpado de la muerte del Presidente —comentó ella.

-Arnulfo nunca ha gustado de la Policía. El día que asesinaron a Remón, el 2 de enero de 1955, aniversario del Golpe de Acción Comunal, fueron a la finca de Arnulfo en Boquete y lo detuvieron, pues la coincidencia de fechas despertó sospechas. Pero luego se comprobó que no tenía nada que ver con el magnicidio.

-Aprovechemos la tarde para dar una vuelta por la playa Bella Vista, y de paso llevamos a Rita —dijo José Raúl a su padre.

Las calles estaban desiertas. La tristeza y el temor se percibían en el ambiente. Los disturbios habían continuado hasta el sábado 11 de enero y el rumor de que vendría gente del

interior, los saqueos y desórdenes aumentaban la confusión reinante. Panamá era una ciudad pequeña comparada con otras urbes latinoamericanas. Había sido trasladada, del sitio de Panamá La Vieja, hacia a las faldas del Cerro Ancón, luego del ataque del Pirata Henry Morgan en 1671. Se erigió en una saliente de tierra –una pequeña península- y se amuralló. Los españoles y criollos habitaban San Felipe dentro de los muros; los mestizos y negros, en el arrabal santanero. Cuando se inició la construcción del Canal Interoceánico, nacieron los barrios de Calidonia, El Marañón, San Miguel, El Chorrillo y Río Abajo con sus clásicas casas de madera, amplios balcones y patios internos. El Presidente Porras tuvo la idea de crear La Exposición allá por 1912 para extender la ciudad, sobre todo para los habitantes del intramuros. La Avenida Central, que salía de San Felipe, su fue extendiendo hacia el este y así creció la ciudad de Panamá. La Cresta, Pasadena, Betania habían nacido en la década de los 50 pensando en la creciente clase media profesional. Cerca de esos años, empezó la construcción de la Vía Transístmica para unir las ciudades de Panamá y Colón. Se calcula que para entonces en la urbe capitalina vivían unas 250 mil personas.

El Chevrolet Impala de Raúl Torres atraía las miradas de todos. Su color rojo era comentario de quienes lo veían. Tener un carro era visto como un signo de prosperidad. Sólo los ricos tenían auto, pero la clase media profesional empezaba a gozar de algunos bienes del capitalismo. Raúl Torres se había beneficiado con préstamos del Banco Nacional. La hipoteca de la casa en Betania tenía un precio de 15 000 balboas. El Impala le costó 3000 balboas. La gasolina costaba 50 centavos el galón.

-¿Sabías que Arnulfo Arias eliminó el tranvía y en su lugar instauró el sistema de rutas de autobuses? –preguntó el señor Raúl a Rita.

-No. No lo sabía. Mi mamá de habló del tranvía, pero no sabía por qué había desaparecido.

-Cuando la ciudad empezó a crecer en los años 50, el Fufo dio concesiones de ruta a sus aliados más próximos y colaboradores políticos y económicos. Surgieron así las rutas de los Barletta, los Arce, los Carbonell, los Alemán y otros. Son los buses de color verde, azul marino, naranja y otros que cubren las rutas del antiguo tranvía y más allá por la expansión de la ciudad como los de Parque Lefevre-Catedral. Empresarios independientes quedaron con los que hoy son rutas internas como las "chivas" que cubren "El Chorrillo-Hospital" o "La Boca- Río Abajo", que presta servicios a los trabajadores del Canal –añadió el señor Torres.

-¿Qué hermosa es esta Iglesia, papá? –dijo Maricarmen-. Me gustaría casarme aquí –añadió la menor de los hijos de los Torres mientras pasaban por la Iglesia del Carmen en Pasadena.

-Mi profesor de arte en el Instituto me dijo que era una mezcla de gótico con barroco –apuntó el doctor.

-Desde aquí se ve mi edificio –dijo Rita cuando pasaron cerca de la Justo Arosemena.

-Sí, pero voy a intentar ir más adelante a ver cómo está la ciudad –dijo Raúl Torres.

-Esta es la Iglesia de Don Bosco. Un santo que gana muchos devotos en Panamá – exclamó la señora Esther cuando iban pasando frente al templo en Calidonia.

-¿Y qué estilo es está? –preguntó Maricarmen, en tono de burla, a su hermano mayor.

-Románico –dijo don Raúl que acudió en ayuda de su primogénito.

Cuando estaban cerca de la cantina La Monmartre, un retén policial los detuvo.

-El acceso a Calidonia está restringido –les dijo el sargento que estaba al frente del retén.

-No hay problema, oficial, -dijo el señor Torres-. Vamos a girar para la izquierda y llegar a la Justo Arosemena.

-Gracias, caballero –añadió el policía-. Ustedes saben que con los disturbios de estos

días nos han dado órdenes de custodiar el paso hacia la 4 de julio.

El impala rojo cortó hacia el sur; cerca de los terrenos donde había estado la Plaza de Vista Alegre, a la que alguna vez había ido don Raúl a ver la corrida de toros. Desde ahí se veía el océano.

-Papá, busquemos estacionamiento cerca del Santo Tomás y caminemos hacia la playa – dijo José Raúl.

-Sí, la tarde está muy linda –exclamó Maricarmen.

-¿Cómo estarán los familiares de los mártires? –preguntó al aire la señora Esther.

-Muy tristes, desconsolados. Así estaba la madre de Ascanio ayer –dijo José Raúl.

La playa de Bella Vista estaba desierta. Incluso el Club Miramar no lucía como otras tardes. La patria lloraba a sus hijos.

-Cuando el policía nos detuvo, papá, se me vino a la mente un comentario que escuché en el Hospital –esgrimó el doctor.

-¿Qué comentario, hijo?

-“La policía no enfrentó a los gringos” escuché de alguien en el pasillo –dijo José Raúl.

-Los medios dicen que la orden de la policía era detener los disturbios. El enfrentamiento fue más bien de los civiles con los gringos –dijo el señor Torres.

-Yo escuché que en Colón la Guardia reprimió a los manifestantes –dijo Rita, que se animó a hablar.

-El Comandante Bolívar Vallarino es un buen hombre. Arnulfo lo respeta. Él pareciera no tener la ambición de poder que tenía Chichi Remón. Pero la influencia de la Policía ha ido creciendo. Cada día que pasa, los gringos tienen más injerencia en la institución. Bueno... Siempre han tenido injerencia en el país.

-¡Qué hermosa está la playa! ¿Puedo mojarme los pies?–preguntó Maricarmen.

-Me vas a ensuciar el carro de arena; además ninguna como las playas de Aguadulce – dijo entre risas el señor Raúl.

La tarde se iba poniendo vieja. Estaba preciosa la puesta de sol, pero en el aire había tristeza. Los panameños se preciaban de ser un pueblo pacífico, más bien fiestero. Pero algunos jóvenes, y otros no tan jóvenes, habían decidido que la soberanía se respeta. Y pagaron con sus vidas. Una niña de seis meses murió por el efecto de gases lacrimógenos. También hubo bajas del lado estadounidense: cuatro muertos.

Al día siguiente -lunes 13 de enero-, la Plaza de la Independencia estaba repleta; cientos de personas se habían congregado desde muy temprano para asistir a los funerales de catorce de los mártires en la Catedral Metropolitana. El Presidente Chiari y su esposa estaban ahí. Los presidía el Vicario Capitular de la Arquidiócesis, Monseñor Marcos Gregorio McGrath. El Padre Carlos Pérez Herrera, encargado de predicar, decía en la homilía:

Dios nos dio la tierra para que la habitáramos y formáramos pueblos. Por los cauces invisibles de la herencia hemos llegado a consolidar una nación: la nación panameña, país de agricultores, pescadores, comerciantes, pequeños industriales, obreros, intelectuales y estudiantes. ¡No somos un país guerrero, no somos un país de guerrilleros! Somos una nación que busca por entre las leyes humanas la promoción social y espiritual a la que está llamada por las leyes divinas, conscientes en verdad de nuestra debilidad militar pero también de nuestra dignidad humana y de nuestro privilegio geográfico.

El nuestro es un pueblo de cristianos; ¡los mandamientos de Moisés rigen para nosotros que los hemos aceptado voluntariamente! El Cerro Ancón es



nuestro Sinaí: ángel cautivo en cuyo pecho hace eco la voz del mar que nos trae de otras playas amigas mensaje de consuelo y solidaridad en el dolor. Ángel de nuestra ciudad que abanica las heridas con la brisa de sus alas para cicatrizarlas y restañarlas...

Ante tamaña tragedia resuenan en nuestros oídos los truenos del profeta Jeremías: “*Vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus...*” Se oye una voz en la ciudad, de gemidos y llanto amargo: es la madre que llora a sus hijos y rehúsa consolarse porque ya no existen... “Cese tu voz de llorar, dice el profeta, y tus ojos de derramar lágrimas, pues será recompensada tu pena: hay esperanza para tus días venideros pues tus hijos recuperarán la tierra que les pertenece” (Jeremías 31,15).

El Cortejo partió de la Plaza de la Independencia y recorrió toda la Avenida Central, Calidonia, la Exposición, Bella Vista, Pasadena, Las Sabanas, Vía España hasta el Cementerio Jardín de Paz, ubicado cerca de Río Abajo y de Panamá La Vieja. Los féretros iban montados en los carros bombas. La multitud acompañaba el desfile. Cientos de panameños salían a despedir a los héroes de la patria. Se calcula que en los actos y a lo largo del trayecto estuvieron cerca de cien mil personas. Las tumbas estaban una al lado de las otras. Fue un lunes infausto para Panamá. El Vicario Capitular Marcos Gregorio McGrath acompañó durante un largo tramo el cortejo fúnebre.

## 2

Muy temprano, en la mañana de lunes 20 de enero, cuando se toparon en el pasillo de sala 15, el doctor Jorge Sierra dijo a su colega José Raúl Torres: -Mira esto que publicó ayer *El Panamá América*. Una carta del obispo que te impresionó. Léela y hablamos en el almuerzo-.

El doctor Torres se llevó el periódico y se sentó en la guardia de enfermería a leerla:

Panamá, 10 de enero de 1964  
Su Excelencia  
Harry S. Truman  
Hotel Carlyle  
Madison Avenue and 76th St.  
New York City, N. Y.

Estimado señor Truman:

Informaciones de la Prensa Asociada aparecidas esta mañana atribuyen a usted algunos comentarios que podrían fácilmente desviar la opinión del público norteamericano sobre recientes sucesos en Panamá. Su prestigio en los Estados Unidos y en el mundo da a sus comentarios una gran audiencia; sin embargo, me temo que estas eran declaraciones informales, aparentemente hechas a periodistas durante su caminata matutina; y posiblemente sin tener conocimiento pleno de esta ocasión específica. En aras de la exactitud permítame tratar de hacer una aclaración a usted y a sus escuchas norteamericanos y extranjeros...

El actual conflicto en Panamá, tan

lamentable en cuanto a las muertes, los heridos y los daños a la propiedad, y tan nocivos al ambiente de buena voluntad existente entre los Estados Unidos y Panamá y muchos de sus ciudadanos, fue ocasionado por la desobediencia cívica de un pequeño grupo de estudiantes en la Zona del Canal, estimulados por otros, incluyendo algunos de sus mayores. Ellos festinaron la situación, acampando en la escuela, izando y arriando la bandera con honores, etc.; pero esto no era un juego.

Cómo se desarrolló y cuáles son los juicios que debían hacerse sobre las acciones buenas o malas de las autoridades de la Zona del Canal y de Panamá, de la prensa y radio, de la policía y las fuerzas armadas de la Zona del Canal, de las turbas disgustadas en Panamá, de los inescrupulosos elementos que se infiltraron en estas turbas causando pillaje y destrucción que perjudica a Panamá, etc., estas son cuestiones que usted no puede juzgar bien desde lejos y que aún nosotros aquí debemos esperar para poderlas sopesar debidamente...

Lo cierto es que el incidente despertó en Panamá una fuerte conciencia nacional. En lo que respecta a sus observaciones, sencillamente quiero hacerle notar, con todo respeto, que el acto original de desobediencia cívica, no importa lo pequeño que parecía en aquel momento a quienes participaron en él, fue enorme en sus consecuencias y que es peligroso brindarle apoyo. Además, Señor Truman, es también de lamentar que muchos norteamericanos atribuyan cualquier problema similar al que ahora tenemos en Panamá a una obra exclusivamente comunista. Usted no ha hecho esto, pero gran parte de la prensa norteamericana, sí. Esto es desafortunado para todos nosotros. Es claro que los comunistas tratan de tomar ventaja de estas situaciones para sus fines y que quisieron hacerlo en Panamá como en otras partes. Pero también es claro que hay en juego hondos sentimientos de valor nacional que ningún panameño puede ignorar. Sería beneficioso para toda colaboración amistosa entre Estados Unidos y Latinoamérica en el futuro, tan esencial para la prosperidad pacífica de nuestro hemisferio, que la prensa norteamericana y las figuras prestantes y representativas de los Estados Unidos percibieran más claramente los ideales de los pueblos latinoamericanos, especialmente en tiempos de crisis, aunque la crisis sea un conflicto con los Estados Unidos. Hay dificultades en ambos lados: tanto el norte como el sur deben tratar de desarrollar mayores conocimientos y respeto mutuo. Pero a veces la clave del conflicto está precisamente en el hecho de que muchos buenos ciudadanos norteamericanos, jamás han estado en posición de apreciar los mejores intereses de nuestras naciones. Todo esto exacerba el sano nacionalismo de nuestros países contra los Estados Unidos y lo convierte fácilmente en instrumento popular de los comunistas u otros grupos extremados.

Esta es una situación crítica cuando los Estados Unidos deben tratar con un mundo en donde existe gran cantidad de naciones subdesarrolladas que están desesperadamente ansiosas de adquirir madurez económica, social y política. A usted se le atribuye una declaración en el sentido de que Panamá no existiría como una nación si los Estados Unidos no hubieran gastado tanto dinero construyendo el canal. Además de ser ésta una exagerada simplificación de la historia (el movimiento de independencia de Panamá se remonta al siglo diecinueve) encierra una apreciación que no me parece muy acertada.

Ello implicaría que la ayuda económica a una nación da base a derechos sobre su soberanía; o de existir dicha dependencia que la misma no debería cambiar aunque el pueblo en cuestión desarrollara una mayor madurez nacional.

Estas y otras cuestiones similares requieren de parte de las figuras representativas de los Estados Unidos un enorme esfuerzo de comprensión. La figura de John F. Kennedy resultó tan simpática para América Latina porque era el símbolo de todos los que así se esfuerzan.

Con todo respeto y consideración quedo de usted, sinceramente,

MARCOS G. McGRATH, C.S.C.  
Obispo Vicario Capitular de Panamá

-El Obispo culpa a los zonians. Parece que hubiera hablado contigo –espetó Jorge Sierra cuando se volvió a topar con su colega.

-Él ha entendido muy bien las causas del conflicto. Y ha ido hasta la patria grande que es Latinoamérica –afirmó José Raúl.

-Los gringos recibieron la franja a perpetuidad y punto. Eso dice el Tratado y quién sabe cuándo lo podamos cambiar.

-Creo que llegamos al punto de inflexión. De aquí en adelante las relaciones entre Panamá y los Estados Unidos miraran nuestros intereses y no los de la potencia –dijo el doctor Torres.

-Eso está por verse. Los gringos no van a permitir que los comunistas se apropien del Canal. Eso es lo que buscan. Ya llegaron a Cuba. El próximo paso es Panamá. Para eso fue creado el Macartismo: una protección contra todas esas doctrinas izquierdistas.

Hubo un silencio, cuando llegó Rita.

-Tú también andas en esta onda de catolicismo y curas. Lo sé, te he visto conversando con el curita este de Cristo Rey... ¿Cómo es que se llama?

-Florencio Valtierra –dijo Rita.

-¿No sé cómo ustedes pueden confiar en una institución tan desprestigiada? –exclamó Jorge- Tú, que eres tan inteligente, José. No me lo explico. ¿No conoces la historia de la Iglesia?

-¿A qué te refieres?

-Los Borgias, la Inquisición, la expulsión de los Sefarditas de España, el silencio de Pio XII frente al Nazismo... y un largo etcétera.

-Creo que a pesar de esos males, el bien que la Iglesia ha hecho es mayor –esbozó José Raúl.

-Sí, ya vienes con tu tesis de “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. Eso mismo me decían los Hermanos de La Salle; y nunca me convencieron.

-Mire cuánto bien hace la Iglesia en este Hospital –dijo Rita.

-Sí es cierto, pero esa institución se aprovecha de algunos poquísimos, “santos” dicen ustedes, que tratan de limpiar el rostro de la Iglesia de tanta corrupción.

-Usted sabe que la cizaña y el trigo, cuando son retoños, pueden confundirse –dijo Rita.

-Y ahora este Monseñor, que por cierto es zonian, se pone a criticar a sus paisanos. ¿Ustedes saben que él nació en la Zona del Canal? Por lo menos debería quedarse callado –espetó Jorge.

-Él ha descubierto la raíz del problema –dijo José Raúl.

-¡Qué descaró! Hasta se atreve a darle clases de historia al expresidente Truman.

Rita pidió permiso y se retiró. El ambiente estaba tenso. Cada vez más, el doctor Sierra tomaba posturas anticatólicas. Ella se sintió incómoda y prefirió irse.

-Veo que Rita y tú se frecuentan. ¿No me digas que te gusta la enfermera? –preguntó Jorge.

-No veo nada malo en eso... me agrada mucho. Me parece una mujer muy noble.

-¡No te vayas a enamorar de ella! Tú eres médico, ella no llega a tu nivel. ¿Qué te pasa? Eso es para un par de sesiones de sexo y ya. No me vengas con historias románticas del doctor que se enamora de la auxiliar. ¡Qué cursi!

-Pero doctor, usted viene de un colegio católico. ¿Usted no cree en aquello de esperar hasta el matrimonio?

-Otra de las estupideces de los curas. ¿Y cómo te das cuenta si eres compatible? Eso puede acabar en divorcio. Y después, tu misma Iglesia dice que “lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre”. ¡Cuántas incoherencias!

-¿Usted no sueña con casarse con su novia? –preguntó con asombro José Raúl.

-La madre de ella es muy católica, pero a mí que no me vengas con esa ahuevazón. Yo creo que si uno ama de verdad, no tiene que ir delante de ningún cura a casarse; y confesarse menos. Eso es tan medieval.

José Raúl guardó silencio. Rita se había convertido en algo muy importante para su vida. “¿Será verdadero lo que siento?”

-Me voy de aquí antes de que se te ocurra invitarme a rezar el rosario.

...

En la tarde, cuando José Raúl terminaba su turno, pasó por la guardia de las enfermeras.

-¿Rita se fue ya? –preguntó a una de las enfermeras que estaba ahí en ese momento.

-Sí, nos dijo que no se sentía bien. Creo que se fue a su casa, doctor –dijo la miss.

-Muchas gracias, hasta mañana.

José Raúl decidió ir a la casa de Rita. Sabía que algo no andaba bien. La madre de Rita abrió la puerta.

-Siéntate, ya la llamo. Cuando llegó, se recostó, pues estaba con migraña –dijo la señora Raquel.

El departamento de Rita era muy acogedor. Su madre trabajaba fuerte y ahora con el salario de Rita salían adelante. El padre de Rita, Nicanor Rivera, era un hombre trabajador. Laboró en Félix B. Maduro de la Central hasta antes de su muerte acaecida en mayo de 1963. Eso fue una prueba muy grande para la señora Raquel y su hija. El padre Valtierra las apoyaba mucho. Ya lo estaban superando. Cuando conversaron sobre el tema, a ella se le salieron las lágrimas, pero se veía muy fuerte.

-Buenas tardes, doctor. Perdone que no lo reciba trajeada, pero estoy con una fuerte jaqueca y me acosté apenas llegué del Hospital.

-¿Qué pasa?

-Nada. Todo está bien.

-No. Hay algo que te ocurre. No te siento como la semana pasada. Aprovechemos que la tarde está linda, vayamos al Parque Urracá y conversamos.

-No, doctor. Creo que no debemos seguir frecuentándonos.

-¿Por qué has vuelto a llamarme doctor? Ayer que salimos, me llamaste José Raúl. ¿Qué pasa?

-No quiero que mamá me vea así. Déjeme vestirme y vamos al parque.

El Parque Urracá está a unas cuadras hacia el sur de la casa de Rita. Desde la época de Unión a Colombia, se tiene memoria de su existencia. Era un punto importante, pues estaba cerca del embarcadero en la Playa Bella Vista que permitía el intercambio con los puertos del interior como Mensabé, María B, Aguadulce, Boca Parita. Ahora empezaba a ser flanqueado por edificios de apartamentos y sobre todo por el relleno que se hizo para construir la Avenida Balboa.

José Raúl intentó tomar a Rita de la mano, pero ella no quiso.

-¿Qué pasa?

-Nada, doctor. Es que...

-Todo estaba bien. ¿Dime qué ha ocurrido?

-Yo pienso que lo nuestro no tiene sentido; yo no soy de su categoría. Hoy escuché cuando el doctor Sierra le comentó que no se dejara llevar por amores o cosas así; que conmigo podía tener algo de sexo y ya –dijo Rita casi llorando.

-¿Tú lo escuchaste? Ah, ya empiezo a entender.

-Sí, yo creo que es mejor hacernos distancia. Yo me he acercado demasiado y esto me puede afectar. Soy muy vulnerable, sobre todo desde la muerte de papá.

-Pero yo no quiero que te alejes de mí. Yo me estoy enamorando de ti –dijo José Raúl.

Rita se asombró del comentario del doctor. Pero siguió mirando a lo lejos.

-Tú lo sabes. Tú has percibido lo que siento por ti. Mis padres me han enseñado lo que es amar. Yo lo he visto en ellos y creo estar listo para amar todos los días de mi vida.

-No sé doctor. Me siento muy confundida. Yo también siento algo especial por usted, pero no sé si estoy preparada para amar a alguien con todo mi ser. La muerte de mi padre, ha sido muy dolorosa. El hombre que más me ha amado, dejó un vacío inmenso.

La noche había caído. La brisa de verano movía los cabellos de Rita. Ella era una mujer, bien proporcionada; sus caderas y su cinturita atraían las miradas. A los hombres de clase media y baja les gustan las mujeres con algo de “carne”; “los huesos son para los rabiblanco” decía uno de los sabios del Solar de Los Aburridos. Rita no era de gran estatura, pero era guapa. Su carita redonda le daba una apariencia de ángel. El doctor había quedado prendado de ella, pues le recordaba a su mamá.

Decidieron ir a caminar por la Avenida Balboa. Esta amplia vía se había terminado de construir a principios de los sesenta; unía la Avenida B con Paitilla y San Francisco. Últimamente se había ampliado hasta Panamá Viejo. Pasaron frente al Club de Yates y Pesca, a cuyo costado estaba el Parque Anayansi, sitio de romances. Rita no quiso detenerse allí, así que siguieron caminando hasta la Estatua de Vasco Núñez de Balboa. Del otro lado de la calle, estaba la Embajada de Los Estados Unidos de Norteamérica custodiada fuertemente por los incidentes que habían ocurrido unos días antes.

-Quiero que seas mi novia –dijo José Raúl a Rita quien se mostró sorprendida.

-¿Podría preguntarle algo?

-Seguro. Todo lo que quieras.

-¿Cuántas novias tuvo anteriormente? –preguntó ella.

-¡Ah ya entiendo! Te preocupa ser una más de la lista. ¿Y si te digo que ninguna y que tú serías mi primor amor?

-No anhele ser su primera novia. Me debería agradar, pero creo que debemos ir más despacio. Usted y yo no somos adolescentes.

-Por eso mismo, no hay tiempo que perder. Los dos somos profesionales, ya podríamos tener una familia.

-Eso es muy serio, José Raúl. Las Hermanas nos hablaban de muchos matrimonios que nunca debieron ocurrir. El matrimonio es muy grande y sagrado. Es un sacramento.

-Sí, lo sé. Yo acostumbraba decir a mis compañeros de medicina, que no tenía tiempo para atender a una mujer como papá lo hace con mamá; y que el día que hallara a la mujer de mis sueños, haría todo lo que de mí dependiera para ser un novio y esposo como mi padre.

-Sigo creyendo que debemos ir con cautela. Las Hermanas en el Colegio nos decían que debíamos tener un director espiritual que nos ayude en la toma de decisiones trascendentales –exclamó Rita.

-¿Un director espiritual? –preguntó con asombro José Raúl.

-Sí, un sacerdote que nos apoye dándonos luces, consejos...

-¿Y en quién has pensado?

-Me gustaría el padre Valtierra, pero Monseñor McGrath sería fabuloso.

-¡Wao, McGrath! No creo que tenga tiempo -dijo el médico mientras movía la cabeza con el típico ademán para hacer una negación-. Debe ser muy difícil hablar con él.

-No lo sé. Una amiga de mi mamá trabaja en el Arzobispado. Podría consultarle.

-Me gustaría conversar con él sobre la Carta a Truman y otros detalles más.

-Bueno, es dirección espiritual no clase de historia.

...

Monseñor Marcos Gregorio McGrath Renault, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Panamá, había asumido el cargo de Vicario Capitular hasta tanto Roma nombrara al sucesor de fallecido Monseñor Francisco Beckmann.

McGrath había estado, junto con otros obispos panameños, participando en las sesiones del Concilio Vaticano II, que había convocado el Papa Juan XXIII y que continuaba bajo la guía del nuevo Pontífice Pablo VI.

Las noticias que llegaban a los fieles eran confusas. Algunos hablaban de cambios radicales que destruirían las milenarias tradiciones católicas; otros hablaban de corrientes integristas que se oponían a los cambios que precisaba una institución anquilosada por el peso de la tradición y las costumbres.

McGrath, un joven teólogo latinoamericano, se había convertido en uno de los referentes de esa nueva visión eclesial que había empezado a fraguarse a la luz de diversos movimientos y espiritualidades del siglo XX. Por esto días estaba en Panamá, pues las sesiones conciliares siempre eran en el otoño europeo, es decir, entre los meses de septiembre y diciembre.

-Vengan, caminemos hacia la Plaza de Francia –les dijo el Obispo Marcos McGrath a Rita y José Raúl, quienes había acudido a la cita en el Palacio Arzobispal localizado frente a la Plaza de la Independencia a un costado de la Catedral Metropolitana.

El Casco Viejo, como llaman a esta parte de la ciudad, era el llamado Intramuros. Es una zona llena de historia; en un espacio muy reducido hay cinco templos católicos. También están aquí el Ministerio de Gobierno, el Teatro Nacional, el Palacio Presidencial y otros edificios coloniales. A la Plaza de Francia, que había sido uno de los Baluartes o sitios de defensa de la amurallada ciudad, se le habían hecho diversas restauraciones hasta que se decidió hacer un monumento a la gesta del Canal Francés. En la Plaza, fue fusilado el General Victoriano Lorenzo en 1903.

-Estas calles hablan –dijo Monseñor McGrath.

-¿Cómo así? –preguntó Rita.

-Es que son testigos de muchos acontecimientos de la historia panameña –aclaró el obispo.

-Aquí es el Club Unión sede de la aristocracia panameña –dijo José Raúl, mientras pasaban al frente del edificio que alberga esta agrupación social.

-Vamos al Paseo; los arcos de veraneras lo hacen precioso –dijo el Obispo.

-¿Usted viene con frecuencia por acá? –preguntó Rita.

-A veces para caminar y tomar aire –dijo el obispo-. No tan a menudo. No tengo tanto tiempo en Panamá y he estado viajando a Roma los últimos dos años.

- ¿A una reunión de obispos? –preguntó Rita.

-Sí, al Concilio –precisó McGrath-.

-La brisa de febrero es agradable –dijo Rita mientras iban de camino.

-Sentémonos aquí bajo el paseo de las Veraneras –dijo el obispo-. ¿Y de qué querían conversar?

-Bueno, Monseñor... ¿Cómo le digo? Yo le he pedido a Rita que sea mi novia, pero ella me ha dicho que necesitamos un director espiritual; que las monjas de María Inmaculada le han recomendado este paso y yo quiero respetar esa decisión.

-Estupendo. ¿O sea tú eres exalumna de las franciscanas? ¡Qué buen trabajo han hecho contigo! –dijo Monseñor mientras se sonreía- ¿Y por qué pensaron en mí? –preguntó el prelado.

-Días atrás fuimos al sepelio de los Mártires y lo vimos; luego leímos su Carta a Truman y bueno... nos ha parecido que usted podría orientarnos –dijo José Raúl.

-Seguro que sí. Con mucho gusto. ¿A qué te dedicas, José Raúl?

-Soy médico; estoy haciendo mi primer año de internado y ahí he conocido a esta preciosa mujer con quien quiero casarme –dijo José Raúl.

-¡Qué bueno! Los felicito –dijo el obispo.

-Sólo tenemos unos meses de conocernos –precisó Rita-. Perdónelo excelencia. Tiene unas salidas tan descabelladas –dijo la joven.

-Pero yo te amo y me siento tan feliz contigo. Además ya te ganaste a mis padres.

-Sí, pero no me voy a casar con ellos. Además, tú quieres hacer una especialidad. Pienso que debemos esperar por lo menos año y medio. ¿No le parece, Monseñor?

-Eres una joven muy inteligente, Rita. No hay recetas para los matrimonios, pero conocerse bien es un factor necesario. Creo que el tiempo que has dicho es suficiente.

-Bueno, parece que te has ganado hasta al obispo. Tienes a mis padres y al pastor de tu lado –dijo José Raúl mientras sonreía.

-Ya Rita me ha dicho que es egresada de María Inmaculada. ¿Y tú dónde estudiaste, José Raúl?

-Soy institutor, Excelencia; de la Generación del 57.

-Ah, ya entiendo tu gusto por los temas políticos.

-Seguro que sí. Además, mi padre me ha enseñado mucho, pues es seguidor de Arnulfo Arias.

-¿Son panameñistas en tu familia?

-Sí, Monseñor, en mi casa Arnulfo es casi religión. Ahora hablemos de usted, Monseñor. ¿En el hospital me han dicho que usted es estadounidense?

-No. Yo soy panameño. Nací en la Zona del Canal. Viví aquí hasta los cuatro años, cuando murió mi padre en un accidente en el Canal. De hecho, mis padres se casaron aquí y nosotros, mis tres hermanos y yo, nacimos aquí. Mamá se casó nuevamente con un buen

amigo de mi padre y decidieron viajar a Estados Unidos.

-¿Allá sintió que Dios lo llamaba al sacerdocio? –preguntó Rita, mientras recordaba sus andanzas vocacionales.

-Fue un proceso interesante. Fue un camino guiado por Dios que me llevó de Chile a Notre Dame, siguiendo el camino con los padres de la Santa Cruz, quienes me cautivaron. Algo así como lo de del profeta Jeremías: “me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir”. Pedí ingresar a la Congregación y me enviaron a Chile unos años. Luego volví a Notre Dame a culminar la teología. Después vino Washington, París, Roma...

-¿Y cómo acabó en Panamá? –preguntó José Raúl.

-La providencia. Yo siempre he sentido mucho amor por esta tierra y por Latinoamérica. Tanto que decidí que debía recibir la ordenación sacerdotal aquí. Luego los superiores me asignaron a Chile. Allá estuve en alguna parroquia, pero sobre todo en la Universidad como profesor y decano de la Facultad de Teología. Yo no pensaba en regresar a Panamá; mi congregación ni tiene casa aquí... pero me eligieron para la jerarquía episcopal. Yo tenía mis temores, pues no sabía cómo lo verían los demás sacerdotes y el pueblo de Dios.

-¿Y ahora cómo se siente? –inquirió Rita.

-Tengo que agradecer mucho a Monseñor Beckmann. Seguro Dios lo ha premiado por todo su empeño por esta Iglesia panameña. Poco a poco me he ido adaptando. Sin duda que lo del 9 de enero nos ha tomado a todos de improviso.

-Ahora que menciona lo de los Mártires, su Carta a Truman ha sido criticada por algunos sectores afectos a Estados Unidos –comentó José Raúl.

-Sí lo sé. Pero creo que era mi deber. Desde que estaba en Notre Dame empecé a interesarme por las relaciones de Estados Unidos con América Latina. Nuestros pueblos merecen respeto y dignidad.

-¿Cree que algo vaya a cambiar? –preguntó José Raúl-. Ya son sesenta años y sólo hacen ajustes cosméticos.

-Esperemos que sí. Supongo que no será de inmediato, pero estos muchachos han derramado su sangre por esta patria. Eso es mucho.

-Gracias, a Dios, está usted aquí para seguir acompañando a este pueblo.

-En realidad no creo que esté mucho tiempo. Yo sólo soy un vicario temporal. Estoy asumiendo el gobierno diocesano hasta que llegue el nombramiento del nuevo Arzobispo Metropolitano.

-¿Entonces, usted no es el sucesor de Beckmann? –preguntó Rita.

-No, yo soy el Obispo Auxiliar. No creo que me dejen aquí. Estoy un poco joven para un cargo tan importante. Creo que Roma pronto nos dará al nuevo Obispo para esta sede.

-¿Y, usted, qué hará entonces? ¿Quedará como apoyo del nuevo obispo? –preguntó Rita.

-No lo sé. Estaré aquí hasta que la Iglesia así lo estime.

-Ojalá sea así, y no se lo lleven muy lejos –dijo el doctor.

-Bueno, acordemos una cita para el mes próximo. Ya estaremos en Pascua –dijo el prelado.

-Seguro que sí, Monseñor, vendremos a buscarlo acá y tal vez lo secuestramos para un helado en La Inmaculada –dijo Rita entre risas.

-Me encantaría. Dios los bendiga hasta entonces.

A los días, llegó el esperado nombramiento. Monseñor Tomás Alberto Clavel Méndez era preconizado nuevo Arzobispo Metropolitano de Panamá. Antes había estado en David, Chiriquí como primer obispo de dicha diócesis. Monseñor Marcos McGrath fue nombrado



primer Obispo de la nueva Diócesis de Santiago en la provincia de Veraguas.

En lo político, las elecciones estaban a la puerta. El oficialismo presentaba como candidato a Marcos Aurelio Robles, quien era ministro del gobierno de Roberto Chiari. Los sectores oligárquicos apoyaban esta candidatura, pues el contrincante no era de su agrado: Arnulfo Arias Madrid. El caudillo había recobrado sus derechos políticos gracias a Chiari. Rápidamente logró inscribir su partido político: Panameñismo. Los resultados de los comicios fueron denunciados por Arias y sus seguidores. Hablaban de fraude. Pero no pudieron probar ninguna irregularidad. El 1 de octubre de 1964 Marcos Robles tomó posesión como Presidente de Panamá. Su período fue muy agitado, pues las protestas sociales estaban a la orden del día. El pueblo ponía sus esperanzas en unos nuevos tratados sobre el canal.

### 3

-Amigo, cuánto tiempo sin verte –dijo el doctor José Raúl Torres.

-Así es, José. ¿Te casaste con la enfermera verdad? Ya me llegó el comentario a Chiriquí –dijo el doctor Jorge Esteban Sierra aquel 15 de marzo de 1966. El doctor Sierra había sido nombrado en el Hospital Regional de David, luego de haber terminado su internado en el Santo Tomás. Aquel día, había venido a la capital para hacer unas diligencias.

-¿Cómo le va por allá, doctor? –preguntó José Raúl.

-Muy bien. Tengo tantas mujeres que parezco el Rey Salomón –comentó a carcajadas el galeno -. ¿Supongo que tú, por tus prácticas religiosas, serás fiel a tu enfermerita?

-Soy muy feliz con Rita, Jorge. Me hace tanto bien estar con ella.

-¿Y estás enamorado?

-Por eso me casé, doctor; si no estuviera enamorado de Rita, no hubiera dado este paso.

-¡Matrimonio!... ¡Qué invención tan divina! El amor es algo libre; donde le pones cadenas lo jodiste. En Chiriquí, tengo una amiga especial con quien desahogo mis necesidades biológicas. Pero no lo llamo amor. Es algo químico... una necesidad biológica y nada más.

-El matrimonio te da seguridad. Somos muy débiles y cualquier cosa puede quebrar el amor.

-No intentes sermonearme; ya sabes que no voy a entrar por esa.

-¿Y el trabajo qué tal? –preguntó José Raúl para evitar que la conversación se pusiera tensa.

-Atiendo una cantidad de cholos, indígenas más bien. Pero lo más interesante son las amistades que estoy haciendo. He conocido a un par de hombres que van a ser los futuros comandantes de la Guardia Nacional. Estos sí saben de política, sobre todo el Teniente Noriega.

-¿Ha hecho amistad con policías?

-Sí, son gente que tiene buenos contactos y es bueno tenerlos de amigos. El otro, el Teniente Coronel Omar Torrijos Herreras, es un campechano. Tengo la impresión de que va a ser presidente de Panamá; así como Remón. ¡Pero me imagino que con tus herencias panameñistas, te va a caer mal! Es un hombre con raíces interioranas como tú; nació en Veraguas. Él había estudiado para maestro, pero obtuvo una beca militar y se fue a El Salvador. Es un idealista. A lo mejor tú y él hacen amistad. Deberías hacer un viaje a Chiriquí, pero sin la enfermera. Te vas a divertir.

-Gracias, Jorge. Pero no me gustaría ir sin Rita.

-Mira estos policías si saben pasarla bien. Hace días fuimos a Boquete. Me llevaron a conocer la Finca de Arnulfo Arias. ¡Qué finca!

-Sí, mis padres han estado por allá, invitados por amigos de Arnulfo.

-El Teniente Noriega es como yo: Nada de amigos izquierdistas. Me ha dicho que es Institutor como tú.

-Cuando yo entré al Instituto, él estaba en quinto año. Era un muchacho más bien retraído. Sus compañeros se burlaban de él, pero sobre todo de su hermano... Luis Carlos creo que se llamaba.

-Sí, me ha comentado que es medio afeminado. Pero el Teniente sí es un macho. Le he visto tal cantidad de levantes.

-Ah, ya veo.

-Me contó que quiso estudiar medicina, pero no tuvo los recursos. Se metió a Tecnología médica y estuvo en el Santo Tomás. Luego se ganó una beca para el Perú para estudiar milicia y cuando regresó se enroló en la Policía.

-¿Doctor, y si viene esta tarde a nuestra casa y cenamos juntos?

-Okey. ¿Cómo llegó allá?

-Rita y yo tenemos una casa en Betania. Vivimos cerca de mis padres. ¿Se acuerda? Hagamos algo: yo lo recojo en el Seguro Social. ¿A qué hora termina su reunión?

-Me dijeron que a las cinco debemos estar afuera.

-Estupendo a las cinco lo recojo y nos vamos a casa.

A la hora acordaba, estaban José Raúl y Rita en las afueras del Hospital de la Caja del Seguro Social esperando al doctor Jorge Esteban Sierra. Cuando los vio, dio una sonrisa. Se dirigió hacia donde estaban ellos.

-¡Oye, no me habías dicho que el matrimonio daba carro! –dijo riéndose.

-Hicimos un esfuerzo para comprar este auto.

-¿Qué marca es?

-Un Dodge Avenger.

-¡Wao!

-Saludos, Rita. Veo que engatusaste al doctor.

Hubo un silencio.

-Es una broma. Ríete. Además ya sé que están enamorados. Hoy tu esposo me lo dejó muy claro. Ojalá algún día yo llegué a enamorarme así. En verdad, no creo que alguien pueda flecharme así. Yo soy un hombre libre, no puedo esclavizarme a nada, ni a nadie.

Rita y José Raúl escuchaban en silencio. En las charlas que tomaron antes de casarse, les habían dicho que el matrimonio no es una esclavitud: Al contrario, casarse da seguridad. El Sacramento imprime carácter; aunque la fidelidad es una lucha de todos los días.

-¿Y ustedes nunca pelean? –inquirió Jorge.

-Seguro que sí, doctor. Ya hemos tenido algunas diferencias, pero las hemos superado.

-¿Oye y quién los casó? Supongo que el gigante aquel a quien casi idolatraban.

-Sí Monseñor McGrath tuvo la deferencia de venir a casarnos aquí a Santa Eduvigis –dijo José Raúl.

-Tengo entendido que ya no está aquí. El Teniente Noriega me ha dicho que está en Veraguas.

-¿Y cómo sabe él de eso?

-El Teniente Noriega tiene contactos con los gringos. Me contó que, cuando lo de enero de 1964, le pidieron información sobre el obispo zonian que daba muestras de

antiamericanismo. ¿Te acuerdas de la carta que discutimos esos días? Eso llegó hasta el corazón del imperio.

-Efectivamente, Monseñor ya no está aquí. Ahora está en la tierra de Urracá. En estos días nos llegó una carta de él. Veraguas es una provincia muy pobre, nos contaba. Sus primeros pasos han ido en la aplicación del Concilio Vaticano II y en la concienciación de los laicos. Ha ideado un proyecto de evangelización integral que ha denominado “Plan Veraguas”.

-Torrijos me habló de la pobreza de Veraguas. Sus padres eran maestros. Suele decir que en su casa vio “docencia y decencia”. Debes conocer a esta gente. Son tan nacionalistas como tú, sólo que ellos no gustan de Arnulfo Arias. Me cuentan que Remón los vacunó contra el virus del “Fufismo” –dijo con una carcajada Jorge Esteban.

-Dicen que Chiriquí es muy lindo –comentó Rita.

-Sí, sobre todo Tierras Altas. David es muy caliente; pero Boquete, Volcán y Cerro Punta son una delicia. Me gusta mucho ir al Volcán. Subí con Torrijos y Noriega a ver algo de las antenas de telecomunicaciones.

-¿Qué tal la vista desde allá? –preguntó Rita.

-Verdaderamente sobrecogedora. El día que fuimos no había nubosidad. De hecho subimos en la madrugada; a eso de las cuatro de la mañana, empezamos el ascenso. Unas cuatro horas después, estábamos en las antenas. Pude ver los dos océanos. ¿Cuándo me visitan? Les presentaré a mis nuevas amistades... Tienes que buscar contactos, José Raúl. El asunto es escalar. No puedes quedarte atendiendo gente todo el tiempo en una sala de hospital.

-He pensado en una especialidad en Psiquiatría, pero en verdad soy muy feliz atendiendo gente. Algún colega me ha hablado de asociarnos o buscar entradas en el San Fernando, pero ahora no nos alcanza el tiempo. Gracias a Dios con el sueldo de los dos estamos cómodos. Y el tiempo libre lo empleamos en Los Cursillos. Nos hemos acercado a Monseñor Clavel para ofrecerle nuestro apoyo.

-Ah, el nuevo Arzobispo cañazeño. Por lo menos no parece izquierdista.

-Es un hombre bueno. Cedió el Palacio Arzobispal para la nueva universidad que han abierto. Trasladó la Curia a El Marañón, a un costado de la Iglesia de Santa Teresita.

-Ustedes y su Iglesia. ¿No pueden vivir sin eso?... Ah verdad que necesitan consuelos espirituales. Tienen que dejar esa moral de esclavos...

-¿Lo de Nietzsche verdad?... Sí ya me habló de eso en el Santo Tomás.

-Bueno, los llamó a ver si me visitan en David.

#### 4

Aquel lunes 9 de octubre de 1967, la lluvia que caía en la ciudad era torrencial. “El mes más lluvioso del año” decía la gente mayor. El gobierno de Marcos Robles iba llegando a su término con mucha dificultad. La percepción de la gente sobre la corrupción era altísima y la delincuencia crecía de manera exorbitante. El Presidente era apodado como *Marcos Rifle*, por su célebre orden de “disparar a matar”, dada a la Guardia Nacional a fin de acabar con la delincuencia y los disturbios, novedades cotidianas de su gobierno. La alianza de partidos que lo había apoyado mostraba fisuras. En cuanto al conflicto con los Estados Unidos, el pueblo frustrado y descontento había puesto sus esperanzas en la Declaración Robles-Johnson, firmada por ambos países en septiembre de 1965, que hablaba de un nuevo pacto sobre el Canal. Pero el nuevo Tratado no satisfacía los intereses nacionales. El

pueblo seguía a los abogados e intelectuales, quienes criticaban los pactos, y se burlaba de ellos llamándoles 3 en 1, pues se negociaba sobre el Canal actual, sobre un Tratado de Neutralidad y sobre un posible canal a nivel.

-¿Cómo está Rita? ¿Cómo la ves? –dijo la señora Raquel, madre de Rita, a José Raúl cuando llegó a la maternidad Cecilia Pinel de Remón, que había recibido este nombre para honrar a la esposa del malogrado presidente.

-La situación es delicada. Mis colegas dicen que providencialmente un sietemesino tiene más probabilidades de vivir que un bebé de ocho meses, pero Rita está muy débil, la ruptura de fuente la ha debilitado mucho anímicamente. En unos minutos van a empezar la cesárea –dijo fatigado José Raúl.

-¿Por qué no entras hijo? Seguro ella te va a necesitar –dijo la señora Esther quien estaba tomada de la mano de Raúl su esposo.

-Sí ya voy a entrar; mis colegas me dijeron que no me preocupara. "Todo va a salir bien" me dijo el padre Valtierra. Ahí viene él.

-Recemos el rosario por Rita y el bebé -dijo el padre Florencio.

Cuando terminaron de orar el padre preguntó: -¿Qué es lo que ha sucedido?-

-Es que Rita estaba muy hinchada y eso la empezó a molestar; parece que el bebé tiene apremio de salir y rompió fuente–dijo la señora Raquel.

A la mente de la señora Raquel vinieron los recuerdos del nacimiento de José Raúl. Los médicos del Santo Tomás eran muy buenos, pero a veces ocurrían complicaciones. La mayoría de panameños nacían en ese nosocomio. Las clínicas privadas eran escasas y no todo el mundo podía pagar esos servicios. El Hospital Panamá quedaba muy cerca de la Iglesia de Cristo Rey, pero las mujeres del pueblo no tenían mayores oportunidades de ir a dicha clínica privada.

-Recuerdo cuando nació José Raúl. Yo también la pasé mal. Las primerizas siempre tienen achaques y complicaciones –dijo doña Esther.

-Igual me pasó a mí con Rita. Su papá, a quien Dios tenga en la gloria, tuvo que venir corriendo conmigo –dijo la señora Raquel.

Un señor que estaba cerca hizo un comentario que angustió a la señora Raquel: -Aquí muchas salen, para el cementerio-.

-Tenga fe y siga orando –dijo doña Esther a la madre de su nuera.

Luego de dos horas, salió José Raúl con una sonrisa en los labios.

-Son abuelos de una preciosa niña –dijo el orgullo padre.

-Bendito sea el Sagrado Corazón de Jesús –dijo la señora Esther.

-Gracias, Inmaculado Corazón de María –exclamó la señora Raquel.

-Gracias, Señor –dijo el padre Florencio que aún estaba por allí.

-¿Cómo está Rita? –preguntó doña Raquel a su yerno.

-Está bien, muy cansada. Ahora está bajo anestesia por la herida. Seguro se va a poner bien.

-Vamos a ir La Inmaculada a comer algo, hijo. ¿Quieres que traigamos algo? –dijo el padre del médico.

-Voy con ustedes papá –dijo el padre primerizo.

Un periodiquero voceaba *La Estrella de Panamá*: "Capturan al Che Guevara" "Rod Carew novato del año".

-¿Cómo fue lo del Che Guevara, papá? –preguntó el doctor alarmado.

-Ayer lo capturaron en Bolivia. Lo escuché por RPC esta mañana –dijo el estrenado abuelo.

-¿Los gringos tienen algo que ver seguro? –preguntó el galeno.

-Los medios hablan del Ejército Boliviano.

-Mi amigo el doctor Sierra, me dijo que los gringos, específicamente la CIA, andaban tras él.

-No sería extraño, hijo. Tú sabes que desde el Macartismo los gringos prefieren cualquier cosa en lugar de izquierdistas. No pueden permitir que el experimento de Cuba se siga propagando por América Latina.

-¿Papá es cierto que en el Instituto había espías pagados por Estados Unidos?

- En mi época no; eso era traición.

-Es que el mismo Jorge me dijo que, en mi época, había institutores que daban información a las embajadas sobre movimientos izquierdistas.

-No lo sé, hijo. Pero es seguro que Che Guevara acabará mal. ¡Oye mira las otras noticias destacables en el día del nacimiento de tu hija!: un zonian, en verdad es panameño, es elegido Novato del Año en el béisbol de las grandes ligas.

-¿Nunca lo vimos en el Juan Demóstenes?

-No hijo, él es más joven. Nosotros vimos a Mamavila Osorio, Andrés Alonso, Archie Brathwaite, Frank Austin, Clyde Parris, León Kellman, Héctor López, Humberto Robinson, Vibert Clarke, Patricio "Lord" Scantlebury...

-¡Cuánto disfrutábamos esos días de estadio, papá!

-¿Sabes qué Rod Carew es todo un ejemplo?

-¿Cómo así?

-Nació en el ferrocarril cerca de Gamboa en la Zona del Canal. Era un niño muy enfermizo, pero un tío lo invitó a jugar para ver si superaba sus males jugando en las pequeñas ligas de la Zona del Canal. Cuando su familia emigró a New York, siguió practicando el béisbol y ahora está en la Gran Carpa.

-¡Qué motivadora esa historia! Sin duda que mi sietemesina será una luchadora.

-Seguro que sí. Vamos pidan la comida que ya tengo hambre –dijo doña Esther.

Mientras comían, don Raúl estaba picado con el tema del béisbol.

-Sabes que la discriminación en el béisbol también alcanzó a Panamá –dijo don Raúl a su hijo, que no le perdía palabra.

-Sí, ya habíamos hablado de eso. También en el Instituto, el profesor de cultura y deporte nos platicó del asunto. ¿Qué piensas de la derrota de Laguna?

-El Tigre es víctima de su irresponsabilidad. Carlos Ortiz nunca debió ganarle. Recuerdo la primera pelea de ambos aquí en el Estadio. Ese día éramos casi quince mil en el Juan Demóstenes Arosemena. ¡Qué lección de boxeo le dio Laguna! Esta última vez Laguna iba casi sin entrenar. Estos muchachos, que crecieron muy pobres, el día que cogen un dólar se vuelven locos.

Cuando Rita Esther Torres Rivera vio la luz del sol, la situación política de Panamá no era la mejor. Sectores profesionales, estudiantiles, obreros lograron que la Asamblea Nacional rechazara los Tratados Robles-Johnson. Un golpe muy fuerte para el Gobierno Nacional que ya estaba en sus postrimerías, pero se avocaba a la escogencia de los candidatos para las elecciones de mayo de 1968. La Alianza que había llevado a Marco Robles a Las Garzas ya hacía aguas. El Presidente cometió una serie de errores al ungir a diversos líderes para su reemplazo, lo que molestó a otros aliados. Al final, algunos de los otrora amigos se fueron con Arnulfo Arias y el oficialismo se decantó por David Samudio. Abiertamente, Marco Robles hizo campaña a favor de Samudio lo que fue aprovechado por la Asamblea para enjuiciarlo por coacción electoral y violar la Constitución.

El sábado 24 de marzo de 1968 la Asamblea juramentó a Max Delvalle como Presidente de la república. La Oligarquía no podía permitir la acción y recurrió a la Policía para impedir que Delvalle fuese juramentado. Días después la Asamblea tuvo que acatar un fallo de la Corte Suprema que restituía a Robles. El clima estaba verdaderamente enrarecido y la campaña política se había caldeado.

Esos días de Pascua de Resurrección, Monseñor Marcos McGrath aprovechó una visita a la capital para bautizar a la pequeña Rita Esther. Los franciscanos dieron el permiso canónico para que el obispo pudiese bautizar en Santa Eduvigis. En casa de los Torres-Rivera, conversaba con sus amigos.

-¿Monseñor, cómo va su trabajo en Veraguas? –preguntó Raúl Torres.

-¡Cuánto trabajo tengo! Veraguas es una provincia muy pobre. Hay zonas indígenas a las que es casi imposible llegar. Hemos empezado a crear conciencia en el pueblo de Dios de su ser Iglesia. Lo que el Concilio nos ha pedido.

-¿Y tiene personal para las tareas? –preguntó el doctor.

-Ese es un gran dilema. No hay casi sacerdotes. Es que Santiago es una diócesis joven. Mi respuesta ha sido formar líderes laicos que asuman responsabilidades al frente de las comunidades. El año pasado fui a Colombia a ordenar a un sacerdote antioqueño que ha quedado prendado con Veraguas. El padre Héctor Gallego conocía de nuestra realidad eclesial por un seminarista veraguense, Plinio Mojica, quien estudiaba en Medellín.

-He leído en los medios que la Iglesia está apoyando y fomentando cooperativas – preguntó don Raúl Torres.

-Sí, sobre todo a partir de 1960 con la *Encíclica Mater et Magistra*. Tengo un sacerdote que lidera muy bien lo de las cooperativas.

-¿Cómo ve el trabajo de Monseñor Clavel con respecto a la política? –preguntó don Raúl.

-¿Se refiere al Movimiento Cívico Religioso, supongo?

-Sí, por supuesto –dijo don Raúl.

-Creo que hay que llevar el Evangelio a la política.

Pablo VI ha dicho que “la política es la forma más alta de caridad”. La Comisión en la que participé en el Concilio trabajó estos temas de política, economía y sociedad.

-Hay gente que afirma que Beckmann estaba lejos de la política comparado con usted. Pero Monseñor Clavel parece un candidato más. Hay días que el Arzobispo manifiesta ser “Samudista”, es decir partidario del grupo que apoya al candidato oficial a las elecciones David Samudio; otros días afirmaba ser “Arnulfista”, partidario de Arnulfo Arias. ¿Esto es preocupante, no cree?

-Sí he escuchado estos comentarios. Pero creo que el Arzobispo corregirá. Debemos orar para que impere la paz, y para que los que salgan electos se preocupen del bien común y de los que menos tienen.

-Yo soy panameñista desde joven. Creo que los ataques contra el doctor Arias son infundados.

-Esperemos que baje el nivel de confrontación.

La semana previa a los comicios, que se realizarían el domingo 12 de mayo, hubo mucho desasosiego. Unión Nacional, alianza que apoyaba a Arias, denunciaba un posible fraude con complicidad de la Guardia Nacional. Las últimas semanas Arnulfo había abandonado su tono conciliador para atacar a la Policía, sus enemigos al servicio de la oligarquía.

Robo de urnas, coacción, destrucción de recintos de votación fueron denunciados el día de los comicios. Los días pasaban y la tensión entre las facciones aumentaba: violencia en las calles, represión policial, renuncia de un magistrado. El clima era desolador. A los

días, la Guardia Nacional, luego de un acercamiento entre Arnulfo Arias y el Comandante Bolívar Vallarino, habló de aceptar la voluntad popular.

Arnulfo ganó las elecciones; pero no todos entre los uniformados estaban tan seguros, como Vallarino, de que el Fufo respetaría los escalafones policiales.

## 5

En una de las cantinas del Mercado Público de David, conversaban de todo el doctor Jorge Esteban Sierra y el Teniente Manuel Antonio Noriega.

-¿Qué dicen tus jefes de la victoria del Fufo? –preguntó el doctor Sierra.

-El tipo es muy astuto; se fue a buscar el apoyo del Comandante Vallarino y le habló de respeto a los rangos y escalafones, pero no estamos tan convencidos del asunto –comentó Noriega.

-El 1 de octubre se despejarán todas las dudas –dijo el doctor.

-¿Y cómo anda el embarazo de tu novia? –preguntó Noriega.

-Creo que dará a luz sin problemas. El problema lo tengo yo. Tenía dudas de que fuese mío, pero creo que sí soy el padre de la criatura.

-La paternidad cambia a los hombres. Mírame a mí. Cuántas cagadas hice antes de casarme con Felicidad. Ahora soy otro hombre.

-¿Ya desistió del divorcio?

-Eso fue el día que me halló en trampa en nuestra propia casa. Lloró y se fue a casa de Rodrigo Miranda para que nos divorciara, pero logré marearla. El tiempo es un gran aliado... Luego del nacimiento de Sandra, todo se le pasó. Claro tuve que rogarle casi de rodillas y convencerla de que cambiaría.

-¿Oye y qué piensa el Mayor Martínez del Presidente?

-Boris nunca ha gustado del Fufo. Él dice que Chichi Remón lo vacunó contra los panameñistas.

-¿Y Torrijos cómo ve la vaina?

-Sé que él y Boris han estado conversando mucho, pero ignoro los detalles.

-¿Otra cerveza? –dijo el doctor mientras seguían conversando.

Jorge Esteban Sierra se había juntado con una colega que conoció en el Hospital Regional de David y con ella esperaba un hijo. Su nuevo amigo el Teniente Manuel Antonio Noriega se había casado con la joven Felicidad Sieiro, hija de españoles con negocios en el Valle de La Luna. Esos días en que estaba por dar a luz Flora Sánchez, compañera del doctor Sierra, se desencadenaron los hechos que cambiarían la historia republicana de Panamá. El jefe en la Zona Policial de David, Boris Martínez, había viajado a la capital para finiquitar detalles del golpe contra Arnulfo Arias.

Desde su juventud en el Instituto Nacional, Martínez no gustaba de los comunistas, pero tampoco de los panameñistas. Remón le había contagiado el mismo odio visceral, que corría por sus venas, hacía Arnulfo Arias. Días antes, había logrado el compromiso de sus antiguos compañeros los Pumas de Tocumen. Igualmente, llamó al Capitán Luis Jiménez, quien tenía a su cargo la armería del Cuartel Central en el Chorrillo, para comprometer su apoyo. Sabía que los panameñistas eran gente de tomar armas, ya lo habían demostrado en 1951. No quería derramamiento de sangre.

La noche del jueves diez de octubre, en una última reunión con Omar Torrijos le dijo: -No tomes decisiones apuradas e inconsultas. Espera que yo llegué de Chiriquí-

La mañana del viernes 11 de octubre, el Mayor Boris Martínez volvió a Chiriquí por carretera. En la tarde, cuando temió que Torrijos transara con los liberales, lo llamó y le repitió -no tomes decisiones hasta que yo llegue-. En ese momento, cuando notó las indecisiones de Omar, cambió los planes de viajar por tierra en camiones. Su fue al aeropuerto de David y tomó, por la fuerza, algunos aviones comerciales. A la hora, estaba en Tocumen con sus hombres.

Desde la Comandancia, como a las ocho de la noche, llamó al Capitán Bolívar Rodríguez, quien estaba al mando de la Guardia Presidencial, y le informó del movimiento golpista. Muy diplomáticamente le solicitó la rendición. Como era un fin de semana, mucha gente no se percataba del asunto.

A esa hora, cerca de las nueve de la noche, Arnulfo Arias estaba en el Teatro Lux acompañado de Mireya Moscoso. Tenía once días de gobierno. Con mucho sigilo, su edecán, Luis Carlos Duque, entró, le habló al oído y le dio la información de lo que estaba ocurriendo. Intentaron llegar a la Presidencia para resistir, como había ocurrido en 1951, pero cuando iban bajando por Iglesia de La Merced vieron los camiones diez ruedas de los Pumas de Tocumen. Duque había podido comunicarse por radio con Hildebrando Nicosia, Ministro de la Presidencia, quien le dijo que no llegaran a San Felipe, y menos a la casa de Arias en Avenida Balboa. La única opción era la Zona del Canal. A Arnulfo no le agradó el asunto, pero no había otra alternativa.

En el Santo Tomás, José Raúl Torres oyó la noticia. De inmediato buscó la manera de llamar a su casa. Su madre le respondió entre lágrimas y le confirmó el cuartelazo. Le pasó a su padre.

-Sí, hijo, es verdad.

-¿Pero por qué? ¿Qué pasó?

-Hace un rato hablé con un amigo que trabaja en el Ministerio de Gobierno. Fueron los cambios y movimientos que ordenó Arnulfo en la Policía. ¿Recuerdas que el día de la toma de posesión Arnulfo Arias no se metió con la Guardia Nacional? –preguntó don Raúl.

-Sí. Lo habíamos comentado –dijo el doctor José Raúl aún perplejo-. Arnulfo mencionó la jubilación de Bolívar Vallarino, pero eso ya se sabía.

-Ayer bajaron unas ordenanzas del Ministro de Gobierno y Justicia Norberto Zurita en las que se anunciaban los cambios en la Guardia Nacional: las jubilaciones de Bolívar Vallarino y José María Pinilla y los traslados de diez mayores y tres capitanes. Pero lo que más llamó la atención fue el traslado de Omar Torrijos, quien dejaba la Secretaría de la Comandancia para irse de agregado militar a El Salvador. Por ahí viene el asunto.

-Acá llegó la noticia de que habían atacado la casa de Avenida Balboa.

-Sí, también me notificaron de eso. Aparentemente el doctor está en la Zona –dijo muy triste don Raúl.

-Papá no salgas de casa. Recuerda lo que pasó en el 51 –dijo a su padre José Raúl.

-Siento que debo ir a apoyar. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

-Sé prudente, papá. Por favor ve a mi casa y cerciórate de que Rita y la bebé estén bien. No salgo hasta las seis de la mañana y no sé cómo van a estar las calles.

Don Raúl fue a ver Rita. Ella estaba bien y la bebé estaba dormida. Rita no sabía nada de lo que estaba ocurriendo. Su suegro le dijo que no abriera la puerta a nadie. Cuando don Raúl regresó a su casa, no podía dormir. Encendió la radio a ver si encontraba noticias. A



las seis de la mañana, en Radio Mía, oyó algo que lo llenó de esperanza: La voz del Presidente constitucional de Panamá que llamaba al pueblo a resistir el golpe.

Los policías aprovecharon que era fin de semana para actuar con prontitud. Se tomaron los medios de comunicación y empezaron a difundir sus mensajes para calmar a la población.

Los Ministros de Arnulfo y parte del Gabinete ya habían llegado a la Estación de Policía de Balboa; reinaba la confusión. Arnulfo se resistió a pedir asilo, como le había recomendado un funcionario de la Embajada de Estados Unidos, pues “la Zona es territorio panameño”, había dicho el líder esa madrugada.

Habló de pedir armas a los gringos para enfrentar a los tongos. Pero a medida que las horas pasaban, las esperanzas se iban perdiendo. En la Estación, venían a su mente tantos recuerdos. Su boda con Ana Matilde: su novia, amiga, confidente, asesora, compañera de lucha. Ahora estaba con Mireya Elisa Moscoso.

Al mediodía del sábado, los panameñistas ya sabían quienes estaban detrás del golpe: El Mayor Boris Martínez y el Teniente Coronel Omar Torrijos eran los cabecillas, pero tenían el apoyo de los del “combo”: Fred Boyd, Amado Sanjur, Silvera, Pantaleón De La Guardia, Nentzen Franco, Botita García...

Como Arnulfo no tuvo tiempo de organizar todo el gobierno, los militares se aprovecharon y empezaron a hacer los nombramientos de Directores de varias instituciones. Lo más importante fue nombrar La Junta Provisional de Gobierno que presidían los Coroneles José María Pinilla y Bolívar Urrutia -quien al principio no apoyó a los golpistas, pero luego se plegó al movimiento-. Sin embargo, los hilos los manejaban Boris Martínez y Omar Torrijos, quienes eligieron a los nuevos Ministros de Estado.

Se ordenaron el congelamiento de los precios de la canasta básica y otras medidas populares. Se nombraron los magistrados del Tribunal Electoral. Se suponía que todo era provisional. La gente ya se había acostumbrado a que la policía saliera a las calles a reprimir; entonces el golpe

de estado les pareció, a muchos, algo natural.

“Desde Remón para acá, la Guardia es la que manda; tal vez es lo que nos merecemos”, dijo un ciudadano de a pie. “A lo mejor los militares componen este país”, comentó otro panameñito vida mía.

Cinco días después del golpe, Don Raúl Torres, quien pudo cruzar el límite y visitar la casa del “exilio” en Balboa Heights, escuchaba la frustración del Fufo. Su fidelidad al caudillo panameñista superaba el temor de que lo hubiesen seguido.

-Ya sé que los gringos no nos van a apoyar. No nos van a facilitar armas a nosotros, pero se las han dado a estos gorilas -dijo Arias a sus Ministros y amigos que lo acompañaban en Balboa Heights. Ahí estaban Norberto Zurita, Galileo Solís, Jorge Pacífico Adames, Rubén Darío Carles, Hildebrando Nicosia... -El Huésped ya los incomoda. El Embajador y otros funcionarios ya no quieren hablar directamente conmigo, y sé que el Gobierno de Estados Unidos ha entablado conversaciones con los Policías -lamentó el Presidente Arias.

-Varios oficiales tienen contactos en la CIA, e incluso están emplanillados. Esos amigos pueden estar influyendo en Washington -comentó Luis Carlos Duque edecán de Arias.

-Los militares han ido ganando tiempo y la confianza de los gringos -dijo el Presidente.

-Los Estados Unidos han estado apoyando golpes y gobiernos de militares en Paraguay, Perú, Nicaragua -comentó uno de los ministros.

-Prefieren a los tongos que a los civiles -espetó Arias.

-Muchos de los golpistas son los militares que ellos han formado en sus academias -comentó otro de los ministros.

-Les han ido dando tanto poder que ahora los policías se consideran los salvadores de la patria –comentó alguno.

-Yo no quiero provocar una guerra civil, señores. Creo que es hora de cambiar la estrategia de lucha.

-¿Cómo así, Señor Presidente? –dijo uno de los Ministros que había estado en la refriega de 1951.

-He aceptado viajar a Estados Unidos y pelear desde allá -afirmó Arnulfo-. Me han ofrecido un avión. Me hablaron de Costa Rica, pero siento que no procede. He solicitado al Embajador Adair y al Gobernador Leber que les faciliten las mismas atenciones que han tenido conmigo.

Entre aplausos y lágrimas varios gritaron:

“Volveremos”. “Volveremos”. Y repitieron el gesto de victoria que, con su mano, hizo Arnulfo aquel día que salió del Palacio de las Garzas en 1951. Alguno se atrevió a entonar el Himno de Acción Comunal:

Marchemos al compás  
de esta canción  
que es nuestro himno marcial;  
la Patria pide nuestro corazón  
porque es siempre leal,  
la gloria amaneció un día triunfal  
y nuestra fue la victoria;  
Panamá ¡Panamá!  
¡Ya tienes tu libertad!

Después de la partida de Arnulfo, el 17 de octubre de 1968, los panameñistas no se rindieron. Buscaron formas para hacer la guerra a los alzados. Lograron emitir la señal de una radio clandestina. Desde Ancón emitían la señal de “Michelle” –así la habían bautizado los ahora rebeldes-. La voz de Arias retumbaba en ciertas horas del día, cuando los aviones gringos no se elevaban buscando la triangulación para ayudar los militares panameños a encontrar el origen de la señal:

Pueblo Panameño. Les habla el Presidente Constitucional. Ha llegado la hora  
de actuar ¡A la calle!

Ya en casa, don Raúl le contaba a su hijo todo el detalle de su visita a Balboa Heights.

-Papá, en el Hospital están hablando de una huelga general –dijo José Raúl a su padre mientras comían y escuchaba las andanzas de su valiente progenitor.

-Sí, hay que buscar medios para llamar la atención de los indiferentes. He pensado unirme a un grupo de copartidarios que están planeando hacer resistencia armada en la montaña.

-¿Y mamá qué? –preguntó su hijo con asombro.

- Tu madre podría irse a Aguadulce y estar más tranquila. Ya ustedes están grandes y pueden salir adelante.

-¿Pero ustedes nos ayudan con la bebé? ¡Estás siendo egoísta, papá! –dijo el médico.

-No hijo; estoy pensando en la patria. Claro que me preocupa mi nieta, pero hay que pensar en el bien colectivo.

En eso, entró la señora Esther.

-¿De qué hablan? –preguntó la madre y esposa.

-Tratando de disuadir a papá de no hacer una locura.

-No es una locura, hijo. Alguien tiene que protestar. Estos militares no traen nada bueno. Han hablado de “restauración moral”, de “eliminar nepotismo” y “corregir el rumbo de la nave republicana”, pero todo es falso –exclamó don Raúl.

-Mira cuánta gente ha tenido que refugiarse en la Zona. Y de seguro van a apresar a varios. Arnulfo ya se fue a Estados Unidos y ustedes van a ir a la cárcel. Él está tranquilo en los Estados Unidos y... –comentó el médico tratando de convencer a su progenitor.

-Ni se te ocurra dudar de Arnulfo. Él siempre ha sabido aceptar sus cruces y sufrimientos.

No sé si nosotros hayamos sido tan valientes como él. Esta gente se va a organizar y van a acabar con el país. No debemos perder tiempo –dijo don Raúl.

-En el Hospital, alguien dijo que no van a durar mucho; que pronto saldrán a relucir las diferencias entre ellos. Un médico habló de las debilidades de Torrijos: el alcohol y las mujeres. Es más, dicen que el día del golpe estaba totalmente ebrio.

-Eso es cierto. En eso son totalmente diferentes:

Boris es muy recto. No creo que se aguante a Torrijos y la camarilla. Martínez está hablando de elecciones en poco tiempo y de un movimiento muy fugaz. Pero no creo que Torrijos lo vea así, me huele a Remón: Un hombre con grandes ansias de poder –concluyó don Raúl.

Si bien don Raúl fue convencido por sus familiares de una lucha de resistencia pacífica, otros copartidarios panameñistas hicieron eco de las llamadas a la resistencia violenta: San Miguelito, Tierras Altas de Chiriquí y otros lugares hicieron la contra. Los valientes boinas negras y algunos copartidarios no iban a ceder tan rápido. No obstante, con los días, las esperanzas de Arias de volver a Las Garzas se iban esfumando, sobre todo porque a los estadounidenses les pareció que negociar el nuevo tratado con los policías podría ser más ventajoso que hacerlo con Arias.

A principios de diciembre, uno de los sabios que se reunían a filosofar en el parque de Santa Ana comentó:

-Hasta la Iglesia sufre golpes de estado.

Usualmente a esta hora, once de la mañana, Pata e Loro, Chino Mamón, Rui Rua y Pisa Candela tenían su tertulia política. Como siempre Rui Rua iniciaba la jornada cantando su canción favorita “Parque de Santa Ana” de Ricardo Fábrega:

Desde el fondo de mi alma  
mi cantar ha salido.  
Oh! Santa Ana querido,  
que dicha para mí.  
Cuando a solas me encuentre  
por los años cansado  
me tendrás a tu lado  
pensando sólo en ti.  
Santa Ana mío, parque de Santa Ana  
brazo tendido que nos das fraternidad

como belleza que te engalana  
se yergue ufana tu capilla colonial.  
Santa Ana mío, parque de Santa Ana,  
vieja reliquia de nuestra alma nacional  
guarda tu suelo la sangre humana  
que soberana luchaba por la libertad.

-¿Por qué dijiste lo de la Iglesia? –preguntó Chino Mamón mirando a Pata e Loro.

-¿No vieron los periódicos? –reclamó Pata e Loro- Es que hoy salió en *La Estrella* que Monseñor Clavel renunció a su cargo de Arzobispo.

-A lo mejor es porque defendió el triunfo de Arnulfo y ahora los policías le pasaron la factura –comentó Pisa Candela.

Ese diciembre, Tomás Alberto Clavel Méndez regresaba de Roma y de paso se anunciaba su dimisión como Arzobispo Metropolitano de Panamá. Entre el pueblo, la razón era que la Guardia lo había quitado. Los miembros del clero comentaban que la excesiva presencia de Clavel en la política, no era del agrado del Nuncio Apostólico en Panamá, Monseñor Antonino Pinci.

La sorpresa para la familia Torres-Rivera fue el nombramiento, en febrero de 1969, de Monseñor Marcos Gregorio McGrath como Arzobispo de Panamá. A esta altura de su labor sacerdotal, Monseñor se había convertido en uno de los líderes del Consejo Episcopal Latinoamericano y había tenido una participación protagónica en la Conferencia de Obispos Medellín. El nombramiento lo tomó por sorpresa, pero como en otras ocasiones se puso en mano del Dios.

Por otro lado, las sospechas de los compañeros de trabajo de José Raúl empezaron a cumplirse. El Mayor Boris Martínez, cerebro del golpe, el incorruptible para algunos, inició una campaña de limpieza del Gobierno y del Estado; y ahí vinieron las fisuras entre el grupo de los alzados, que en el fondo era muy diferentes. No todos se habían formado en las mismas academias militares. Algunos tenían sus valores humanos muy claros y eran hombres íntegros. Martínez había estudiado en El Chorrillo, Perú. Se decía que sus maestros del Nido de Águilas lo veían como un hombre honesto. No le gustaba la trampa, la coima, el juega vivo con el que se asociaba al empleado público y más aún al policía. Su imagen de hombre recto era valorada incluso por Arnulfo Arias, quien pensó ponerlo al frente de la Dirección de Tránsito antes del cuartelazo.

Una marcada diferencia con Torrijos fue que Boris no pensaba en buscar apoyo de Cuba y Fidel Castro –esto en caso de una intervención de Estados Unidos en favor de Arnulfo– como esgrimía Omar. Martínez no gustaba de las izquierdas.

En una ocasión, alguien le dijo: “Boris, no puedes ser tan recto; hay que transar, buscar arreglos. Fidel podría sernos de ayuda”. Otro uniformado le sugirió que no podía seguir peleándose con todo el mundo. “Tu visión no es la única, Boris. La verdad tiene muchas aristas. Tú quieres que todo el mundo piense como tú. Te has peleado con los empresarios, los políticos, los estudiantes... No podemos pelearnos con la gente sólo porque sí; no todos son nuestros adversarios... Y menos con los gringos que en dos patadas nos acaban...”

Efectivamente, los gringos prefirieron al más maleable Torrijos. A Boris Martínez no le gustaba ser manipulado por los norteamericanos; casi el mismo rechazo que sentía por Arnulfo, lo sentía con los gringos. El 26 febrero de 1969, Boris Martínez, Federico Boyd,

Humberto Ramos y Humberto Jiménez incomodaban a Torrijos y al resto de los policías golpistas. Fueron detenidos y enviados a Estados Unidos.

Por esos días, cuando Rita se enteró, a través del padre Valtierra, de que Monseñor estaba viviendo en el Colegio

María Inmaculada, se lo comentó a su esposo. Los primeros días de marzo fueron a visitarlo.

-Mis queridos amigos, ¿Cómo están? ¿Cómo está la pequeña Rita? –les preguntó el obispo.

-Muy bien, gracias a Dios, Monseñor. Rita está creciendo muy rápido. Ya sabe sacar de sus casillas a la abuela –comentó el doctor José Raúl.

-¿Por qué está viviendo en mi Alma Máter? –preguntó Rita.

-Es que no tengo residencia aún. Monseñor Clavel cedió el edificio del Palacio Arzobispal a la Universidad Católica y la Curia está ahora en El Marañón; pero ahí, no tengo sitio para dormir.

-¿Y está cómodo aquí? –preguntó José Raúl.

-Bueno no estoy tan cómodo como Monseñor Francisco Beckmann, quien dormía en hamaca. Tenía una hamaca colgada en su habitación en el Casco Viejo. El día que le pregunté me dijo: Es la herencia de mis años de misionero” –dijo con una sonrisa el ahora Arzobispo Metropolitano- ¿Y cómo va el trabajo José Raúl?

-Monseñor, con el golpe hemos estado tensos, pero tratamos de seguir nuestra labor. Mis padres son los que han sufrido mucho. Varias de sus amistades han perdido sus trabajos. Alguno que trabaja en *El Panamá América* perdió su empleo de años. A mi padre, en el Banco Nacional, no lo han tocado, pero no sabemos qué pase más adelante.

-¿Y qué piensa él de lo del Mayor Boris Martínez y los otros que fueron expulsados del movimiento? –preguntó el prelado.

-Papá me lo había vaticinado. Algunos de sus amigos conocen a Boris el incorruptible, así le dicen. Parece que el Mayor veía el movimiento como algo pasajero. Los otros, sobre todo Torrijos, están buscando transar con todos.

-¿Qué sabes de la revueltas en San Miguelito y otros sitios?

-Mi padre quería irse a Coclé, pero lo disuadimos. He escuchado que hay algo de guerrillas en Tierras Alta de Chiriquí. Pero la estrategia es ir comprando dirigentes. Eso han hecho con los sectores de izquierda, estudiantiles y demás.

-Algunos colaboradores en la curia me confirman lo que dijiste de Boris Martínez. Me dicen que le ocurrió como a Robespierre. Ojalá que esto sea para bien del país. Me parece que Arnulfo fue a la confrontación en lugar de buscar consensos.

-Siempre ha sido así. El Doctor Arias ve blanco o negro. Nada de tonos grises. Es muy radical –dijo José Raúl.

-Hay ocasiones en que debes procurar los cambios con lentitud. Él no lo ha hecho así –comentó el prelado.

-Vayamos a comer algo, Monseñor. Le debemos la invitación a La Inmaculada. ¿Qué cuenta, usted? –preguntó José Raúl.

-En Santiago hemos hecho algún trabajo de concienciación humana y cristiana, de fomento del cooperativismo para tratar de paliar la pobreza, pero de repente vino el cambio. Acá voy armando mi equipo de colaboradores. Hay algunos sacerdotes muy valiosos con los que estoy trabajando. Pero tengo que ir poco a poco. Me preocupa que el Seminario tenga años de estar cerrado. Es necesario fomentar vocaciones nativas como decía Monseñor Beckmann.

- Hemos estado participando en Los Cursos –dijo Rita.
- Todos estos nuevos movimientos eclesiales son una bendición.
- ¿Y usted qué piensa del Golpe, Monseñor? –preguntó José Raúl.
- Los militares siempre han existido y existirán. Yo mismo trabajé en el Colegio San Jorge de Chile –un santo militar-. Ojalá el movimiento sea para bien del país. Me agarró de improviso, como de improviso he vuelto a la capital. Esperemos que se establezca la situación política. Por ahora creo que me toca ir conociendo cada parroquia. Estoy pensando en una Carta para plantear la puesta en práctica de los lineamientos del Concilio Vaticano II.
- ¿Pero el Concilio terminó hace más de cinco años?
- Sí, así es. Pero su puesta en práctica está aún esperando. No es tan fácil. Es casi un caos. Los cambios a veces producen caos-. Monseñor pensaba en los muchos sacerdotes, religiosos y religiosas que habían pedido dispensas de sus ministerios en los años del postconcilio, en la crisis integrista de Monseñor Marcel Lefebvre, las nuevas realidades laicales que estaban en ebullición. Los cambios se estaban dando, pero había mucha confusión. A parte de los rechazos del mundo cultural y social a la Encíclica *Humanae Vitae*, en la que Pablo VI enfrentaba temas espinosos como el aborto y la contracepción.
- Fue lo que pasó con Arnulfo. Quiso cambiar a los militares con un decreto y se le vinieron encima –expresó José Raúl.
- Es muy probable... Los espero en Pascua para compartir. Dios los bendiga, hasta entonces.

## 6

- Vamos, alineen los carros en la pista y traigan más madera para las fogatas. Hay que iluminar la pista a como dé lugar -gritó el Mayor Noriega.
- Ahí estaba el doctor Jorge Esteban Sierra con su auto para ayudar a la maniobra de aterrizaje del avión en el que llegaba el General Torrijos procedente de México, junto a otros miembros del Gobierno.
- ¿Qué fue lo que pasó? –preguntó el doctor Sierra a Noriega.
- Torrijos estaba en el Clásico del Caribe y allá lo llamaron los maricones de Sanjur, Silvera y Nentzen Franco para decirle que está fuera del Proceso. Pinilla le dijo que a su familia se le garantizaría la seguridad.
- ¿Otro golpe?
- Sí. El Negro Paredes me llamó ayer y yo les dije que contaran conmigo. Tú sabes que Torrijos es mi mentor desde Colón y yo no puedo darle la espalda.
- ¡Uf! Esto no huele bien.
- Nada de tembladera. Por eso estamos aquí –gritó Noriega.
- Como a la una de la madrugada del martes 16 de diciembre de 1969, Torrijos y comitiva arribaban al Aeropuerto Enrique Malek.
- Aquí estamos, General. Aquí nadie se raja -gritó uno de los subalternos de Noriega. Torrijos casi llorando, lo abrazó.
- Comandante, hemos decidido acompañarlo en caravana hasta la capital para poner en orden a los golpistas –gritó alguno de los que estaban en ese momento memorable.
- Durante el trayecto, la gente salía a la carretera Interamericana a saludar al Comandante. Los golpistas estaban en ascuas, pues se enteraron de la maniobra y de la caravana que marchaba hacia la capital. Jorge Sierra empezó a sentir las mieles del poder.

El apoyo dado a Torrijos, le valió a Noriega el traslado de Chiriquí al Cuartel Central en El Chorrillo. De David traía a su esposa Felicidad y a sus dos primeras hijas Lorena y Sandra. Allá dejaba una estela de rebeldes puestos en orden. Incluso se le endilgaba la muerte de Everett Clayton Kimble Guerra, torturado por el propio Noriega en el Cuartel de David.

El ahora Mayor Manuel Antonio Noriega era un hombre con mucha ambición. La ausencia de sus padres –si bien había sido suplida por una tía- le había creado muchos vacíos. Su padre le había dado apellido, pero nunca se ocupó del niño y la madre verdadera murió cuando tenía cuatro años. Las mujeres fueron su refugio, lo que le había causado problemas en Colón y David, de los que salió con ayuda de Omar Torrijos. El poder también era otro de sus anhelos y ahora empezaba a acariciarlo. Tony Noriega, para sus más íntimos, solidificó sus nexos con la CIA, que venían desde su época de institutor. La Agencia prescindió de Rudy Vallarino y de Fulo Araúz, sus hombres en Panamá, por él ahora Director de Inteligencia Militar, que más tarde recibió el nombre de G2: ojos y oídos del régimen. Torrijos le debía mucho, así que le daba carta abierta a todos sus movimientos. De Chiriquí consiguió que trasladaran a su amigo el doctor Jorge Esteban Sierra al Ministerio de Salud.

Un día, mientras charlaban, el médico se atrevió a preguntarle:

-Oye, Tony ¿parece que tú eres el hombre de confianza del General?

-Bueno, los favores se pagan. Yo estoy cosechando lo que sembré. No jodas, que también tú estás en la buena. Tengo a los gringos de mi lado. Siempre hay alguno que quiere joderme, pero tengo gente pesada en la CIA.

-¿Y los sectores de la oligarquía qué dicen? –preguntó el doctor.

-A ellos sólo les importa estar bien. Mientras no nos metamos con sus negocios están tranquilos. Aquí vienen a hacerle la venía a Torrijos. Vamos para largo.

-Me han comentado que la fila para el besamanos parece la de un feudo medieval –dijo el médico con una carcajada.

...

El día que Jorge fue al Santo Tomás con el Ministro de Salud, pasó por la sala 15, donde seguía su amigo José Raúl Torres.

-Amigo, ¡qué bien te ves! –dijo Jorge a José Raúl- Me gustaría conversar contigo. Pasa por mi oficina.

-¿Dónde es? –preguntó el doctor Torres.

-Aquí cerca; en el Ministerio de Salud, detrás de Hacienda y Tesoro. Te espero por allá.

Dos días después, José Raúl hizo el camino del Santo

Tomás a la oficina de Jorge Esteban Sierra. Después de unos treinta minutos de hacer lobby, el amigo del internado lo recibió.

-Buenas tardes, Jorge. ¿Cómo estás? –dijo José Raúl.

-Muy bien; mírame, voy escalando. ¿Y tú, qué tal?

-Bien gracias a Dios. Contento con mi familia. Rita y la bebé están muy bien.

-¡Hijos! No sé si estoy reprobando esa asignatura. Tengo un niño que nació el glorioso día de la Revolución: 11 de octubre de 1968. Casi lo llamo Omar, pero su mamá prefirió Juan Carlos. Ella es doctora. La conocí en el Regional. Yo le mando dinero y cumplo. Creo que también van a trasladarse para acá.

-¡Un niño! ¡Qué bendición!

-Gastos, gastos... eso es lo que traen los hijos. Lamento

no haber usado preservativo esos días que conviví con la doctora.

José Raúl estaba en silencio. Pero se atrevió a decir –Los hijos son una bendición. Dios nos proveerá todo lo necesario para criar y educar a nuestros hijos.

-Por lo menos la mamá es de mi nivel. ¿No te parece? –comentó Jorge con ironía.

-¿Ya lo bautizaron? –preguntó José Raúl.

-Tú sabes lo que pienso de la religión y de la Iglesia.

-¿Qué piensas del Ministro? –preguntó José Raúl para cambiar el tema.

-El Dr. Esquivel es uno de los mejores médicos que hay en el país; lo ha demostrado en el Hospital del Niño. Está proponiendo un plan realmente novedoso “Salud igual para todos”. ¿Puedo preguntarte algo?

-Claro.

-¿Todavía persistes en tus raíces arnulvistas?

-¿Quieres la verdad?

-Sí, seguro que sí. Por las buenas o por las malas tendrías que contármela.

-Seguro que soy panameñista, pero ahora tengo que hacer silencio, pues mi familia depende de mí.-

Este gobierno va a hacer historia. Esto es una verdadera Revolución y yo quiero estar en este

Proceso. ¿Por qué no te unes?

-No, puedo, Jorge. Ellos irrumpieron con violencia el régimen democrático. Eso no es negociable.

-Pues más te vale que vayas pensando en unirse a la Revolución, si no te quedarás ahí en tu sala sin escalar socialmente.

-¿Cómo estás tan seguro de sus buenas intenciones? –preguntó José Raúl.

-Torrijos es un hombre bueno. Está buscando la equidad social que los sectores oligárquicos nunca tuvieron en agenda.

-¡Pero eso es lo que buscaba Arnulfo!

-Un intransigente. ¿Sabes que Torrijos ya tiene apoyo de los gringos?

-Sí ya lo sé, pero... ¿Cómo explicas lo que pasó con Boris Martínez? Ellos mismos están divididos.

-Eran unas manzanas podridas que había que sacar y ya se hizo. ¿Y qué dice tu director espiritual de todo esto? Él también ha entrado en la papa.

-Monseñor está muy cauteloso. Está centrado en sus labores religiosas.

-Mejor que sea así y no se meta en política como Clavel. Mira cómo acabó. Mis contactos me hablan de un cura colombiano que está en Veraguas. Está metiéndole a la gente ideas comunistas, así como Camilo Torres. Únete a nosotros, José Raúl. Ven otro día por acá. Te estaré esperando.

El doctor Jorge Sierra se refería al padre Jesús Héctor Gallego Herrera quien había sido ordenado sacerdote por Marcos Gregorio McGrath en su natal Colombia el 16 de julio de 1967, en la Iglesia del Carmen del Salgar, Medellín. El Obispo lo conoció por intermedio del seminarista veraguense Plinio Mojica quien estudiaba en el Seminario Conciliar de Medellín, a donde McGrath enviaba a sus seminaristas, pues no había en Panamá Seminario Mayor. Mojica habló a Héctor de la pobreza de Veraguas y de la escasez de clero de la diócesis.

Cuando Gallego conoció a McGrath, quedó impactado de su personalidad, su visión de la Iglesia, su compromiso social y sus anécdotas del Concilio Vaticano II. Tanto así que le pidió que lo consagrara sacerdote y que le permitiese venir a su Diócesis en Veraguas. Su



plan de evangelización integral le parecía la mejor manera de encarnar los lineamientos del Concilio. La famosa Conferencia de McGrath en la Asamblea de Obispos en Medellín igualmente lo había prendado, sobre todo cuando el prelado definió los signos de los tiempos:

...son en sí aquellos grandes hechos, acontecimientos y actitudes o relaciones que caracterizan a una época. Proyectan su significado sobre dos niveles. Revelan al estudioso las corrientes subterráneas, las causas y los efectos de los eventos, como también las esperanzas y preocupaciones de los hombres. Quien los comprende, puede intuir con su espíritu la corriente dinámica de su tiempo, vale decir la historia que vive. Así también, podrá mejor influir en ella. El creyente trata de intuir más a fondo. Creyendo en la historia de la salvación, que se plasma en la historia del mundo, él se esfuerza para ver a través de estos signos y las corrientes temporales que revelan, al Espíritu de Dios obrando en el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia la caracteriza...

Ya en Veraguas, a Héctor se le asignó la tarea de acompañar la labor del padre Alejandro Vásquez Pinto en Santa Fe. Allí vio el trabajo cooperativo que el sacerdote había propuesto como una salida solidaria a la pobreza, marginación y abusos de parte de los terratenientes a los que eran sometidos los campesinos. Se les compraban sus cosechas por centavos, pero se les vendían, en los comercios, otros productos a precios opresivos.

El sacerdote corroboró la tesis de Monseñor McGrath: El Evangelio tiene que encarnarse entre los pobres, organizarlos y defenderlos. Eso le ganó la antipatía de algunos poderosos. La primera vez que la Policía lo detuvo, en julio de 1970, Álvaro Vernaza Herrera, primo del General Omar Torrijos Herrera, lo acusó de quemar una planta eléctrica de su propiedad en las elecciones de 1968. El trabajo de Héctor empezó a molestar a los terratenientes y gamonales. En marzo de 1971, tuvo que entrevistarse con el propio Comandante.

El día que fue a la entrevista, antes de irse a Santiago, pasó por la Curia a saludar a Monseñor McGrath.

-¿Qué impresión le dio el General Torrijos, Padre? -preguntó Monseñor McGrath.

-¿No sé Monseñor? Me hicieron muchas preguntas. Me dijeron que ellos estaban comprometidos con los pobres; que la Revolución es un verdadero cambio; también me dijeron que “la igualdad de la que habla Jesús, es lo que busca el proceso que se inició el 11 octubre de 1968”. El que me causó mucha incertidumbre fue un Teniente Coronel... Noriega creo que se llamaba. Me habló del *Informe Rockefeller*; que a los Estados Unidos les preocupa que los movimientos de izquierda estén recibiendo cobijo en la Iglesia; que Medellín pareció una asamblea antiestadounidense.

-Sí ya conozco esa visión distorsionada que está en el informe. Se nos considera peligrosos para Estados Unidos. También he oído que empiezan a patrocinar otro cristianismo que no sea tan católico -dijo el Arzobispo.

-Sé que no les ha gustado mi trabajo con los campesinos, en especial a algunos terratenientes que no entienden de promoción humana y cristiana. Aquel familiar del General, el mismo que golpeó a Monseñor Vásquez Pinto, me culpó de la quema de una planta eléctrica según me dijo Torrijos.

-¿Te preguntó del Plan Veraguas?

-No propiamente; pero me dijo que desea apoyarme en los programas de desarrollo y formación, y que siempre lo mantenga informado de mis movimientos.

-¿Sabes lo que han hecho al padre Medrano? –preguntó Monseñor.

-Sí, he sabido de eso. El Mayor Noriega insistió que “no permita que el movimiento campesino sea infiltrado por comunistas.” Ahora vuelvo a Santa Fe, Monseñor. Tengo mucho trabajo con la organización de la Semana Santa en los campos. Queremos que sea algo muy especial.

-Ve con Dios, Héctor; da mis saludos a Monseñor Legarra y al padre Mojica.

El padre Gallego era un reflejo de la Iglesia que había emergido del Concilio Vaticano II y de la Asamblea de Obispos de Medellín. Se hablaba de una Iglesia comprometida con todo el hombre, con sus realidades mundanas, pero con la mirada puesta en el Cielo. En un célebre documento conciliar, en el que Monseñor McGrath había tenido un papel protagónico se decía:

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia.

Para algunos esto era comunismo; una revolución peligrosa que debía ser erradicada.

## 7

Era domingo 13 de junio. Un sol hermoso levantaba a los panameños. El Arzobispo y sus colaboradores cercanos, mirando los signos de los tiempos y la nueva cultura urbana, habían organizado la I Cita Eucarística para revitalizar la Solemnidad del Corpus Christi que, en la América Hispana, se había hecho mestiza con la creatividad de los misioneros.

Desde San Miguelito, en procesión, fieles caminaban con pancartas hacia el Gimnasio Nuevo Panamá, que el Gobierno Revolucionario había construido en 1969 para albergar los Juegos Centroamericanos y del Caribe. En este abarrotado coliseo, los panameños vieron como Davis Peralta, Pedro “El Mago” Rivas y otros héroes de la patria, habían ganado la medalla de oro en la final de baloncesto al poderoso equipo de Cuba en las mencionadas competencias. Hoy, la Cita era religiosa, y el gobierno revolucionario había facilitado las instalaciones a la Iglesia.

No obstante el ambiente estaba tenso. Las pancartas que portaban los fieles lo atestiguaban: “¿Dónde está Héctor?”

En la noche del miércoles 9 de junio, víspera del Jueves de Corpus, el sacerdote Héctor Gallego había desaparecido. Jacinto Vásquez y otros campesinos de Santa Fe, hablaban de un Jeep de capota blanca. Lo cierto es que durante varios días algunos hombres estuvieron haciendo preguntas sobre al padre a los lugareños.

Luego de venir de la Cita Eucarística, los Torres-Bárceñas almorzaban y platicaban del asunto.

-Tiene que estar en manos de la Policía. Ellos hicieron lo mismo con el Director de Radio Hogar, el jesuita Luis Medrano –dijo con enojo don Raúl Torres.

-¿Cómo estás tan seguro, papá? –dijo José Raúl, recordando el comentario sobre Héctor que le había hecho su amigo Jorge.

-Hace unos meses estoy escuchando Radio Hogar. Los demás medios están controlados por el Gobierno. El padre hizo unos comentarios que molestaron al Gobierno y lo sacaron de Panamá. Claro antes de eso lo golpearon y torturaron según el testimonio de los padres jesuitas.

-La situación con la Iglesia deja mal al Gobierno. La última vez que hablamos con Monseñor nos habló de unos sacerdotes en San Miguelito que han incomodado a Torrijos. Aparentemente, el General piensa que ellos son los responsables de las revueltas que hubo allá los días después del golpe. ¿Lo recuerdas?

-Claro; pero no creo. Eran panameñistas, no curas.

-Efectivamente, pero el Gobierno piensa que los curas y la Iglesia estaba detrás de las protestas. Monseñor me explicó que los padres de Chicago están aquí por un convenio que logró Monseñor Beckmann con esa diócesis.

-¿Sabes que en Radio Hogar pasaron una entrevista con el padre Héctor?

-No, no lo sabía.

-Sí, el nuevo director le hizo varias preguntas que, pensándolo bien, aclaran el asunto. El padre dijo que el logro más importante de su labor en las montañas de Santa Fe fue romper con la dominación de los terratenientes sobre los campesinos.

-¿Pero eso no tiene nada que ver con la Guardia? –preguntó José Raúl, mientras recordaba el comentario de Jorge Sierra.

-¿Quién sabe, hijo? En la misma entrevista contó lo de la quema de su rancho.

-¿O sea que ya lo estaban amenazando? Dios quiera que aparezca.

-¿Cuándo vas a visitar a Monseñor? –preguntó don Raúl.

-Quedamos con él que nos veríamos cerca de la Fiesta de la Virgen del Carmen, pero supongo que ahora estará muy enredado.

El siguiente domingo la conversación en la mesa de los Torres era sobre el mismo tema.

-Monseñor Legarra se atrevió a excomulgarlos –comentó don Raúl a raíz de la Homilía del Obispo de Santiago en la misa televisiva de ese domingo 20 de junio.

-¿Tú crees que eso les importe? –dijo el médico.

-No sé si les importa. Pero alguien se les está enfrentando. Aquí sólo los panameñistas se atrevieron a enfrentar el golpe. Todo el mundo ha transado con la Guardia. Eso era lo que faltaba un líder que guiara a este pueblo.

-Supongo que esto de investigadores privados lo van a planchar –dijo el galeno.

-Dios quiera que los gringos abran los ojos.

-No creo papá. En toda América Latina esa es la tónica. Monseñor nos habló de un Informe Rockefeller en el que la Iglesia es vista como un enemigo de los Estados Unidos.

-Bendito, Monseñor Legarra. ¡Qué hombre tan valiente! Fíjate qué curioso, su discurso me recordó los de Arnulfo: “compartir lo que tenemos con los pobres de Panamá”.

-Pero eso mismo dicen los Golpistas y Torrijos.

-Ellos no son ningunos revolucionarios, hijo. Amanecerá y veremos.

Para 18 de julio, Monseñor McGrath programó una marcha hacia la Iglesia del Carmen. Ese día en Pasadena, como se le llama la zona donde está la Iglesia de El Carmen, se dejaron oír reclamos, peticiones y consignas.

“Queremos al padre Héctor vivo”.  
 “Queremos que nos lo devuelvan vivo”.  
 “¿Héctor dónde estás?”

Delegaciones de cada una de las parroquias fueron llegando. La Iglesia del Carmen se hizo pequeña. Muchos opositores al régimen veían en esta situación la oportunidad de desbancar el proceso torrijista.

Pasaron los días, y la Iglesia Arquidiocesana optó por protestas los días 9 de cada mes.

El domingo 10 de octubre, José Raúl y Rita fueron a misa a La Catedral, tal como habían acordado con Monseñor, para luego ir a almorzar a su nueva casa en Calle Belén, San Francisco. Luego de tomar el almuerzo conversaban de la pequeña Rita que acababa de cumplir cuatro años.

-¿Monseñor cómo va lo del padre Gallego? –se atrevió a preguntar José Raúl.

-Ah, hijo. ¿Qué puedo decirles? Al principio, nuestra lucha era que nos lo devolvieran vivo. Hay muchos detalles que nos hacen mirar hacia la Policía, pero ellos tienen control de todo y no van a permitir investigaciones independientes.

-Yo siento que usted bajó el tono del discurso. Aquel día en la Iglesia del Carmen, la gente esperaba el anuncio de una huelga de brazos caídos y usted empezó a hablar de conversión personal y de sacrificio. Usted pudo cambiar la historia.

-Mi temor es que la lucha se politice. El padre no era un político, José Raúl.

-En Miami, los arnulfitas dicen que usted bajó la guardia. Cesó la presión sobre Torrijos y desarticuló el repudio popular que pudo haber provocado la defenestración del Gobierno de facto.

-La Iglesia no está para tumbar o poner gobiernos. Además temo que si Torrijos cae, los que vengan detrás de él propicien una línea más dura.

-¿O sea usted está a favor de Torrijos? –preguntó con estupor Rita.

-No, no he dicho eso. Torrijos creció en Santiago. Yo fui obispo de esta provincia por cinco años. He visto la marginación y pobreza de la gente. Creo que hay planteamientos de su proceso que coinciden con el Evangelio.

-¿Pero desaparecieron a un sacerdote, Monseñor? –espetó José Raúl.

-Eso me duele muchísimo. Yo acogí a Héctor en Veraguas. Yo lo ordené sacerdote y creo haber sembrado en él la preocupación social. Me siento responsable ante su familia y la Iglesia por su desaparición. Es un hijo espiritual.

-Entonces, la Iglesia debe seguir presionando –dijo Rita.

-Estamos orando todos los meses en una vigilia. Creo que para perdonar a los que se lo han llevado. Pero me preocupa que la estrategia del Gobierno sea dividir a la Iglesia. Los primeros días los periódicos decían, que Gallego era de los buenos curas que el proceso apoyaba, tratando de vender la idea de que no había relación entre la desaparición del sacerdote y el Gobierno. Más tarde se decía que Gallego había desaparecido después de que Torrijos le había entregado cincuenta mil dólares para su cooperativa. Incluso el Ministro de Gobierno y Justicia apareció varias veces en cadena nacional defendiendo la inocencia del Gobierno Revolucionario. Él fue quien amenazó a Monseñor Legarra, cuando éste le pidió traer investigadores privados desde México. Unas semanas después, *Crítica* hablaba de que

Gallego era de los curas izquierdistas y que eso seguro había puesto su vida en peligro. Los campesinos de Santa Fe contaron al obispo que el Procurador Olmedo Miranda les preguntaba si el padre había tenido sexo con las maestras de la escuela. Buscan desprestigiarlo para justificar su desaparición.

-El padre Valtierra nos dijo que hay división en el clero –dijo Rita.

-Seguramente es así. Pero no podemos permitir más divisiones. Me imagino que el padre Florencio se refiere a que Torrijos ha llamado a la Comandancia al padre Carlos Velarde para proponerle una capellanía castrense; y eso ha causado molestias en el colegio presbiteral.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Intentan ganar a los sacerdotes para la causa revolucionaria. Les hacen creer que la Revolución es el Evangelio. Torrijos se ha acercado a Leo Mahon en San Miguelito. Va a sus misas en Cristo Redentor. Saben que el substrato católico es importante aquí y en toda América Latina.

-¿Monseñor, usted teme politizarse? ¿Tiene temor de que le ocurra lo de Clavel?

-Tengo miedo de no ser fiel a Jesucristo y a su Iglesia. No puedo caer en el juego de dividir al pueblo y menos a la Iglesia. Mira lo que ocurre en la Arquidiócesis: Tengo un clero que es cuestionado por cobrar aranceles, pues los padres de San Miguelito no cobran. Los católicos tradicionalistas se escandalizan por las capillas que fundan los padres de Chicago, pues no tienen imágenes. Hay gente que me llama para quejarse de esa Misa típica con tambores; que si yo estoy permitiendo santería en la Iglesia. Igual, otros me cuestionan sobre los curas casados, refiriéndose al diaconado permanente que buscamos restaurar. Me duele lo de Héctor... Yo lo traje a Panamá, pero creo que no lo vamos a encontrar vivo -dijo el obispo a sus amigos Rita y José Raúl.

-¿Por qué claudicar con las presiones directas, Monseñor? Este pueblo necesita un líder. Alguien que lo aglutine para acabar con este proceso nefasto que usurpó el poder en 1968. – dijo el doctor Torres.

-¿Saben qué me preocupa?

-¿Qué Monseñor? –dijeron los esposos al unísono.

-Que los que vengan después de Torrijos sean peores. El pueblo empieza a sentir que alguien que se preocupa por sus necesidades está en el poder.

-Eso también lo hizo Arnulfo. El creó el Seguro Social y muchas otras obras más, Monseñor. Estos tipos no son tan buenos.

-Seguro que sí, pero el mismo Presidente Arias prefirió no provocar una guerra civil; todos somos panameños. El padre Héctor era un evangelizador, no un político... Es muy probable que ya esté muerto –prosiguió diciendo McGrath-. Unos medios en Colombia afirman que los servicios de seguridad de la Zona del Canal interceptaron comunicaciones en las que comentaban que el padre había sido lanzado de un avión o helicóptero.

## 8

-Todo se ha reducido a los *Soliloquios* del obispo. Si quieres léelo –le dijo Jorge a su amigo José Raúl Torres, quien había venido a su oficina, pues él asesor ministerial lo había mandado a llamar:

Héctor, ante todo quiero darte un abrazo; un abrazo de hermano, tan fuerte como aquel que nos dimos cuando fui a verte a Santa Fe en la tarde del 23 de

mayo, cuando manos criminales incendiaron tu rancho. ¿Te acuerdas? Sí, y como aquel otro abrazo con que en la tarde del 6 de junio nos despedíamos aquí en el Obispado. Regresabas a tu Santa Fe. Te aconsejaba yo tomaras algún descanso, pero no; tú estabas de prisa... como siempre. Tenías un compromiso. Yo, sabiendo cómo sueles cumplir tu palabra, no insistí. Te vi salir alegre, ligero, hacia Santa Fe. Siguiendo mi costumbre, y aunque en silencio, te di mi bendición...

¿Es verdad, Héctor, que fueron agentes de la Guardia Nacional —reales o supuestos— los que te llevaron? De no ser así, ¿por qué les respondías tú que al día siguiente bajarías y que a las ocho de la mañana te presentarías en el cuartel? ¿Los conocías personalmente? ¿Podrías confirmarnos la identidad de los que te secuestraron? Porque hay testigos que señalan con el dedo a determinados sujetos.

Otra cosa, Héctor: ¿por qué tu voz se apagó como un gemido, cuando los criminales te llevaron a la camioneta? Te perdiste en la noche, pero... dinos, ¿qué pasó?

Habla tú. Di lo que realmente hicieron contigo. ¿A dónde te llevaron? En nombre del pueblo de Dios en general, de tus papas, hermanos y familiares en particular, en nombre de la Iglesia, quiero preguntarte: ¿Dónde estás? ¿Te podemos contar todavía en el mundo de los vivos o fuiste ya al más allá donde todo gozo es cumplido, allá donde se realiza sin fallos nuestra esperanza cristiana? ¿Te estrangularon? Da escalofríos la pregunta, pero hay que hacerla, Héctor. ¿Te mataron?

Sé que si tal sucedió, tú, fiel discípulo de Cristo, has sabido perdonar. Pero dime de una vez: ¿Quiénes fueron los autores del crimen? ¿Qué manos se han manchado con tu sangre, sangre de cristiano fuerte, de profeta y sacerdote del Señor?

-¿Pero menciona la Guardia como posibles responsables del hecho? —preguntó José Raúl.

-¿Y eso qué? No hay pruebas directas que incriminen a la Policía. Además los gringos prefieren a los militares para los tratados. La estrategia es el Canal: La lucha de tus queridos mártires.

-Sí, ya mi papá me lo había profetizado —dijo José Raúl con tono de decepción.

-¿Escuchaste lo que dijo Torrijos en el aniversario de la Revolución? —preguntó Jorge Sierra mientras sacaba algo de su escritorio-. Oye este párrafo del discurso:

Que sepa el mundo que nos está escuchando, hasta donde han sido tan ruines determinadas mentalidades de los Estados Unidos, que a nosotros nos pagan..., a Panamá le pagan, por el alquiler de una franja de 250 millas cuadradas, un millón novecientos mil dólares. Mientras el Empire State produce trece millones de dólares netos al año. Miren esas cifras, señores. Miren hasta donde llega la ruindad de ellos... Y a la hora en que Panamá se sienta decepcionada en la mesa de negociaciones... a la hora en que nos engañen..., a la hora en que notemos que nos piensan seguir engañando..., yo vendré aquí, señores, y les diré: Pueblo panameño, nos están engañando. Y ahora queda un solo recurso. Y este recurso es que una sola generación ofrende su vida para que otras generaciones encuentren un país libre... Omar Torrijos no es héroe con sangre ajena. Omar

Torrijos los va a acompañar a ustedes, y los seis mil fusiles de la Guardia Nacional estarán para defender la integridad y la dignidad de este pueblo. Porque cuando un Pueblo comienza un proceso de descolonización, pueden pasar dos cosas: O nos colonizan del todo, o tienen que llevarse toda su tolda colonialista. ¡Y se la van a llevar, señores! ¡Se la van a llevar!

-Se aprovecha de los Mártires. ¿Dónde estaba él esos días de enero?

-En Colón. No tuvo nada que ver en lo del 9 de enero.

-Reprimiendo y encarcelando en Colón –dijo José Raúl refiriéndose a Torrijos.

-Eso es pasado, José Raúl. Torrijos sí sabe negociar con los gringos, y ellos están creyendo en Omar. Cada vez son más los oficiales que toman cursos en la Escuela de Las Américas. Hasta dinero han empezado a enviar.

-Seguro... Para endeudarnos.

-¿Cuándo te unes al proceso, Torres? Arnulfo es el pasado. El prestigioso Doctor Esquivel está cada día más comprometido con la lucha revolucionaria... La última, tu compañero del Instituto, el mismo que estuvo en la resistencia a la Revolución, ya está nombrado en el sistema.

-¿De quién hablas? –preguntó Torres.

-Hazte. Tú sabes de quien hablo. El idealista y revolucionario Hugo Spadafora. Estuvo en El Real de Darién y ahora está en San Miguelito.

-Sí ya había oído del acercamiento de Hugo al proceso.

-¡Oye! Acompáñanos este viernes al Gimnasio Nuevo Panamá. Voy con varios de mis amigos. Creo que el General va estar. Hay una tremenda función de boxeo con “Pipermín Frazer” y el hombre que va a vengar a Laguna: Roberto Durán.

-¿No sé? Creo que tengo algo con Rita y los niños –dijo José Raúl.

-¿Niños? –preguntó Sierra- ¿Pensé que sólo tenías a la niña?

-Rita y yo esperamos otro bebé que ya cuenta –dijo Torres.

-Bueno, te conviene empezar a tener buenos contactos, si piensas tener más hijos –dijo entre risas Jorge- ¿Eres un cuy o qué? Llámame el jueves.

En todo el trayecto hasta su casa, repasaba cada palabra de su colega. “¿Será cierto que los militares son tan buenos?” Cuando llegó a casa, Rita estaba durmiendo a su primogénita. Estaba en el sexto mes de embarazo y trataba de cuidarse mucho para evitar que ocurriese como en el primer parto.

-¿Por qué llegas tan tarde? –preguntó la mujer.

-Estaba en una reunión con Jorge.

-¿Y eso?

-Jorge me ha estado hablando de las bondades de la Revolución; que me una al Proceso. Hasta me recordó lo que habíamos conversado del doctor Spadafora.

-¿Y qué piensas?

-¿No sé? Me siento confundido. Con esto de los niños, el presupuesto aumenta. Cuando fui a María Inmaculada y me hablaron de la colegiatura, pensé que necesitaba un aumento para poder cubrir los gastos mensuales.

-¿Y tú papá qué va a decir?

-Seguro se va a enojar. Él es tan intransigente como Arnulfo. Tal vez es hora de aceptar la realidad: Arnulfo es el pasado. Jorge me invitó a una función de boxeo este viernes.

-¿Y piensas ir?

-No lo sé.

-¿Y si oramos para ver cuál es la voluntad de Dios?

-Ya estoy cansado mujer. Reza por mí.

Ese viernes 10 de marzo de 1972, José Raúl fue hasta el Gimnasio Nuevo Panamá. Fue a la puerta de terreno, donde Jorge le había dicho que iba a dejar su boleto. Había una buena concurrencia. Cuando divisó a Jorge, se acercó a saludarlo.

-Hola amigo. Bienvenido. Mira te presento a muchos de mis amigos.

Ahí estaban los miembros del Estado Mayor Armando Contreras, Rodrigo “Botita” García, Rubén Darío Paredes, Manuel “Fulo” Araúz, Manuel Antonio Noriega. Torrijos llegaría más tarde.

-Esos dos que viste hoy van a ser campeones mundiales –dijo Jorge refiriéndose a Enrique Pinder y Roberto Durán, quienes pelearon antes de la pelea de título mundial de “Pepermín” Frazer.

José Raúl no estaba muy cómodo; pensaba en lo que diría su padre. Cuando de repente vio a una mujer que creía conocer. Ella se acercó hasta el doctor. “Sí es ella”.

-Buenas noches, José Raúl. ¿Tú, aquí? –preguntó ella con asombro.

-¿Qué tal Bárbara? –dijo Torres a su excompañera del Instituto Nacional.

-¿Cuánto tiempo Josecito? Supe que te casaste con una enfermera.

-Sí así es. Ya tengo una niña con Rita, quien está embarazada.

-¡Wao!

-¿Y tú tienes hijos? ¿Te casaste?

-No. Yo no tengo la dicha de haberme casado. Vivo muy bien. Tengo buenos amigos entre la Policía. Trabajo en la Comandancia como civil.

-¡Qué bueno!

La mujer lucía despanpanante. El vestido rojo delineaba su figura y el peinado para arriba, como era la moda, le iba bien. Había sido el amor platónico de José Raúl en sus años de colegio, quien recordó la frase que un amigo se atrevió a revelar: “José Raúl es demasiado santo para mí”.

-¿Cómo llegaste aquí? –preguntó la mujer.

-Un colega que está muy cerca del Proceso me invitó. Mira allá está.

-Entonces, estás bien conectado. Está entre el Estado Mayor –dijo Bárbara.

-Vine a distraerme un poco.

-Bueno, te doy mi tarjeta. Cualquier cosa, estoy a la orden en la Comandancia –dijo la mujer.

-Seguro. Muchas gracias –dijo el doctor Torres que era bombardeado con imágenes de sus años en el Nido de Águilas- “¡Cuánto me gustaba esa mujer!”

Esa noche Alfonso “Pipermín” Frazer se coronó campeón de los pesos súper ligeros o junior welter -140 libras- al vencer al guerrero argentino Nicolino Locce, el intocable, quien estaba ya en el ocaso de su triunfadora carrera. El proceso acuerpaba todas las actividades deportivas, pues las masas gozaban con los triunfos de nuestros atletas.

Aquella madrugada, José Raúl llegó muy tarde a su casa en Betania. Rita se había cansado de esperarlo. Cada día iba creciendo su cercanía con los amigos de Jorge y su alejamiento de casa.

El lunes 26 de junio de 1972, el hijo del pueblo, Roberto Durán, aquel que había soñado con ser más grande que Ismael Laguna, tenía la oportunidad de vengar al Tigre de Colón, quien había perdido dos veces con el escocés Ken Buchanan. En el Madison Square Garden



de Nueva York, había unas veinte mil personas. En Panamá, las calles estaban en silencio. Mucha gente estaba delante de sus televisores para ver la pelea.

José Raúl estaba en casa con Rita y sus dos hijos. Esa noche memorable, Durán ganó. El día del recibimiento miles se agolparon en el Aeropuerto de Tocumen. Por supuesto Torrijos lo esperaba en la Comandancia. El General iba ganándose al pueblo. Su invento de los Quinientos cinco Representantes de Corregimiento gustó. “Hay que consolidar la Revolución”-dijo en ese momento-. Los 505 aprobaron la nueva Constitución de 1972 que bautizó al General como “Líder Máximo de la Revolución Panameña”. Se rodeó de civiles que apoyaran su Reforma Agraria y la creación de escuelas hasta en los campos más remotos. Los gringos apoyaron su populismo torrijista, la creación de un centro bancario y veían con buenos ojos que los militares negociaran el nuevo tratado. Al igual que en toda América Latina, era mejor tener dictaduras militares que gobiernos comunistas: “No más Salvador Allende que cause problemas y menos Castros”.

Torrijos estructuró todo un plan de trabajo a corto y largo plazo. En 1973, logró que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sesionara en Panamá. Y aunque Estados Unidos vetó las proposiciones panameñas, la vitrina sirvió para ganar muchos amigos y aliados para la causa canalera.

Para incomodar a los gringos, el General empezó a simpatizar con los llamados Países No Alineados; un término que se inventaron para referirse a las naciones que, supuestamente, no estaban con ninguno de los dos grandes bloques de la política mundial: capitalismo y socialismo. Hasta se buscó aliados entre sectores de la Iglesia. Su hombre de confianza en los temas canaleros, Juan Antonio Tack, profesor en el Colegio Javier de Panamá, había conocido a un jesuita extraordinario especialista en temas de economía, Xavier Gorostiaga; y decidió invitarlo como asesor para los temas canaleros.

En la reunión del clero arquidiocesano de octubre de 1973, la situación estaba tensa.

-Padre Guardia -dijo un sacerdote en la asamblea-, creo que la Iglesia Panameña se merece una explicación sobre la participación de un sacerdote jesuita en el Gobierno de Torrijos.

El padre Fernando Guardia, panameño y miembro de la Compañía de Jesús, era el Vicario de Pastoral del Arzobispo Marcos McGrath.

Monseñor McGrath, quien se había mantenido en silencio en medio del ambiente caldeado, interrumpió.

-Sí es cierto, padre. Yo acepté la solicitud que el Ministro Juan Antonio Tack hiciera al padre Xavier Gorostiaga para asesorar al equipo negociador de los Tratados. El propio padre tenía sus reservas por su amistad con el padre Héctor, no obstante yo le he dicho que la causa canalera es un asunto nacional. Me parece que honramos la memoria del padre Gallego al apoyar esta lucha, que no la inició Torrijos.

-¡Pero Monseñor! -refutó el sacerdote-. Con esto estamos avalando todo lo que Torrijos ha dicho de la Iglesia y el clero. -El padre sacó un periódico del libro que portaba y añadió-: ¿Monseñor, recuerda la carta que Torrijos dirigió al Senador Kennedy?:

El Gobierno era un matrimonio entre Fuerzas Armadas, Oligarquía y malos curas. Y como los matrimonios eclesiásticos no admiten divorcios, aquella trilogía de antipatriotas parecía indisoluble. El oligarca explotaba los sentimientos de vanidad y de lucro de ciertos militares incluyéndolos en sus círculos sociales, e incluyéndolos también en la participación de sus empresas. El militar prestaba su fusil para silenciar el Pueblo y no permitir que la clase

gobernante fuera “irrespetada por la chusma” frenética, como llamaban al Pueblo. Y los malos apóstoles de la iglesia bendecían este matrimonio para sentarse a la mesa como invitados y poder disfrutar los beneficios del poder.

-Claro que conozco la nota; es de 1970 -dijo Monseñor-. Como les dije la última vez, no debemos caer en el juego de la división. Nuestra tarea es mantenernos unidos a la Iglesia.

-Pero usted debe manifestarse, y no apoyar a un Gobierno que habla así de los sacerdotes. Es más, hasta irrespetan su autoridad. He sabido que Torrijos ha decidido nombrar capellanes para la policía. ¿Quién es el obispo, usted o el Comandante? -arguyó el cura-. Todos han transado con la Guardia. Compraron a los comunistas, a los líderes estudiantiles, a los obreros, a los campesinos... Y ahora pareciera que hasta la Iglesia acepta sus propuestas -terminó diciendo el sacerdote.

-No estamos apoyando al Gobierno, padre. Apoyamos una causa nacional -dijo el Arzobispo.

Uno de los capellanes, cercanos al General Torrijos, pidió la palabra.

-Hermanos sacerdotes, nosotros hemos aceptado la invitación del General a dar un servicio pastoral a las tropas, porque creemos que los militares también son hijos de Dios. Fíjense ustedes, cuántos cambios han ocurrido en tan poco tiempo. Los ministros de Torrijos son gente de clase media y baja. ¿Cuándo un negro podía acceder a Ministro o Magistrado? ¿No creen que esto sea una verdadera Revolución? -dijo el presbítero.

Otro miembro del clero, pidió la palabra.

-Discúlpeme, padre, pero casi está santificando el Proceso Revolucionario. ¿No cree que los muertos que llevan a cuestras lo demeriten?

-Perdóneme, padre, pero ya el Nuncio ha aclarado que el Vaticano reconoce que el General Torrijos no tiene nada que ver con la muerte del padre Héctor Gallego, a quien supongo se refiere su comentario -dijo el padre Velarde.

-Hermanos presbíteros -interrumpió Monseñor-, esto es lo que no podemos permitir. La Iglesia es una; y ante todo, la unidad debe prevalecer. Esta división es dolorosa. Es cierto que Torrijos me pidió nombrar algunos capellanes de su confianza, pero he procurado que los padres que han aceptado su invitación se mantengan en contacto conmigo. He pedido a Monseñor Lewis, Obispo Auxiliar, que esté muy de cerca de los capellanes -concluyó Monseñor McGrath, antes de dar la bendición.

Torrijos logró que el Canal se convirtiera en la religión de los panameños. Hasta el Arzobispo se unió a su causa. También otros elementos fueron aprovechados por el Comandante y el Gobierno Revolucionario.

De eso conversaba Jorge Sierra con su amigo José Raúl, a quien iba convenciendo de dar el salto revolucionario.

-El General es muy sabio. Cada triunfo de Roberto “Manos de piedra” Durán, es celebrado. Sus peleas paralizan la nación y Torrijos luego lo recibe en la comandancia.

-¿Y si está utilizándolos a todos para sus fines?

-El fin justifica los medios, Torres. “Yo soy: yo y mis circunstancias”. ¿Cuándo Panamá llegó a tener cuatro campeones mundiales de boxeo? Hay que saber aprovecharlo e igual todos los triunfos del baloncesto o la hípica. Remón quiso ver este día.

-Todavía tengo mis reticencias, Jorge.

-Hasta tu Obispo... ¿Qué te ha dicho McGrath?

-Es cierto. Estos días que fuimos a verlo y nos habló de una carta que envió a su madre.

-¿Y qué decía la carta?

-Es que hay muchos zonians católicos que están descontentos con la postura de McGrath y han escrito o llamado por teléfono a la mamá del Obispo para quejarse del nacionalismo del prelado.

-¡Wao! Esa no me la sabía.

-Luego del Consejo de Seguridad, McGrath dio una entrevista en ABC, que fue difundida en Cadena Nacional en los Estados Unidos. Habló de justicia social en los nuevos Tratados, de lo irrisorio de la anualidad, del Tratado Hay Buneau Varilla. Los zonians se encresparon.

-¿Entonces qué esperas tú? Mira cómo se han unido compositores y artistas que cantan, pintan, bailan y exponen en su arte la lucha canalera. El sentimiento de nacionalismo camina por las calles de Panamá. En cada obra que se inaugura, los discursos versan sobre la lucha canalera. Mira cómo los vecinos nos apoyan. A cada rato están por acá los presidentes de Colombia, Costa Rica y Venezuela.

-Es que un día, el propio McGrath nos dijo que él temía que los que están detrás de Torrijos no sean tan buenos como él.

-Si te refieres a Tony, estás hablando con uno de sus hombres de confianza. Noriega es fiel a Torrijos y a los gringos... Bueno, hay sectores que no gustan de él. En estos días, Tony supo que alguien de la Agencia contra las Drogas (DEA) había recomendado al Presidente estadounidense que lo eliminara.

-¿Drogas? ¿No veo la relación?

-Seguro son envidias de algunos políticos. Gracias a Dios, todo se ha resuelto.

-Esos son mis temores: ¡Que detrás de la lucha por la soberanía se escondan las ambiciones por el poder y quién sabe qué otras cosas!

-Torrijos da a los negociadores las claves de la discusión: “Es una humillación para Panamá no gozar de soberanía en la Zona del Canal.” “Lo de las bases militares que existen en Panamá, sobre todo luego de la Segunda Guerra Mundial, es un problema para discutir después”. “El asunto medular es convencer a los yanquis de que Panamá merece gozar de su soberanía.”

-Mi padre dice que todo es retórica falaz.

-Voy a invitar a tu papá a una tarde de cerveza y mariscos en mi casa para que converse con Chuchú Martínez, Ricaurte Soler y Juan Materno Vásquez. Ellos son la gente que ha creado todas estas frases que ya van siendo parte de la Filosofía Latinoamericana:

Nosotros no somos anti yanquis. Somos anticolonialistas...

El que da cariño, recibe cariño...

Lo que quiero para mis hijos, lo quiero para mi pueblo...

Yo no quiero entrar en la historia, yo quiero entrar en la Zona...

Aquí no estamos ni con la derecha, ni con la izquierda, estamos con Panamá...

Pueden estar ustedes seguros de que en nuestras negociaciones con los Estados Unidos de Norteamérica, nos encontrarán siempre de pie, nunca de rodillas...

Estoy convencido que cuando se le haga saber cómo se forzó a Panamá a ceder la soberanía sobre el canal, no dudará en reparar esa injusticia. El problema es que el pueblo de Estados Unidos nunca supo la verdadera historia del canal...

Juntos conjugaremos el verbo "descolonizar", no en la letra sino en la acción, a sabiendas de que nuestro Pueblo ha aprendido a escribir el abecedario de la libertad, no con tinta sino con sangre.

Por último, como un mensaje muy especial que me ha pedido la ciudadanía, queremos decirle a la conciencia mundial, y que esto quede bien claro en la mente de todos, que nunca hemos sido, que no somos, ni nunca seremos, Estado asociado, colonia o protectorado... , ni queremos agregar una estrella más a la bandera de los Estados Unidos...

## 9

-Incluso McGrath está apoyando la lucha por la recuperación del Canal –dijo José Raúl a Rita, quien tenía cuatro meses de embarazo, mientras iban con sus dos hijos hacia la playa de Farfán, cerca de la entrada del Canal en el Pacífico.

-¿Por qué dices eso? –preguntó Rita a su esposo.

-Acaba de publicar otro ensayo sobre la causa canalera. Este se llama *El Canal: una visión cristiana*. Hace unos meses escribió el primero titulado *¿Estados Unidos y América Latina: amigos o enemigos?*

-¿Por qué está tan metido en estos temas del Canal? –preguntó ella.

-Recuerda que desde 1964 ha dado muestras de su nacionalismo y de su visión sobre el Canal. Hasta nombró a un cura como asesor de los negociadores. Yo te hablé de eso.

-¿A mí? Seguro que fue con otra persona –dijo Rita.

-Ya vienes con tus celos infundados –reclamó el doctor.

Era verdad, lo había conversado con Bárbara que, en ocasiones, iba por su oficina en el Ministerio de Salud. Cada día, la mujer se le sugería más al ahora prestigioso asesor de salud. José Raúl había aceptado las ofertas de Jorge de irse a trabajar con él en tareas administrativas; por supuesto que por más dinero. Paulatinamente, el doctor Torres fue ganando espacio y amigos en el Proceso. Sus padres y su esposa no comprendían sus nuevas decisiones. Él hablaba de las necesidades económicas y de la bondad de la Revolución octubrina.

José Raúl y Rita esperaban otro hijo. La pequeña Rita Esther ya tenía ocho años y estaba en cuarto grado en el Colegio Internacional de María Inmaculada ubicado en La Alameda, corregimiento de Betania. Su segundo hijo, José Ricardo, había nacido el 17 de septiembre de 1972. El doctor se asombró cuando Rita le dijo que estaba embarazada por tercera vez. Con más frecuencia, sus compromisos políticos y laborales lo retenían fuera de casa; e igualmente lo exponían a tentaciones de todo tipo, sobre todo de mujeres. Sus nuevos amigos del Proceso eran famosos por sus líos de faldas y “queridas por aquí, amantes por allá”. Rita notaba la distancia en la relación, y buscaba que José Raúl estuviera con ella y con los niños por lo menos los fines de semana. José Raúl ya no iba a misa los domingos.

Rita trataba de no faltar a la Eucaristía. Ese domingo logró convencer a su esposo de llevar a los niños a pasear.

-Ya casi no juegas con los niños –dijo Rita a su esposo mientras estaban en la orilla de Farfán.

-¡Ah, mujer! ¿Cómo quieres que juegue con los niños, si no tengo tiempo?

-Desde que me dijiste que dejara mi trabajo, y que tú te ibas a encargar de todos los gastos, te hemos perdido –lamentó la mujer.

-¿Quedamos en eso, no? ¿Acaso falta algo en casa? ¿No tienes todas las comodidades?

-Sí, así es.

-¿Entonces cuál es el reclamo?

-Temo perderte José Raúl.

El hombre miraba a lo lejos. Desde ahí, se veían los barcos entrando y saliendo del Canal. Más al fondo se divisaba la zona de Amador y el Coast Way que, con las rocas de Corte Culebra, habían construido los gringos para unir las islas Naos, Perico y Flamenco.

-No pasa nada mujer. Estoy contigo y con los niños. Gracias a Dios acepté las ofertas de Jorge. ¿Dime cómo íbamos a sostener este hogar?... Es el trabajo, mujer.

No era verdad del todo. No había infidelidad física, pero cada vez había menos tiempo para la familia y más exposiciones a las “amigas del proceso”; así las llamaba su amigo Jorge Sierra.

-Papi, saquemos conchitas de la arena –dijo Rita Esther, quien disfrutaba de la playa.

-Seguro que sí, hija –dijo José Raúl que tenía un gran conflicto interior. Había más dinero, pero su corazón estaba dividido.

-Mira ya he ido a hacer las averiguaciones para que des a luz en el San Fernando. ¿Cuándo soñaste con eso?

-Eso no lo es todo, José Raúl. Preferiría ir al Seguro Social con tal de que estuvieras más tiempo con nosotros.

-Déjate de tonterías. Bien sabes que en el fondo te gustan las comodidades.

La pequeña Marta Raquel nació el 10 de enero de 1976.

Don Raúl y su esposa estaban molestos con su hijo porque había “transado con los gorilas” a cambio de dinero. José Raúl se justificaba diciendo que Torrijos se había ganado el apoyo internacional para la causa panameña, cosa que nunca había logrado el Fufo.

Un día cuando almorzaban en casa de sus padres, el doctor se atrevió a decirles: -Si Carter gana las elecciones, tendremos el Tratado.

-¿Cómo estás tan seguro? –preguntó don Raúl.

-Hace unos días estuve en una reunión y estaba allí uno de los negociadores: Aristides Royo.

-¿Aquéel amigo del Instituto? –comentó Don Raúl.

-Sí. A los que estábamos ahí, nos dijo: -Estamos cerca. Muy cerca.

-Pero ellos no son las únicas voces del país, hijo. Los exiliados tienen algo que decir.

-Ahora no es su momento. Cuando los tratados se firmen, volverán. Ese es un requisito que los Estados Unidos piden para firmar el Tratado.

-Torrijos se aprovecha de la sangre de los mártires –reclamó don Raúl.

-Él ha sabido aglutinar todas las corrientes.

-Sí, y los gringos han comido del cuento.

-Jimmy Carter es un “pastor religioso que siempre busca el bien de su gente.” Además, con los demócratas siempre hemos ganado, papá. La historia lo dice: Franklin Roosevelt, Kennedy, Johnson... Con los Republicanos no nos va bien.

-Parece que estuvieras embrujado, hijo –dijo el progenitor.

-Deja de faltarme el respeto, papá. Soy un adulto y he tomado mis decisiones como tal. Ustedes, los panameñistas, todo lo ven blanco o negro, nunca aceptan tonos intermedios.

-No se puede transar con la verdad, hijo. La verdad es una, única e irrepetible.

-Eso es lo que Arnulfo les enseñó: ¡Que la verdad es sólo de ustedes! Torrijos ha sabido hacer el consenso con todos los sectores. Debes valorar eso.

-¿Sobre los cadáveres de muchos? –preguntó don Raúl.

¡Recoge, Rita, nos vamos! –dijo el doctor enojado por los comentarios de su padre.

Era cierto, a José Raúl no le habían hecho ningún trabajo, brujería o maldición: Había tomado sus decisiones, pero su libre albedrío lo había expuesto al peligro. A veces se quedaba horas en su oficina, después de las horas de trabajo, y encontraba compañía en Bárbara.

Efectivamente, cuando Jimmy Carter tomó posesión en enero de 1977, su visión de la política exterior era ganar amigos. Las imágenes de Vietnam seguían frescas en las mentes estadounidenses. Sus nuevos negociadores eran gente con otras intenciones. Torrijos los llevaba a la paradisíaca Isla Contadora en el Archipiélago de Las Perlas, y ahí se daban las conversaciones, que dejaron de ser tensas.

El General decía a sus negociadores: “Cuando hablo con Ellworth Bunker me siento como escuchando a mi abuelo”. Él y Sol Linowitz eran los nuevos hombres de Carter. A pesar de la reticencia de algunos sectores republicanos, el Presidente estaba decidido a la limpieza moral de la política exterior yanqui. El colonialismo -la arena a la que lo había llevado Torrijos- le parecía algo del pasado. Y firmó los Tratados con Omar Torrijos el siete de septiembre de 1977, en los que se ponía límite a la presencia estadounidense en el Istmo.

Torrijos se unía a líderes de la talla de Harmodio Arias (1936) y José Antonio Remón Cantera (1955) quienes habían logrado importantísimas reivindicaciones en lo que los estudiosos llamaron la etapa revisionista. El Comandante se podía enorgullecer de haber presidido y empujado, con este pacto, la etapa abolicionista; si bien era un proceso de dos décadas, se garantizaba la eliminación de la Quinta Frontera como le gustaba decir al Viejo.

En su discurso en la firma del pacto, en la Sede de la Organización de Estados Americanos (OEA) en Washington, el 7 de septiembre de 1977, Torrijos manifestó:

Este Tratado que firmaremos dentro de poco y que deroga el tratado que ningún panameño firmó, no cuenta con un total consenso de nuestro pueblo y no cuenta con un total consenso porque 23 años acordados como período de transición son 8,395 días. Porque permanecen en este tiempo bases militares que convierten a mi país en un posible objetivo estratégico de represalia y porque estamos pactando un tratado de neutralidad que nos coloca bajo el paraguas defensivo del Pentágono, pacto este que de no ser administrado juiciosamente por las futuras generaciones puede convertirse en un instrumento de permanente intervención.

A su conciencia, saltaban las imágenes de Leopoldo Aragón, quien se había inmolado el 1 de septiembre en Estocolmo en rechazo a los Tratados. Recordaba a todos los exiliados, Arnulfo Arias y demás. “¿Qué dirían los mártires del 9 de enero?” le reclamaba su conciencia.

Los negociadores, que sabían los sentimientos del General, intuían lo que pasaba por su mente.

-General, hemos logrado bastante -dijo alguno de ellos-; las próximas generaciones deberán seguir con la lucha.

Unos días después, los Torres platicaban sobre lo logrado por el Proceso.

-Mira, papá, las fotos de Torrijos en el Vaticano. Hasta Pablo VI lo ha recibido -dijo José Raúl a su padre en la sala de la casa de éste, aquel viernes 14 de octubre de 1977-. Seguro ya te habrás convencido de su nobleza. Dicen que cuando presentó a Chuchú Martínez al Pontífice, le dijo que era su Ministro de Defensa -y soltó una carcajada.

-Hay algo que no me cuadra hijo. ¿Por qué la inmólación de Leopoldo Aragón? -preguntó el recientemente jubilado del Banco Nacional don Raúl Torres.

-Algo aislado, papá.

-Vamos a ver qué sucede cuando vuelva Arnulfo y los demás exiliados a ver si tu Proceso resiste la prueba del caudillo, crítico acérrimo de los Tratados.

-¿Caudillo, papá? Han pasado diez años. Los viejos se acordarán de sus hazañas... Seguro que vendrá a criticar. Criticar es fácil, papá. Arnulfo nunca ha podido sacarle nada a los gringos. Mira todo lo que ha logrado Torrijos.

-Nunca lo dejaron gobernar, hijo.

-Arnulfo sabe ganar elecciones, pero no sabe ser Presidente. Siempre es antagonista, nunca conciliador. Torrijos logró aglutinar a los panameños. Eso hace un líder: sumar y multiplicar.

El Tratado fue aprobado por el pueblo panameño el domingo 23 de octubre de 1977. Para los sectores adversos al régimen, el tiempo establecido por el gobierno había sido insuficiente para denunciar los males del Tratado; sobre todo porque no había medios de comunicación independientes que les permitieran divulgar el engaño de los pactos. La mentira, según Arnulfo Arias líder de la oposición, estaba en que, para ser aprobados por el Senado de los Estados Unidos, a los pactos se les iban a introducir una serie de modificaciones que permitirían intervenciones unilaterales por parte de los estadounidenses, cuando estimarán que la seguridad de la vía acuática lo ameritaba.

De eso quería hablar Jorge con su amigo José Raúl y lo citó a uno de sus sitios preferidos: el Bohío Agewood en Avenida Nacional, cerca del sitio del Polvorín y de Perejil.

-¿Cómo van los problemas con tu mujer? ¿Sigue tan celosa? -preguntó Jorge Sierra a su colega y amigo José Torres.

-Alguien le contó de Bárbara. Supongo que alguna de las enfermeras con las que trabajó, me habrá visto algún día en los que Barbie me esperaba afuera del Ministerio.

-¿Barbie? ¿Tú eres el Ken?... ¿Ya te la tiraste? -preguntó Jorge.

-No. Tú sabes que yo creo en el matrimonio y la fidelidad. Sólo nos vemos para conversar.

-A otro perro con ese hueso. Amigo es el ratón del queso y se lo come. ¿Tú me crees tan pendejo?

-Bueno, nos hemos besado y algo de caricias, pero no hemos tenido relaciones. Pienso mucho en mis hijos; tú sabes cuánto los amo y no quisiera perderlos. ¿No sé si perdí el amor por Rita? Pero mis hijos son mi locura.

-¿Hijos?... Creo que tú te preocupas más de Juan Carlos que yo. Este año has recogido su boletín casi todos los bimestres. Gracias a la providencia, como dices tú, escogiste para José Ricardo el mismo colegio que el de mi hijo -comentó Jorge con ironía.

José Raúl había matriculado a su segundo hijo en el Colegio de la Salle, en el que estudiaba Juan Carlos Sierra, primogénito de su amigo y jefe.

-¿Qué hay de los Tratados? ¿Qué has sabido? -preguntó José Raúl a su colega.

-Esta mañana me llamó Noriega para contarme lo de ayer en la reunión de Estado Mayor.

-¿Qué te dijo?

-Dice que todo era buen humor y camaradería. Me dice que hasta bromeó con Torrijos, porque en la CIA le preguntan si el General también visita a los santeros.

-¿Y eso?

-Todos están sorprendidos, ya que el obispo que casi los tumba cuando lo de Gallego se metió a defender la causa del Canal.

-¿Cómo así? –preguntó José Raúl.

-Es que McGrath anda por Estados Unidos haciendo lobby con los obispos de allá para que hablen al Senado de lo positivo del Tratado.

-¿Y Torrijos qué dijo?

-Lo de costumbre. Que McGrath es un nacionalista, que recordaran la Carta a Truman y sus ensayos de hace unos años sobre el Canal. Ahí Noriega le dijo: “Yo no creo en eso mi General. Todo el mundo busca algo a cambio. En el G2, creemos que el Obispo busca notoriedad. Usted sabe los problemas que tiene en San Miguelito. Leo Mahon le quitó protagonismo; siempre ha tenido celos del padre Mahon. Me imagino que se preguntará ¿Para qué Beckmann trajo a esos curas de Chicago.”

-McGrath siempre respetó al padre Leo; eso Rita y yo notamos cuando lo frecuentábamos –dijo José Raúl.

-Sí es verdad. Incluso Torrijos lo respeta. El único día que se peleó con Mahon fue cuando el cura gringo se atrevió a venir a la Comandancia a decirle que denunciara a los que habían secuestrado al padre Héctor. Torrijos lo largó de la Comandancia. Lo cierto es que “hay ciertas líneas de la actividad pastoral que se realizan en San Miguelito que no son del gusto del Vaticano; hasta investigadores eclesiásticos extranjeros han venido a ver San Miguelito”. Algo así como “comunidades de base” fue lo que dijo Noriega.

-¿Entonces las palabras de McGrath han hecho que la opinión de los Obispos estadounidenses sea favorable a los Tratados? –preguntó José Raúl.

-Sí, hay sectores muy tradicionalistas que han escuchado al Obispo. Creo que el tipo entendió que el Proceso es un cambio para Panamá.

Sin embargo, con el paso de los días, las denuncias de Arnulfo se hicieron realidad. El Presidente Carter permitió la introducción de la Enmienda De Concini y la Reserva Nunn, pues era muy probable que en los debates del senado los convenios fuesen vetados. Las mencionadas enmiendas permitían intervenciones unilaterales de Estados Unidos en Panamá. En una de las acaloradas discusiones, el gobernador de California, el republicano Ronald Reagan, antes actor de cine, exclamó:

Lo compramos, lo pagamos; es nuestro, y seguirá siéndolo.

A los republicanos, les sonaba como el *I took Panama* del líder que apoyó la Separación de Panamá de Colombia con el propósito de construir el Canal: Teddy Roosevelt.

Otros elementos que permitieron que en los Estados Unidos se diese la ratificación de los convenios, fueron las condiciones que Carter impuso a Torrijos: retorno de los exiliados, apertura de medios de información independientes, la formación de partidos políticos. A eso se le denominó “Veranillo Democrático”, término acuñado por los opositores a Torrijos.

El 18 de abril de 1978, cuando el Senado por fin ratificó los pactos, luego de agrios y tensos debates, Torrijos dio unas declaraciones enigmáticas:



Quienes mejor pueden defender el Canal somos los panameños, porque somos los que en un momento dado estamos en condiciones de destruirlo. Y aquél que puede destruirlo y no lo destruye, lo está defendiendo. Y esa capacidad de destruir el Canal es una capacidad a la cual las Fuerzas Armadas, al igual que las futuras generaciones, no deben renunciar nunca.

“¿Por qué habla de destruir el Canal?”, se preguntó algún congresista.

La Seguridad estadounidense se enteró de un supuesto plan para volar las represas de Gatún y Madden para dejar inservible la vía acuática si no se aprobaban los Tratados. Sin los lagos –sin el agua-, el mecanismo de elevación y descenso de los buques es imposible; el Canal iba a quedar deshabilitado por varios años. Se especulaba que Torrijos había denominado a la operación *Huele a Quema* ‘o, parodiando una canción del artista venezolano Oscar De León quien también había compuesto *De Frente Panamá* para apoyar la causa canalera del Istmo:

Realidad los sueños,  
buen panameño, de ti depende  
a poner empeño  
que todo el mundo tu causa entiende,  
porque nuestra lucha será sin duda nacionalista,  
que se pongan claros  
los izquierdistas y derechistas.  
Aquí no estamos con la Derecha,  
tampoco con la Izquierda.  
De frente Panamá.

## 10

-José Raúl ya han pasado diez años. El pueblo ni se acuerda de ese viejo. Hoy va a ser un día como cualquier otro, mi amor –dijo la mujer al médico aquel sábado 10 de junio de 1978.

-No será tan fácil... Lo presiento -dijo José Raúl-. El ambiente está muy tenso. Se siente algo raro. El asunto es que esto puede afectar la visita del Presidente Carter. Noriega ha dicho que debemos cerciorarnos de que la gente de la Universidad tenga control de lo que pueda pasar allá.

-Mi amor. Arnulfo es el pasado; Torrijos es presente. Vas a ver que todo sale a pedir de boca. No debes tener miedo.

-Arnulfo es intransigente. Lo he vivido con mi padre. No se va a rendir.

-Súbete al carro pronto –dijo el médico a la mujer, mientras la recogía en su edificio para ir al Aeropuerto de Paitilla a ver la llegada del Fufo.

-¿Qué le dijiste a tu gordita? –dijo Bárbara con ironía.

-Que debía cubrir los eventos para dar un informe a Jorge –dijo el galeno.

-¿Y te creyó?

-Ya no me cree. Hizo la pataleta de costumbre, pero le di la espalda y me fui.

-Ella y sus bebés. Yo no tengo la bendición de ser madre... Tú haces hijos preciosos... Eso se comenta en el Ministerio.

-Es que soy un papi –dijo el médico para secundar la lisonja de la mujer.

-¡Qué gentío! –dijo la mujer.

-El recibimiento es masivo –comentó José Raúl cuando se montaron al auto para seguir la caravana.

-La gente sale a las calles.

-Esto es inexplicable –espetó José Raúl al llegar al Parque de Santa Ana.

“El Doctor ha vuelto” –gritaban algunos-. “Volveremos” –exclamaban otros-.

-Mira está junto a Mireya Moscoso; dicen que se casó con ella en Miami –comentó Bárbara-. ¿Y si tú y yo nos casamos un día? –dijo la mujer ante el asombro de José Raúl.

La relación con Rita iba en picada. Ella sospechaba que había algo oculto y por eso le había sugerido que fueran a ver a Monseñor McGrath. Pero él le reiteraba: “El trabajo, mujer; eso es todo lo que pasa”.

Sentía mucha atracción hacia Bárbara y ella, por supuesto, se le ofrecía. Él trataba de mantener alguna distancia. “Mis hijos, no quiero perderlos” –se decía-. Él achacaba el problema a Rita. “Se ha volcado en sus hijos, y no cuida su aspecto. Esas libras de más, me desagradan”, dijo un día a su amigo Jorge Sierra.

-Mira como arenga las masas –comentó Bárbara.

-Observa las pancartas “Torrijos vete a la mierda” “El Ave Fénix del Panameñismo”.

Entonces vino un grito comparativo “Ni Don Bosco hubiera reunido tanta gente”. Una mujer, en el clímax de la emoción, gritó: “¡Y todo esto sin trago! ¡Aquí a nadie se le ha dado un trago!”

En el momento culminante el caudillo dijo:

El 11 de Octubre de 1968, fatídico día en que la traición satánica, inspirada por lascivia, avaricia, codicia y envidia, barrió nuestro privilegiado istmo, cubriéndole con gemidos de dolor, sangre y su secuela de cárceles, torturas, homicidios, prostitución, narcóticos, saqueo a mano armada, se inició una era comunistoide policíaca, ya bien observada en otras infelices tierras, cuyos ciudadanos sufren esta doctrina anti natura y naturalmente anti-cristiana.

-¿Cómo es posible que diez años de Proceso sean puestos en duda? ¿Los Tratados, las hidroeléctricas, los ingenios, el aeropuerto, las carreteras y caminos de penetración?... ¿Este pueblo es ingrato o ignorante?” –dijo José Raúl con tristeza.

-Ya, mi amor, cálmate –le dijo la mujer mientras se montaban al auto que habían dejado estacionado cerca de la Dirección Nacional de Investigaciones (DENI) en Avenida B.

Cuando venían de vuelta, José Raúl tenía un conflicto interior. “Mi padre tenía razón”. “Aquí no hay guaro”. “Hijo, el dinero no lo es todo”. “No quiero llegar a mi casa”. “He preferido esta mujer a Rita y a mis hijos”.

-¿Por qué no te quedas un rato? A lo mejor un trago te quita la congoja –le dijo Bárbara cuando se bajaba del carro -

Tu Barbie quiere consolarte –añadió.

Su apartamento estaba en el Edificio Compañy entre Vista Hermosa y Vía España. La invitación de Bárbara fue oportuna. La mujer había buscado muchas maneras de atrapar a José Raúl. Las circunstancias propiciaban la consumación de la infidelidad.

-Está bien, mujer. Me quedo un rato a ver si se me pasa la cabanga –dijo el doctor.

Cuando entraron, ella le dijo: -Voy a ponerme cómoda.

Ahí está el bar. Sírvete un güisqui. Te hará sentir mejor.

Al salir del baño, José Raúl no pudo resistir mirarla. Estaba en una bata japonesa, como un kimono.

-Tú mujer se ha centrado en los niños y en la casa –le dijo ella inteligentemente.

-Un poco, sí.

-Te hace falta cariño, mi amor; y tu Barbie está aquí para darte todo lo que ella no te da. Tómame, Ken, soy toda tuya.

La mujer se abrió la bata. No tenía ropa interior y se abalanzó sobre el doctor. La tristeza por la vuelta del Fufó lo había condicionado a perder el juicio; era la oportunidad que estaba buscando, o nada más que un pretexto para dejarse llevar por la tentación; y no pudo resistir la oportunidad de tener a la mujer por la que había suspirado en el Instituto. Como a las dos de la mañana decidió irse; ya estaba más sobrio.

-No te vayas. Aún puedo darte más –dijo Bárbara-

Quédate conmigo para siempre. Seguro mi vida cambiará...

“Mi vida cambiará” ¿Qué quiso decir Bárbara con eso? –se preguntaba mientras manejaba hacia Betania.

Rita se había quedado esperándolo para escuchar lo que había ocurrido en Santa Ana. Cuando llegó a su casa, eran las tres de la madrugada.

-No quiero hablar –dijo el hombre cuando su esposa le preguntó sobre Arnulfo.

A partir de ese encuentro con Bárbara, José Raúl anhelaba estar con ella. Al menos una vez al mes, dormía fuera de casa, sobre todo los fines de semana. Mentía a Rita diciéndole que iba al interior a trabajar. Lo que a él le parecía muy extraño eran los viajes de Bárbara a Isla Contadora ciertos fines de semana, a unas reuniones de trabajo; esto lo privaba de su compañía.

Días después, todo estaba preparado para la Ratificación de los Tratados. Los detalles estaban en su sitio. El Gobierno Torrijista se parangonaba a otros, de la historia republicana, que habían tenido a presidentes estadounidenses en Panamá. La lista la encabeza Teodoro Roosevelt en noviembre de 1906; William Taft en noviembre de 1910 y en diciembre de 1912; Franklin Delano Roosevelt en julio de 1934 y agosto de 1938; Jimmy Carter era el cuarto presidente yanqui en venir a Panamá.

Sin embargo, había sectores en desacuerdo con los Tratados. Los panameñistas y algunos sectores universitarios buscaban dañar la fiesta. Manuel Antonio Noriega, responsable del G2, Inteligencia Militar, tenía hombres infiltrados en diversos escenarios. No podía permitir protestas y revueltas de ninguna índole.

El miércoles catorce de junio, a manos de civiles armados para el caso, y en medio de un extraño apagón, cayeron en la Universidad de Panamá Demóstenes Rodríguez y Jorge Camacho, jóvenes universitarios que protestaban por las fallas que presentaba el Tratado; ellos no habían querido doblegarse a las prebendas del Proceso Revolucionario, que había comprado a los dirigentes estudiantiles.

Jimmy Carter, su esposa Rosalyn y toda la comitiva arribaron al Aeropuerto de Tocumen a las tres de la tarde del viernes 16 de junio de 1978. Fueron invitados miles de panameños del interior; caravanas de buses y chivas de todas las provincias arribaron a la capital. Había que dar a los visitantes y al mundo la mejor impresión: “Todo Panamá acuerpa los Tratados”. De Tocumen se trasladaron al Gimnasio Nuevo Panamá, en donde se dio el intercambio de notas de aprobación de los convenios canaleros.

La siguiente etapa era la Plaza 5 de mayo. El tradicional sitio de los aniversarios de la Revolución del 11 de octubre. El panorama era espectacular. Todos los escrúpulos de Torrijos habían desaparecido. Los invitados de lujo lo presenciaban: Carlos Andrés Pérez

Presidente de Venezuela, Alfonso López Michelsen de Colombia, José López Portillo de México, Rodrigo Carazo Odio de Costa Rica y Michael Manley Primer Ministro de Jamaica.

La visita de Carter tranquilizó a Torrijos. “El pueblo está contigo Omar”, “Viva la Revolución de octubre” -gritaba la gente.

Todo salió como estaba previsto. Se dio la mejor cara de Panamá al mundo, pero en la mente de Torrijos estaba lo que iba a sorprender a sus amigos e incondicionales.

Los primeros días de agosto del 78, Jorge llamó a José Raúl para que fuera a su oficina.

-¿Para qué me mandaste llamar? Estaba con Bárbara en mi oficina –dijo José Raúl al entrar en la oficina de su jefe.

-¿Ya te la comes en la oficina? ¡Ajo! Te vas a enamorar.

-¿Cuál es la noticia impactante? –preguntó José Raúl.

-Noriega me llamó hace un rato.

-¿Y eso?

-Torrijos no quiere ser presidente –dijo Sierra.

-¿A qué te refieres? –preguntó asombrado José Raúl

-Está hablando de un repliegue de los militares. No va a aceptar la propuesta de la Asamblea de los 505. Propuso a Aristides Royo.

-De la Generación del 59 –dijo José Raúl.

-No te entiendo ¿Qué dices?

-Que se graduó en el Instituto en el 59. Alguna vez platicamos. ¡Qué honor!

-Eso no me convence. Los civiles no van a poder aguantar la presión del Fufo y los opositores. La presidencia es la coronación a la carrera y al prestigio internacional del General. Arnulfo no le ganaría en las elecciones del 84. ¡Jamás!

-¿A qué se refería con repliegue? –preguntó José Raúl.

-Irse a los cuarteles, dejar el gobierno en mano de los civiles y poner a prueba la Revolución, para corroborar si el Proceso va más allá de la fuerza de los fusiles –dijo el doctor Sierra.

-¿No confías en los civiles? –preguntó Torres.

-Para nada.

El ungido, Aristides Royo, tomó posesión como Presidente de Panamá el 11 de octubre de 1978; era el décimo aniversario de la Gesta Torrijista. El General estaba ahí en el Gimnasio Nuevo Panamá, pero su rostro no era el mismo. Se le notaba distante; parecía solo.

Esos días, estaba en Panamá la Madre Teresa de Calcuta. Había venido a fundar una casa religiosa en San Miguelito, bautizada como Hogar de San José. Monseñor McGrath aprovechó para invitarla a hacer la invocación religiosa a la Cena de Pan y Vino en el Colegio De La Salle.

Rita había decidido ir a la actividad en pro del Seminario y las vocaciones panameñas, pues le urgía hablar con Monseñor. Llegar hasta él, en medio del Gimnasio de Colegio, no era fácil. Los padres de su esposo le habían hecho el favor de cuidar a los niños. Cuando ya terminaba el evento, logró acercarse al tumulto. Monseñor la vio y le dijo.

-Hola Rita. ¿Qué tal? ¿Y José Raúl?

-De eso necesito hablarle, Monseñor. ¿Cuándo podría verlo?

-Estos días estoy un tanto ocupado. Ven el próximo martes a mi casa. ¿Recuerdas dónde es, verdad?

-Sí, por supuesto. ¿A qué hora?

-En la tarde, como a las seis. Te espero.

-Gracias, Monseñor; hasta entonces.

El martes, como había acordado con el Obispo, Rita fue hasta su casa en Calle Belén.

-Buenas tardes, Monseñor.

-Adelante, hija. ¿Ya comiste? Voy a tomar algo. ¿Me acompañas?

-Seguro.

Cuando terminaron de comer, él abrió el compás. -¿De qué querías hablarme? –pregunto el obispo.

-Ah, Monseñor. No sé por dónde empezar. Estoy pensando en el divorcio.

-¿Qué ha pasado?

-Hace tanto que no hablamos con usted. Allá por 1973, un médico, amigo de José Raúl, lo invitó a trabajar con la Revolución. La economía de casa mejoró mucho. Incluso yo dejé el trabajo para dedicarme a los niños. Él se entregó con alma y corazón a la causa de los militares, a pesar de la oposición de sus padres, que como recordará son panameñistas.

-¿Sí pero y por qué hablas de divorcio?

-Nuestra relación se fue distanciando. Él me decía que tenía trabajo en el interior y a veces dormía fuera de casa. Yo creía todo. No debía dudar de mi esposo. Resulta que unas colegas enfermeras me comentaron que alguna vez lo vieron con una mujer. Y que, en algunas ocasiones, ella lo acompañaba a reuniones en el Ministerio de Salud.

-¿Pero nada más que eso?

-Ya me lo confesó. Le insistí y se hedió de mi presión. Fue, entonces, cuando habló: "Hay una mujer que me da lo que tú no me das." "¿Te has consagrado a tus hijos y yo qué?", me gritó.

-¿No hay ninguna posibilidad de reconciliación?

-No sé nada, Monseñor. Me dijo que pronto se va a ir de la casa; que no me preocupara, que él va a seguir pagando todo. Pero eso no me importa. Yo amo a mi esposo –dijo la mujer entre sollozos. Monseñor la tomó de las manos con las grandes manos suyas.

-Seguro que sí lo amas. Yo lo sé. ¿Crees que él aceptaría conversar conmigo?

-Yo le rogué que viniéramos a verlo antes de tomar decisiones apresuradas; pero me dijo que usted no podría hacer nada.

-Bueno, hija, te prometo orar por ustedes. Tienes que tener fe.

-¡Qué tenga fe, Monseñor! Para usted es fácil tener fe. Usted dice la misa todos los días. ¿Qué voy a hacer con tres hijos? Usted tiene la vida resuelta. José Raúl dándose la gran vida con esa mujer y a nosotros nos tenía encerrados en casa.

-Sé lo que estás sufriendo.

-¿Cómo va a saber lo que estoy sufriendo? ¿Usted ha sufrido alguna vez? –la mujer estaba realmente dolida y era la primera vez que podía explotar. Siempre se contenía, sobre todo por sus hijos-. Usted tiene a Dios... ¿Qué sufrimientos puede tener?

-Sí he sufrido, Rita. Perdí a mi padre a los cuatro años. Mis hermanos y yo quedamos a la deriva. La fe de mamá fue una tabla de salvación para nosotros. Tu fe puede salvar a tus hijos de las heridas que pueda ocasionar esta decisión de José Raúl. No te dejes vencer por el odio; vence al odio con la fuerza del bien.

-Sí, recuerdo que nos contó eso aquella vez en Las Bóvedas... ¿Por qué le hice caso?... ¡Qué ingenua fui!... ¿Sabe lo que me dijo?... ¡Qué nos casamos muy pronto!... ¡Qué yo fui su primera novia!... Gracias a Dios, usted estaba ahí y fue testigo de mis comentarios de entonces...

-Claro, los recuerdo. Y te felicité por tu prudencia. Pues hoy te pido lo mismo. Sé prudente, no hagas cosas de las que mañana tengas que arrepentirte; los más vulnerables son tus hijos. Por ellos, tienes que ser fuerte, valiente y prudente.

-No puedo, Monseñor. No puedo con esto. Mis fuerzas son muy pocas.

A esta altura de la conversación, ya Rita se había desahogado.

-¿Me promete que va a rezar por mí? –dijo la mujer al despedirse del Obispo.

-Cada Eucaristía que celebre, estarás en el altar. Pero tú también reza por mí. Y vuelve cuando gustes. Dios te bendiga.

Efectivamente, el doctor José Raúl Torres se fue de su casa en la Navidad de 1978. Le pidió a Rita que llevara los niños al Parque Urracá para poder sacar algo de sus pertenencias. La madre les hizo creer que “papá se iba al interior del país por razones de trabajo”. Rita Esther, la primogénita, no se creía el cuento; sabía que algo no andaba bien entre sus padres.

José Raúl se metió a apoyar a Jorge Sierra en la nueva tarea que le habían confiado: El PRD. El día que éste se fue a la reunión en Farallón, le dejó a José Raúl algunas tareas que resolver. En la casa de Omar en la playa del Pacífico, estaba escuchando sobre la proyección del Partido Revolucionario Democrático.

-¿Es cierto lo de tu repliegue o es una pantalla para regresar con más fuerza a la Presidencia? –preguntó Gerardo González a Omar.

-Así, es –dijo un seguro Torrijos.

-¿El Proceso podrá seguir sin ti? -le preguntó Sombrero Loco, así apodaban a Gerardo González.

-Seguro que sí. Para eso los he llamado. Hay que formar un partido político que dé continuidad a lo que hemos logrado –respondió el General.

-Pero hay muchas corrientes dentro del Proceso –arguyó González-. ¿Cómo vamos a congeniar gente tan diferente? Tú sabes... Ramiro Vásquez y Aristides son más cercanos a las izquierdas; en cambio, “El Toro” y el Negro Paredes son más de derecha.

-Para esos los traje aquí. Debe ser una mezcla panameña muy particular: algo de capitalismo y algo de socialismo; la clave es producir con la derecha y repartir con la izquierda. En estos meses, tenemos que crear los estatutos y darle cuerpo al asunto, pues Arnulfo ya empieza a organizarse y no podemos darle ventaja -concluyó el General.

El 15 de marzo de 1979, Torrijos dio a luz a su criatura: el Partido Revolucionario Democrático. Sus primeros hombres claves fueron: Rómulo Escobar Betancourt, Edwin Fábrega, Ascanio Villalaz, Gerardo González, Aristides Royo, Gabriel Lewis Galindo...

El otrora hombre fuerte se enclaustró en Farallón, en donde recibía desde presidentes hasta humildes campesinos. Allá vio por televisión, aquel 1 de octubre de 1979, la entrada de los panameños a la Base de Albrook, con lo que se daba el primer paso a la total recuperación de la Zona del Canal.

Jorge logró entrar al círculo más íntimo. Alguien le contó que, el día de la Reversión, el General estaba en su hamaca, fumaba un puro. Se sentía muy triste. Cuando tuvo oportunidad le contó a José Raúl.

-Sabes el General se ha puesto extraño. Me cuentan que anda como deprimido; como si estuviera cuestionándose todo el poder que ha tenido. Me dicen que lamenta que la transición se tan lenta. Lo más intrigante es que dijo algo como “Mi vida ha sido violenta, y seguro mi muerte así lo será” –contó Sierra a su amigo.

-¡Qué raro!

-Mi informante me dijo que de Farallón se trasladó a Coclesito en la Cordillera Central, su otro búnker de repliegue. Le gusta estar entre sus habitantes: “los cholos, herederos de Victoriano Lorenzo”. Allá arriba comentó: “La democracia es la mejor forma.” Y le vinieron escrúpulos por estar apoyando a los sandinistas contra Somoza: “Un dictador como yo”, dijo.

-La Guerrilla de Hugo Spadafora –dijo José Raúl.

-Igualmente se entristeció por la marcha del medio millón de personas del 9 de octubre de 1979. “¡Qué triste como echan por tierra la Reforma Educativa!” –siguió comentando Jorge Sierra.

-¿Por qué los maestros no aceptan la reforma? –preguntó José Raúl.

-Por oponerse a Torrijos. Eso es todo. Ni la han analizado a fondo.

-Supongo que estará igual de entristecido por las protestas indígenas al proyecto de Cerro Colorado –se atrevió a decir José Raúl, quien también tenía cara de tristeza.

-¿Y a ti se te pegó lo del General? –preguntó Jorge a su amigo.

-¿Por qué me dices eso?

-Tienes días de andar triste.

-Extraño mucho a mis hijos.

-Yo extraño que ya no vayas a buscar el boletín de Juanky.

-No estoy bromeando, Jorge. Es en serio.

-Los hijos se van de casa cuando crecen. Ya se te va a pasar. Te estás tirando tremenda hembra. Me dicen que es la más codiciada en la Comandancia. Así que déjate de pendejadas.

Las protestas contra el Gobierno de Aristides Royo se fueron multiplicando, pero nada sacaba a Omar de su repliegue. En diciembre de ese mismo año, vio los disturbios que se daban por la decisión del Gobierno de dar refugio al Sha de Irán, quien había sido derrocado por una revolución.

...

José Raúl había perdido el contacto con su padre, quien no avalaba su conducta y sus decisiones. Iba a casa de sus padres, cuando don Raúl salía a cobrar su cheque de jubilación. Ahí hablaba con su madre.

-¿Cómo estás hijo?

-Bien, madre. Un poco preocupado por todas las protestas que se están dando. Pero bien.

-¿No extrañas a los niños y a Rita?

-Por supuesto, mamá. Recuerdo los juegos con Rita, José y la pequeña Marta. Pero no puedo llegar a casa. Quisiera verlos pero no sé cómo abordar eso.

-Bueno, a lo mejor ahora que salen de vacaciones, como Rita está trabajando, estarán aquí conmigo. ¿Y Bárbara?

-Tú sabes que siempre me gustó, mamá. No es un capricho.

-No sé, hijo. No me parece que sea la voluntad de Dios. Ella nunca te prestó atención de adolescente... Y llega ahora diciendo que tú eres el amor de su vida.

-Me siento muy cómodo con ella. Me da todo lo que necesito y ya no me hables de la voluntad de Dios...

-Ya ni vas a misa.

- ¡Ah! Mamá, ya vienes con el sermón.
- No, hijo. Es que no veo que esa sea la voluntad de Dios.
- Mamá, Dios no se mete en nuestras decisiones. Yo hago mi historia.
- Sí, es cierto, hijo. Pero nuestras decisiones pueden herir a mucha gente.
- Ya no me hables del dolor de mis hijos. Sabes que sufro por eso. Pero no puedo hacer nada por ahora. Espero que todo se aclare en algún momento.
- Dios te bendiga, hijo. Te amo.
- Esos días, Rita necesitaba conversar con su guía espiritual y fue a visitarlo.
- Buenas noches, Monseñor –dijo Rita-. No tuve oportunidad de hacer cita, pero pasaba por aquí y vi que estaba estacionándose y me atreví a bajarme.
- Hola, hija –saludó el Obispo.
- Fui hace dos semanas al Arzobispado para hablar con usted, pero la hermana Inés me contó lo del viaje de improviso a El Salvador.
- Oh, sí. Lo de Monseñor Oscar Arnulfo Romero.
- En el hospital, comentaban que él era un cura de izquierda –dijo Rita.
- Un momento, ¿volviste al trabajo?
- Sí, hace un mes; estoy en el San Fernando.
- ¡Qué bueno! Me alegro mucho. Monseñor Romero no era comunista. Eso dice la extrema derecha de El Salvador. Era un gran pastor. Yo lo conocía muy bien. Con otros hermanos en el episcopado, compartimos los mismos afanes por lo social, la promoción humana, y la evangelización integral.
- ¿Qué es eso de evangelización integral, Monseñor?
- Hay que anunciar el evangelio, pero también hay que transformar las estructuras sociales, que muchas veces son antihumanas. Monseñor Romero, su auxiliar Arturo Rivera y Damas, Monseñor Bambaren del Perú, Don Hélder Camera en Brasil y otros preladados más hemos tomado esa línea de compromiso por la justicia social. Me gusta llamarlo “una teología que se encarna”.
- Eso es lo que me comentaban las Hermanas del Colegio.
- ¿Qué te decían?
- Que a ellas les causa gracia que, a nivel de Centroamérica, usted es visto como un obispo de avanzada, incluso de tendencias izquierdistas; y acá en Panamá, las niñas del Colegio dicen que usted es un rabiblanco de Calle Cincuenta.
- ¿Y tú que piensas? –dijo el obispo con una sonrisa por el comentario de Rita.
- Usted es mi padre espiritual y lo quiero un millón.
- Mira aquí tengo la última homilía de Monseñor Romero:

Yo quisiera hacer un llamamiento, de manera especial, a los hombres del ejército, y en concreto, a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles... Hermanos, son de nuestro mismo pueblo. Matan a sus mismos hermanos campesinos. Y ante una orden de matar que dé un hombre, debe prevalecer la ley de Dios que dice: “No matar”. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la Ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia, y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la Ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno



tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: Cese la represión.

-¿A qué represión se refiere? –preguntó Rita.

-El Salvador es un país muy pobre. Claro hay gente muy rica. Hace algunas décadas empezó un conflicto civil entre el Ejército y grupos rebeldes apoyados por Cuba. Monseñor se colocó en el medio pidiendo que cesara la violencia. Sin embargo, los sectores en el poder sintieron que él estaba alentando a los rebeldes. El hombre tímido era un tigre cuando predicaba. Entre los derechistas, el comentario era que “el hombre, al que hemos recomendado para Arzobispo, ahora se nos enfrenta”. Pero en realidad el pastor estaba en el centro de un conflicto entre hermanos. El país se paralizaba para escuchar sus pronunciamientos, sobre todo, su homilía del domingo.

-¿Y el Papa que dice? –preguntó Rita.

-Los sectores más conservadores de la política y de la Iglesia salvadoreña lo habían indispuerto incluso ante el Vaticano. La mayoría de los obispos de El Salvador no comulgaban con las posiciones de Romero, quien se sentía muy solo. En febrero pasó por aquí. Varias veces le dije que se quedara acá por su seguridad, aunque fuese sólo unos días; pero no quería abandonar a sus ovejas. El sepelio del Arzobispo fue muy emotivo. Había un dolor profundo en el pueblo sencillo. “Un mártir de América”, era el pensamiento de algunos.

-¿Pero cómo puede haber división en la Iglesia? –comentó Rita.

-La Iglesia es Divina y Humana. Nuestros defectos, errores, incomprensiones, sectarismos la afectan. Un obispo, padre de la Iglesia, San Ambrosio, dijo que la Iglesia era casta y meretriz; algo así como santa y llena de inmundicia.

-Bueno, yo vine a hablarle de algo de la Iglesia.

-Te escucho. Soy todo oídos –dijo el prelado.

-Las Hermanas del Colegio me invitaron a un grupo que se reúne los miércoles en el Gimnasio. Lo llaman Renovación Carismática. Hace unas semanas, entre tanto dolor por lo de José Raúl, decidí ir a ver qué era.

-Sí, he oído de esas reuniones. ¿Y qué tal?

-Hermoso, Monseñor. El padre Paco Galende, ¿lo conoce?...

-Sí, por supuesto.

-El padre da unas reflexiones que me han llenado de paz. La gente ora, nos imponen las manos. Es algo muy especial. De repente alguien ora en una lengua desconocida y otra persona interpreta.

-Me alegro, mucho. Sigue asistiendo; te hará mucho bien.

-La semana pasada vino un padre misionero y nos habló del perdón, Monseñor. Por supuesto yo estaba un poco a la defensiva en torno a eso. Pero he perdonado a José Raúl, y siento que lo amo aún más. ¿Sabe?

-Sí, te estoy escuchando.

-He empezado a leer la Biblia. Nosotras escuchábamos las lecturas de la misa y las Hermanas nos invitaban a leer la Palabra de Dios, pero ahora me compré una Biblia Latinoamericana ¿la conoce?

-Sí, por supuesto. Es la que usan nuestros Delegados de la Palabra en Coclé.

-Bueno, la Biblia me está cambiando. Estos días una amiga del grupo carismático me dijo que leyera I Corintios 13. Cuando llegué a casa, lo busqué:

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad; el amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

-¿Y qué te dijo el texto?

-Sentí que era para mí. Yo había ido guardando mucho resentimiento hacia José Raúl. Ahora creo que me he liberado. Los primeros días trataba a los niños con gritos. Era mi manera de desahogar mi dolor. No sabía por qué. Luego me sentía muy mal. Ahora rezamos el Rosario en las noches. Aquello que oía de niña se ha convertido en mi fuerza, y en súplica para que José Raúl vuelva a casa: “La familia que reza unida, permanece unida”.

-¿Sabes de quién es esa frase?

-No. No lo sé, pero es hermosa.

-Es de un sacerdote de mi congregación: el padre Patrick Peyton.

-¡Debe ser un santo ese sacerdote!

-Ha estado varias veces en Panamá. Es una figura controversial. Hay quienes lo acusan de recibir fondos de la CIA para luchar contra el Comunismo Soviético. Nosotros le hemos pedido que no olvide la dimensión social de la vida religiosa. Es bueno el rezo del Rosario, pero sin olvidar el deber de encarnar la fe en la sociedad. Eso mismo he transmitido a los líderes de la Renovación Carismática. Esa corriente tiene que ver con mi Universidad.

-¿Cómo que su universidad?

-¿Tú sabes que soy egresado de Notre Dame?

-Creo que lo mencionó en alguna de nuestras conversaciones.

-Unos profesores de esta universidad, con otros de Duquesne, iniciaron estos grupos carismáticos allá por mil novecientos sesenta y siete. Luego se fue expandiendo por todo el mundo.

-¿Qué piensa de ese movimiento?

-Si bien en sus orígenes tuvo que ver con el Protestantismo, yo creo que es uno de los frutos del Concilio, Rita. Creo que le está haciendo mucho bien a la Iglesia. Es interesante que un Cardenal tan importante como Joshep Leo Suenens sea uno de sus líderes. Al principio, él era como yo; tenía sus reservas, pero hoy lo avala y pastorea. El Papa Pablo VI recibió varias veces a los carismáticos en el Vaticano.

-¿O sea, es bueno para nosotros?

-Seguro que sí –prosiguió diciendo el Arzobispo-. Aquí en la Arquidiócesis, algunas de las vocaciones, que han surgido en los últimos años, son provenientes de ambientes carismáticos. Eso me parece muy bueno. Recuerda rezar por mí en tus asambleas carismáticas.

El doctor Jorge Esteban Sierra había subido a Coclesito el miércoles 29 de julio de 1981. Le habían solicitado evaluar el equipo médico que trabaja en la Frontera del Atlántico, como

la había bautizado el General. Le había pedido a su amigo y compañero José Raúl Torres que lo acompañara, pues allá le presentaría a Omar Torrijos. La mañana del jueves realizaron la tarea requerida; en la tarde, se dieron un paseo para ver la famosa cría de búfalos de Coclesito. Estaban en la casa de huéspedes frente a la casa del General. José Raúl anhelaba conocer a Omar.

“¿Qué pensaría mi padre si me viese este día? Él un panameñista fiel y yo ahora torrijista.” –eran sus pensamientos a la hora de dormir. Extrañaba mucho a sus hijos e incluso a Rita, pero Bárbara seguía apasionándolo.

Como a las once de la mañana del viernes 31, estaban esperando al General, quien había dicho que almorzaría en Coclesito, después de la cita con su odontólogo en Penonomé.

-Te aseguro que nos va a decir “Díganme lo malo, que lo bueno ya lo sé” –dijo Jorge imitando la voz de Omar Torrijos.

Efectivamente el General había tomado un automóvil en Farallón para dirigirse a Penonomé; eso le tomó unos veinte minutos. Luego de que el dentista lo atendiera, llegó al aeropuerto, donde lo esperaba el avión Dehavilland Twin Otter, de fabricación canadiense, que lo llevaría, como de costumbre, a Coclesito, su sitio de retiro. Omar Torrijos se había enamorado de ese lugar a principio de los setentas; empezó, entonces, toda una tarea de desarrollo material y espiritual. Ahora era como un convento de clausura.

-Están llamando de Penonomé y preguntan que si el General llegó- dijo la joven que estaba al frente de la casa del General.

-¿Quién llamó? –preguntó Jorge.

-El Coronel Elías Castillo. Y el tono parecía de preocupación.

Como a la una de la tarde, el teléfono de Coclesito no paraba de sonar.

-“Ya partió la primera avanzada de mis hombres hacia Coclesito” me dijo el Coronel. También me dijo que ya están saliendo para acá los Macho de Monte de Río Hato para apoyar la búsqueda –comentó la joven con algo de ansiedad.

-¿Pero, no hay indicios de nada? ¿Usted sabe que en ocasiones el Viejo cambiaba de rumbo en pleno vuelo? –preguntó Jorge a la joven.

-Sí lo sé, señor. Pero eso fue hasta hace unos dos años. Luego del repliegue, el General no hace eso -comentó Virginia-. Lo que me preocupa, doctor, es que el viaje hasta Coclesito no demora más de veinte minutos. E incluso me dicen que ya el piloto había hecho las maniobras de cierre y el avión no aparece –añadió la joven.

-Ojalá sea un patrullaje doméstico como los de antes –dijo Jorge.

Unas horas después la Casa de Coclesito era un hormiguero de gente.

-Los campesinos dicen que hubo dos explosiones, pero no hemos podido confirmar nada aún. Estamos recibiendo el apoyo de los helicópteros del Comando Sur. Lo malo es que ya va a entrar la noche; no creo que podamos seguir la búsqueda. Seguro será mañana temprano –comentó el Capitán, que había subido desde Penonomé, a los que estaban en la casa de Omar.

El ruido de las aeronaves alteraba la cordillera coclesana, tanto como en la época de Victoriano Lorenzo. Iban pasando las horas y las esperanzas se apagaban. Jorge y José Raúl no pudieron dormir.

Cuando salió el sol el sábado 1 de agosto, las patrullas de búsqueda reemprendieron el trabajo con ayuda de los campesinos que mencionaban con insistencia Cerro Marta. A las seis de la tarde, los Macho de Monte pudieron llegar al sitio exacto del accidente. El Marta era de difícil acceso. Un poco más de mil metros sobre el nivel del mar. Desde el aire, no se podían ver signos del posible accidente, pues el avión del General había sido asumido por

el espeso bosque tropical. Ya caía la noche; casi a las diez, lograron hallar el avión. Con linternas, lograron ir ubicando los restos.

Al bajar de Coclesito, al mediodía del domingo dos de agosto, José Raúl llamó a Bárbara quien estaba en la Comandancia, donde todo era caos. Ella le contó lo que sabía.

-Los escombros del Twin Otter fueron hallados como a las diez de la noche. Los cuerpos estaban calcinados; no fue mucho lo que hallaron. Los Macho de Monte sabían cuál era el puesto que usualmente usaba el Viejo en su avión. Encontraron su agenda, su pistola y parte del hombro, lo que colocaron en bolsas negras –dijo Bárbara entre lágrimas.

-¿Vieron algo extraño? ¿Qué dijeron de las dos explosiones? –preguntó José Raúl.

-Dicen que como a veinte metros del avión, estaba el cuerpo del Capitán Ricardo Machazek, cuyos restos estaban mejor conservados; como si hubiese sido expulsado de la aeronave. Este detalle hace pensar en las dos explosiones. Además la cola del avión no estaba en el perímetro. La hallaron muy lejos de lo demás.

-¿Qué harás en la tarde? –le preguntó José Raúl a su compañera.

-Aquí están hablando de ir a Paitilla a esperar los restos. También hablan de Tocumen.

-¿Te recojo? –preguntó José Raúl.

-No; prefiero quedarme acá en la Comandancia. Llámame en la noche a ver si nos vemos.

José Raúl había estado sintiendo algo raro en Bárbara desde semanas atrás, pero no sabía qué era.

Los restos del General llegaron a Tocumen la noche del domingo dos de agosto. La sensación era parecida a la del 9 de enero de 1964: una conmoción nacional. Se respiraba temor al futuro. La gente pobre y sencilla, que había encontrado en Omar seguridad y apoyo, se sentía triste y abandonada. Las muestras de cariño y dolor eran espontáneas. El pueblo salía al paso del féretro, que fue conducido hasta el Centro Médico Paitilla.

Muy rápido se hicieron los preparativos para un funeral de Estado. El ataúd salió del hospital a las nueve de la mañana del lunes tres de agosto. La primera parada el Cerro Ancón. La viuda, hijos, hermanos, familiares, amigos, el Estado Mayor, pueblo en general estaban ahí.

“El sitio en el cual el General nos permitió entrar” –reflexionaba Jorge Sierra que estaba en el lugar-. “Si caigo, recojan la bandera, bénsela y sigan adelante”.

La siguiente estación fue la Catedral Metropolitana. La capilla ardiente empezó desde el mediodía del lunes. Las filas para dar el último adiós a los restos del Comandante eran interminables. El funeral más grande de la historia de este pueblo.

-¡Qué cosas tiene la vida! –dijo Jorge Sierra mientras se acomodaban en la Catedral de Panamá.

-¿A qué te refieres? –preguntó José Raúl.

-Hace años yo me burlaba de ti cuando asististe al funeral de los Mártires. ¿Te acuerdas?

-Sí, por supuesto. Vine con Rita –dijo José Raúl.

-¡Cómo me burlaba de McGrath!... Y hoy le toca enterrar a Omar. Me gustaba llamarlo Frankenstein.

José Raúl tenía tantos recuerdos en su mente. Sus visitas y diálogos con Monseñor en compañía de Rita. Las veces que él fue a su casa en Betania; hoy estaban tan distantes.

El martes 4 de agosto, la cita de la historia era para Monseñor McGrath. Había sido la cara de la Iglesia en enero de 1964. Le tocó levantar la voz, ante el gobierno de facto, por la desaparición del padre Héctor Gallego. Apoyó la lucha de Omar Torrijos por recuperar la soberanía de Panamá en la Zona del Canal. Todo el día anterior, había orado pidiendo la

gracia divina para preparar la homilía. No era un momento para hacer un balance histórico del régimen. Eso no le tocaba a él. Su tarea era pastorear el rebaño a él confiado. Sus sentimientos eran encontrados. Los militares nunca habían gustado de su liderazgo. Preferían hablar con el Obispo Auxiliar Carlos Ambrosio Lewis o con sus capellanes. McGrath lo sabía:

...La muerte hoy pone a prueba esta fe en Dios, y en el hombre. Nos coloca en un punto suspensivo... se nos fue, sin preaviso, el General de Brigada Omar Torrijos Herrera. Y ha dejado un gran y sensible vacío en nuestro medio que no sabemos cómo se va a llenar...

Ciertamente, de Omar Torrijos Herrera, se puede decir, en palabras de Sabiduría, que realizó “larga carrera en poco Tiempo”. ¿Sin manchas? ¿Sin errores? Por supuesto que no. No lo pretendió él, ni debe nadie pretenderlo de él. La historia se dedicará a sopesar todo el alcance de su actuación entre nosotros...

Dios sabrá perdonarle a su hijo Omar Torrijos Herrera sus fallas humanas... Dios sabrá también premiar sus muchas cualidades, grandes sentimientos y buenas obras.

Creo poder decir sin exageración, que él había captado mucho de este espíritu de misericordia, de compasión, que es del espíritu mismo del Señor. Fue un hombre compasivo. Lo demostró de muchas maneras. Creía en la dignidad de los más humildes y sencillos, y los hizo sentir más su propia dignidad. Gustó de estar entre ellos. Hizo tanto para que el mundo entero se diera cuenta de Panamá; y para que nosotros, los panameños, sintiéramos más a fondo nuestra nacionalidad, nuestra unidad, supo, en ocasiones, proyectar esta compasión hacia la gran problemática del Tercer Mundo...

¿Cómo se llenará el vacío que él ha dejado? Cada uno, cada grupo, tendrá su interés, su idea, su proyecto, y eso es natural. Pero por encima está el bien común, el bien de todos que en la práctica significa y requiere una especial preocupación por los que menos pueden hacer por su propio interés y por su propia defensa, los pobres de nuestro Panamá... Eso es justicia, y más que justicia, es misericordia, es compasión. Sepamos evitar revanchas, sepamos perdonar nosotros, como Dios mismo nos perdona a cada uno de nosotros...

El silencio, en la Plaza de la Independencia, permitía percibir lo que sucedía en el corazón de la patria. Los restos salieron de Catedral y fueron puestos sobre el carro bomba para empezar el último patrullaje del Comandante.

La caravana salió por la Avenida Central: miles en las calles y en la marcha. La primera parada fue en la Plaza Cinco de Mayo, testigo de tantos discursos del General. El capellán militar, Carlos Villalobos, hacía las reflexiones en cada estación. La siguiente parada fue en el Palacio Legislativo. Luego el cortejo tomó por la Avenida de los Mártires hasta el cruce con el Chorrillo para llegar al Cuartel Central en Avenida A. El periplo duró unas tres horas. La viuda, Raquel Puzner de Torrijos, estaba extenuada cuando arribaron al Cementerio Manuel Amador Guerrero, que no tenía capacidad para la inesperada despedida. Doña Raquel, la esposa fiel de Omar, le sobrevivía con sus hijos Omar José, Dumas, Raquel de María. El General también dejaba en la orfandad otros hijos nacidos fuera del matrimonio: Carmen Alicia, Martín y Tuira.

Se sucedieron en el uso de la palabra Gerardo González, primo del General y fundador del Partido Revolucionario Democrático, el Presidente Aristides Royo y el Comandante Florencio “Chito” Flores. Este último, en una salida inesperada y espontánea, tomó la cantimplora de Omar, que había hecho el trayecto sobre los lomos de un caballo negro, para beber un sorbo de la savia que había hecho que este hombre fuese único.

-¿Por qué McGrath fue tan indulgente con Torrijos? –preguntó José Raúl a su amigo Jorge en el Costa Brava, bar ubicado en Carrasquilla aquella noche del sepelio.

-Casi que beatificó al General –dijo Jorge.

-“Fue un hombre compasivo”, así dijo –comentó José Raúl.

-McGrath fue perdonado por Torrijos. ¿Te acuerdas lo del atropello? –preguntó Jorge.

-Sí, pero cuentan que el hombre se le lanzó al vehículo.

-Puede que eso haya ocurrido. Fulo Araúz contó que McGrath fue a verlo de inmediato y le dijo que renunciaba a su investidura y asumía las responsabilidades de lo acaecido. Aparentemente iba con un grado de alcoholemia. Pero el Fulo le dijo que “no queremos quedarnos sin Arzobispo”. El hombre tiene que estar agradecido con la Revolución.

-Yo nunca vi ningún exceso en Monseñor. En casa de mis padres, se tomó algún trago, pero siempre con ecuanimidad.

-¡Ah, santa ecuanimidad! Todos tenemos alguna pata por donde cojeamos. A lo mejor al irlandés le gusta el güisqui escocés. Torrijos lo perdono, ahora él devuelve el favor.

-No creo que sea la razón. Algunas veces que Rita y yo visitamos al Obispo, notamos su inclinación por los temas sociales, y su preocupación por los pobres. Esto lo unía con Torrijos –dijo José Raúl.

-Suenan como al titular de un periódico “McGrath, Torrijista” –comentó Jorge con una sonrisa-. La vaina es que mañana es la primera reunión de Estado Mayor, después del sepelio de Omar Torrijos. Sería bueno que le preguntaras a Barbará los detalles.

En la tarde del miércoles, José Raúl fue a recoger a su compañera a la Comandancia.

-Hola, mi amor. Tiempo sin vernos –dijo el doctor Torres-. ¿No me das un beso? Ya no me quieres. ¿Qué te ocurre?

-¿Cómo quieres que esté? ¿Te imaginas lo que sucede allá adentro? –dijo Bárbara.

-Puedo suponerlo. Fue lo mismo que les pasó a los panameñistas en todos los golpes de estado que les dieron –comentó José Raúl.

-No. No es lo mismo. Todos se preguntan “¿Qué haremos sin el Viejo?” –dijo Bárbara-. El más golpeado es Roberto Díaz Herrera, primo del General. El mencionó que Monchi y Hugo Torrijos están hablando de atentado. Pidió al Estado Mayor que las investigaciones sean exhaustivas.

-En Coclesito también se mencionaba la tesis de un atentado, creo que te lo mencioné.

-Alguno comentó que el nuevo gobierno republicano de Estados Unidos no es como el de Carter y los demócratas que habían tenido un estilo conciliador. Se mencionó que Ronald Reagan no había estado de acuerdo con la firma y aprobación de los Tratados; además su política exterior es anticomunista. Reagan ha visto con malos ojos el apoyo de Torrijos a los sandinistas, a las guerrillas salvadoreña y guatemalteca, y sobre todo sus permanentes afectos con Fidel Castro.

-Son aseveraciones muy fuertes, tendrían que ser probadas –dijo José Raúl.

-Otro oficial mencionó que los gringos están molestos porque Torrijos coquetea con los japoneses sobre un posible canal a nivel –precisó Bárbara.

-¿Puedo pasar un rato contigo antes de irme a mi apartamento? –preguntó José Raúl quien vivía en Vía Argentina. Nunca se había mudado con Bárbara y ella no había aceptado irse con él, como el doctor le había sugerido.

-No. No estoy bien. Quiero acostarme y descansar. Supongo que la tensión va a continuar por un tiempo. Tengo que estar sosegada.

-Pero, yo no te voy a molestar –insistió el hombre.

-Mejor vete. Mañana nos veremos –dijo ella.

-Como tú digas –dijo José Raúl mientras daba un beso en la mejilla a Bárbara.

“¿Por qué me rechaza? Hace semanas que la siento extraña” –pensaba mientras manejaba hacia su apartamento-. En el camino, decidió ir a otros de los lugares en donde solía verse con Jorge: el Casino del Hotel El Panamá. Allí encontró a su jefe y amigo.

-¿No te extraña lo de un atentado de los gringos? –preguntó José Raúl, mientras se tomaban un trago.

-Por supuesto. Noriega lo habría sabido y de seguro habría apoyado a Omar como lo hizo en Chiriquí. ¿Recuerdas eso? –exclamó Jorge.

-Lo supe por las noticias. Recuerda que en esos tiempos mis intereses eran otros.

-Hace unas semanas hubo un accidente de avión en el que murió el Presidente de Ecuador, Jaime Roldós. Los accidentes son cosas que ocurren –dijo Sierra.

-Lo que más me tranquiliza es que hasta McGrath está con nosotros –dijo José Raúl.

-Esto va para largo. Torrijos sembró para la eternidad –comentó Jorge.

-¿Tú crees que Chito Flores tenga el calibre para ser Comandante? –preguntó José Raúl a su amigo.

-No lo creo. Amanecerá y veremos.

A principios de 1982, la situación política y económica continuaba complicada para el gobierno de los militares y sus aliados civiles. Los maestros y obreros anunciaban protestas y huelgas. Lo más preocupante para el oficialismo era la celeridad con la que Arnulfo Arias estaba organizando a la oposición en vista de las elecciones de 1984. En la Comandancia, los gendarmes decidieron que el país no podía marchar sin ellos. De eso conversaban Jorge y José Raúl en la oficina del primero.

-El Viejo habló de repliegue, pero el país los reclama; los civiles están cometiendo demasiados errores –dijo Jorge.

-¿Y qué se puede hacer? –preguntó con pesimismo José Raúl-. Cada día, hay algún sobresalto con los escándalos del Seguro Social, los desfalcos de COFINA y el puente Van Dam. Los medios de oposición están aprovechando cada situación para ganar espacio.

-Tranquilo, compadre, ya el Estado Mayor trazó la hoja de ruta para las elecciones de 1984, y eso tiene que ir de la mano con el funcionamiento de la Guardia Nacional.

-¿De qué estás hablando? –preguntó Torres.

-Noriega me contó que en una reunión acordaron que el hombre para las elecciones es Rubén Darío Paredes. El Negro, ya fue Ministro; sabe lo que son sesiones de gabinete, diplomacia y demás.

-¿Pero no habían acordado que asumirían los civiles? –preguntó con asombro José Raúl.

-No han dado la talla. Paredes dijo que aceptaría una candidatura, si es por el bien del país. El destino los llama a cuidar de la patria y de la Revolución. Me cuenta que redactaron el “Plan Torrijos”, para que quedase en blanco y negro la sucesión de mando hasta 1988: Paredes, Contreras, Noriega. El que se veía un poco extraño era Díaz Herrera.

-¿O sea que no habrá tal repliegue?

-Ya se han acostumbrado al poder. Hagamos lo mismo que ellos hicieron. Canta conmigo:

*La patria me llama, mi fuerza reclama...  
Lo que tengo, lo que soy,  
todo a mi patria se lo doy,  
porque mi patria es lo primero  
en mi corazón.  
Panamá, porque yo te quiero  
Panamá primero, Panamá primero.  
Panamá, tú me necesitas  
Y vengo a tu cita, para trabajar...*

Días después, Jorge Sierra se topó con su amigo en el pasillo del Ministerio de Salud.

-Necesito hablar contigo –dijo Jorge a su amigo.

-¿Ahora mismo?

-No. No puede ser aquí. Es extenso. ¿Qué tal si nos vemos en el Costa Brava a las nueve?

-Está bien. Ahí estaré.

El país vivía una situación complicada. La oposición cada día tomaba más fuerza. Diversos sectores se agrupaban contra los militares. El periódico *La Prensa* se había convertido en una piedra en el zapato; todo lo que antes se escondía, ahora salía a la luz en este medio. De eso pensó José Raúl que trataría la conversación con su amigo.

-Hace rato que estoy esperándote –dijo José Raúl a Jorge quien llegó al bar casi a las diez de la noche.

-Disculpa tuve que ir a ver a Juan Carlos que está teniendo muchos problemas en el colegio. Ya tú ni me ayudas con eso.

-Yo disfrutaba tanto a mis hijos, y ahora no los tengo ni para regañarlos.

-Mira hay algo delicado de lo que tengo que hablarte –dijo Jorge a su amigo.

El tono con el que Jorge hablaba no le agradó a José Raúl.

-Sí. Estoy aquí para escucharte.

-¿Cómo van las cosas con Bárbara?

-Muy mal. Casi ni nos vemos. Hace varias semanas me esquiva. Me dice que el trabajo la absorbe, y que por ahí nos veremos. Hace varios meses que no tenemos intimidad. De verdad que me siento muy solo y confundido.

-Yo creo que ella te está haciendo un bien.

-No te entiendo. ¿Cómo me va a estar haciendo un bien, si ni la veo? Yo dejé mi familia por ella.

-Ella te está protegiendo –dijo Jorge.

-Explícate. No llegó al punto.

-Es un poco complicado lo que voy a decirte y no sé cómo lo vas a tomar.

-Habla, creo estar listo para todo.

-Un Teniente Coronel está saliendo con ella hace meses, y a sus oídos llegó que un doctor era su rival. Ella lo complace en todo y creo que es el momento de apartarte del camino.

Hubo un silencio que sólo era cortado por la música del bar.

-Tómame un trago y seguimos hablando –dijo Jorge.

-¿Pero cómo me pides eso? Yo dejé todo por ella: mi matrimonio de casi quince años,



mis hijos –dijo José Raúl con la voz quebrada.

-Mira, amigo: mujeres son las que sobran. A cada hombre le tocan siete. Ya tú has tenido dos. Olvídate de ella, pues otro calienta su cama.

-Por eso no me dejaba de ir a su apartamento. A lo mejor llegaba él...

-Bebe otro trago y acuéstate con una de estas que están aquí bailando. Mañana se te habrá pasado.

Eso hizo José Raúl. Se llevó a una de las bailarinas del bar a su apartamento. El placer y los tragos le hicieron olvidar la situación con Bárbara. La prostituta se fue como a las cinco de la mañana. Se levantó, preparó café y decidió ir hasta el edificio de Bárbara. A esa hora, ella no podría rehuir algunas preguntas. Él estaba en su Chevy Nova esperando que ella saliera del edificio. Para sorpresa suya, cuando bajó, venía acompañada de un hombre. El corte de su cabello denotaba que era policía. La resaca de los tragos no le permitía razonar con prudencia. Decidió seguirlos y encararla. Cuando se bajaron para desayunar en el Café Coca Cola en Santa Ana, los celos le hicieron perder el juicio. Estacionó el auto en Calle 12.

-Buenos días Bárbara –dijo con un tono inquisidor.

-Buenos días –dijo ella sorprendida.

-¿Y el caballero quién es? –preguntó el militar.

-Soy un amigo de Bárbara –dijo José Raúl-. Necesito preguntarte algo. Podrías salir un momento –dijo mirando a Bárbara.

-Lo que es con ella es conmigo –exclamó el policía.

-Por favor. Esto es entre ella y yo –dijo el doctor.

-¿Será que usted es el médico del que alguien me había hablado? Será mejor que se vaya. No sabe con quién se mete.

-José Raúl, vete por favor. Evítate problemas –lo alertó ella.

-Mire, mejor desayune que ya nosotros nos vamos. Yo pagaré la cuenta por usted –dijo el militar quien tomó a Bárbara por el brazo y la sacó del lugar. Desde la calle, le gritó a José Raúl-. Te conviene que no te vea nunca más cerca de ella; puedes salir lastimado.

José Raúl estaba muy confundido, pero decidió seguirlos en su automóvil. Cuando pasó por Plaza Amador, las lágrimas corrían por sus mejillas, pero nada lo detenía. A la altura del Cementerio Manuel Amador Guerrero, el Teniente Coronel detuvo su carro y se bajó con un arma en la mano. José Raúl se percató de su persecución suicida; dio marcha atrás, pero una de las balas lo alcanzó en el hombro izquierdo. Siguió manejando como pudo. Cortó hacia Avenida A, pasó por el Solar de los Aburridos. Cuando bajaba por Avenida B, gritó entre sollozos -¡Qué estúpido he sido!-. El hecho de que el Chevy fuese automático lo benefició. Con la camisa ensangrentada, llegó hasta el Hospital Santo Tomás. Las enfermeras y colegas lo reconocieron. -El doctor Torres. ¿Qué le habrá pasado? –comentaban los que lo vieron.

En la tarde, Jorge fue a visitarlo en el Hospital.

-¿Qué fue lo que te pasó? –preguntó su jefe con asombro.

-Los perseguí. Estaba fuera de mí. Cuando me levanté en la mañana, decidí que tenía que hablar con ella. Llegué a su edificio y la veo bajar con un hombre. Los seguí hasta el Café Coca Cola y no soporté más. Entré y le dije que tenía que hablar con ella. El hombre me rofió. Los perseguí en auto hasta el Chorrillo y el me disparó.

-Pero mira hasta dónde has llegado por una mujer. ¿Qué te pasa? Tú eres un profesional. ¿Cómo te rebajaste hasta este punto? No te extrañe que esta gente te destituya. Tú sabes cómo son con las mujeres. ¡Qué estupidez has hecho!

Efectivamente, el Teniente Coronel llamó al Ministro de salud de turno y le ordenó el despido inmediato de José Raúl Torres Bárcenas. Jorge Sierra no pudo evitar la medida: su amigo se había metido con los grandes.

Al día siguiente del incidente, pasó por ahí el padre Florencio Valtierra. José Raúl hizo lo posible para no ser visto, pero fue imposible.

-¿Doctor Torres qué le ha ocurrido? –preguntó el sacerdote.

-Preferiría no hablar de ello, padre. No me recuperó aún –contestó el doctor.

-Bueno, hijo. He sabido de ti por tu madre, que a veces viene a Cristo Rey. Cuando gustes estoy a tu servicio. Quisiera apoyarte en lo que pueda.

-Muchas gracias, padre. De necesitarlo, lo llamaré.

...

Cuando salió del hospital, José Raúl no sabía qué hacer. Su vida era un caos. No le pagaron sus prestaciones completas. Los mil dólares que le dieron, alcanzaron para pagar a sus hijos dos meses de pensión. Rita se enteró del incidente por una de las enfermeras del Santo Tomás que la llamó para contarle. José Raúl tuvo que ir a vivir a casa de una tía, hermana de su mamá, que vivía en Parque Lefevre. Estaba sin trabajo y no volvería a conseguir empleo en el Gobierno.

-“Zorra de mierda, me dejaste por ese gorila” –gritó un día mientras se bañaba.

-Raulito –así le decía su tía-, creo que te conviene reconciliarte con Dios. ¿Sabes?... en la Iglesia de Lourdes hay un sacerdote muy bueno. Se llama Fidel Puig. Es un gran confesor.

-Lo que necesito es un trabajo, tía. Gracias por preocuparte por mí.

Ante la situación complicada que vivía el país, los militares recurrieron a lo que sabían hacer: mandar. El 31 de julio de 1982, a un año de la muerte de Omar Torrijos, el recién ascendido General Paredes daba las pautas para restablecer el orden nacional. En la conferencia de prensa en la Comandancia, los periodistas estaban confusos por lo del “cierre de todos los medios de comunicación”. Uno se atrevió a preguntar cuándo empezaba la medida, a lo que el General respondió: “¡Desde ya!” Unos días después el periódico *La Prensa* fue vandalizado.

En cuanto a la renuncia del Presidente Aristides Royo, quien no había demostrado el liderazgo que el momento requería, hablaron de problemas en la garganta. Aparentemente, a Paredes le incomodaban las inclinaciones socialistas de Royo. El sabio pueblo lo llamó: *el gargantazo*. Asumió la presidencia Ricardo De La Espriella Toral. El Plan Torrijos iba en sus rieles. Sin embargo la oposición se organizaba muy bien. Las investigaciones por la muerte de Torrijos nunca se dieron.

El sábado nueve de octubre de 1982, Rita Esther Torres Rivera, la primogénita de José Raúl y Rita Raquel, cumplía quince años. Su madre decidió invitar a sus abuelos y a algunas compañeras del colegio a una Eucaristía en Santa Eduvigis. La jovencita estaba preciosa. Su abuela Esther le avisó a su papá, pero este prefirió no asistir.

José Raúl Torres no se sentía digno. Ese sábado de los quince años de Rita, se fue al cine a ver Rocky III. Había visto las otras dos películas de la saga. Se identificó con Balboa: un hombre que ha caído muy bajo y no quiere levantarse. “Yo igual desconfío de mí mismo” “Mickey murió creyendo que su pupilo había ganado”-pensaba mientras caminaba hacia Carrasquilla con la idea de pasar por el edificio de Bárbara-. “Esto es una estupidez...”

Venía a su mente todo lo que había leído sobre la muerte, cuando tomó algunos cursos sobre psiquiatría con el deseo de hacer la especialidad: “¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte?... Una nada entre dos nada... De los dioses, no sé si existen, Epicuro... No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio, Albert Camus... Cada suicidio es un sublime poema de melancolía, Honoré de Balzac... Siempre es consolador pensar en el suicidio: de este modo se puede sobrellevar más de una mala noche, Friedrich Nietzsche... El suicidio no es abominable porque Dios lo prohíba: Dios lo prohíbe porque es abominable, Immanuel Kant... Entre las miserias de nuestra vida en la tierra, el suicidio constituye el más preciado don que Dios ha concedido al hombre, Plinio El Viejo... La dificultad de cometer suicidio está en esto: es un acto de ambición que se puede cometer sólo cuando se haya superado toda ambición, Cesare Pavese... Nueve hombres de cada diez son suicidas, Benjamin Franklin... Si se admite que el suicidio es un crimen, sólo la cobardía puede impulsarnos a él. Si no es un crimen, tanto la prudencia como el valor nos obligan a desembarazarnos de la existencia cuando ésta se convierte en una carga, David Hume”...

Y pensó por primera vez en la posibilidad de quitarse la vida. Pasó en frente de Compañy y siguió caminando; ya eran las doce de la noche cuando divisó el Hospital San Fernando. “Tengo todo el tiempo del mundo y no tengo nada” –seguía reflexionando-. Llegó hasta La Gruta Azul.

-¿Qué buscas? –dijo el seguridad de la puerta.

José Raúl estaba como ido con sus pensamientos. – ¿No sé?... Alguien con quien conversar-.

-Pues entra y déjate de ahuevazones. Ahí hay una colombiana que puede darte lo que buscas –dijo el hombre.

José Raúl se acercó hasta la barra y pidió un trago. En eso se le acercó una hermosa mujer en vestido de baño.

-¿Qué buscas guapo? –dijo la alternadora.

-Sólo un poco de compañía –dijo el médico.

-¿Quieres masajes o quieres todo? –dijo la mujer.

-Sólo necesito alguien para conversar.

-Pues no tengo tiempo para perder -dijo la mujer-. Si quieres conversar, ve al loquero. Aquí te damos diversión –dijo la mujer con una sonrisa burlona.

José Raúl se quedó buen rato en la barra con el mismo trago. Como a las dos de la mañana, emprendió camino hacia la casa de su tía en el edificio Palmas Bellas en Parque Lefevre. Ella lo estaba esperando.

-¿Qué haces despierta, tía? –preguntó el médico.

-¡Tu hija estaba preciosa! ¡Qué linda se veía! Me preguntó por ti –dijo la señora Rosario. Unas lágrimas afloraron de sus ojos.

-Gracias, tía. Gracias, por el detalle. He estado pensando que debería ir a conversar con el sacerdote del que me hablaste que está en...

-Lourdes; Carrasquilla. Un poco más allá de la Clínica San Fernando.

-¿Cuándo podría encontrarlo?

-Hoy domingo está en la parroquia, pues tiene misas a varias horas.

-Gracias, tía. Si me levanto temprano, intentaré llegar allá.

-Dios te bendiga, Raúl. Que descanses.

Cuando se metió a su cama, las lágrimas corrieron por sus ojos. “Mi pequeña Rita cumple quince años y yo pensando en suicidarme”. “No me atrevo ni a rezar” “Dios no puede tener oídos para mí”. Como a las cuatro de la madrugada, logró dormirse.

Esa mañana, como a las siete, José Raúl se levantó y fue a la misa. El Evangelio lo cuestionó:

Cuando se puso en camino, un hombre corrió hacia él y, arrodillándose, le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la Vida eterna?». Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno. Tú conoces los mandamientos: *No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no perjudicarás a nadie, honra a tu padre y a tu madre*». Él hombre le respondió: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud». Jesús lo miró con amor y le dijo: «Sólo te falta una cosa: ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme», al oír estas palabras, se entristeció y se fue apenado, porque poseía muchos bienes.

Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: « ¡Qué difícil será para los ricos entrar en el Reino de Dios!». Los discípulos se sorprendieron por estas palabras, pero Jesús continuó diciendo: «Hijos míos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios». Los discípulos se asombraron aún más y se preguntaban unos a otros: «Entonces, ¿quién podrá salvarse?». Jesús, fijando en ellos su mirada, les dijo: «Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para él todo es posible».

Pedro le dijo: «Tú sabes que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Jesús respondió: «Les aseguro que el que haya dejado casa, hermanos y hermanas, madre y padre, hijos o campos por mí y por la Buena Noticia, ahora, en este mundo, recibirá el ciento por uno en casas, hermanos y hermanas, madres, hijos y campos, en medio de las persecuciones; y en el mundo futuro recibirá la Vida eterna.

Cuando terminó la Eucaristía, se acercó al monaguillo y le preguntó si podía hablar con el padre.

-Déjeme preguntarle –dijo el niño.

Al rato, el pequeño regresó de la sacristía. –Dice que sí. Espérelo ahí sentado. Ya viene-.

La pequeña iglesia de Lourdes estaba en Carrasquilla, al lado del Taller de Blasi, el llantero. Su párroco era el padre Fidel Puig, un español, que había sido religioso y ahora estaba incardinado en la Arquidiócesis de Panamá.

-Buenos días –dijo el padre-. ¿Usted deseaba platicar? Tengo unos minutos, lo escucho.

-Mire, padre, mi conversación es larga y no sé por dónde empezar.

-Ánimo, hijo, te escucho.

-¿Padre, Dios rechaza a los ricos? –preguntó José Raúl.

-¡Ah! ¿Te inquietó el Evangelio? Dios nos ama a todos: ricos y pobres. Lo que a Dios le preocupa es que pongamos nuestro corazón en las riquezas materiales y eso nos lleve a la avaricia, el egoísmo y el pecado. La riqueza no es mala, lo malo es poner nuestra esperanza en las cosas.

-En realidad no es eso lo que me preocupa. Hace años un sacerdote franciscano me lo había explicado.

- Entonces ¿cuál es tu duda? –preguntó el sacerdote.
- ¿Por qué el suicidio es un pecado, padre? –preguntó José Raúl.
- ¿Has pensado en eso?
- No sé, padre. No creo que tenga el valor para dar ese paso.
- ¿Qué requiere más valor: seguir viviendo o quitarse la vida? –preguntó el religioso.
- Mi vida es un caos. Hace cuatro años me fui de mi casa. Dejé a mi esposa y a mis hijos por una mujer que hoy me ha dejado por otro. Ella había sido el amor de mis años de estudiante y, hace unos años por cuestiones de trabajo, nos topamos y vino la atracción. Mi esposa también tuvo culpa, pues ella me descuidó; se centró los niños y yo encontré compensación fuera de casa.
- ¿Viniste a hablar de los pecados de tu esposa o de los tuyos? –le preguntó el cura.
- Lo siento, padre. Es que estoy muy confundido. Me cuesta reconocer que me fui detrás de un espejismo. Tenía una familia muy linda; y hoy, ni trabajo tengo.
- ¿Por qué no tienes trabajo? –preguntó el religioso.
- Eso es parte de mi ira, padre. Esta mujer que andaba conmigo, me dejó por un Teniente Coronel de la Guardia Nacional. Cuando los encaré, en una acción realmente osada, el hombre me dio un balazo. No sé cómo no me mató.
- Tienes que darle gracias a Dios por eso. ¿Pero y lo del trabajo?
- Resulta que el Teniente Coronel usó sus contactos para que me destituyeran del Ministerio de Salud, luego de casi diecisiete años de servicio.
- ¿Y cuál era tu trabajo?
- Soy médico, padre. Pero acabé como administrativo; y si empiezo ese cuento, creo que nos vamos hasta mañana y usted tiene compromisos.
- Quisiera verte nuevamente e invitarte a un retiro espiritual. ¿Has oído hablar de los Cursillos de Cristiandad?
- Sí, conozco el movimiento. Yo hice cursillo y apoyé al movimiento y a Monseñor Clavel.
- Entonces, ¿Estuviste cerca de la Iglesia?
- Sí, muy cerca, padre, pero hoy estoy muy lejos de Dios y de mi familia.
- Bueno, espero verte pronto. ¡Qué Dios te bendiga,...!
- José Raúl, reverendo.
- ¡Qué Dios te bendiga, José Raúl! Hasta pronto.
- José Raúl empezó a frecuentar la misa dominical y a conversar con el padre Fidel. Se resistía a la idea de ir al Cursillo, pero el padre logró convencerlo. -Estoy seguro de que con todo lo que has vivido, lo aprovecharás más- le dijo el sacerdote.
- En Emaús, una casa de retiros de la Iglesia Católica localizada en Las Cumbres, José Raúl se encontró con su yo profundo y con Dios aquellos días de enero de 1983. Lloró sus pecados y sus errores, pero sintió la misericordia de Dios. “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo, si pierde su familia?” preguntó uno de los rollistas; eso le penetró el alma. “Un corazón quebrantado y humillado, Tú no lo desprecias, Señor” -empezó a rezar con el Salmo 50.
- “¿Y si Rita y mis hijos no me perdonan?” –reflexionaba en casa de su tía en Parque Lefevre.

reuniones, pidieron apoyo a los cursillistas para la Eucaristía que celebraría el Papa Juan Pablo II el 5 de marzo en el Aeropuerto de Albrook en las áreas revertidas. “El Papa en Panamá. Debo estar allí” –se dijo con una sonrisa en los labios.

El domingo 20 de febrero decidió ir a Atalaya, importante peregrinación para iniciar de Cuaresma, en dicho poblado cercano a Santiago de Veraguas. Sus padres estarían por allá; su tía se lo había dicho. Pudo ver a su papá cerca del altar y a su lado estaba su madre Esther. Se acercó con mucho sigilo. En el momento de la paz, abrazó a su padre por la espalda. Este se volteó y abrazó a su primogénito.

-Perdóname, papá, por todo lo que los he deshonrado –le dijo José Raúl.

Todas las recriminaciones de Don Raúl para con su hijo, políticas y familiares, se cayeron en ese momento. Los tres comulgaron y se sentaron a orar. El gentío era incalculable. Con gran dificultad, salieron del Templo y se fueron a la fonda cercana a comer. Cuando arribaron a la capital, don Raúl le sugirió que se viniera a vivir con ellos en Betania; “así verás a tus hijos que cada día te necesitan más”. José Raúl les dijo que aún no estaba preparado para ese paso. –Pronto, papá, seguro que será pronto-.

Unos días después Rita y sus hijos iban camino la Asamblea Carismática.

-La ciudad está vestida de blanco y amarillo –exclamó Rita a sus hijos que iban con ella en el carro hacia María Inmaculada en la Avenida Justo Arosemena. -Dios quiera que la visita papal traiga paz y reconciliación a nuestro país.

-Yo pido al Señor que pronto papá vuelva con nosotros–dijo Rita Esther.

Rita no hablaba mal de José Raúl delante de sus hijos. Ella lo había perdonado. “Gracias a Dios ya he superado la situación inicial” se decía, pero no pensaba en una reconciliación con el padre de sus hijos. Su vida profesional había tomado otro camino. No pensaba en rehacer su vida con ningún otro hombre, pues estaba decepcionada del matrimonio; no así de sus hijos a quienes se había consagrado.

-Saben que el Arzobispo, trabajó muy de cerca a Karol Wojtyla, hoy Juan Pablo II, en unas reuniones muy importantes.

-Te refieres al padre grande que alguna vez nos saludó en la iglesia de Betania –dijo Rita la primogénita.

-¡Wao! recuerdo su gran mano. Cuando fui a saludarlo, quedé impresionado –dijo José Ricardo.

-Monseñor me contó que el Papa lo llamó “Jefe”. Imagínense si Monseñor McGrath no será importante.

-¿Cómo jefe? Tu siempre dices que los sacerdotes son servidores humildes –preguntó Rita, la mayor.

-Es que Monseñor McGrath era el coordinador de una comisión importante en esa reunión de obispos. Además ha sido líder de la Iglesia a nivel de América Latina. Una vez le ofrecieron llevarlo a Roma para trabajar allá, pero él prefirió quedarse en Panamá.

-Mami, pero en María Inmaculada algún profesor dijo que McGrath era de tendencia socialista –dijo Rita Esther.

-¿Sabes lo que eso significa? –preguntó la madre.

-El profesor nos explicó que el socialismo tiene que ver con los comunistas, y que ellos van contra la propiedad privada y el capitalismo –dijo la jovencita que ya cursaba cuarto año de secundaria.

-Sí, hay algunos que ubican a Monseñor como un obispo progresista, –siguió diciendo la madre.

-¿Qué significa progresista, mamá? –preguntó la adolescente.

-Alguien como muy avanzado. Sobre todo por su preocupación por los pobres – respondió la progenitora.

-¿Así como San Juan Bautista De La Salle? –preguntó José Ricardo.

-¿Cómo sabes eso, hijo? –dijo con alegría la madre.

-Las clases de religión, mamá –dijo el muchacho-. Los Hermanos de la Salle van a todos los salones, sobre todo para la fiesta de su fundador.

Ese día el grupo de oración fue muy lindo. Oraron por la visita del Papa a Panamá, que ya estaba próxima. Cuando venían de vuelta, la conversación en el automóvil prosiguió.

-¿Mami, cómo fue eso de que el Papa casi se muere? –preguntó José Ricardo.

-Gracias a Dios, sobrevivió el atentado del 13 mayo de 1981 –exclamó la señora Rita-. Dicen que a raíz del ataque el Papa dijo: “una mano disparo el gatillo y otra desvió la bala”. Al año siguiente, llevó la bala que le sacaron del intestino al Santuario de Fátima en Portugal.

-¿Pero quién querría matar al Papa? –preguntó Rita Esther.

-Ah, hija, ¿si mataron a Cristo, que se puede esperar que hagan con sus discípulos? Monseñor McGrath me contó de un obispo que mataron celebrando misa en El Salvador.

-Las monjas dicen que el Papa polaco, ha sabido ganarse desde un primer momento a los católicos –comentó Rita Esther.

-El día de su elección, supo aprovechar el momento. Sabiendo el temor de la gente ante la elección de un Papa de un país lejano, y más aún comunista, dijo unas bellas palabras: “No tengan miedo, abran de par en par las puertas a Cristo”. Se ganó a la multitud que estaba ese día en la Plaza de San Pedro y así ha sido en sus viajes por el mundo–dijo madre enfermera cuando estacionaba el auto en el garaje de la casa.

...

El Aeropuerto Omar Torrijos Herrera de Tocumen, así bautizado por el proceso, estaba como nunca desde su inauguración a finales de los setentas: Banderas amarillas y blancas, empolleradas y montunos para recibir al Papa. El Presidente Ricardo De La Espriella, su esposa y todos los ministros de estado acudieron a la pía reunión. El General Paredes, el Coronel Noriega estaban de blanco, al igual que sus esposas. De la misma albura, vestía el resto del Estado Mayor.

Cuando el Dante Alighieri -avión de Alitalia- aterrizó en el aeródromo, todo era alegría. Las banderitas empezaron a ondear. Por los parlantes se oía: “Viva el Papa, viva Juan Pablo II”.

Al avión subieron el Nuncio de su Santidad en Panamá, Monseñor José Sebastián Laboa, y el Presidente de la Conferencia Episcopal de Panamá Monseñor José María Carrizo, Obispo de Chitré. Cuando Juan Pablo II apareció en lo más alto de la escalera, los aplausos fueron ensordecedores.

Al bajar de la escalinata, su Santidad se arrodilló y besó el suelo patrio. Saludó a las autoridades del Gobierno, al Estado Mayor y a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Panamá. La Banda Republicana entonó los Himnos Pontificio y Nacional de Panamá.

Luego de los actos de recibimiento, el Papa abordó un helicóptero para dirigirse al Aeropuerto de Albrook, donde se realizaría la multitudinaria misa campal. En el trayecto, el Papa se veía muy animado. Ya había pasado el trago amargo de Nicaragua. Es que el día anterior, viernes 4 de marzo en la misa en Managua, los sandinistas habían permitido o aupado una serie de incidentes bochornosos para empañar la visita de Juan Pablo II a este país. Además, por televisión se habían visto las imágenes del Papa, aparentemente,

regañando al padre Ernesto Cardenal, quien era Ministro en el Gobierno Sandinista de corte socialista, que había defenestrado al dictador Anastacio Somoza.

-¡Cuántos edificios altos, Monseñor! –comentó el Papa mientras sobrevolaban Paitilla-. ¡Mucha riqueza en Panamá!

-Espere un momento, Santidad –comentó el Metropolitano-. Mire ahora –dijo McGrath señalándole Curundú, barrio marginal con problemas de hacinamiento, aguas negras, casas de madera y de zinc.

-Ya entiendo –dijo el Vicario de Cristo.

-Excelencia, Panamá tiene la segunda peor distribución de riqueza de Latinoamérica, sólo superada por Haití. ¡Qué contradicción! Un país riquísimo con el Canal, un centro bancario mundial, Zona Libre... pero con pobreza y miseria –precisó McGrath.

-¿Pero Centroamérica es más pobre? ¿Ustedes no tienen guerrillas? –dijo el Papa Wojtyla.

-Así es, Santo Padre. Aquí nuestros problemas son otros.

-¿Éste es un aeropuerto militar? –preguntó el Pontífice.

-Sí, Santidad, construido por los Estados Unidos. Ya ahora ha pasado a manos panameñas.

La multitud era incalculable, casi cien mil personas en el sitio de Albrook. Se habían escogido cantos de la Misa Típica de San Miguelito y del padre Néstor Jaén, a los que se había añadido el precioso canto del *Pescador de Hombres*, que era entonado en casi todas las visitas del Papa a los países de lengua hispana.

El Papa dedicó su Homilía a las familias. La situación de la familia en Panamá es alarmante. Muchos niños nacen fuera de lo que llamamos familia tradicional. La tasa de divorcios crece estrepitosamente. Son otros tiempos:

El camino es arduo, pero no imposible. Y la gracia del matrimonio comprende también la ayuda necesaria para esta superación de las inevitables dificultades. Por el contrario, la ruptura de la alianza matrimonial no sólo atenta contra la ley de Dios, sino que *bloquea el proceso de madurez*, la plena realización de las personas.

No es aceptable, por ello, una cierta mentalidad que se infiltra en la sociedad y que fomenta la inestabilidad matrimonial y el egoísmo en aras de una incondicionada libertad sexual.

El amor cristiano de los esposos tiene su ejemplo en Cristo, que se entrega totalmente a la Iglesia, y se inscribe en su misterio pascual de muerte y de resurrección, de sacrificio amoroso, de gozo y esperanza.

Incluso cuando aumentan las dificultades, la solución no es la huida, la ruptura del matrimonio, sino la perseverancia de los esposos. Lo sabéis por experiencia vosotros, queridos esposos y esposas; la fidelidad conyugal forma y madura; revela las energías del amor cristiano; crea una familia nueva, con la novedad de un amor que ha pasado por la muerte y la resurrección; es el crisol de una relación plenamente cristiana entre los esposos, que aprenden a amarse con el amor de Cristo; es la garantía de un ambiente estable para la formación y equilibrio de los hijos.

En la Comunión, cientos de sacerdotes, religiosas, seminaristas y ministros extraordinarios de la Eucaristía se esparcieron para repartir el “Pan de Vida” a la multitud



que, con sombreros y paraguas, se protegía del sol de marzo. El coro entonaba:

*Tú has venido a la orilla  
No has buscado, ni a sabios, ni a ricos.  
Tan sólo quieres que yo te siga.  
Señor, me has mirado a los ojos,  
sonriendo has dicho mi nombre.  
En la arena, he dejado mi barca,  
Junto a ti, junto a ti buscaré otro mar.*

-Mamá, ahí está papá –dijo Rita mientras corría a saludar a su padre.

Rita lo había visto de patenero, pero no quiso decirles a sus hijos.

-Hija querida –dijo José Raúl mientras Rita se le colgaba del cuello.

Los más pequeños se quedaron con su mamá. José Raúl los saludó a la distancia. Sabía que Rita tenía muchas dudas sobre su conversión. Ya los padres de él le habían hablado a su nuera de lo que estaba ocurriendo en la vida de José Raúl, pero ella no estaba muy confiada. Por sus amigos del Santo Tomás, había sabido los detalles de sus andanzas. Su esposo nunca se había divorciado de ella; él había tenido aquella relación de varios años con Bárbara, pero ella lo había dejado por su nuevo compañero, un policía de alto rango, que casi mata a José Raúl.

-Te quiero mucho, hija –dijo José Raúl a su primogénita-. Espero poder verte más seguido para conversar contigo.

-Seguro, papá. Le he pedido a Dios por nuestra familia. ¿Oíste que el Papa habló de la familia?

-Sí, hija. La homilía era para mí. Anda, que mamá te espera. Te quiero, hija. Dios te bendiga –dijo José Raúl mientras daba un beso a su hija.

El Pontífice y la comitiva se dirigieron a la Nunciatura Apostólica, ubicada en la Avenida Balboa, frente al Colegio San Agustín. Ahí tomaron el almuerzo; el Papa descansó unos minutos, antes de rezar el Rosario que fue transmitido por Radio Vaticana.

A las cuatro de la tarde, el Vicario de Cristo abordó el Papamóvil para el recorrido hacia el Estadio Revolución, donde tendría el encuentro con los campesinos de Panamá. La multitud ya se había dirigido hacia la ruta de la caravana: Avenida Balboa, Avenida Federico Boyd, Vía España, Las Sabanas, Parque Lefevre, Río Abajo, hasta el coliseo deportivo en Juan Díaz. Las calles estaban repletas. Desde el Papamóvil, Juan Pablo II bendecía. Sus mejillas estaban rosadas por el sol de Panamá. En el Estadio, había unas veinte mil personas que habían venido desde el interior de la República. El Papa recibió una preciosa chaquirá ngöbe como regalo. De ahí, se trasladó en helicóptero a la Catedral, donde tendría el encuentro con religiosos, sacerdotes, religiosas, seminaristas y enfermos. Allí se despidió de los panameños. En casa de sus padres, en Betania. José Raúl veía los últimos momentos Juan Pablo II en Panamá:

En la sede de vuestra más alta institución nacional sé que se hallan cinco estatuas de bronce que representan las cualidades que han de acompañar a todo hijo de esta tierra: el trabajo, la constancia, el deber, la justicia y la ley. Que esos valores básicos de la persona y de la sociedad se vean incrementados por la riqueza espiritual, y sobre todo por una fe cristiana que inspire toda vuestra convivencia y la conduzca hacia metas cada vez más altas.

Al recordar con inmenso afecto vuestros rostros, estoy seguro de que este país aparecerá en mi mente como una gran orquídea, vuestra flor nacional, llamada también flor del Espíritu Santo. Os deseo fervientemente que ello sea siempre un símbolo vivo de vuestra fidelidad a la fe cristiana, con la ayuda del Espíritu de Cristo.

Ya casi a las siete de la noche, Karol Wojtyla estaba de vuelta en Tocumen para tomar el Avión de Alitalia que lo llevaría a San José de Costa Rica a descansar. En la Comandancia, Manuel Antonio Noriega y el doctor Jorge Esteban Sierra conversaban sobre la visita del Papa.

-Esta gente de la Iglesia se la saben toda, Tony –dijo Jorge Sierra.

-¿A qué te refieres? –preguntó el Coronel.

-El Papa no fue a la Presidencia, pero sabe los detalles de las estatuas en el Palacio de las Garzas. ¿Cómo es eso?

-Ah, ya te entiendo. Es un detalle que seguramente llamó la atención de algún embajador vaticano. Ellos toman datos del país, y los envían a los que preparan los discursos –dijo Noriega.

-¿Y la seguridad? ¿Por qué tiene tanta seguridad? ¿No que son emisarios de Dios?

- Todas las personalidades necesitan seguridad. Mira lo que le pasó en el mismo Vaticano que casi lo matan –comentó el Coronel.

-Sí, he escuchado que fue un complot de sectores izquierdistas -aseveró el médico.

-Este Papa le encanta romper las barreras y las medidas de seguridad. Mira lo que pasó hoy en la Nunciatura cuando salió a darle la mano a la gente que estaba en la verja. Me parece que en la televisión reconocí a ese amigo tuyo... el médico que tuvo el problema con el comando –comentó Noriega.

-Sí yo también lo vi. Ha vuelto a sus andanzas religiosas. Tuvo que buscar refugio en algo. El pobre perdió trabajo, mujer y familia. Ha tenido que buscar algo en lo que sostenerse. Si hubiese sido yo, me suicido –dijo Jorge Sierra.

-La religión es una energía. Hay que saber controlar la energía. El que tiene la energía tiene el poder y el control –dijo Noriega.

-Mi Comando, usted tiene todas las religiones –dijo Jorge entre carcajadas-. Una pregunta, Tony –dijo Sierra.

-Dime.

-¿Por qué el Papa no duerme en Panamá?

-Mis nexos con la CIA me dicen que, ciertos sectores del Vaticano, ven a McGrath como un hombre de izquierda, cercano a Hélder Cámara de Brasil y al difunto Romero. Aparentemente a nivel de la diplomacia vaticana McGrath no es bien visto.

-¿Cómo sabes de todo, Tony? –comentó Jorge.

-Knowledge is power, Francis Bacon.

-¿Hasta sabes de filosofía?

-Hay que conocer de todo; en especial hay que conocer al enemigo para saber sus puntos débiles. Vas a ver en unos meses... -rió Noriega mientras se tomaba un trago.

Según algunos medios amarillistas, lo único que empañó la visita del Pontífice polaco al Istmo fue la pérdida de su Anillo del Pescador. Wojtyla no se dio cuenta en qué momento lo perdió. Gracias a Dios, siempre llevan repuestos para casos como este. Pero no había pasado nunca en los cinco años de papado que, durante un viaje al exterior, se extraviase el anillo. Meses después otro medio amarillista especuló que algunos militares del G2,

inteligencia y servicios secretos, podían estar detrás del robo.

Otro detalle muy comentado por los medios fue la decisión del Vaticano de que el Papa no durmiese en Panamá. Se hablaba de seguridad; otros decían que la derecha vaticana no comulgaba con las posiciones pastorales de Monseñor Marcos McGrath, en especial Monseñor Alfonso López Trujillo quien lo conocía bien desde el Consejo Episcopal Latinoamericano -CELAM.

### 13

El doce de agosto de 1983, el General Rubén Darío Paredes se jubilaba para trazar la ruta hacia el Palacio de las Garzas, tal como lo habían establecido él y sus compañeros en el Plan Torrijos. Según el orden acordado, el turno en la comandancia era para Armando Contreras, pero quien asumía el cargo de Comandante no era este último. Paredes sonreía mientras escuchaba al Coronel Manuel Antonio Noriega, quien lo remplazaba a la cabeza de la Guardia Nacional.

Tony Noriega, al tomar la palabra en el acto de cambio de mando, dijo que “la Guardia Nacional está comprometida con la realización de unas elecciones democráticas en las que apoyaremos al compañero de armas”. Mirando al General Paredes, dijo con una sonrisa: “Buen salto Rubén.”

Con los días, la risa del candidato Paredes se volvió mueca, pues el salto se convirtió en chiste nacional: un salto al vacío, pues Noriega ya tenía pensado otro candidato. En una reunión con su gente de confianza, el nuevo Comandante sorprendió a todos. Jorge Sierra estaba ahí como testigo.

-Paredes no va para ningún lado. Este Viejo de mierda nos va a complicar la cosa. Mi gente de la CIA tiene un candidato fresco y joven, que puede hacernos ganar las elecciones.

-¿Pero, Tony, habíamos quedado en apoyar al Negro Paredes? –dijo uno de los invitados.

-El próximo presidente debe ser un gran administrador, un hombre con condiciones de economista, con contactos internacionales para saber qué puertas debe tocar en los polos de desarrollo económico del mundo, un hombre sobrio, joven, sin traumas del pasado.

-¿Pero se está abandonando al compañero? –se atrevió a preguntar otro de los convidados a la reunión.

-La CIA ve con buenos ojos a Nicolás Ardito Barletta, nuestro negociador en los Tratados, y un hombre del Banco Mundial -dijo el recién ascendido General.

-Tú eres un sabio –dijo alguien.

-Esos santeros tuyos se la saben entera, Noriega –comentó un Mayor que también estaba ahí.

-El asunto es que las protestas cada día son más molestosas. Hay que amarrar todo lo de la Ley 20. Las Fuerzas de Defensa serán infranqueables -dijo el Comandante.

En su mente estaban Maquiavelo, Hitler, Napoleón... “De aquí nadie me bajará. Me ha costado mucho llegar a donde estoy.” –cavilaba el General.

El poder se había vuelto una obsesión para Noriega. Era la manera de llenar su corazón vacío de amor. Estaba lleno de complejos. Su batalla contra el acné era uno de ellos. Su esposa Felicidad Sieiro de Noriega le había dado tres hijas, a quienes quería mucho; pero ni eso saciaba sus ansias de poder y protagonismo.

Roberto Díaz Herrera, no era de su confianza. El primo del Viejo Omar siempre estaba a la caza de sus comentarios. Noriega no había podido doblegarlo, pero Díaz Herrera respetaba la cadena de mando; tal vez le temía al nuevo hombre fuerte, o más bien el hombre

fuerte de siempre. A menudo recordaba una conversación con Omar, quien le dijo “Hasta yo le tengo miedo a Noriega.” No obstante Díaz Herrera ya tenía cola de paja, pues la lujosa residencia que construía cerca del Antiguo Club de Golf -hoy parque Omar Torrijos-, la estaba haciendo con dinero de visas para cubanos y chinos. Además, se había beneficiado con algo de los doce millones que el Sha de Irán había dado a Omar Torrijos para que lo aceptaran en Panamá, y que Torrijos había depositado en una cuenta para el Estado Mayor; “para los doce chicos que son muy ambiciosos”, dijo el difunto Omar en una ocasión.

La Ley 20 le daba a Noriega poderes absolutos sobre la institución policial que se iba transformando en un ejército. Por eso *La Prensa* se atrevió a titular: "La República al servicio de las armas".

...

-Viste el periódico –dijo Don Raúl a su hijo el mediodía del jueves 29 de septiembre.

-Sí, ya me he enterado. En el hospital, los médicos lo comentaban.

-Este hombre quiere más poder.

-Sí, lo sé. Un conocido me habló de sus ansias de poder y protagonismo.

-No tuvo asco para sacarle la tabla a Paredes –comentó don Raúl.

-Nada lo va a detener, papá... Bueno me voy, hasta luego, viejo.

-¿A dónde vas tan perfumado?

-No molestes el muchacho; déjalo tranquilo –dijo doña Esther, quien sabía para dónde iba su hijo.

José Raúl había pedido a Rita una tarde de diálogo. Había escogido el día de San Miguel Arcángel para buscar su protección en la tarea de recuperar su familia. Acordó con Rita verse en el McDonald’s de El Dorado.

“¿Será que Noriega también buscó la protección de San Miguel Arcángel?” pensaba mientras conducía el auto de su padre.

Cuando llegó al sitio, Rita no había llegado aún. Se sentó y pensó comer algo, pero la ansiedad le daba por no comer. “¡Qué vaina! Estoy como la primera vez que fui a visitarla a su casa. Cuánto tiempo ha pasado.” Al ver que estacionaba su auto, su corazón empezó a latir y sus manos a sudar.

-Oye, estás delgada. Te ves muy bien –dijo el galeno, intentando abrir el compás.

-Buenas tardes, doctor Torres –dijo ella con un tono muy serio.

-Hola, Rita. ¿Cómo has estado?

-Bien, gracias a Dios.

-¿Qué tal el trabajo?

-Muy bien. Ahora estoy como enfermera obstetra.

-¡Wao, estás ganando muy bien!

-Sí, gracias a Dios. Bueno... ¿De qué querías hablarme? Tengo una cesárea a las seis y debo volver al hospital.

-Gracias por cuidar tan bien a nuestros hijos. Cuando los veo en casa de mis padres, lamento haberlos abandonado. Y tengo que reconocer que has hecho un trabajo excepcional.

-Sí, con ayuda de las monjas de María Inmaculada, los Hermanos de la Salle y mi grupo carismático.

-¿Vas a esas reuniones de María Inmaculada?

- Sí y llevo a los niños.
- Pero me han dicho que hay gente que se desmaya y hablan en lenguas raras. No todos en la Iglesia ven bien esos grupos.
- Seguro. Si a Jesús le dijeron loco, que se puede esperar.
- Yo he vuelto a los Cursillos.
- Sí tus padres me han hablado mucho de tu cambio, de que “eres otra persona”, “un hombre nuevo”, “casi un santo”, pero...
- ¿Pero qué?
- Después de que Bárbara te dejó y casi te matan, unido a que te botaron, tenías que buscar apoyo en Dios. ¡Ahora sí buscaste a Dios! ¿Por qué no lo hiciste cuando nuestro matrimonio se hundía? –dijo Rita con los ojos humedecidos.
- Perdóname, Rita. No merezco nada. He sido un adúltero, pero la misericordia de Dios me ha levantado.
- ¿Sabes cuánto has afectado a los niños?
- No puedo imaginarlo, pero sé que tú has suplido mis errores.
- Nada puede suplir el amor de un padre. Gracias a Dios, los sicólogos de ambos colegios dicen que no muestran huellas de tu abandono. Casi cinco años, José Raúl. ¿Y pretendes que borre todo con líquido corrector? Mis hijos viviendo con una pensión y su padre ganando un tremendo salario en el gobierno y se lo gastaba en todos los bares habidos y por haber. Dándole tremenda vida a esa mujer. No, José Raúl... Las cosas no son así. Yo he encontrado consuelo en mi grupo de oración y te he perdonado; hace tiempo que te perdona...
- Necesitaba escuchar eso. Y obtener una oportunidad...
- ¿Oportunidad? ¿Oportunidad de qué? ¿Mereces una oportunidad? ¿Recuerdas lo que me dijiste antes de irte?: “Nos casamos muy apresurados.” “Yo no había tenido otras novias”...
- Sí, lo recuerdo. He sido un estúpido. Lo lamento mucho.
- ¿Qué lamentas? ¿Qué ella te dejó por otro hombre?... Ya tuviste tu oportunidad. Has tenido muchas oportunidades. Tal vez Bárbara te la da...
- ¿Entonces no has perdonado de verdad? El amor perdona todo...
- ¿Tú me vas a hablar de perdón y de amor? Tú que me pisoteaste y humillaste. ¿Sabes lo que la gente decía de mí en los hospitales?: “Mira ahí va la gordita esposa del doctor que se fue con otra.” “Pobrecita, se ha quedado con tres chiquillos...”
- Lo lamento mucho, Rita. Hoy he descubierto que de nada sirve ganar el mundo, si pierdo mi familia. Los niños quieren que vuelva; lo sé. Me lo dijeron el otro día.
- Sí lo sé. ¿Y si después vuelves a deslumbrarte con alguna otra mujer? El golpe va a ser peor. ¿Cuántas veces tuve que decirles que estabas en un trabajo fuera del país? Llegó un momento en que ya no pude ocultar nada. Juan Carlos, el hijo de tu mentor y gran amigo Jorge Sierra, le dijo a la niña que su papá andaba con otra mujer. Y la niña lloró. Ese día fue muy triste para las dos. No quiero que eso vuelva a ocurrir.
- Lo lamento mucho, Rita. Espero que podamos volver a conversar –dijo él cuando vio que ella tomaba su cartera para irse-. No quiero perder a mi familia.
- ¿No quieres perder tu familia? ¿Y qué has hecho hasta ahora? Respóndeme pedazo de... Adiós, doctor Torres. Me alegra mucho que haya conseguido trabajo.
- ¿Cómo lo supiste?
- Tengo colegas en Paitilla que te conocen. Adiós.
- Sí un amigo que va a los Cursillos me abrió un espacio... Dios te bendiga, Rita. Te...

Esa noche que llegó a casa de sus padres, se sentía muy triste. Le provocaba tomarse un trago, pero decidió no hacerlo. No se había envenenado con licor o drogas, pero sabía que por esa puerta podía caer en otros vicios como la adicción al sexo. Su cuerpo le pedía una relación sexual.

“¿Será por esto que estoy buscando a Rita? ¿Sólo para poder tener algo de sexo? Como me dijo Jorge que debía hacer. ¡Cuánto tiempo ha pasado! Qué noches oscuras he pasado”- se dijo y se puso a recitar el poema de San Juan De la Cruz que lo había acompañado muchas de esas largas y oscuras noches de tristeza:

En una noche oscura,  
con ansias en amores inflamada,  
(¡oh dichosa ventura!)  
salí sin ser notada,  
estando ya mi casa sosegada...

José Raúl se quedó en la casa de sus padres, pues así podía ver con más frecuencia a sus hijos. Había logrado unas horas en los Consultorios del Hospital de Paitilla, gracias a un hermano en la fe.

...

En los primeros días de 1984, la política era el pan cotidiano. Estaban a la puerta las primeras elecciones directas desde el golpe de estado del 68. Los militares se daban cuenta del arraigo de Arnulfo Arias en las conciencias y preferencias del pueblo panameño. En una conversación de los Torres, se hablaba del tema.

-Hijo, ¿Por qué no me acompañas a la sede de la Alianza? Necesitamos gente joven como tú.

-No sé papá. Tú sabes que sigo creyendo en la bondad del Torrijismo. Es más, tú sabes que sigo inscrito en el PRD. Aunque ya no exista para ellos, mi pensamiento sigue con el ideario de la Revolución.

-¡Ay, José Raúl! Esta gente te engatusó muy bien. Son unos maleantes que han tenido todo el dinero del mundo para hacer algunas obras. Tú mismo hace poco me hablaste del escándalo del Seguro Social. Lo que mal comienza, mal termina. Tal vez Torrijos no era tan malo; y sí amaba a los pobres como dijo McGrath, pero los que vinieron después de él han sacado las uñas. Ese Noriega me da miedo.

-Sí lo sé, a mí también. Las veces que estuve cerca de él, sentía algo raro; como si él fuese el centro del universo y todo girase alrededor de él.

-Acompáñame, hay varios médicos; te vas a sentir bien.

-Todavía no, papá; dame más tiempo.

-La oposición cada día va ganando más adeptos. Arnulfo Arias está recorriendo todo el interior del país. En San Miguelito, gran Distrito especial bastión del PRD, hay muchos que empiezan a simpatizar con el octogenario líder. ¿Sabes lo que dijo en Antón?:

Nada ni nadie nos detendrá. Las elecciones se tendrán que realizar en forma libre, honesta y democrática el 6 de Mayo. Por el bienestar y el progreso en paz, los candidatos del pueblo asumirán la Presidencia, y así será. Y recuerden: Viejo

es el viento veranero que sopla y se renueva todos los años, a través del tiempo, para solaz y donaire de nuestras campiñas y nuestras ciudades. Viejo y renovado es nuestro amor y nuestro ideal por un Panamá mejor. ¡Volveremos!

-Utopía, padre. Las cosas no son tan sencillas como las planteas –dijo José Raúl mientras recordaba todo lo que había aprendido con Jorge-. Arnulfo nunca gobernó más de quince meses.

-Utopía es el Torrijismo, hijo.

-Tenme paciencia, padre. No quiero que volvamos a distanciarnos por la política...

-Tienes razón –dijo el padre que estaba feliz con su hijo en casa.

...

Esos mismos días, en una de las casas de Fuerte Amador, Jorge Sierra conversaba con el General y sus colaboradores más íntimos a quienes el Jefe había convocado para hablar de las elecciones.

-Todo está preparado. Aquí ganamos por las buenas o por las malas –dijo el médico.

-Este viejo decrépito es inquebrantable. Logró inscribir su partido en un par de días. Se atreve a retarnos. En cada discurso sube su tono contra nosotros –comentó el General.

-El que me cabrea es ese McGrath. Él sabe que no gustamos de él. Cada vez que puede se mete en política, –dijo Jorge-. Los obispos han publicado una *Carta Pastoral* en la que piden "una campaña electoral limpia, de altura, sin fraudes, ni insultos". Estos curas dizque son apolíticos. Desde que estaba en la Salle sé que tienen sus favoritos. Se les nota que son simpatizantes de la Democracia Cristiana y de Arias Calderón, pero no se vistan que no van.

-El que está haciendo tremendo trabajo es Juan Carrete.

Este tipo y el Chombito sí que saben burlarse de Arnulfo –comentó alguno de los comensales.

-Sí eso de la yuca con miel, estuvo fabuloso –comentó Noriega entre risas.

-Explotar los errores de Carlos Rodríguez me pareció excelente. –añadió Jorge- El tipo en lugar de decir “década”, dijo “decada”. No sabe ni hablar español –dijo mientras soltaba la carcajada.

-Yo llamé a Néstor De Icaza y le dije que atacará al Fufo de nazista y fascista por sus estudios en Alemania, y por los cambios constitucionales de 1941 en los que negaba la nacionalidad panameña a los hijos de antillanos nacidos en la República, y se sindicaban como razas de inmigración prohibida a los asiáticos, hindúes y negros cuyo idioma no fuera el español –exclamó el Comandante.

Noriega y Jorge, se dirigieron al cuarto al que sólo tenía acceso el Comandante, donde tenía varios trabajos de santería para controlar a sus enemigos. Afuera los comensales seguían hablando de Nicky Barletta “el futuro presidente de Panamá”.

-Es blanco, bello y educado. Hasta los gringos están de acuerdo –dijo una de las damas que estaba en la reunión.

Todos se rieron por el comentario, pero la realidad en la calle era otra. La campaña era fragorosa. El octogenario Arnulfo volvía a levantar al pueblo panameño. El joven Nicky Barletta parecía un galán de telenovelas al lado del Sahila de Arco Iris, pero el pueblo no comió del cuento: la lucha no era por llevar un “dandy” a la presidencia, sino por erradicar la dictadura militar de dieciséis años.

El sábado cinco de mayo, en la Comandancia, Noriega tenía en sus manos la carta que Arnulfo Arias le había dirigido. Jorge se la había traído.

-¿Qué mierda le pasa a este viejo? -exclamó el médico quien no tenía a estas alturas que congraciarse con el Comandante, pero estaba convencido de la causa revolucionaria.

-¿Qué dice la carta? -preguntó Noriega.

-Aquí está. Léela –dijo Jorge.

La ADO –Alianza Democrática de Oposición- cree en la necesidad de un diálogo cordial y de altura entre sus personeros y el Estado Mayor de las Fuerzas de Defensa Nacional, con el único fin de mirar hacia el futuro desapasionadamente y asegurar la tranquilidad del país en este proceso electoral que es una etapa vital para nuestro desenvolvimiento histórico. Este planteamiento refleja nuestra posición de que las Fuerzas de Defensa Nacional constituyen una importante institución dentro del engranaje de la República y que, como tal, les toca también contribuir a despejar incertidumbre, asumiendo el lugar justo que les corresponde. Jamás hemos ocultado –por el contrario, lo hemos proclamado abiertamente- nuestra posición de que actualmente las Fuerzas de Defensa no ocupan ese lugar justo, dado que en los últimos 16 años su Estado Mayor ha monopolizado todos los poderes públicos. Sostenemos que las Fuerzas de Defensa Nacional, por el bien y el futuro del país, deben ser dependientes de las autoridades legítimamente elegidas por el pueblo, como lo establece la Constitución. Sostenemos., también, que la Ley 20 de 1983 debe reformarse para que nuestras Fuerzas Armadas actúen como agente de la autoridad y se les asegure su estabilidad dentro del Escalafón Militar para su debida profesionalización.

-Vamos a ver si tiene los huevos derrotarnos. La Revolución es del pueblo y no podrán derrocarla. Ya en el sesenta y ocho sólo gobernaron once días. Ahora ni llegará al Palacio de las Garzas –dijo Jorge recordando la gesta torrijista- ¿Pero tú crees que puedan ganarnos?

-¿No has visto las concentraciones multitudinarias? Tienen su gente. Pero no nos van a joder. Tenlo por seguro.

En la tarde del 6 de mayo, día de los comicios, El Comandante y sus allegados percibían que la situación se estaba complicando.

-Los resultados de los escrutinios son adversos, Jefe -dijo el informante a Noriega.

El General estaba en su bunker de Amador con Jorge Sierra.

-Me acaban de llamar para decirme que estamos perdiendo.

-¿Y qué vamos a hacer? –preguntó Jorge Sierra.

-Tranquilo, que esta mañana en casa de Díaz Herrera hemos planificado el paquetazo. Roberto dice que hay que convocar a los magistrados a su casa para eliminar algunas actas que favorezcan a Arnulfo Arias.

-Y ahora en unos instantes se va a formar la vaina en la Junta de Escrutinio.

-¿Cómo así?

-Conformamos una tropa de choque con Silverio Brown para que desaloje a todos esos agitadores que han ido dizque a cuidar los resultados de las elecciones –dijo el Comandante.



Ciertamente los resultados iban dando un estrecho margen de victoria a Arnulfo Arias. Al día siguiente en el Palacio Legislativo, donde sesionaba la Junta, hubo dos muertos debido al ataque de esta tropa de choque que Noriega aupó.

Las protestas de la ADO y de los opositores, que veían esfumarse el triunfo de Arnulfo en los comicios electorales, se dieron hasta fines del mes de mayo; pero todo fue en vano. El veinte de mayo el Tribunal Electoral, a pesar del salvamento de voto del Magistrado César Quintero, hizo la proclamación de Nicolás Ardito Barletta como Presidente electo de Panamá. La oposición lo empezó a llamar “Fraudito”.

El día de la entrega de credenciales, ante las protestas de los miembros de la ADO, los Dobermans -policía de control de protestas y multitudes- irrumpieron en el local de Avenida Balboa y destruyeron todo a su paso. Golpearon niños, jóvenes, ancianos y encarcelaron a varias decenas de “revoltosos”.

Los opositores aprovechaban cualquier oportunidad para protestar ante el régimen dictatorial. Así lo hicieron cuando los medios anunciaron la destitución del Coronel Julián Melo por nexos con el narcotráfico. Si bien esos días Noriega estaba fuera del país, se mantenía al tanto de todo lo que ocurría por vía telefónica. Roberto Díaz Herrera procedió a destituir a Melo, y declarar que era un caso aislado. Es que investigaciones de Interpol y la DEA concluían el apoyo de la institución armada a los carteles de la droga. Panamá se había convertido en un paso de narcóticos hacia Centroamérica y Estados Unidos. Pero Julián Melo era un chivo expiatorio para distraer las verdaderas investigaciones sobre los vínculos de Noriega con el trasiego de drogas.

Unos días antes de la toma de posesión de Barletta, el nueve de octubre, los opositores tuvieron jornadas de protestas, pero la suerte estaba echada.

-¿Los gringos están con nosotros a pesar de lo de Melo? -preguntó Jorge Sierra al Comandante.

-El Embajador Briggs tiene al gobierno de Estados Unidos confiando ciegamente en nosotros.

-¿Cómo se explica lo de Melo? -preguntó el médico un tanto intranquilo.

-Julián está bien. Lo realmente importante es que los gringos sigan creyendo que nuestra permanencia en el poder asegura el apoyo a los Contras en Nicaragua y la lucha contra la guerrilla centroamericana. Mis santeros ya han hecho el trabajo para inmovilizar a Ronald Reagan -manifestó el Comandante.

-¿Supongo que en el cuarto de Amador tendrás también una foto del Presidente Vaquero metida en un vaso de vela roja? ¿Y si Nicky se te voltea?

-¡Cuán poco confías en mis santos! -dijo Tony Noriega con una carcajada.

-¿Sabes anoche estaba soñando con McGrath? Me levanté sudando -dijo el galeno-. ¡Qué pesadilla! ¿De verdad que se parece a Herman Monster? -comentó a carcajadas el médico-. Espera, déjame sacar el Almanaque Bristol para interpretar mi sueño. A lo mejor es que me voy a meter a cura y tendré que dejar el sexo...

-¡Cuidao, pues! -dijo el Comandante con una sonrisa en el rostro.

Nicolás Ardito Barletta tomó posesión el 11 de octubre de 1984. Algunos opositores veían con buenos ojos al reconocido economista. Días después los Torres analizaban la coyuntura política.

-En una reunión que tuvimos con Arnulfo, alguien comentó con esperanzas que “este Barletta ha estado fuera de Panamá muchos años; a lo mejor es el hombre que pone a los militares en su sitio.” -dijo Don Raúl a su hijo mientras almorzaban

-¿El Fufo estaba ahí? –preguntó José Raúl.-Sí, y les dijo: “No nos engañemos. Los hilos del poder los maneja Noriega.”

-Los colegas creen que el problema de Barletta va empezar con la economía; tiene que sanearla a como dé lugar. Tendrá que pagar los préstamos que recibieron para todas esas obras y aclarar los escándalos del Seguro Social, Van Dam, COFINA...

-¿Recuerdas a Carlos Rodríguez el banquero de Miami?

-Sí por supuesto –dijo el doctor.

-Él es de la tesis de que las instituciones de crédito mundial van a empezar a presionar a su antiguo empleado para que cumpla con los compromisos crediticios de Panamá.

-La gente va a seguir protestando. Me han comentado que CONATO, los maestros, y los médicos seguirán la lucha. Un colega me habló de la Coordinadora Civilista Nacional (COCINA).

-Cada día, la oposición al régimen se hace más fuerte –concluyó don Raúl.

Era cierto lo que comentaba don Raúl Torres, y por ello en la mente de Manuel Antonio Noriega estaba la idea de dar algunos escarmientos para atemorizar a los contrarios. Así fue que el 21 de agosto de 1985 secuestraron a uno de los líderes opositores: el doctor Mauro Zúñiga. Hombres de la llamada F8, fuerza que había creado Noriega para poner en cintura a todos los que se atrevieran a descomponer el orden de la nación, responsables de la represión en mayo de 1984, habían estado siguiendo al médico. Él era la cara visible de COCINA y liderizaba las protestas por la situación económica del país y los nexos de las Fuerzas de Defensa con el narcotráfico.

Los miembros de la F8 aprovecharon un viaje del doctor Zúñiga a Santiago de Veraguas. Cuando ya su gira había concluido, y mientras comía en el Restaurante Quo Vadis, llegaron unos hombres que le pidieron que los acompañara. El doctor accedió a la petición de ellos. Sus colegas sospecharon que la invitación no era algo bueno. De inmediato llamaron a los dirigentes de COCINA en Panamá. Radio Mundial, de propiedad de los familiares de Zúñiga, puso la voz de alerta sobre el secuestro. Mauro Zúñiga temía por su vida. Lo golpearon, lo torturaron. Pero tuvieron que tirarlo a la Carretera Panamericana, pues el país entero sabía la noticia; pero antes dejaron en su cuerpo las marcas de la F8. Las voces de repulsa por la atrocidad cometida se escucharon en todo el país. Las sospechas de que estábamos gobernados por una narco dictadura, apoyada en el terror, se empezaban a confirmar. Pero eso fueron los adelantos de lo que ocurriría en unas semanas.

## LIBRO SEGUNDO

### 14

-Buenos días, Jorge. ¿Cómo te sientes hoy? –preguntó José Raúl a su amigo aquel jueves dieciocho de agosto de 1988.

-¿Por qué vienes a verme? ¿No fue suficiente con mi rechazo del martes? –preguntó Jorge con dureza.

-Hoy es un buen día para salir a dar un paseo. Tengo un tour que no rechazarás –dijo José Raúl con una sonrisa.

-¿En qué hospital trabajas que tienes tanto tiempo libre?

-Ya te dije que estoy por la tarde. Un amigo cursillista me permite hacer unas horas en su clínica.

-¿Amigos? ¿Existen?

-¡Vamos! Alístate. Vamos a ponerte una bonita camisa y de vuelta las mises tendrán este cuarto reluciente.

-Ya te dije que no quiero que limpien el cuarto –dijo Jorge, a quien la idea del paseo le empezó a dar vueltas-. ¿Y dónde me vas a llevar a un convento a que me exorcicen?

-Vamos termina de vestirte.

Bajaron las escaleras. José Raúl pidió a un auxiliar que metiera la silla de ruedas en la parte de atrás de la camioneta Subaru de su propiedad. Arrancó el auto y bajó hacia la Avenida Balboa. Pasó frente a la Embajada de Estados Unidos, luego el Hospital del Niño, la Embajada Británica, la Casa de los Arias-Linares.

-¿Te dije que para dónde vamos? –preguntó Jorge.

-A Las Bóvedas, te va a gustar.

José Raúl estacionó la camioneta frente al Parque Bolívar contiguo al Teatro Nacional y la Iglesia San Francisco de Asís del Casco Viejo. Sacó la silla de ruedas y abrió la puerta de Jorge. Lo ayudó a subirse y empezaron el periplo.

-¿Cuántas veces estuve aquí acompañando a Noriega o algún Ministro? –se dijo Jorge interiormente, cuando contempló el Teatro Nacional.

Tomaron la acera que conduce al Antiguo Club Unión y luego Club de Clases y Tropas, hoy abandonado y guarida de indigentes.

-¿Y qué decir de este sitio? Cuántas recepciones de oficiales, sus bodas, los quince años y matrimonios de hijas e hijos...

-Vamos al paseo de Las Veraneras

-¿Por qué haces esto si yo te pague tan mal cuando caíste en desgracia con los militares? –se atrevió a preguntar el ahora paciente del Oncológico.

-Ya pasó, Jorge. El Señor hace nuevas todas las cosas. Olvida eso y disfruta el momento.

-Detente –dijo Jorge-. El enfermo quiso sentir la brisa de la mañana en su rostro. El sol quemaba su rostro. La sensación de libertad era única. El cáncer lo había encarcelado. Todo había perdido sentido. Los amigos de juergas se habían ido.

-¿Qué es la amistad? ¿Existe la amistad? –pensaba para sus adentro.

Una bandada de gaviotas pasó cerca de ellos.

-Uno sabe quiénes son sus amigos cuando está enfermo o en la cárcel –dijo Jorge en voz alta.

José Raúl estaba en silencio contemplando.

-Ya no puedo beber ni una sola gota de licor. Ya no puedo pagar las rondas, ni dejar que me las paguen.

A la distancia, se veía Punta Paitilla con sus altos condominios.

-¿Quiénes son tus amigos José Raúl? ¿Por qué te ves tan feliz y yo me ahogo en soledad y tristeza?

-Los amigos son un tesoro. Mis amigos son cursillistas, algún sacerdote, Monseñor...

-¿Sigues frecuentando a McGrath? –preguntó Jorge.

-Sí, seguro. Nos apoyó mucho con la depresión de Rita Raquel... En el momento de mi infidelidad y mi abandono de casa, fue un gran apoyo para mi esposa. Hoy estuve en una misa con él. Nos invitó a orar y desayunar. Hoy es la memoria de un beato muy querido para él: el padre Alberto Hurtado.

-¿McGrath es tu amigo? ¿Un amigo de verdad?... -Ustedes eligieron a McGrath y yo a Noriega. El los visita; Noriega se ha olvidado de mí...

- Monseñor es un tremendo ser humano. Mucha gente no lo ha descubierto.
- Oye ese amigo tuyo médico es bueno contigo.
- Sí, en verdad sí.
- ¿Seguro que es Civilista como tú?
- En verdad sí. Lo conocí en una marcha muy especial. En un momento que marcó la historia de Panamá...
- ¿De qué marcha hablas?
- El cortejo que acompañó el cadáver de Hugo Spadafora hasta el Puente de Las Américas rumbo a su última morada en el Cementerio de Chitré.
- Esos días me robaron a mi hijo. Tú y tu Iglesia lo engatusaron y nunca volvió a ser el mismo...

...

- Voy a ir al Aeropuerto de Paitilla a recibir el cuerpo de Spadafora –dijo José Raúl a sus padres.
- ¿Pero te vas a exponer nuevamente? –aseveró doña Esther.
- Está en su derecho y es un deber, mujer. Casi lo perdemos con estos gorilas y su razón está volviendo a clarificarse –dijo don Raúl con una sonrisa en los labios.
- Yo vi a Hugo en el Instituto. No estábamos en el mismo salón y no éramos amigos, pero sí lo conocía. Él se opuso a golpe del 68 y luego entró en el Proceso. Casi como yo. Pero esto es el colmo –dijo José Raúl con un tono de voz que denotaba ira e impotencia.
- ¿Leíste los periódicos? –preguntó Don Raúl.
- ¿Te refieres a los detalles que está dando Sánchez Borbón? –preguntó el médico.
- Sí por supuesto. Seguro que Noriega también le pone precio a su cabeza.
- ¿Y si esto te pone en peligro, hijo? –preguntó doña Esther.
- Mamá, Spadafora se atrevió a denunciar la narco dictadura de Manuel Antonio Noriega. El Comandante no podía permitir tamaña osadía. Hugo fue Viceministro de salud en la década de los setenta, y se había identificado con la lucha torrijista, pero no pudo callar lo que descubrió de Noriega.
- ¡Ay, hijo! Ya me había acostumbrado a verte tranquilo –suspiró doña Esther.
- Ve y protesta por nosotros, hijo –dijo don Raúl que estaba feliz con la conversión política que empezaba a observar.
- Spadafora siempre fue un idealista y eso lo llevó hasta la guerrilla en Guinea-Bissau. Más tarde fue el Comandante de la Guerrilla Victoriano Lorenzo que, con apoyo de Omar Torrijos, había ido a respaldar la lucha de los sandinistas en Nicaragua para derrocar a Anastacio Somoza.
- Tu abuelo alguna vez compró algo en Fino Fino, el almacén de lo Spadafora en Chitré –dijo el patriarca.
- ¿Pero estaba en la guerrilla? ¿No será un ajuste de cuentas, hijo? –preguntó con inquietud la señora.
- No sé madre. Allá en Nicaragua, Spadafora se había ganado la confianza del Comandante Cero, Edén Pastora, quien luego de encabezar la Revolución Sandinista -que había logrado el objetivo de defenestrar al dictador- se levantó contra sus antiguos compañeros de armas. Desde la CONTRA, y con apoyo de los Estados Unidos, Pastora y otros desencantados intentaban derrocar a los sandinistas que se habían ido con la izquierda

de Fidel.

-Se repite la historia verdad: No hay un asunto en el que los gringos no metan sus narices. ¡Cuánta razón tenía Arnulfo!... Eso siempre le costó el puesto –concluyó don Raúl.

-Se cree que Hugo fue descubriendo de qué manera el apoyo a los CONTRAS llegaba en aviones desde Panamá, y cómo la droga patrocinaba la nueva guerra. A los gringos no les importaba con tal de erradicar el comunismo –dijo el doctor.

-Yo recuerdo cuando el periódico *La Prensa* publicó las declaraciones de Spadafora –dijo don Raúl y empezó a parafrasear la mencionada noticia:

Yo que me he identificado hace mucho tiempo con la Guardia, creo que es el momento de señalar que es una vergüenza... que las actividades de muchos años de Noriega mancillan ahora el uniforme de los miembros de las Fuerzas de Defensa, actividades que se involucran con el tráfico de drogas y de armas y la manipulación política. Es hora de que oigamos abiertamente que es una desgracia internacional que un traficante internacional viaje por el mundo representándonos, hablando de democracia, de paz en Centroamérica. Es una desgracia que hay que desenmascarar. Hay personas en este país que saben mucho acerca de todo esto y que no se atreven a hablar públicamente. Pero lo diré categóricamente: Noriega es el responsable principal de las intrigas, las negociaciones y los complots, en fin, de toda la corrupción contra la democracia.

El cuerpo de Hugo Spadafora Franco arribó a Panamá el jueves 19 de septiembre. La gente fue masivamente al Aeropuerto Marcos A. Gelabert de Paitilla. Muchas personas acompañaron el féretro hasta el Puente de Las Américas. Su funeral en Chitré fue multitudinario. Don Carmelo Spadafora enterró a su hijo y parte de su vida se fue con la del médico guerrillero.

La gente estaba realmente herida. Los detalles se iban sabiendo gracias a “En pocas Palabras”, columna de Guillermo Sánchez Borbón en *La Prensa*.

Días después, los Torres conversaban del tema.

-Papá, la tarde del viernes 13 de septiembre, don Carmelo Spadafora empezó a temer por la vida de su hijo. Ellos sabían que Hugo venía a Panamá proveniente de Costa Rica. En la mañana del sábado catorce, decidieron empezar a movilizarse. Fueron al periódico *La Prensa* a alertar a la opinión pública de la desaparición del médico. Don Melo y sus hijos sabían que la pronta movilización de la noticia había salvado la vida de Mauro Zúñiga.

-Sánchez Borbón ha mencionado los nombres de los captores, de los ejecutores. Mencionó la palabra corozo –comentó don Raúl.

-Un colega me habló de la autopsia. El cuerpo tenía desgarrado el cuello, con los músculos y la piel descubiertos. En la zona izquierda, a la altura del pecho, tenía un moretón. En la misma zona, tres costillas fracturadas. Pero eso no era todo: en ambos brazos tenía heridas profundas, además de lesiones en los genitales, en los dedos y en la espalda. Los médicos dicen que la decapitación había sido postmortem.

-Estamos ante unos sádicos –dijo don Raúl.

-La gente ha empezado a incriminar a Noriega, por las marcas de F8. Las mismas que estaban en el cuerpo de Mauro Zúñiga.

-¿Pero él estaba en Panamá? –preguntó don Raúl.

-No, pero sólo él podía haber dado la orden para una acción como esa. Es como lo del

padre Héctor: Torrijos no lo mató, pero encubrió a quienes lo hicieron. Noriega no fue el autor material; pero algo así sólo podía venir de una orden superior y de alguien que estuviera molesto con Spadafora: El General tenía razones de sobra para acabar con Hugo.

-Ellos van a hacer lo de siempre, dilatar y mentir. ¿Viste lo del martes?

-No estaba de turno. ¿Qué cosa?

-El martes, en cadena nacional, Roberto Díaz Herrera presentó un supuesto testigo salvadoreño, Manfred Hoffman, quien tiene la versión de que el crimen de Spadafora fue obra del Frente Farabundo Martí –preciso don Raúl.

-Según Sánchez Borbón, desde que lo bajaron del bus en Concepción como a la una de la tarde del viernes 13, Spadafora caminaba mostrando su cédula a todo el que podía: “Yo soy el doctor Hugo Spadafora y he sido detenido por miembros de la Guardia Nacional, específicamente del G2.”

-Son muy astutos, hijo, pero creo que aquí hay un parte aguas. Han ido demasiado lejos. ¿Quisiera ver qué dicen los gringos? ¿A ver si ahora se meten? Como hicieron tantas veces con el Fufo.

-No creo, papá. Cada día Noriega tiene más apoyo económico de los Estados Unidos.

-Yo sí creo que hay cosas que van a cambiar, hijo. Mucha gente en el PRD admira a Spadafora.

Efectivamente, el horrendo crimen hizo que mucha gente, que aún confiaba en la bondad de Noriega y del gobierno pro militarista, empezara a criticar el régimen. La sociedad civil, empresarios, estudiantes, obreros, profesionales empezaron a unirse a las protestas que la familia Spadafora organizaba.

Esos días de septiembre, el Presidente Nicky Barletta había viajado a Nueva York a la Asamblea de las Naciones Unidas. Antes del viaje, empezó a hablar de nombrar una comisión independiente que investigase lo sucedido. Cuando regresó, su primera citación fue a la Comandancia: su pecado fue haber hablado de investigaciones. Ya en el avión, la comitiva había sentido el retorno espiritualmente pesado. Apenas bajó del avión lo esperaban en Avenida A. Le dijeron que eso de una comisión investigadora era absurdo. Luego de más de doce horas, se obligó a Barletta a renunciar. A las tres de la mañana del sábado veintiocho de septiembre, leyó su comunicado en el que habló de “diferencias de opiniones” con miembros y legisladores de la alianza Unión Nacional Democrática (UNADE).

La familia Spadafora sabía que ese no era el verdadero motivo de su renuncia: Noriega estaba enojado por la decisión de Barletta de permitir investigaciones independientes en torno a la muerte de Hugo.

En su primera sesión de gabinete, el nuevo Presidente, Eric Arturo Del Valle, se refirió a “un plan sedicioso de la oposición para derrocar al gobierno, pero que el apoyo de las Fuerzas de Defensa ha sido clave para hacer abortar estas iniciativas.” El diez de octubre participó en un acto de apoyo al General Noriega, “víctima de esta conspiración”; habló de la oposición y su tradicional repudio antimilitarista que busca destruir el cordón umbilical entre el gobierno y las fuerzas armadas.

...

A las seis de la tarde del jueves 24 de octubre, Rita Esther fue a casa de sus abuelos para conversar con su papá. Se llevó su cuaderno de cálculo para estudiar. Su papá llegó como

a las siete y media de la noche.

-Hola, papito –dijo la señorita mientras daba un beso a su padre.

-¿Qué tal hija? ¿Cómo anda cálculo? –preguntó José Raúl.

-Mejorando.

-¿Y ese milagro? –preguntó el extrañado padre ante la visita de su hija.

-¿Ay, papi, te molesta mi visita?

-No; para nada. Pero me da curiosidad.

-Tengo varias cosas que consultarte.

-A ver, dime.

-Mis amigos del Batallón de La Salle van a hacer una protesta con otros muchachos del colegio mañana al mediodía.

-¿Y tú qué tienes que ver con eso?

-En la tarde, han programado ir a una cadena humana a la que han invitado los Spadafora.

-¿Lo de la Nunciatura?

-Sí, así es.

-¿Pero tú estás en María Inmaculada y no en La Salle?

-Es cierto, papá. Pero hay algo en mí que me dice que debo ir. Juan Carlos, el hijo de tu amigo Jorge, me mandó decir con José Ricardo que no meta en esas locuras de sus compañeros. Su papá le ha dicho que esas protestas no van a acabar en nada.

-¡Ay, hija! Estos policías parecen estar implicados en la muerte de Hugo Spadafora, pero dudo que las autoridades judiciales vayan a incriminarlos. Noriega controla todos los órganos del Estado.

-¿Pero puedo ir? –preguntó la chica.

-Ve con mucho cuidado. Es seguro que no los van a dejar llegar a la Presidencia, como tienen planeado.

-Gracias, papá. Me voy a cuidar muy bien. La mamá de una de mis compañeras nos va a llevar y acompañar. ¡Ah! Algo más. Este fin de semana es el retiro de confirmación. Lo vamos a hacer junto con muchachos de La Salle. Nos han pedido que nuestros padres vayan a la misa de clausura.

-¿Y tú mamá qué te dijo?

-Me dijo que te preguntara si puedes acompañarnos.

-¿Dónde va a ser la Eucaristía?

-En la capilla de La Salle, a las cinco de la tarde, luego de que termine el retiro espiritual.

-Okey. Cuenta conmigo; allí estaré.

Ciertamente, Rita se fue a la Avenida Balboa el viernes 25 de octubre. En la Nunciatura, Embajada del Vaticano en Panamá, estaban encadenados dos de los hermanos de Hugo Spadafora: Carmenza y Guido. Exigían justicia para su hermano. La familia había convocado al pueblo a hacer una cadena humana partiendo desde la sede diplomática pontificia, hasta la Presidencia de la República; la finalidad, solicitar al presidente Del Valle justicia para el atroz crimen de Hugo.

Cuando Rita llegó a la Avenida Balboa, la cadena estaba empezando. A ella le tocó frente al Autocine Pacífico, al que había ido varias veces cuando sus padres estaban juntos. Las señoras que estaban a su lado parecían “doñitas de plata”, como las mamás de sus compañeras del colegio. Ellas les mostraron el *Semanario Quiubo* con las fotos del cuerpo mutilado, torturado y descabezado del doctor Spadafora. Sintió dolor, disgusto y escozor ante tanta violencia.

La gente que pasaba en los carros los animaba. Radio Mundial transmitía lo que sucedía

en La Balboa. Seguían llegando muchas personas. Cerca de las cuatro de la tarde, la cadena humana llegaba al edificio de La Contraloría.

Rita, ya no se sentía tan sola. Veía a muchos jóvenes que también sentían repudio por el crimen, y enojo por el silencio del gobierno. Habría querido que Juan Carlos Sierra estuviera allí para que percibiera lo que el pueblo sentía. Él la había llamado la noche anterior y la había rellenado de información de personas allegadas al PRD, quienes veían todo como una maniobra de Arnulfo Arias y otros cabezas calientes para tumbar al gobierno.

Cerca de las seis de la tarde, la cadena humana llegó a la Iglesia de La Merced. Ahí fueron recibidos por los antimotines de las Fuerzas de Defensa. La gente empezó a caminar hacia El Marañón. La marea humana iba gritando: ¡Noriega asesino! ¡Cara de Piña asesino!

-¿Quién es Cara de Piña? –se atrevió a preguntarle a un señor que caminaba cerca de ella.

-Es el nuevo apodo que se le ha dado a Noriega por su problema de acné -dijo el hombre entre risas.

-¿Pero por qué vienen en retorno? –preguntó la joven.

-Seguro por la represión de los Dobermans –dijo el señor.

-¿Y qué debemos hacer ahora? –preguntó Rita a la madre de su amiga.

-Supongo que lo mejor es retirarnos, pues las Fuerzas de Defensa vienen con todo –dijo la señora.

A las ocho de la noche que salieron de Paitilla, la mamá de su amiga las llevó a los patines de La Salle. “Allá estarán mis amigos y mis amigas del colegio.” “A lo mejor me encuentro a Juan Carlos y le cuento la experiencia que he vivido.” –pensaba mientras iban en el automóvil

-Me quedo sin palabras –dijo Juan Carlos a Rita cuando ella lo encontró-. ¿Te atreviste a ir a eso? –fue el cuestionamiento irónico del chico.

-Sí y creo que ha sido una experiencia única –dijo Rita.

-No saben con quién se meten. Todo son patrañas de los enemigos del Gobierno. Ya verás que no logran nada.

-Debes leer *La Prensa* y vas a ver la otra perspectiva –dijo la joven.

-¿Y ahora hasta lees periódicos? ¡Qué looser! –dijo justo en el instante de darle la espalda y retirarse.

La amistad de los padres médicos había hecho que Rita Torres y Juan Carlos Sierra se conocieran cuando eran niños. Juan Carlos fue a algunos de los cumpleaños de los hijos del amigo de su padre. Cuando ocurrió la separación, la mamá de Rita prefirió sacar de sus listas de amigos “al hombre que había llevado a José Raúl al PRD.” Rita era amiga de varios compañeros de Juanky que estaban en La Salle. De hecho compartían al mismo profesor de química: Adolfo Chang Wong. Las anécdotas con el profesor, que daba clases a los graduandos de ambas escuelas, eran clásicas. Como aquellas de: “Segunda Pregunta” –dijo el profesor- “¿Profesor y la primera?” – interrumpieron las niñas del María Inmaculada- “La dicté en el pasillo” –dijo Chang Wong a las bachilleres. Alguna vez Rita y Juanky hablaban por teléfono, pero la distancia ya se había dado.

## 15

Muy temprano, aquel sábado 20 de agosto de 1988, el seminarista Juan Carlos Sierra salió del Seminario Mayor San José, ubicado detrás de las instalaciones de la Universidad Santa María La Antigua. Mucha gente no sabía que había sacerdotes panameños, pues



estaban acostumbrados a los españoles y colombianos; menos que en Panamá hubiera Seminario para formarlos, pues en diversas ocasiones se había reabierto y cerrado por falta de vocaciones. Los panameños son demasiado fiesteros y bullangeros para tomar hábitos, decían algunos. Lo cierto es que Monseñor McGrath lo había reabierto en 1970. Allí estudiaba Juan Carlos Sierra, hijo de Jorge Esteban Sierra.

Cuando tomó su diablo rojo en la parada de la Universidad Santa María, llevaba muchas interrogantes en su corazón y en su mente. Las últimas conversaciones con su padre habían acabado en discusiones, pues éste no aceptaba su vocación sacerdotal. Y las discusiones habían servido para que heridas emocionales, que se habían alojado en su ser “desde el vientre materno”, salieran a la luz. “Pero la circunstancia no es de confrontación” le había dicho su padrino y también su madre Flora Sánchez, la fiel compañera de Jorge Esteban.

Iba rezando el Rosario, cuando pasó cerca de La Alameda y recordó a Rita Raquel, hija de su padrino José Raúl, en quien no dejaba de pensar. “¿Cómo me va a recibir papá?” “No sé ni qué decir”. “Creo que es lo que ahora te está pidiendo el Señor, Juan Carlos” le dijo el director espiritual unos días antes. “Allí tienes que dar testimonio”. “La familia es el primer campo de evangelización, aunque sea difícil ser profeta en la propia tierra; y más aún en la enfermedad”.

Se bajó en La Violeta y emprendió camino hacia El Oncológico. Iba recordando la última pelea con su padre, a raíz de la captura de Roberto Díaz Herrera por parte de la UESAT, por órdenes de Noriega, aquél lunes 27 de julio de 1987...

...

-Vaya aquí está mi hijo el seminarista –dijo Jorge Sierra quien había dormido en casa de su excompañera aquella noche y salió de la habitación cuando oyó la voz de su hijo.

-¿Qué tal, papá?

-Tu madre me dijo que andabas en esa sedición de curas y rabiblanco. Esto va a pasar, Juan Carlos. Los gringos no van a permitir que se altere el orden que Noriega tiene; y al General no le va dar miedo sacar del camino a quien se le oponga. Déjate de tonterías. Suficiente con que te hayas metido a cura. ¡Sé que fue vaina de José Raúl para herirme! Estoy esperando una oportunidad para encararlo y envainarlo.

-Mi tío no tuvo nada que ver en mi decisión, papá.

-Bueno, ya te lo he dicho. Salte de esa sedición que vas a acabar mal.

-No quiero discutir, papá. Casi ni nos vemos; y cuando has venido por acá, ha sido para regañarme o cuestionarme.

-Ya, hijo, cálmate –dijo la mujer para bajar la intensidad.

-Deberías venir conmigo a la Comandancia para que veas a un hombre de verdad. A lo mejor se te quitan esos sueños de opio. ¿O será que te hace falta una mujer que te haga sentir lo que es la vida? –preguntó el padre del joven en tono de burla.

-¡Jorge, por favor! –inquirió la mujer a su ocasional compañero.

-El amor es dios, hijo. Tu Biblia dice que “Dios es amor”, aplícale una conversión a esa frase y hallarás la verdad: “El amor es dios”.

Juanky hizo el esfuerzo por quedarse callado. Desde aquel retiro de confirmación había podido perdonar a su padre, pero no sabía cómo decírselo. Y no sabía cómo tener una conversación con su padre, pero algo lo empujó a seguir la discusión.

-¿Y tú a quien has amado papá? ¿Tú amas a alguien o sólo te has amado a ti? –preguntó el muchacho.

El hombre se quedó de una sola pieza ante las preguntas de su hijo.

-¿Y te atreves a contestarme? ¿Qué esperas que sea la Madre Teresa?... Tú no sabes nada de la vida. Yo amo una causa, Juan Carlos. Una causa por la que he dado la vida: la Revolución. ¿Dime qué gobierno hizo por este pueblo lo que hizo Torrijos?

-Ese fue Torrijos, papá. Noriega lo lleva al despenadero; y todos ustedes que lo apoyan van hacia allá con él.

-¿Y ahora quién te crees? Esas son las vainas que McGrath te enseña.

-Tú sabes que tengo razón. McGrath supo leer los signos de los tiempos y apoyar a Torrijos, aunque no estuviese de acuerdo con muchas cosas del Proceso. Pero Noriega nos arrastra a todos hacia el precipicio. Díaz Herrera lo vio a tiempo.

-Ese es un maricón. ¿Por qué no dijo nada antes? Ahora que lo sacaron de la jugada se ha ido a llorar como mujer, lo que no supo defender como hombre.

-Ah, papá, se la jugó. Ha arriesgado a su mujer y a sus hijos. ¿Tú te has arriesgado alguna vez por algo?

Jorge no soportó ese comentario y se le abalanzó al muchacho. Juanky lo superaba en tamaño y le detuvo la mano cuando Jorge intentó darle una cachetada.

-No me contradigas, ni intentes ridiculizarme –dijo el hombre muy enojado.

-Ya, basta –gritó la mujer entre lágrimas.

Juanky se fue corriendo a su cuarto a llorar. Su ira era mayúscula.

-Esto no termina aquí –dijo el hombre- ¿Qué mierda te pasa? ¿Tú me vas a hablar de riesgos? Tú que has ido a esconderte en un seminario. Yo me corrí riesgos. Yo intuí que la Revolución era un bien... Yo te he pagado la mejor educación que has podido tener; me corrí el riesgo de invertir dinero en ti, para que ahora tú decidas ser cura... -dijo el hombre cuando tiro la puerta del apartamento.

...

Cuando Juanky subió al primer piso del Oncológico, sus manos transpiraban y en su pecho sentía una sensación de ansiedad. Su padre descansaba, pues no había tenido una buena noche. El seminarista se quedó en el umbral de la puerta.

Jorge entreabrió los ojos y creyó estar soñando. Unos minutos después volvió a abrir los ojos.

-Tu madre me había dicho que vendrías.

-Sí pedí permiso para ausentarme del trabajo pastoral del Tutelar de Menores de El Chorrillo.

-Mi hijo, el seminarista. ¿Sabes? Tu padrino ha venido a verme varios días y hasta me llevó de paseo. Él está muy orgulloso de tí.

-Hubiese querido que tú también te enorgullecieras de mí –dijo el joven.

-¿Sabes? Un día le dije al General Noriega que el colmo de un revolucionario es que su hijo le salga conservador.

-Yo no soy conservador, papá. El Evangelio es la verdadera Revolución.

-La Revolución, Juan Carlos, a ella consagré mi vida. Yo era el Médico de la Revolución y tú el Hijo Predilecto de la Revolución –comentó el enfermo al recordar que su hijo había nacido el 11 de octubre de 1968.

- No te esfuerces por hablar, papá. Descansa...
- Tu padrino me ha visitado todos estos días. Noriega nunca ha venido a verme. Supongo que eso es la verdadera revolución. Yo le di la espalda cuando el cayó en desgracia, y ahora me paga con bondad y atenciones... En estos días me dijo que la enfermedad no es una desgracia...
- Así es, papá. Misteriosamente podemos unir nuestros dolores a la Pasión de Cristo.
- ¡Cristo, el Revolucionario!
- Cristo, ha cambiado la Historia, papá. Él es el vencido que vence. ¿Los demás revolucionarios acaban siendo reaccionarios o no?
- ¿Sabes antes de su muerte Torrijos empezó a sentir que todo el poder del que había gozado sólo era por los fusiles?
- No, no lo sabía.
- Yo creo que por eso se replegó.
- McGrath habló muy bien de él, el día de su funeral. Yo he leído la Homilía –comentó el joven.
- Yo estuve allí. Tú padrino y yo lo comentamos, el día del funeral... ¿Cómo va a ser mi funeral? Nunca pensé en eso y parece que va llegando la hora... Omar Torrijos, ese sí fue un revolucionario. Sabes tú naciste el glorioso día de la Revolución.
- Lo recuerdo, siempre me lo has dicho.
- ¿Qué te ofrecieron en la Iglesia que yo no te hubiese dado, hijo? Entre los miembros del Estado Mayor había alguno que llamaba a la Iglesia Católica la gran ramera.
- Algunos pastores de otras denominaciones usan ese término para referirse a la Iglesia.
- Yo que he sido tan crítico del Catolicismo soy premiado con un hijo seminarista. ¿Cómo ocurrió esto?...
- ¿Quieres que te cuente?
- Supongo que me gustaría saber en qué fallé.
- No fallaste, papá. Dios se valió de muchas circunstancias para revelarme su amor.

...

Juan Carlos estudiaba en sexto año del Colegio de la Salle. Su padre, si bien no creía en la Iglesia, había hecho el esfuerzo de darle la mejor educación. El joven había entrado al curso para el Sacramento de la Confirmación en la Salle, pues Rita –su amiga de infancia e hija del antiguo amigo de su papá, José Raúl Torres- se lo había sugerido. Lo pensó mucho, antes de acceder. Su actitud seca con los catequistas denotaba que algo no andaba bien en su vida. Su padre no tenía tiempo para cosas religiosas. Un típico joven de un colegio yeyé: viernes de patines –La Salle, Patín Dorado-, de cine en Obarrio o jugar maquinitas en Galáctica o Diverlandia.

Su casa estaba en Vía Argentina. Su papá le había inculcado que él era un “Hijo predilecto de la Revolución”, no sólo porque había nacido el 11 de octubre, sino porque le debían todo al Proceso Revolucionario. Se veían muy esporádicamente, pues Jorge Sierra tenía muchas tareas en el Gobierno.

Juanky no era un asiduo lector de periódicos y menos de escuchar o ver noticias por televisión. Él había crecido viendo *Capitán Futuro*, *Mazinger*, las cómicas de Canal 13; escuchando Joan Jett and The Black Hearts, Thriller; su emisora era Radio 10.

Pero ese octubre de 1985, Rita y su profesor de Historia de las Relaciones de Panamá con

los Estados Unidos le habían recomendado que leyera *En pocas palabras* de *La Prensa*. Cuando preguntó a su padre sobre las versiones de Guillermo Sánchez Borbón-Tristán Solarte para los que habían leído *El Ahogado*-, este le dijo que todo eran "patrañas de los panameñistas".

Las clases con el profesor de historia eran realmente apasionantes. Al *catedrático* le encantaba contarles "bochinchas históricas", "esos que no salen en los libros, pero todo el mundo comenta." Él les contó del *Elefante blanco* de Belisario Porras, de la *Bailarina cubana* de Arnulfo Arias, de la *Zambullida en Bayano* de Torrijos, el *Gargantazo* de Royo, el *Buen salto Rubén* de Noriega. Últimamente les había hablado de Spadafora. Juanky se sentía incómodo, pues le estaban hablando contra el Proceso Revolucionario que su padre le había enseñado a amar y admirar.

El domingo 27 de octubre, Juanky asistió al retiro de confirmación como sus demás compañeros. Rita también estaba allí. Juan Carlos tuvo una experiencia muy linda del amor de Dios. El joven que predicaba las charlas dijo que el amor de Dios era incondicional, gratuito, eterno. Juanky se sintió traspasado por la frase "podría una madre olvidarse del hijo de sus entrañas, pero yo no me olvidaré de ti, dice el Señor". "Dios me ama más que mi papá y aunque mi papá de la tierra no me ame, mi Padre del Cielo sí me ama". Todo el día se pasó repitiéndose la frase. Se sintió amado por primera vez. Rita lo vio llorar y se acercó para conversar con él.

-¿Por qué mi padre nunca me habló de esto? ¿Por qué me hablaba mal de la Iglesia?

-Ora mucho por él. Somos privilegiados de tener estas experiencias tan jóvenes. Nadie le enseñó el amor de Dios a tu papá.

-¿Pero él también estudió aquí y los Hermanos le hablaban de Dios?

-Sí, pero él no quiso abrirse a la fe -dijo Rita-. Esto es un misterio; Dios no puede obligarnos a aceptar su amor. Él es un caballero que espera que le abramos la puerta de nuestro corazón, cuya cerradura está por dentro.

-Tengo tantos resentimientos hacia él. Siempre he estado triste y ahora sé por qué: me faltaba Dios en el corazón.

-Tienes que perdonarlo. Mi mamá nos ayudó mucho a perdonar la situación con mi papá. Sobre todo a mí que soy la mayor y me había acostumbrado mucho a él.

Los padres de Rita llegaron a la Eucaristía de clausura del retiro. De casa de Juan Carlos vino su mamá, pues su padre no vivía con ellos. El padre Julio De La Calle, agustino de la Parroquia de Los Ángeles, presidió la celebración. En la paz, Rita vio a sus padres darse un beso. Se sintió muy contenta.

Juanky se acercó al final para invitarla al cine el día 31. Era una mejor opción que ir a Halloween, como les dijeron en el retiro. Esos días empezó a rezar antes de acostarse. Uno de los Hermanos de La Salle le recomendó el rezo diario del Rosario. Sus compañeros, que notaban el cambio tan radical en su manera de conducirse, estaban preocupados. Se alegraron de que fuera con ellos al cine, pero ellos no sabían lo que estaba pasando en el interior de Juan Carlos.

A la salida del cine, comentaban la película. Los teatros estaban en la parte de arriba del Centro Comercial Obarrio. Se llamaban España, Obarrio y Brasil. Del cine, bajaron a Pizamigo a comer algo. Años antes -por la década de los sesenta- allí había estado Don Sammy. Era el lugar donde finalizaban las rumbas. Las fiestas eran caseras. Los quince años empezaban a las ocho o nueve de la noche; y a la una de la madrugada, luego de recoger a sus vástagos, ya los padres iban de vuelta a sus casas. A mediados de los setenta, Don Sammy dio paso a un edificio un poco extraño, un nuevo estilo que venía de Estados Unidos.

Ya había pasado en la Tumba Muerto con el Supercentro El Dorado. Un edificio para albergar almacenes, sitios de entretenimiento, restaurantes: algo nuevo. Las fiestas también habían cambiado; del norte llegaba la costumbre de ir a discotecas; *Magic* era la favorita de los jóvenes más pudientes; las de los hoteles también eran una buena opción.

-Acepta que Michel J. Fox la bota -dijo Rogelio.

-Me gustó más su actuación en *Back to The Future* –expresó Rafael.

-Pero en esta, se ve más lindo -dijo Rita, refiriéndose a *Teen Wolf*, que acababan de ver.

“¿Más lindo?”... -pensó Juanky en su mente-. ¿Me verá lindo para Rita?

A medida que los demás se fueron yendo, Juanky seguía con su lucha mental: “¿Me le declaro o no?”

Como había acordado con Rita, caminarían un poco y luego él la llevaría en taxi a su casa en Betania. Cruzaron la Vía España y se dirigieron al Parque de El Carmen, cerca de la Escuela Episcopal. Juan Carlos no sabía por dónde empezar.

-¿Rita, desde cuándo tú y yo nos conocemos? –preguntó Juan Carlos.

-Desde niños. Recuerdo que ibas a nuestros cumpleaños.

-¿Cuál es la base de un buen noviazgo? -preguntó Juanky.

Rita se extrañó y lo cuestionó. ¿Por qué la pregunta?

-Quiero que seas mi novia –se atrevió a decir Juan Carlos.

-¿A qué te refieres? No entiendo.

-He empezado a verte con otros ojos.

-Pero, tú y yo somos como hermanos. Yo no tengo otros ojos para ti. Además tú sabes que me gusta Rogelio. Él nunca se ha fijado en mí; pero es mi amor platónico.

Juanky sintió una espada en su corazón. Rogelio tenía a todas las niñas que quería. Tener carro en sexto año, era un imán para las chicas. Siempre vestía ropa de marca, zapatillas Adidas. Últimamente, todas comentaban su cuerpo de surfer. Cuando ponían *So lonely* de The Police, todas las niñas pensaban en Rogelio.

Cuando llegaron a casa de Rita, Juanky se despidió con un beso en la mejilla; la melancolía lo embargaba por todas partes. El rostro de Rita estaba desencajado; Juanky lo notaba y no sabía qué decir.

-¿Qué harás los días de los desfiles patrios? -preguntó el joven.

-Lo de siempre. En la tarde del 3, el sarao en tu colegio –contestó ella-. Una pregunta Juanky...

-Sí, dime.

-Hace unos meses hablamos de tu gusto por Fanny Mae. ¿Ya no te gusta? -en el fondo, Rita quería encontrar la verdad.

-Sí, es cierto. Tú sabes que me gustaba, pero puse mis ojos en otra persona con la que tengo más cosas en común. Tú y yo no somos socios del Club, no vamos los fines de semana a Coronado. Nuestros padres se conocen desde siempre... Pero parece que me equivoqué... Bueno, nos vemos el tres. Ciao –dijo Juanky al despedirse.

"¿Será que me apresuré? ¿O me ganó Rogelio?" –pensaba Juanky en el taxi que lo llevaba a El Cangrejo-. "He sido un estúpido. Me equivoqué. Pero he sido sincero. He expresado mis sentimientos" –seguía cavilando mientras subía las escaleras de su edificio.

Los desfiles fueron muy lindos. Como siempre, el Batallón Juana de Arco lució espectacular; en él desfilaba Rogelio. Juan Carlos tocaba caja en la banda de guerra. Ambos habían llegado a los rangos más elevados. Rita tocaba lira en la banda del Colegio María Inmaculada. Todos estaban en el sarao que amenizaba Rock Way. De allí, Juanky salió para su casa.

“Ella me llevó a la Confirmación y ahora ni me habla” –pensaba el joven-. “Quiere mantener distancia.” “¿Por qué me haces esto, Dios?” “Antes ni te conocía; pones alguien que me guíe, y luego ni me determina”.

El sábado 9 de noviembre tendrían la ceremonia de confirmación que presidiría Monseñor McGrath. Rita escogió como madrina a su tía Maricarmen, la hermana menor de su papá. Juanky había ido a casa de Rita para hablar con José Raúl para que fuese su padrino. Cuando ella lo vio, no ocultó su cara de asombro. Prefirió quedarse en su cuarto y no tener que hablarle.

-¿Y tu padre que piensa de que me hayas pedido a mí ser tu padrino? –le preguntó el galeno.

-Ah, tío, usted sabe que mi papá nunca se ha preocupado por mis cosas. A lo mejor ni va a la celebración. Usted hasta recogía mis boletines y siempre lo he admirado.

-Pero tú sabes todos los problemas familiares que he tenido.

-No se preocupe, tío –dijo Juanky a José Raúl- usted es mi elección.

-Rita se va a poner muy contenta.

“No lo creo” –pensó Juanky para sus adentros.

-¿Fuiste a inscribirte para la admisión de la Universidad? –preguntó el padrino a su ahijado.

-He estado pensando en eso, tío, pero no veo nada claro aún –dijo Juanky cuando se despedía.

-¿No vas a saludar a Rita?

-Tranquilo, tío, no te preocupes; ella me había dicho que iba a estudiar. Hasta ese día –dijo el muchacho al despedirse de su ahora padrino de Confirmación.

La mamá de Juanky llamó al padre de su hijo para invitarlo a la ceremonia de confirmación del chico y para contarle que éste había elegido a José Raúl como su padrino.

-¿Qué? ¿Está loco? Él ya no es mi amigo. Tuvo el descaro de renunciar al PRD.

-Esto no es un asunto político, Jorge. Tú le enseñaste a admirar a José Raúl por su vida familiar.

-Es cierto, pero mira cómo acabó su familia. ¿No sé? Trataré de estar allá el domingo.

-¿Tú sabes que José Raúl ha vuelto a su casa? –le preguntó la mujer.

-Sí, alguien me lo dijo. Pero me parece una gran estupidez de él y de Rita. Ya no se amaban y ahora dizque juntos.

-Bueno, eso es problema de ellos. Para Juan Carlos es importante tu presencia.

-Seguramente que es una de las enseñanzas de José Raúl. Ahora quiere demostrarme que ha recuperado su familia y que se ha convertido –y soltó una carcajada por el teléfono.

En la Ceremonia de Confirmación, la homilía de Monseñor McGrath trató sobre el compromiso de los cristianos para que la fe cambie las estructuras sociales injustas. Invitó a los confirmados a ser testigos de Cristo en el mundo joven, “y si alguno siente una llamada más radical no tenga miedo de seguirlo”.

En el momento del brindis, Juan Carlos se atrevió a acercarse hasta el obispo.

-Buenas tardes, Monseñor. ¿Cómo ha estado?

-¿Qué tal... Juan Carlos? –dijo cuando vio el gafete que les habían puesto para la ceremonia.

-¿Monseñor, cómo uno sabe si Dios lo llama a un seguimiento más radical?

-Hay que discernirlo. Uno ve sus gustos, preferencias y se corre riesgos. Usualmente no se escucha una voz de lo alto, sino que se siente una inspiración interior que se va siguiendo con ayuda de algún director espiritual.

-¿Cómo podría saber si Dios me está llamando?  
 -Mira este fin de semana hay reunión del Grupo Félix Alvarado en el Seminario Mayor San José. ¿Sabes dónde está ubicado?  
 -No. En realidad no sé dónde queda.  
 -En la Tumba Muerto, Avenida Ricardo J. Alfaro, detrás de los edificios de la Universidad Santa María La Antigua. Allí tienen un grupo de discernimiento que te vendría bien.  
 -Gracias, Monseñor. Trataré de estar el sábado por allá. ¿A las dos de la tarde me dijo?  
 -Sí. Dios te bendiga, hijo. Voy a orar por ti.  
 Los padres de Rita Esther, José Raúl y Rita Raquel, se acercaron a saludar al prelado.  
 -¡Cuánta alegría me da verlos juntos! Había orado mucho por ustedes.  
 -Muchas gracias, Monseñor –dijeron a coro los esposos quienes tenían un mes de estar juntos bajo el mismo techo.  
 -Un abrazo, Rita. Recuerdo cuando te bauticé. ¡Cómo has crecido! ¿Ya te gradúas?  
 -Sí, Monseñor.  
 -¿Y qué piensas estudiar?  
 -Estoy algo confundida e indecisa, Monseñor. Aún no veo luz.  
 -Pídele al Espíritu, que acabas de recibir en plenitud, que te dé su luz. ¡Sabes! Cuando niño, Juan Pablo II rezaba la Secuencia de Pentecostés para poder comprender las matemáticas, que le costaban mucho.  
 -Gracias por todo, Monseñor. ¿Cuándo nos visita? –preguntó José Raúl a nombre de su familia.  
 -Tengo que sacar tiempo para ir a verlos. Ahí veo a tus abuelos, Rita. Saludos don Raúl y doña Esther me alegra mucho verlos.  
 -El gusto es igual –dijo don Raúl.  
 -Recuerdo los macarrones de los domingos de doña Esther. Espero que sea pronto. Dios los bendiga.  
 Juan Carlos fue a saludar y agradecer a su padrino.  
 -Gracias, padrino, me has hecho muy feliz al aceptarme como ahijado.  
 -Te quiero mucho, Juanky. Tú sabes que siempre te he tenido gran estima.  
 Camino a casa, Juan Carlos estaba un poco triste; su padre no había ido a la ceremonia de confirmación. Además la distancia con Rita era notable. Él prefirió mostrarse muy frío con ella. La joven también mantuvo la distancia con la intención de que la confusión se aclarase lo más pronto posible.  
 El sábado dieciséis de noviembre Juanky fue a la cita en el Seminario. Le dijo a su madre que iba a un retiro con otros amigos. El taxista, como muchos, no sabía que ahora el Seminario quedaba por Tumba Muerto. Antes había estado en Las Cumbres y luego por Calle 50.  
 En el encuentro, había unos veinte jóvenes de varias parroquias. Juanky era el único de colegio privado. Usualmente un joven de su perfil no piensa en la vocación sacerdotal. Pero él estaba allí. Cuando empezaron las dinámicas de conocimiento, se sintió a gusto. El punto culminante fue la reflexión que les dirigió el sacerdote canadiense que los acompañaba esa tarde. Luego supo que era el Rector. El padre les dijo:

Si Dios te llama, no puedes decir que no. No serías feliz. La felicidad es hacer la voluntad de Dios. Así fue con Abraham, Moisés, Jonás, María, San Pablo... Puedes lograr éxito económico, empresarial... lo que tú

quieras, pero si no estás donde Dios te necesita, habrás logrado muy poco.

Cuando salió de ahí, tenía una montaña de preguntas en su cabeza: “¿Qué es la felicidad?” A su mente venían sus clases de filosofía y las conversaciones con su padre ateo: “Dios ha muerto” Nietzsche... “Si hay Dios, el hombre no puede ser libre” Sartre... “¿Cómo es eso de que la felicidad es hacer la voluntad de Dios? ¿Dónde queda mi libertad?” El canto con el que se despidieron lo tenía igualmente confuso:

*Todos unidos en la vida  
Vamos buscando un horizonte  
Arriésgate, arriésgate, arriésgate hay algo más  
Arriésgate, arriésgate, arriésgate sin vacilar  
Ningún camino es largo para el que cree  
Ningún esfuerzo es grande para el que ama  
Ninguna cruz vacía, para el que lucha.*

El día que fue a hacer la entrevista con el Rector del Mayor San José vio a Monseñor McGrath y se acercó a hablar con él.

-Monseñor, ¿Qué hace por acá? –preguntó Juanky ese martes diecisiete de diciembre de 1985.

-Vengo a conversar con el equipo de formadores sobre los candidatos a ordenación –dijo el prelado-. ¿Te decidiste?

-Tengo muchas preguntas, pero ya hice mi carta de petición y me llamaron para una entrevista –dijo el joven-. ¿Para usted la llamada fue muy clara?

-En realidad, no sentí ninguna voz o presencia especial. Sí percibía una seguridad de que quería seguir a Jesucristo. Mi padre era un hombre muy religioso de origen irlandés. Él nos inculcó amor por la Eucaristía y por la Iglesia. Cuando el falleció, yo tenía apenas cuatro años. Mamá decidió que viajáramos a Estados Unidos.

-¿Allá sintió la vocación?

-Bueno, más o menos. Estudiaba en una academia militar con los Hermanos de La Salle. La vida religiosa me llamaba la atención, pero decidí irme a la universidad, como la mayoría de mis amigos.

-¿Y qué pasó entonces?

-En Chile, a donde había ido a estudiar, estaban los padres de la Santa Cruz. Ahí la atracción fue muy fuerte y decidí hacer una experiencia con ellos que me llevo de vuelta a Estados Unidos, específicamente a Notre Dame.

-¿En Francia? –preguntó el joven.

-No; en la universidad que está en Indiana.

-¡Ah! No sabía que hubiese una universidad con ese nombre.

-Sí. Estaba en el equipo de debate; las clases con alguno de los sacerdotes de la Congregación de la Santa Cruz me fascinaban y empecé a querer más. Algo así como lo de Jeremías; y eso me llevó a muchos lugares, más tarde a Panamá... El padre Hervé está esperándote –le dijo el pastor cuando se despidió.

-¿Monseñor, pero cómo queda aquello de la Jornada Vocacional que no hice?

-Creo que los padres llamaron a los Hermanos para que dieran alguna referencia sobre ti. Ánimo. ¿Cuándo es tu graduación?

-Mañana.



-Creo que estaré por allá. Hasta mañana, entonces.

Rita fue al baile de graduación de la Salle con Rogelio. Juanky fue con Fanny Mae. Esa noche, en un momento prudente, él le pidió a su amiga conversar. Bajaron al lobby del Hotel El Panamá y se fueron al área de la piscina. El ambiente era de fiesta. Había adornos de Navidad por todas partes aquel jueves diecinueve de diciembre.

-Quiero contarte algo –dijo José Raúl.

-Que no sea tan largo; recuerda que dejamos a Rogelio y Fanny Mae allá arriba.

-Hice mi petición de admisión al Seminario Mayor San José de Panamá. Después de Año Nuevo me avisan si fui aceptado.

-¿De qué estás hablando? ¿Qué locura has hecho?

-La homilía del Obispo en la misa de la confirmación me traspasó. Él mismo me recomendó ir a un grupo de discernimiento vocacional.

-¡Alto, alto. No estoy escuchando esto! ¿De dónde te nació esa idea? –preguntó Rita, quien suponía que era una treta de Juanky para llamar su atención.

-¿No sé? Tú y los catequistas me hablaron del amor de Dios. Eso es lo que siento.

-Piénsalo bien, Juanky. Tú no has tenido novia –añadió Rita-. ¿No será que estás refugiándote en esa idea? ¿Tus padres han invertido en una educación tan cara, para que tú salgas con esta locura? ¡Estás tomando la catequesis muy a pecho! Mis padres me dijeron que uno puede servirle a Dios de otras formas –dijo Rita sin titubeos- Nosotros estamos preparados para ser profesionales.

-¿Tú me llevaste a Dios y ahora no comprendes mi vocación?

-Esto es muy apresurado, Juan Carlos. ¿Qué opinan tus padres?

-Mamá me ha dicho que ella respeta mis decisiones. Papá nunca se ha preocupado por mí y tú lo sabes.

-¿Por qué no esperas un año? Puedes ir a la universidad y seguir discerniendo.

-Estoy decidido y no dejaré que nadie se interponga en mi camino. Ya hablé con Monseñor McGrath...

Rita le dio la espalda y subió nuevamente al baile. Ella se sentía culpable. “Lo está haciendo porque yo no quise ser su novia.” “¿Y si desgracia su vida?” “Si es un mal sacerdote, podría causar mucho daño a los fieles.”

El baile perdió su brillo para ella. “¡Ojalá que en el Club Unión me vaya mejor!” Tradicionalmente la celebración de María Inmaculada es el exclusivo sitio en Paitilla. En el auto, se notaba extraña. Su padre buscó la conversación.

-¿Qué tal el baile?

-Normal, papá.

-Algo te sucede. Cuando te llevé al hotel, nos estabas así. Irradiabas alegría. Y ahora tu cara es de preocupación.

-No quería hablarte de esto, pero parece que el Espíritu Santo te da una luz especial.

-A ver, cuenta.

-Mira, papá, hace casi dos meses Juanky me dijo que quería ser mi novio. Yo entré en estado de shock. Tú sabes, toda mi vida lo he visto como un hermano y él se sale con esto. Él es atractivo, pero yo estoy enamorada de Rogelio, un compañero suyo.

-¿Pero eso que tiene de malo? Es normal que a los varones les gusten las damas.

-Yo le dije todo lo que he mencionado antes. Somos amigos, papá. No más que eso. En el baile de graduación, me dijo que había hecho petición para entrar al Seminario Mayor San José.

-Eso está bien. No tiene nada malo.

-Él no tiene vocación, papá. Tú y yo lo sabemos.

-La vocación es un misterio. Hay que dejarlo que pruebe y ya decidirá.

-Él mismo me dijo que debía hacer una jornada vocacional como requisito para ser aceptado. Pero eso fue en octubre y no pudo participar. Aparentemente los padres del Seminario llamaron al Colegio y los Hermanos dieron muy buenas referencias de él. Además parece que ha hablado hasta con el Obispo.

-Seguro; siempre hay excepciones. Tu mamá cuenta que este padre joven, que a veces ha predicado los miércoles en la Asamblea Carismática, entró una semana más tarde que sus compañeros; llegó al Seminario con su colchón y mira hoy es muy buen sacerdote.

-Hablas del padre Paco Verar. Sí, yo estuve en esa asamblea.

-Bueno, hija. Vamos a orar por él y por Rogelio. Espero que el hombre que se lleve a mi princesa sea todo un caballero. Ya me imagino cantando:

*¿Y Cómo es él?  
¿En qué lugar se enamoró de ti?  
¿De dónde es?  
¿A qué dedica el tiempo libre?  
Pregúntale,  
¿Por qué ha robado  
un trozo de mi vida?  
Es un ladrón,  
que me ha robado todo.*

-Papá, esto es serio. Ya vas con tus indirectas. Por eso no quería decirte nada.

-Gracias, por confiar en mí. Soy una tumba. Sabes, Perales no hizo esa canción para su hija, como se cree. Él ha contado que la hizo para comentar la ternura de un hombre que sabe la infidelidad de su mujer, pero sigue amándola. Tu madre siguió amándome, a pesar de mi infidelidad. Ella podría habérmela cantando.

-Gracias a Dios estamos todos juntos de nuevo –dijo la chica.

-Seguro que es gracias a Dios. Yo no merecía nada, hija; pero Dios en su misericordia me ha dado más de lo que merezco.

## 16

El domingo 1 de junio de 1986 amanecía precioso. El sol estaba como presagiando un día memorable: La XV Cita Eucarística. Tradición que había instaurado Monseñor Marcos Gregorio McGrath para celebrar la Solemnidad de Corpus Christi en ambiente urbano. En la Época Colonial, los misioneros habían inculturizado el Evangelio con danzas, teatro, música. Los indígenas, negros, criollos y peninsulares habían aceptado estas propuestas y habían respondido al llamado a la fe.

En nuestro país, la Cita se había convertido en el evento religioso en el que la voz del Arzobispo se pronunciaba sobre temas relacionados con actualidad nacional, sobre todo porque en el marco de la primera cita -junio de 1971- había desaparecido el Padre Héctor Gallego. En cada Corpus, Monseñor McGrath recordaba al sacerdote. Eso molestaba a los que lo habían desaparecido. Esta vez no sería la excepción.

Ahí estaba Juanky; era su primera Cita Eucarística como seminarista. Los sacerdotes sulpicianos lo habían aceptado en el Mayor San José. Su padre todavía estaba en shock. Pero ese domingo puso la televisión para ver a su hijo.

-¿Cómo es posible que un joven con su educación se haya metido a ser cura? -vociferó el hombre mientras miraba la Eucaristía que se realizaba en la ciudad deportiva que Torrijos había construido para los Juegos Centroamericanos y del Caribe de 1970.

-Hay que darle tiempo -dijo la madre del joven.

-¿Será que está rehuyendo el enfrentamiento con la vida ordinaria? -preguntó Jorge a la mujer con la que había pasado la noche anterior, pues se sentía algo solo y había ido a buscar compañía.

-Mira, ahí va Juanky revestido con su alba -dijo la mujer a su, ahora, ocasional compañero.

-Allí hay como quince mil personas -espetó el doctor Sierra.

-Sí, el Arzobispo tiene poder de convocatoria.

-¡Bah! Patrañas de esos curas. Gente que no piensa por sí misma y buscan esos consuelos que da la religión. Yo todo este tiempo me he enfrentado a la vida con mi talento y mi esfuerzo. ¿Y qué me ha faltado?

La mujer escuchaba en silencio.

El coliseo estaba a su máxima capacidad para escuchar la voz del Pastor de la grey arquidiocesana, pero que para el caso era visto y escuchado en cadena nacional de televisión y radio. La asamblea cantaba:

*Somos un pueblo que camina  
Y juntos caminando podremos alcanzar  
Otra ciudad que no se acaba  
Sin penas, ni tristezas, ciudad de eternidad.*

-¿Qué hace mi hijo ahí?" -exclamó Jorge Sierra-. ¿Otra ciudad que no se acaba! ¿Dónde está esa ciudad?"

-Tú hijo se ve felicísimo -dijo la mujer.

-Sí, así es. De seguro ya ha encontrado esa ciudad que no se acaba. Puro opio para adormecer las conciencias y que no nos enfrentemos a los retos de la sociedad.

Juanky estaba contento. Veía a cada sacerdote y pensaba en su futuro. Ahí estaba el padre Lacunza, hoy obispo auxiliar, a quien sus amigos del Colegio San Agustín lujuriaban. "¿Qué desperdicio!" dijo alguna vez una de las madres de sus amigos.

Monseñor McGrath lucía imponente. Este año se cumplía el décimo quinto aniversario de la desaparición del padre Héctor Gallegos, pero también era el jubileo por las Bodas de Plata episcopales del Arzobispo Metropolitano.

"¿Cuántas memorias en la vida de este pastor!" -reflexionaba Juanky -. Recordó lo que Monseñor le había dicho en la misa de la confirmación: "No tengas miedo al Señor que pasa y te llama." "¿Será verdad que Dios me llama o me habré ido al Seminario despedido por lo de Rita? ¿Estará ella viéndome por televisión? ¿O estaría durmiendo luego de un sábado de discoteca con Rogelio y mis amigos?" -pensaba el seminarista.

Como era de esperar, en la Homilía, Monseñor habló de Héctor, de su compromiso social, de su desaparición no esclarecida. Entonces, añadió algo que arrancó aplausos de la feligresía: "Pedimos a las autoridades del gobierno investigar el crimen de Hugo Spadafora."

“¿Llegaré yo a obispo?” “Tonterías ni siquiera he terminado mi primer año de seminario.” –cavilaba Juanky.

Al día siguiente, Monseñor McGrath fue al Seminario a conversar con los candidatos a sacerdotes, que en ese año llegaban al centenar. El Mayor San José era ahora un seminario interdiocesano; había seminaristas de David, Azuero, Coclé y la Arquidiócesis, y venían a tomar materias los seminaristas franciscanos y agustinos. Los medios habían hecho eco de su petición de investigación por el asesinato de Spadafora. El Arzobispo ya tenía planeada una visita para ese lunes, así que la circunstancia era propicia para conversar con los pichones de cura.

Un seminarista de David se atrevió a preguntarle al obispo: “Monseñor, existe la percepción de que usted pudo haber hecho más cuando el caso Gallego. ¿Por qué no se hizo más presión?”

Los cien seminaristas estaban en silencio ante la pregunta comprometedora.

-Nosotros hicimos todo lo que pudimos -dijo Monseñor-. Cuando sospechamos que no lo recobraríamos con vida, preferimos evitar violencia y, tal vez, más muertes. Si revisas los periódicos de la época, te podrás dar cuenta de que la Iglesia se manifestó en pleno. También podrían conversar con el padre Fernando Guardia, quien ha sido el Vicario de Pastoral desde entonces, y tuvo mucho que ver con las jornadas que organizamos en esos días de 1971. Ese momento fue muy difícil, hubo intentos de dividir al clero y a la Iglesia – concluyó el prelado.

Juanky estaba ahí en ese privilegiado auditorio.

Efectivamente, *La Prensa* había puesto en su primera plana la noticia sobre la Cita y la homilía de Monseñor. Ese día sintió que estaba en el lugar correcto, en el momento indicado.

...

En la Comandancia, Jorge intentaba solidarizarse con un enojado Noriega.

-¿Qué mierda le pasa a ese cura? ¿Quién carajo se cree? Él no sabe con quién se mete – espetó el médico.

La cúpula del Estado mayor lo escuchaba.

-Seguro que tendrás que meterle su trabajo. ¡Cómo si él fuera perfecto! Irlandés amante del güisqui. Torrijos lo perdonó cuando lo del atropello –continuó vociferando el doctor Sierra.

Su hermano es una prenda. Una vez lo sorprendimos con una estatua de la Virgen llena de droga, que disque traía para su hermano Obispo ¿Con qué autoridad moral se mete con nosotros?

Me cabrea... me cabrea la Iglesia. Todas son iguales –despotricó el médico, quien en el fondo estaba resentido por la ida de su hijo al Seminario.

“Las macuás no te fallan, Tony” –comentó alguno de los que estaba allí.

-¿Por qué tiene que andar metiéndose en política? -gritó el Comandante-. Acaso yo me meto en las cosas de la Iglesia. Definitivamente que hay que permitir que vengan más pastores de otras sectas e iglesias a fin de quitarle protagonismo a McGrath –prosiguió diciendo el Comandante.

-¿Cómo se llama ese que sale los sábado en televisión? -preguntó Jorge.

-Jimmy Swaggart –precisó el Comandante.

-Oye ese es un buen candidato –dijo Jorge.

-Tranquilo, Comandante, cuando lleguen las mises todo se olvidará –dijo otro de los amigos con un gran carcajada.

...

-Ah, hijo, esos días yo no tenía tiempo para nadie que no fuese el General. Yo era casi como su confesor. A mí me contaba muchas cosas. En el fondo creo que es un buen hombre. Su padre nunca lo atendió. Casi como yo a ti.

-Tú me diste una buena educación, papá –dijo Juanki tratando de consolarlo.

-Muchas veces yo vi a los santeros en su casa... Bueno, alguien dijo que todas las religiones son buenas... Lo importante es que nos lleven a Dios.

Juanki prefirió escuchar. “No es momento de confrontación” –volvió a recordar-. “Hay guerras que son de resistencia y no de velocidad.” Y aunque le provocaba decir muchas cosas, se contuvo.

-¡Qué días aquellos de 1986! –suspiró Jorge- ¡Qué días aquellos!

Padre e hijo empezaron a hacer memoria juntos.

...

En julio de 1986, Noriega tenía a las aspirantes a *Miss Universo* en la Comandancia. Los panameños estaban fascinados con el concurso internacional que se realizaba por primera vez en "El Puente del Mundo". La gente seguía, a través de los medios de comunicación, los recorridos de las *misses* por las tierras altas de Chiriquí, las playas de Contadora, Taboga y Coronado, las ruinas de Portobelo y Panamá La Vieja.

-¿Cómo no iban a pasar por la casa del dueño del negocio? -comentó Noriega a Jorge Sierra.

-El concurso y La Operación Piscis han calmado la opinión pública en Estados Unidos su amigo Jorge Sierra lo que estaba cuajándose en Estados Unidos.

-El enemigo del que me habló el santero tiene que ser el senador Jesse Helms –dijo Tony.

-¿A qué te refieres? –preguntó el doctor.

-Ha logrado que el Senado pase una enmienda para que la CIA les dé información sobre mis trabajos para ellos y mis nexos. Estoy tratando de neutralizar todo.

-No debes preocuparte la economía ha ido mejorando –espetó Sierra.

-El Vicepresidente Bush me conoce, ¿sabes? –dijo Tony.

-No lo sabía.

-Sí, él fue director de la CIA. No debería preocuparme tanto.

-Vámonos para CEREMI a coger un break –dijo Jorge- Llamaré para que nos tengan algo bueno –el CEREMI, Centro de Recreación Militar, era la versión policial del Club Unión y estaba ubicado en el antiguo Hotel La Siesta, cerca del Aeropuerto de Tocumen.

El miércoles ocho de octubre de 1986, en la Catedral Metropolitana, estaba la Conferencia Episcopal en pleno, gran parte del clero arquidiocesano y muchos sacerdotes de otras diócesis: Monseñor Marcos Gregorio McGrath cumplía sus bodas de plata episcopales.

La Eucaristía fue presidida por el propio McGrath, sin embargo la predicación de la homilía quedó en labios de Monseñor José Sebastián Laboa, Nuncio Apostólico de su

Santidad Juan Pablo II. El Nuncio dijo algo que no todos sabían: “Monseñor McGrath declinó el cardenalato por mantenerse al mismo nivel que sus hermanos obispos de Panamá.”

En el bus para regresar al Seminario, la conversación se tornó profunda.

-¿Tú crees que eso sea cierto? -preguntó Roberto, seminarista de Chitré, a su mejor amigo Juan Carlos Sierra.

-Un sacerdote del Santuario dice que lo que pasó con McGrath fue que el caso San Miguelito, las Comunidades Eclesiales de Base y las reformas de los padres De Chicago le dieron una imagen negativa ante la derecha vaticana -respondió Juanky.

-¿Qué es eso de derecha vaticana?-dijo Roberto.

-Mira, Robert, en la Iglesia hay tendencias. McGrath –esto también me lo dijeron en el Santuario- siempre ha tenido inclinación por los temas sociales. No todos los obispos y sacerdotes se preocupan por estas realidades. Es más algunos lo ven como algo comunistoide.

-Mi párroco lo admira mucho. Él mismo vino de Bélgica por petición de McGrath. Para él y otros sacerdotes de la curia, Monseñor es el profeta de los pobres. Se mete en sus barriadas, no se incomoda por ir al campito más alejado. Es más, el padre me dijo que McGrath se encuentra mejor con los pobres que en los círculos del Club Unión –dijo Rafael seminarista de Capira quien se unió al debate.

-El padre Guy nos dijo que McGrath no aceptó un nombramiento como Rector de Notre Dame, pues estaba metido buscando apoyopara los Tratados del Canal –dijo Omar, seminarista de Portobelo.

-Un asunto escabroso del episcopado de McGrath fue lo del Padre Gallego -añadió Felipe, de los frailes del padre Cosca.

-Bueno, hermanos, lo cierto es que es un hombre de Dios. No sé si nosotros lleguemos a ser sacerdotes y menos con su temple –dijo Juanky-. Mi papá no lo soporta, pero tuvo que reconocer que su apoyo fue fundamental en la recuperación del Canal. Yo creo que su lema episcopal lo ha cumplido a cabalidad: *Amor Sacerdos Immolat*. Le han tocado cruces muy pesadas.

-Los militares nunca han gustado de él. Es un secreto a voces que prefieren a sus capellanes. McGrath los incomoda –añadió José, seminarista cercano al movimiento catecumenal.

-Lo que me llama la atención son todas las celebraciones que ha habido en las vicarías –añadió Roberto-. Pareciera que el pueblo lo quiere mucho.

-Que hayan traído a Monseñor Arturo Rivera y Damas, Arzobispo de Salvador y sucesor de Monseñor Romero en esa tierra centroamericana, a la Cena de Pan y Vino, y que la hayan realizado en Atlapa, es todo un signo –dijo Omar.

Cuando llegaron al Seminario, siguieron conversando lo del cardenalato. Allí se unió el padre Guy, responsable de los de primer año.

-¿Qué es en verdad un cardenal? -preguntó Juanky al padre Guy.

-Creo que la pregunta sería ¿Quién es un cardenal? –aclaró el padre-. Un cardenal es un Príncipe de la Iglesia; se les llama así. Cardenal es el color rojo de la sangre; de entre ellos se elige al Papa.

-El profesor de Historia de la Iglesia nos dijo que

-Es cierto –dijo el padre-. Ha habido momentos en que el humo de satanás ha penetrado la Iglesia, como dijo Pablo VI, y la elección de los cardenales no ha sido por iluminación del Espíritu Santo, sino por conveniencias humanas –sentenció el padre.

-¿Pero por qué ocurren estas cosas, padre? ¿No que la Iglesia es Santa? –cuestionó José.

-“Santa y pecadora”, precisó San Ambrosio. En latín la frase es más fuerte aún “Ecclesia casta et meretrix” –dijo el padre Guy-. La Iglesia es humana y Divina. Los hombres somos barro, hijo, y nuestros pecados manchan a la Iglesia.

-Volvamos al tema, padre –dijo Juanky-. ¿McGrath iba a ser el cardenal panameño?

-Probablemente pudo haber sido. Usualmente, los cardenales son unos doscientos en todo el mundo. Muchos están en Roma. Pero ya hay países que tiene más de dos y tres, como el caso de Estados Unidos donde hay cuatro cardenales –comentó el padre.

¿Y lo de McGrath es verdad? –preguntó Robert-. ¿Pudo haber sido Cardenal y no aceptó?

-Eso no lo sé, dijo el padre. Lo cierto es que era uno de los obispos más importantes de toda América Latina. De seguro su preocupación social y algunos temas espinosos pudieron granjearle enemigos; pero no creo. Me inclinó por la tesis de que no quiso ir al Vaticano por estar empeñado en aplicar el Concilio en esta tierra istmeña. Juan Pablo II lo aprecia mucho.

-¿Qué quiere decir eso de aplicar el Concilio, padre? –preguntó José.

-Miren muchachos, ustedes apenas rondan los veinte años, Alberto tal vez tiene treinta. Aplicar el Vaticano II no fue nada fácil. Esa época fue muy dura para la Iglesia. Con tantos cambios, la gente se sentía insegura. Hubo muchas deserciones de sacerdotes, religiosos y religiosas. Darles su lugar a los laicos y preparar a la Iglesia para las nuevas realidades contemporáneas fue todo un reto.

-¿Y eso lo hizo McGrath?

-Sí, hijos. El hombre tiene sus limitaciones. Algunos dicen que es muy egocéntrico. Pero yo creo que ha sabido rodearse de buenos colaboradores y sembrar obras trascendentes en la Iglesia panameña.

-El profesor de Historia de la Iglesia, que antes mencioné, nos dijo que el Vaticano quiso dar un espaldarazo a la Iglesia nicaragüense y nombró a Monseñor Obando y Bravo, y que ahí pudo haberse caído el cardenalato de McGrath –afirmó Alberto-. Además hay algo que no se puede ocultar: su cercanía a los orígenes de la Teología de la Liberación. Hablan de su amistad con Gustavo Gutiérrez, Hélder Cámara, Oscar Romero. Su papel en Medellín...

-Exijo una explicación, padre. Nosotros en filosofía no sabemos qué es eso de Teología de la liberación.

-Es esa preocupación por lo social que ya hemos mencionado. Él y otros obispos y teólogos del mundo han planteado que la teología debe encarnarse y cuestionar las estructuras sociopolíticas para transformarlas. Algunas veces no se ha aplicado bien y se ha caído en relaciones con el marxismo.

-¿Y eso es malo? –preguntó Omar.

-Sí se usan los métodos violentos de revolución como en la guerrilla, eso no es el Evangelio. Es muy delicado.

-En el Santuario, también me comentaron –añadió Juanky- que la razón por la que el Papa no durmió en Panamá fue por las posiciones teológicas y pastorales de Monseñor Marcos McGrath, que no son del agrado de Monseñor Alfonso López Trujillo quien lo conocía bien desde el CELAM, y quien tiene un puesto importante en el Vaticano y tuvo que ver con la organización de la visita a Centroamérica.

-Miren muchachos, un mérito de McGrath es haber logrado que los laicos se sientan parte de la Iglesia. Eso de “Cristiano la Iglesia eres Tú” se lo debemos al padre Guardia y a Monseñor. Él hombre sueña con una capilla en cada rincón de la Arquidiócesis y que los laicos se sientan corresponsables de la evangelización y de la promoción social de la gente.

-¿Pero eso de que prefiere estar entre los pobres no sería también excluyente? –preguntó Juanky.

-No Juan –dijo el padre Guy-. El amor preferencial por los pobres no excluye a los que tienen. McGrath sabe hacerlo muy bien. Él puede estar entre los ricos y hacerles conscientes de su responsabilidad para con los más necesitados. Por ahí va su estudio *Hacia una economía más Humana* que nos presentó en estos días en el Seminario. Ha logrado ir haciendo conciencia entre los que más tienen.

-Eso es cierto, en Capira estuvieron esos niños yeyesitos del Colegio Javier en algo que llaman Servicio Social e hicieron cerca de diez capillas en comunidades muy pobres –dijo Rafael.

-Ya es tarde, muchachos; hay que levantarse para laudes a las cinco y treinta. Vayan a dormir y oren por su Obispo –dijo el padre.

-Una última pregunta, padre -dijo Alberto-.

-A ver, hijo, dime.

-Padre, ¿La Teología de la Liberación es contraria a la Iglesia? –inquirió Heriberto.

-¡Ah muchachos! Eso es para un curso de un semestre completo. Es una manera de hacer teología. A veces es vista con recelo, pues parte de la realidad y luego busca la Biblia. Dicen que es el aporte de América Latina a la Iglesia Universal. Pero tiene muchas cosas que revisar y el Vaticano está en eso.

Juanky terminó su primer año de seminario con muchas interrogantes. El 20 de diciembre de 1986, día de la Ordenación del padre Manuel Villarreal, se preguntaba si su decisión era la correcta. El nuevo presbítero era egresado del San Agustín; pero antes de entrar al Seminario, había trabajado y obtenido una carrera universitaria. Juanky había entrado sin otras experiencias de vida: salió del bachillerato y de inmediato dio el salto a la formación sacerdotal.

“¿Y si hubiese hecho como Manuel? ¿Si hubiese entrado a la universidad o trabajado? Mis padres estaban listos para pagar mi educación universitaria. Bueno, ya estoy aquí” –pensó-. “Y creo que todo lo que vivimos este año ha sido providencial” -reflexionaba.

“Todo Dios lo permite para bien de aquellos a quienes ama” –se dijo una vez más, reafirmando su texto bíblico favorito-. “¡Cómo me ha consolado, en mis momentos difíciles, la oración de Charles de Foucauld!” –y la rezó una vez más:

Padre, me pongo en tus manos.

Haz de mí lo que quieras.

Sea lo que fuere, Por ello te doy las gracias.

Estoy dispuesto a todo.

Lo acepto todo, con tal de que se cumpla Tu voluntad en mí y en todas tus criaturas.

No deseo nada más, Padre.

Te encomiendo mi alma,

Te la entrego con todo el amor de que soy capaz,

Porque te amo y necesito darme,

Ponerme en tus manos sin medida,

Con infinita confianza, Porque tú eres mi Padre.

Esa noche en el seminario, mientras todos alistaban sus maletas para ir a sus casas y parroquias por los meses del verano, él pensaba en Rita y en sus amigos.

“He estado sobrado en los estudios”-meditaba-. “La mayoría de mis compañeros vienen de colegios públicos. Casi todo lo que hemos estudiado en el año de propedéutico, yo lo sabía” –siguió reflexionando mientras encajetaba algunas cosas-. “Ser humilde y soportar



las lagunas académicas de mis compañeros se me hizo una ascesis. Pero lo hice, tal y como me pidió mi director espiritual.” “¿De qué le sirve al seminarista ganar el mundo, si no ama?”, me dijo un día. “Tómalo como una mortificación personal”, fue su última recomendación.

El domingo temprano llamó un taxi. Llevaba dos maletas con ropa y libros. Otras cosas las dejó en el seminario, pues hasta ese momento pensaba volver en marzo. “No hay nada que me diga lo contrario.” –se dijo justo antes de despedirse de las señoras de la cocina.

En la última reunión de grupo, el padre Guy les había dicho: “Cuiden su vocación; no se expongan al peligro”. “Ese será mi norte” –pensaba en el taxi camino a El Cangrejo.

Antes de Navidad, los pelaos de los patines se enteraron de que Juanky estaba en casa. Rafa lo llamó y lo invitó a su casa para verse el veinticinco en la tarde.

-Gracias, Rafa. Voy a estar en el Santuario hasta las siete, ayudando en las misas y luego llego por allá. –le dijo a su amigo.

-Vienen los muchachos, y de seguro viene Rita. Ha preguntado por ti estas últimas semanas –precisó Rafa.

-¿Por mí? ¿Y eso? –dijo con asombro.

-Desde que terminó con Rogelio, hace casi un mes, me pregunta por ti. Me dijo que necesitaba conversar contigo –dijo Rafa con un tono de picardía.

-Allá estaré, Rafa; saludos, Dios te bendiga –dijo Juanky.

-¿Cómo así? ¿Ya saludas como sacerdote?

-Un abrazo. Hasta el veinticinco –dijo al despedirse de su amigo del colegio y la confirmación.

“Rita quiere hablar contigo” –repitió-. “No sé nada de ella y perdí el contacto con mi padrino y su familia. Entre los estudios y la pastoral en Las Cumbres no los he llamado durante este año. En verdad, quise morir para ella”.

Rafa vivía en Paitilla, cerca de La Rampa, al lado del exclusivo Club Unión. En ese parque, que tenía una especie de embarcadero para yates y veleros pequeños, terminaban muchas de las rumbas de los pelaos de colegio católicos o privados. Allí, muchas veces, estuvo Juanky con sus pasieros.

Cuando tomó un taxi en el Santuario, ese veinticinco de diciembre, y pidió que lo llevaran a Paitilla, tenía una extraña sensación en su corazón. Emoción, confusión...

Cuando tocó el timbre, el corazón se le quería salir del pecho. “¿Estará ella?” –pensaba.

La mamá de Rafa abrió.

-¡Wao! Es el curita –exclamó mientras le daba un abrazo cariñoso-. Feliz Navidad, Juanky -dijo la señora Teresita.

¿Cómo estás Juanky? ¡Qué bien te ves! Se nota que estás feliz allá donde estás –dijo don Rafael que también había salido a recibir al joven.

Juanky sonreía. La señora Teresita empezó a llamar a los muchachos que estaban oyendo música en el balcón del apartamento. Ahí estaban sus amigos de patines, de confirmación y de tantas actividades. Casi un año sin verlos. Todos se veían muy bien. Ahí estaba ella. Se veía hermosísima.

-¿Podemos darte un beso en la mejilla o es prohibido? -dijo Fanny Mae, con su característica sonrisa pícara.

-Claro -dijo Rafa-. ¿Acaso él no es un ser humano? ¿A ver dónde están tus alas escondidas? Hasta los curas necesitan amor, nos dijo la profesora de psicología. Sin amor no se puede vivir. El amor es la energía del cosmos –afirmó el dueño de la casa.

-¿Y tú ahora quién te crees? ¿Eres un psíquico o algo así? -dijo Fanny Mae, mientras se

reía de Rafa.

-¿Es o no es así, Juanky? –preguntó Rafa.

-Sí, Rafa tiene razón. El hombre es nada sin amor.

-¿Y entonces cómo hacen ustedes si no tienen pareja? -preguntó María Pía dirigiéndose a Juanky.

-Nosotros no renunciamos al amor -dijo Juanky-. El amor es esencial al ser humano. Lo que hacemos es comprometernos con un amor más elevado. Es más, no renunciamos a la sexualidad.

-No, no, no... Ahora sí que me enredaste -afirmó con asombro Fanny Mae.

-¿Cómo así que no renuncian a la sexualidad? –cuestionó Rafa.

-El ser humano es sexuado. No se puede dejar de lado la sexualidad. Lo que el celibato nos pide es sublimar la genitalidad. A los ojos del mundo es imposible. Pero nada es imposible para Dios –precisó Juanky.

-Bueno, bueno... me dejan ya de tanta teología y vamos a bailar -dijo Fanny Mae-. Pongan esa que dice “Pa’ fuera, pa’ la calle”.

-¿Oye y tus estudios son de nivel universitario o son cursos libres? -preguntó el papá de Rafa.

-Son universitarios. Hay un pensum. Los tres primeros años son de filosofía y los otros cuatro son de teología- contestó Juanky.

De repente pusieron una canción que los muchachos cantaban a todo pulmón:

*Through the hourglass I saw you,  
in time you slipped away  
When the mirror crashed I called you,  
and turned to hear you say  
If only for today I am unafraid  
Take my breath away.*

“Quítame la respiración” -tradujo Juanky en su mente-. “Eso es lo que me está pasando. Me quedo sin respiración al ver a Rita” –interiorizaba el seminarista. Pero la notaba triste y callada-. “Seguro es lo de Rogelio” –caviló-. “A lo mejor quiere que yo haga de doctor corazón o algo así. ¿No sé si resistiré estar a solas con ella? ¿Será que no tengo vocación y lo mío es el matrimonio?” –pensó mientras la veía de reojo para disimular.

Se atrevió a acercarse a Rita. -¿Cómo estás? -le dijo.

-Bien. Un poco nostálgica no más –dijo ella.

-Sí, Rafa me contó lo de Rogelio, supongo que por eso querías conversar conmigo.

-Sí, pero preferiría que fuese en otro momento y en otro sitio –aclaró ella.

-Por supuesto -dijo él-. Tal vez caminamos hasta mi casa y de ahí llamas a tu papá, como hacíamos antes.

-Bueno, no sé si te lo permitan -dijo ella pensando en el seminario.

-Sí, claro que puedo acompañarte –precisó él.

Cuando todos empezaron a irse, eran como las once de la noche. Juanky se despidió de los padres de Rafa y les dijo que él acompañaría a Rita hasta su casa.

De camino, pasaron por el Wendy’s cerca del Hospital de Paitilla. Desde allí se veían las canchas de fútbol del San Agustín. La calle estaba iluminada con foquitos de Navidad; como siempre, está época es muy linda y evocadora.

-¿Qué fue lo que sucedió con Rogelio? -se atrevió a preguntarle.

Ella no se animaba a hablar. Luego de unos pasos y de un silencio sepulcral, que Juanky supo comprender, Rita se atrevió a contarle.

-Un día Rogelio me invitó a un torneo de surf en El Palmar. ¡Wao! Por supuesto que accedí. Todas mis amigas suspiraban por él. Mis padres me dijeron que podía ir, pero que durmiera en casa de mis tíos quienes estarían en su casa de la playa en Gorgona –explicó ella-. Rogelio y algunos otros surfers duermen en la playa; llevan sus tiendas de campaña y sus bolsas para dormir. Esa noche fue hermosa. Asamos carne en una fogata que los amigos de él prepararon. El cielo estaba como nunca. Las estrellas hablaban. Tomábamos y conversábamos. La marea subió a su máximo punto a la una de la madrugada. Rogelio me dijo: “Vamos a la playa.” Acepté. Me abrazó. Las olas en El Palmar son fuertes ¿Te acuerdas?

-Sí, claro.

-Ahí, mi cuerpo empezó a vibrar junto al suyo. Como a las tres de la madrugada, yo le dije que me llevara a casa de mis tíos; él me dijo que me quedara con él, en su tienda de campaña. Yo no pude resistir a la invitación que me hacía el hombre de mis sueños. Fue tan tierno conmigo. Cada detalle, cada palabra, cada caricia... Mi primera experiencia... Fue realmente especial. Me trato como una reina –suspiró ella.

A la mente de Juanky, venían tantas imágenes. Seguía orando. No podía dejar que ninguna emoción lo traicionara. “Quiero ser un hombre de Dios” -se decía interiormente.

-Me entregué a él. Amanecimos en su tienda de campaña. Mi primera relación sexual y con el hombre de mi vida –añadió.

-¿Y por qué terminaron? –preguntó Juanky.

-Cuando regresamos a Panamá, no me llamó en dos semanas. Una amiga, que también estudia en la USMA como él, me comentó que lo había visto en Magic el fin de semana siguiente con una compañera de estudios de mercadeo. Por supuesto no me atreví a llamarlo. Cuando me llamó, dos semanas después, fue para invitarme nuevamente a la playa. Yo no quise ir. Sentí que sólo me llamaba para pasar el fin de semana conmigo y tú sabes... tener algo de sexo. Descubrí que no me quería para algo serio. Y recordé lo que nos dijeron en el retiro de Confirmación. ¿Lo recuerdas? –inquirió ella.

-Pues claro –respondió Juanky.

Ya estaban en el cruce de Calle Cincuenta hacía el Santuario. Eran las doce de la noche de una Navidad que se le presentaba única. Caminaba con la joven más bella que había conocido. Él, seminarista... y ella con un corazón herido necesitado de consuelo. Le provocaba abrazarla, pasar su brazo por el hombro de Rita y hacerle sentir la protección de Dios...

“No seas hipócrita, Juanky” –pensó-. “Tú no estás dándole a Dios, te estás vendiendo a ti mismo.” -sintió que su director espiritual le hablaba en la conciencia.

La Mansión Danté estaba muy linda, con luces y adornos de Navidad.

-Claro que recuerdo lo que nos dijeron. La frase de Escrivá:

¿La pureza? Se preguntan. Y se sonríen. Ellos son los que van a contraer matrimonio con desgastado cuerpo y el alma desilusionada.

-Así me siento, Juanky: desilusionada. Más aún, impura. Siento que me entregué a alguien que no me amaba. Sólo quería un cuerpo más, para satisfacer sus necesidades o demostrar su hombría. Sé que he estado en boca de sus amigos.

-Bueno, ya estamos cerca de mi edificio -dijo Juanky, mientras anhelaba que los minutos se convirtieran en horas. Él no quería que se terminara la noche; le provocaba quedarse con ella para escucharla. Su larga cabellera lucía bellísima, su perfume era tan agradable. Ya había rezado el rosario con su decenario, sin que ella se diera cuenta.

“¡Bendito Dios he resistido!”, pensó en su mente.

-¿Qué es ese libro que traes contigo? ¿Te obligan a cargar la Biblia siempre? -le preguntó Rita.

-No es una Biblia. Es un libro de oraciones. Bueno en realidad sí; son salmos de la Biblia. Otro día te muestro qué es la Liturgia de las Horas. Seguro podrás encontrar consuelo en los Salmos. Escucha, te leo uno, que me consoló mucho:

Señor, tú me sondeas y me conoces,  
 tú sabes si me siento o me levanto;  
 de lejos percibes lo que pienso,  
 te das cuenta si camino o si descanso,  
 y todos mis pasos te son familiares.  
 Antes que la palabra esté en mi lengua,  
 tú, Señor, la conoces plenamente;  
 me rodeas por detrás y por delante  
 tienes puesta tu mano sobre mí;  
 una ciencia tan admirable me sobrepasa:  
 es tan alta que no puedo alcanzarla.  
 ¿A dónde iré para estar lejos de tu espíritu?  
 ¿A dónde huiré de tu presencia?  
 Si subo al cielo, allí estás tú;  
 si me tiendo en el Abismo, estás presente.  
 Si tomara las alas de la aurora  
 y fuera a habitar en los confines del mar,  
 también allí me llevaría tu mano  
 y me sostendría tu derecha.  
 Si dijera: “¡Que me cubran las tinieblas  
 y la luz sea como la noche a mi alrededor!”,  
 las tinieblas no serían oscuras para ti  
 y la noche sería clara como el día.  
 Tú creaste mis entrañas,  
 me plasmaste en el seno de mi madre:  
 te doy gracias porque fui formado  
 de manera tan admirable.  
 ¡Qué maravillosas son tus obras!  
 Tú conocías hasta el fondo de mi alma  
 y nada de mi ser se te ocultaba,  
 cuando yo era formado en lo secreto,  
 cuando era tejido en lo profundo de la tierra.  
 Tus ojos ya veían mis acciones,  
 todas ellas estaban en tu Libro;  
 mis días estaban escritos y señalados,  
 antes que uno solo de ellos existiera.

¡Qué difíciles son para mí tus designios!  
 ¡Y qué inmenso, Dios mío,  
 es el conjunto de ellos!

Si me pongo a contarlos, son más que la arena; y si terminara de hacerlo,  
 aún entonces seguiría a tu lado.

-¡Qué lindo! -dijo ella-. ¿Pero alguien como tú necesita consuelo?

-Ah, Rita, todos necesitamos el consuelo de Dios. ¿Sabes hay heridas que se pueden producir en el ser humano desde el vientre materno? Y todo eso hay que llevarlo al Señor para que nos consuele.

-Pero yo me siento lejos de Dios. Ese consuelo es para ti. Te ves tan santo. Dios no puede amarme, si yo lo he ofendido. He dejado de ir a misa. Mis padres me invitan y prefiero quedarme encerrada en mi cuarto.

-¿Recuerdas lo que nos dijeron en Confirmación?

-El único pecado que no se perdona, es el que no confiesas -recordó ella en voz alta.

-Dios te bendiga, Rita. No dejes que esa herida de tu corazón te haga sentir indigna. Fue un momento y ya. Otro día vamos a orar para que puedas perdonarlo -le dijo mientras le daba un beso en la mejilla-. Subamos para que puedas llamar a mi padrino.

-¿Perdonarlo? No creo, Juanky. Eso es muy duro.

No creo que Dios me pida eso -exclamó ella.

-Bueno... Llámame cuando quieras. Voy a estar unos días en mi casa. A principios de enero, me voy al interior para estar con unos compañeros que me han invitado a misionar en sus parroquias -dijo mientras su corazón estallaba de emoción.

Al rato, llegó el señor José Raúl.

-Gracias, Juanky, por cuidar de Rita. Oye parece que el Seminario te asienta. ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! ¿Cuándo nos visitas?

-¿No sé padrino? En Año Nuevo estoy en misa en el Santuario. Pásese por allá.

-Así será. Dios te bendiga, ahijado.

La Vía Argentina estaba más hermosa que nunca. El corazón de Juanky latía muy fuerte. Los sentimientos eran encontrados. Dos amores: a Jesús y a... "Tú no sabes si la amas. Es sólo una amistad" -se dijo.

En Año Nuevo, los padres del Santuario lo llamaron para que los ayudara en la Liturgia. La familia Torres-Rivera decidió ir a misa a la Parroquia de Juanky para saludarlo. Ese día, en la misa de nueve de la noche, Rogelio estaba con la familia de Rita.

Se sintió muy triste de verla con él. "¿Pero a mí qué me interesa?" -pensó-. "Seguro son el uno para el otro." "¿Será verdad que Rogelio está aquí porque busca a Dios, o lo habrá hecho para complacerla?" "Esto debe ser un signo de que debo seguir en el Seminario." "Probablemente en el interior me olvido de todo y de ella."

¿Por qué Rita se habrá entregado a él? "Mi primera relación sexual y con el hombre de mi vida". "No puedo sacarme ese comentario de la mente. Dios, porque tuve que escuchar eso. Yo quise haber estado con ella en la playa." Esos eran sus pensamientos en el bus que fue a tomar a El Marañón para irse a Chitré.

Juanky se fue de misión a Azuero. Estuvo en Macaracas, Pesé, Los Pozos, Tonosí, Los Santos, Chitré... La Playa de Cambutal, la Reserva del Montuoso, donde nace el Río de la Villa, el Cerro Canajagua le permitieron contemplar el Panamá profundo.

-Los caminos que tiene Dios- le dijo a Roberto, su amigo seminarista-. ¿Cuándo imaginé estar por estas tierras?

-¿Qué hay de tu amiga? ¿Rita es su nombre? -se animó Roberto a preguntarle.

-No he sabido nada de ella desde diciembre -dijo Juanky-. Estuve con ella para Navidad. Fue muy lindo. Pero ella está enamorada de un amigo común.

-¿Y tú sientes algo por ella?

-No sé, Robert. Es una mujer muy linda. Cómo la recordé estos días que vimos *Hermano Sol y Hermana Luna*. Clara y Francisco eran una pareja preciosa, pero su amor era místico. Yo no sé si lo mío es carne y eros. No quisiera creer que es sólo pasión. Pero no veo nada claro y creo que debo volver al seminario. ¡Qué rápido se pasaron estos meses de vacaciones! -suspiró Juanky.

-¿Y tu director espiritual qué te ha dicho? -pregunto el seminarista azuerense.

-Qué es normal. Ya se me pasará. "A todos los curas les pasó" -concluyó Juanky pensando en el viaje de vuelta a la capital.

La Pascua de Juanky fue muy linda. Ese año descubrió la hermosa devoción de la Misericordia Divina, a la que habría de orarle por Panamá.

## 17

-Vayamos a misa papá. Hoy es un día hermoso; es domingo y es el día de la Memoria de San Agustín -dijo Jorge aquella mañana del 28 de agosto de 1988.

-¿Misa? No me obligues a tanto.

-Te hará bien, papá. Es a las diez aquí en Cristo Rey.

-Tú estás loco. Esa es la misa de la Cruzada Civilista. Yo he visto por la ventana como se llena de carros esto por aquí. Me dicen que, en la paz, hasta sacan pañuelos blancos.

-El padre Villanueva ha sido muy valiente -dijo Juanky.

-¿Valiente? ¿Por qué se mete en política? La Iglesia no debería tomar partido. Debe ser imparcial. Incluso él no es panameño.

-Pero la verdad no es parcial, papa. Noriega está reprimiendo al pueblo. Alguien debe hablar.

-Hablando de la verdad, ¿no te parece que eres hipócrita al seguir pensando en Rita y estar en el Seminario?

-He pensado eso. Mi director espiritual me ha dicho que es algo platónico y que ya se me va a pasar. He descubierto un gran amor por Jesús Eucaristía y ya voy viendo otras cosas.

-Te puedo confesar algo.

-Sí, seguro.

-Temía que te hubieras ido al Seminario por miedo a las mujeres y homosexualismo. Hay estudios médicos y siquiátricos que afirman que la falta de imagen paterna podría devenir en conductas homosexuales.

-Estate tranquilo, padre. Me gustan mucho las mujeres.

-Sí el General me ve escuchando al padre Villanueva, seguro le daría un infarto. Cuánto lo enervan él y McGrath. Pero él ha sabido sortear cada obstáculo. Recuerdo los días que empezó la Cruzada Civilista; yo estaba con él... Unos días antes de las declaraciones de Díaz Herrera yo le dije:

"Comando, usted tiene más vidas que un gato"...

...

El domingo 7 de junio de 1987, El General descubrió quién era el enemigo del que le habían hablado y que había estado con él en la misma mesa.

Las portadas de los periódicos, independientes del gobierno, *La Prensa*, *El Siglo* y *El Extra* estremecían al pueblo panameño: Roberto Díaz Herrera, jubilado días antes de las Fuerzas de Defensa, daba declaraciones explosivas. Noriega lo había mandado para su casa irrespetando el Plan Torrijos. El primo de Omar, quien tantas veces había tenido sus dudas sobre Noriega, no soportó esta maniobra de Tony, y llamó a varios periodistas a su casa en Altos del Golf, muy cerca de la de Noriega. Entre otras cosas, reveló detalles que los opositores ya sabían, pero que no podían probar, pues todo el andamiaje gubernamental y judicial estaba controlado por los militares.

“El fraude electoral de 1984 se hizo en el circuito 4.4 y fue orquestado en mi propia casa” - reveló Díaz Herrera-. “Noriega tuvo que ver con la muerte de Omar Torrijos.” “Las Fuerzas de Defensa son culpables del crimen de Hugo Spadafora.” “Tráfico de inmigrantes... Venta de visas... Los doce millones que pagó el Sha a Torrijos por su asilo y que fueron repartidos entre los miembros del Estado Mayor...”

La llama que muchos estaban esperando se había encendido.

El padre Fernando Guardia, Vicario de Pastoral de la Arquidiócesis, quien había estado en mayo en Filipinas, viviendo la experiencia de observadores paralelos que garantizaran el respeto a la voluntad popular, avalados el Cardenal Jaime Sin, llegó con Monseñor McGrath a casa de Díaz Herrera a eso de las cinco de la madrugada del lunes ocho de junio.

Ricardo Arias Calderón, Winston Spadafora, Gilbert e Ignacio Mallol, Astrid de Vásquez, Miguel Antonio Bernal, Aurelio Barría, y otros panameños más que estaban allí, sabían que la vida del Coronel retirado corría peligro. La traición se paga cara.

McGrath ofreció que dos sacerdotes estuvieran permanentemente en la casa del Coronel como apoyo espiritual. Los miembros de la Cámara de Comercio hablaron de organizar un levantamiento cívico.

A las nueve de la mañana, en la emisora radial KW Continente, Omaira “Mayín” Correa convocó a la gente para dirigirse a la Vía España y empezar a protestar y pedir investigaciones independientes.

La temperatura empezó a subir. La gente se sentía indignada. “¿Cómo encauzar y liderar un movimiento contra el poderío de Noriega?” –se preguntó un panameño de a pie.

Arnulfo Arias, quien estaba en Panamá, acudió a la convocatoria. Llegó en un jeep descapotable. La gente empezó a aclamarlo; se pedía el recuento de las actas. Pero ya Noriega había enviado a los Dobermans -policía antimotines-. Ante la represión, la gente tuvo que huir, al igual que el Dr. Arnulfo Arias.

La noche del martes nueve de junio –providencialmente, aniversario de la desaparición del padre Héctor Gallego- la sede de la Cámara de Comercio no se daba abasto. El Salón Horacio Alfaro estaba repletó. Monseñor Marcos Gregorio McGrath, Monseñor Oscar Mario Brown, obispo Auxiliar de la Arquidiócesis y el padre Fernando Guardia estaban allí. Para algunos, bendiciendo el nacimiento de la Cruzada Civilista, como la habían bautizado Gilbert Mallol y Aurelio Barría, líderes del sector empresarial. No sospechaban lo que les venía. Pero estaban llenos de un amor patrio. Tanto así que terminaron entonando las notas del Himno Nacional.

-¿Qué mierda tienen que hacer esos curas ahí con esos rabiblanco? -gritó Jorge Sierra, quien ya no lo hacía para congraciarse con el General, sino por el odio que sentía hacia la Iglesia por la decisión de su hijo de irse al seminario.

-Ya vuelven McGrath y Fernando Guardia con sus demócratas cristianos –dijo el Comandante.

-Las protestas son en varios puntos de la ciudad, General -dijo Marcos Justines.

-Hoy mismo hay que suspender las garantías constitucionales y declarar el estado de urgencia. Toque de queda: Sedicioso visto, sedicioso preso –profirió Noriega.

-Comandante, han llamado a la desobediencia civil -dijo Madriñán-. Que no se paguen impuestos, tasas, contribuciones, servicios públicos...

-¿Quién carajo se creen? Todos van a saber quién manda aquí -dijo el Comandante-. Hay que contrarrestar esta campaña con nacionalismo. Cita al Ejecutivo a una sesión de gobierno extensa, los traidores no pasaran –vociferó Noriega.

En los medios de comunicación, en su mayoría controlados por el Gobierno, se hablaba de “traidores, sediciosos, rabiblanco vendepatria.” Los partidos del gobierno empezaron jornadas de apoyo al General, caravanas, programas de televisión.

Con los días, Calle 50 se convirtió en el bastión de lucha civilista. Los mediodías, los empleados de bancos, comercios y empresas salían de sus oficinas a protestar: ondeaban pañuelos blancos, dejaban caer papelitos blancos desde los ventanales y gritaban consignas contra Noriega. En las barriadas, a las 12 del día, la gente sonaba sus cacerolas y pailas para protestar contra el régimen norieguista. El blanco se convirtió en el color de la lucha civilista y apareció la figura de un caballero medieval con armadura: El Cruzado Civilista. Las protestas, aunque eran totalmente pacíficas, exacerbaban al Comandante.

-Ahora se han ido a llorarles a los gringos -dijo el Comandante-. Ni cebo que van a venir a intimidarme a mí. Yo sé quiénes son Reagan y Bush, y sé los crímenes que tienen encima. A todos los tengo en el bolsillo.

-A estos rabiblanco hay que darles donde más les duele: el bolsillo. Ese maricón de Eisenmann... hace tiempo debiste haberlo jodido. Esos chucha de su madre sólo les interesa la plata –conminó el doctor.

Sierra se refería a Ithiel Roberto Eisenmann, accionista de Danté, Coronado y Director del Diario *La Prensa*, medio que había tomado el liderazgo en la lucha contra el régimen de Noriega, y quien había aparecido en algunos medios estadounidenses tratando de explicar el porqué de las protestas y la oposición a Noriega que estaban dándose en Panamá.

El dos de julio fue quemada la Mansión Danté de Calle Cincuenta, maniobra en la que estuve Jorge Sierra.

La Cruzada Civilista convocó a una gran movilización blanca, para el diez de julio: “Todos vestidos de blanco hacia la Iglesia del Carmen.” Invitación que fue acogida por el pueblo, a pesar de que el Presidente Eric Arturo Del Valle había emitido un Decreto en el que se prohibían las manifestaciones y concentraciones políticas.

-Eduardo, mañana quiero muchos detenidos -dijo el General al Coronel Eduardo Herrera-. Quiero terror en las calles, intimidación, Dobermans, agua, perdigones, lacrimógenas, helicópteros. Mucho amansa guapo... a ver si van a seguir con su “fucking” sedición.

El Coronel Eduardo Herrera Aislán fue traído desde Israel para sofocar la protesta. Algunos creen que Noriega quería quemarlo, pues era uno de los pocos oficiales del Estado Mayor que no tenía cola de paja.

La gente empezó a salir hacia la Iglesia del Carmen, sitio escogido como punto de reunión. Cientos no pudieron llegar. Las Fuerzas de Defensa se habían tomado la ciudad para acabar con las protestas sediciosas. Hubo cerca de seiscientos heridos y seiscientos



detenidos, en lo que historia panameña denominó el Viernes Negro. Muchos fueron a parar a la Cárcel Modelo, en donde los desnudaban y golpeaban; incluso abusaron sexualmente de hombres y mujeres.

En la tarde del viernes, la Cruzada Civilista formó el Comité de familiares de presos y desaparecidos para interponer demandas de Habeas Corpus.

-Ya está controlada la crisis; eran sólo unos cinco mil sediciosos -dijo Jorge a un fresco Noriega- Vamos a tomarnos unos tragos para celebrar.

Más tarde, por medio de una carta, el Presidente felicitó a Noriega y a las Fuerzas de Defensa por el profesionalismo con el que habían manejado la situación de ese fatídico día.

...

Juanky tenía su último semestral el viernes 24 de julio. Luego de mediodía, tenían el receso de medio año. Unas tres semanas para tomar un aire fuera de las paredes del Seminario. Ya tenía en mente los planes: “Ir los días que pueda a acompañar a los sacerdotes que se han ofrecido para estar en la casa de Díaz Herrera.”

Cuando llegó a su casa, lo esperaba su madre quien estaba contentísima de verlo.

-La situación está crítica, hijo. Los Estados Unidos han suspendido una ayuda económica a Panamá. Este lunes habrá un paro general en todo el país.

-Sí ya lo sé, madre. Mañana voy a empezar a ir unas horas a casa de Díaz Herrera. Algunos sacerdotes se han ofrecido para estar allí, y evitar que se atente contra su vida y la de su familia.

-Eso es muy peligroso, Hijo. Mira lo que pasó el viernes 10. A Noriega no le tiembla la mano para encarcelar a sus opositores. Hay comentarios de que pronto atacará la casa del ex aliado. Mira allí hay una nota de Rita, que vino por acá y me pidió que te la diera.

Juanky se fue a su cuarto. Abrió la nota:

Apreciado Juanky:

No sé si te podré verte antes de irme a Estados Unidos. Mis padres están muy preocupados por la situación del país y han decido que es mejor que me vaya al Norte, a casa del hermano menor de papá. Igualmente, están preocupados por lo de Rogelio. Saben lo mal que me he puesto por esa situación. Ojalá pudiera verte antes de irme. Salgo para Boston el sábado 25 a las diez de la mañana.

“O sea mañana” -dijo Juanky en voz alta. Salió del cuarto corriendo y fue a buscar el teléfono.

-Buenas tardes, tía, es Juan Carlos. Me enteré del viaje de Rita y me gustaría, de ser posible, saludarla- dijo Juanky a la madre de Rita, que había contestado.

-Hola, Juanky. Me da gusto escucharte. ¿Cómo andan tus estudios?

-Bien, gracias a Dios.

-Mira, Rita se fue a los patines para despedirse de sus amigos; creo que debe estar de vuelta a las nueve de la noche, pues aún le faltan cosas por empacar; yo le digo que la llamaste para que te devuelva la llamada.

-Muchas gracias, tía, a lo mejor me voy a La Salle a saludarla. Dios los bendiga, hasta pronto.

Juanky ni se cambió. “¿Quién sabe si algún día volveré a verla? ¡Cuánta confusión! Hace ya año y medio que me fui al seminario y sigo pensando en ella. El director espiritual me dice que es sano que me guste, pero que no le dé mucho color a eso, pues es algo pasajero. “A muchos curas les pasó, cuando fueron seminaristas. Es mejor que sea ahora y no cuando estés ordenado” –reflexionaba mientras iba corriendo para La Salle.

La fila era larga. Ese viernes también empezaban las vacaciones de los muchachos de las escuelas. Ir a los patines era una buena opción para empezar el break de medio año.

Cuando logró entrar, buscó a sus amigos en las gradas: Rafa, Rita, Fanny Mae, José Carlos, Gina, Roberto, Rogelio, María Pía. Pero a quién quería ver era a Rita. Quería escucharla antes de que se fuera.

-Hola, padrecito -dijo Fanny Mae-. Tócame¿Sabes que Rita se va? –le preguntó Rafa.

-Sí, su mamá me dijo enantes que llamé a su casa.

-¿Cómo así que llamaste a su casa? ¿Puedes usar teléfono en el seminario? –inquirió José Carlos con sarcasmo.

-Bueno sí; tenemos teléfono público, pero igual podemos recibir llamadas en el teléfono comunitario. Me di cuenta del viaje de Rita hace un rato cuando llegué a casa por receso de medio año –explicó Juanky.

-Bueno vamos a patinar -dijo Rafa-. Hay que divertirse en esta noche y despedir a Rita.

Los muchachos patinaban y cantaban a todo pulmón *La Bamba* de Richie Valens, que se había estrenado en el cine unos días antes. Juanky se quedó en el borde, mirando y escuchando. Cuando bajaron las luces, el animador cambió de tiempo y puso una balada que sonaba muy lindo. Él no conocía nada de esa música. En el seminario, no tenía mucho tiempo para escuchar música. En los *diablos rojos* que tomaba para ir a la pastoral en Cerro Batea, lo que ponían era reggae, haitiano y salsa. Ya se le había hecho pegajoso *El DENI* de Renato. En ese momento, mientras sus pensamientos y sentimientos eran confusos, se le acercó Rita.

-¿Me acompañas a patinar? –le preguntó la chica.

-Claro -dijo Juanky.

-¡Wao! Todavía te acuerdas.

-Lo que bien se aprende, no se olvida -dijo él.

-¿Habías oído esa canción? ¿Está linda verdad?

-En realidad no; pero sí, suena bonita. Es como algo de una despedida.

-Sí. Es de Richie Valens. El que hizo *La Bamba*. Dicen que la compuso para su novia, antes de perder la vida en un accidente de avión.

-¡Oh, qué triste!

-Lo triste es que me voy mañana. Mis padres no ven pronta salida a la crisis de Noriega y temen que la situación de Panamá siga empeorando. Además sienten que lo de Rogelio me ha afectado mucho; que estoy muy delgada y demacrada; que no duermo bien. ¿De veras me veo tan mal?

-No, no lo creo. Sí, estás un poquito delgada, pero normal.

Ella le tomó la mano. Las luces y la música eran envolventes.

“¿Cuántas veces he querido tomarle las manos? ¿Por qué lo hace ahora, y a la vista de Rogelio? ¿Será que me utiliza para darle celos en su noche de despedida?” –su conciencia lo golpeaba. Se sintió incómodo, pero la caridad pesó más, y mantuvo su mano con la de ella.

-¿Qué te ocurre? –se atrevió a preguntarle.

-Juanky. No supe valorarte y ahora te has ido. Todos me dicen que te ven tan seguro en el seminario; que parece que sí tienes vocación; que te ves tan lindo con esa bata blanca.

-Alba -la corrigió él joven seminarista.

-Bueno, cómo se llame. Mañana me voy a Estados Unidos y no sé si volveré a verte. Rogelio me utilizó muchas veces. Yo sigo queriéndolo y esperando, pero ahí estás tú... Tan caballero, tan especial, tan equilibrado, tan santo... Nunca pediste nada. Siempre te conformaste con poco.

“Tan hombre” -pensó Juanky en su mente.

-¿Sigues queriéndome o ya te olvidaste de lo que me dijiste en noviembre del ochenta y cinco?

-¿Te acuerdas que fue en noviembre?

-Claro, lo recuerdo con tristeza, pues sé que te trate como si fueras un *looser*.

-No, no puedo olvidar esos días; fueron muy lindos. Pero...

-¿Pero qué?-dijo ella-. ¿Todavía hay algo de mí en tu corazón?

-Yo te amo con el amor del Señor -le dijo él.

-¿Qué quieres decir con eso? ¿No me salgas con tus frases religiosas?

-Veo en tus ojos, algo especial.

-Sí, okey, pero todo el mundo ve eso –exclamó Rita.

-No estés tan segura. Hay gente que nos busca por interés, por confusión, para tratar de llenar sus propios vacíos.

-Sí ya lo sé, y creo que eso me pasó con Rogelio -dijo Rita.

-Bueno, yo no me refería a él. Hoy sería muy difícil leer con claridad lo que hay en el fondo de mi corazón. Pues claro que siento algo por ti; pero tu partida... La nostalgia que te crea lo de Rogelio. Los sentimientos me pueden traicionar. Los hombres somos una mezcla preciosa de razón, voluntad, memoria; el balance de estos es la clave de una personalidad sana y de decisiones sabias y bien tomadas. Es mejor dejar que el agua se limpie. Es más, tú misma puedes estar confundida sobre lo que sientes. ¿O no? –dijo Juanky.

¿Cómo así? ¿De qué estás hablando? ¿Por qué tanta filosofía y razonamientos? ¿Amas o no amas? Tanta palabrería me recuerda a Sócrates.

-¿Tú amas a Rogelio? O mejor, ¿Rogelio te ama a ti?

-No sé, Juanky. Tú recuerdas mi obsesión por él... ¿Pero ahora no sé qué siento? Tengo mi mente confundida.

-En un retiro espiritual, nos dijeron que no debemos tomar decisiones en tiempos de confusión. Es mejor que el agua del río se calme para poder ver el fondo y buscar la moneda que se nos perdió. Es necesario estar en calma, para que nuestro discernimiento sea lo más sereno posible y así poder escuchar la voz de Dios.

-¿En dos años has aprendido tantas cosas? Hasta tu conversación es como a otro nivel.

-No sé Rita. ¿Qué dicen tus padres de lo de Rogelio?

-Todo ha cambiado mucho, Juanky. Mis padres se aman mucho; más que antes, creo yo. Pero yo fui perdiendo el contacto con ellos. Dejé de ir a misa, a los grupos de oración. Ellos han respetado mis decisiones confiando en que Dios me guiará, pero creo que voy en un barco a la deriva. No soy atea, pero igual ya no oro. Papá se empezó a preocupar cuando me vio bajar de peso. He dejado de comer con normalidad. Temen que esté sufriendo de anorexia.

-¿Anorexia?

-Eso ya lo descartaron. Pues yo siempre he sido una niña normal, pero lo de Rogelio me cambió. Claro, mamá piensa que durante la separación de ellos pude haber sufrido algún trauma que esté en mi inconsciente y ahora esté apareciendo.

-¿Pero cómo así? Tú siempre has tenido amor de sobra. ¿Tanta depresión por Rogelio?

-No creo que sea sólo por Rogelio. También hay en mí algo de rebeldía. A la par, no sé qué estudiar en la Universidad. Me matriculé en la Tecnológica, pero no me gusta Ingeniería...

Hubo un silencio, mientras seguían patinando. Al rato, Rita retomó el tema.

-Pero volvamos a noviembre de 1985... ¿Yo soy la moneda que se te perdió? -preguntó Rita con curiosidad.

-No sé -dijo Juanky, que empezaba a sentir una fuerza espiritual inusitada. Seguía tomado de la mano de Rita, pero sentía un equilibrio como no había experimentado antes-. "Éste no soy yo"-caviló-. "Hace un año no habría resistido estar así con ella." -y recordó el texto de San Pablo, que su director espiritual le recitaba a menudo:

Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad. Más bien, me gloriaré de todo corazón en mi debilidad, para que resida en mí el poder de Cristo. Por eso, me complazco en mis debilidades, en los oprobios, en las privaciones, en las persecuciones y en las angustias soportadas por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

Cuando terminó la canción, notaron que todos sus amigos se habían parado a verlos patinar. Las miradas de todos estaban sobre ellos. Juanky no se incomodó; se sentía un hombre de Dios, con la mirada en lo alto, pero con los pies en la tierra. "La verdad los hará libres" -recordó-. "¡Qué bien me siento! Me siento con la libertad de los hijos de Dios. Humildad es andar en verdad. ¡Qué sensación tan especial! Gracias, Señor, muchas gracias por este momento de claridad" -fue su oración interior.

-¡Wao! Seminarista, qué bien luces- dijo Fanny Mae.

Juanky se sonrió y dijo: "Rita es mi gran amiga y de seguro la voy a extrañar como todos la van a extrañar."

Una lágrima corrió por las mejillas de Rita. Todos la abrazaron.

Cuando su mamá llegó a recogerla, Rita abrazó a Juanky y le dijo: -No dejes de escribirme, quiero saber más de ese... cómo fue que dijiste.

-Discernimiento -dijo Juanky.

-Te voy a extrañar Juanky. No me saques de tu corazón. Ojalá pronto acabe esta crisis de Noriega y demás.

-Tenemos que orar para eso -dijo el seminarista-. Te quiero. Te escribiré tenlo por seguro.

Todos se despidieron y acordaron escribirle también.

Al día siguiente, Juanky se levantó temprano; tomó su breviario, su mochila y una muda de ropa. Se asomó a la cocina, agarró un emparedado de la mesa y un jugo, y le dijo a su mamá: -Voy a casa de Díaz Herrera con uno de los formadores del seminario.

-Bueno, hijo, Dios te bendiga a ti y a todos los que estén ahí.

-¿Cómo dijiste?... ¿Dios te bendiga?

-¿Bueno, es que acaso tú eres el único en la familia que puede buscar a Dios? Ya reza la canción de Blades, *Que con Dios conectando a uno, conecta diez*.

-Vengo mañana en la tarde -le dijo a su mamá y le dio un beso.

La casa de Díaz Herrera era un ir y venir de gente. La residencia es muy grande. Había casi setenta personas ahí. El ambiente era tenso, pues se temía una incursión rápida para someter al Coronel traidor.

“Hay ansiedad en el ambiente, pero reina la camaradería. La verdad hace surgir la fraternidad” -pensaba Juanky-.

“Parece que se respira verdad” -reflexionó-. Eso lo alegró.

Entre la gente pudo distinguir un hombre blanco y alto que le llamó la atención. Cuando se acercó, vio que tenía cuello clerical. Pero se mantuvo a la distancia, pues conversaba con Díaz Herrera, y prefirió no interrumpir.

Casi una hora después, se aproximó al hombre que parecía sacerdote.

-Buenas tardes. ¿Usted es sacerdote? -le dijo Juanky.

-Sí -le dijo el hombre-. Soy Bill Davis, jesuita estadounidense. Soy parte de un comité ecuménico que sigue de cerca la crisis de Panamá.

-¿Y por qué viene a la casa de Díaz Herrera? -le preguntó Juanky.

-Bueno, mi historia es larga, pero ¿quién eres tú? -le dijo el padre.

-Soy Juan Carlos Sierra, seminarista de la Arquidiócesis de Panamá.

-¡Oh!... eres un seminarista. Mucho gusto de conocerte -dijo el padre-. ¿Supongo que puedo confiar en ti? ¿Si estás en el Seminario de Monseñor McGrath, debes ser un buen chico? -cuestionó el padre.

-Gracias -sonrió Juanky.

-Mira, hijo. Esto que ha desatado el Coronel es muy serio. Son casi treinta años de historia muy escabrosa. Los militares de América Latina han tenido vínculos con los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial. Mi país prefería hacer tratos con los militares antes que con gobiernos civiles: es la época de la Guerra Fría. Desde el Norte, se han apoyado las Dictaduras Militares de toda América Latina. Algunos de esos hombres fuertes pasaron por la Escuela de Las Américas, que está aquí en la Zona del Canal -continuó el presbítero-. Hay muchas cosas ocultas -clasificadas dicen los expertos- que no deben ser conocidas por el resto de los mortales. Y resulta que muchos movimientos de Noriega estuvieron apoyados por la CIA y los Gobiernos estadounidenses. La lucha de Díaz Herrera, o más bien sus denuncias, son una caja de pandora que a los Estados Unidos le incomoda, porque muchos presidentes y directores de la CIA han tenido que ver con el MAN, como le llaman ustedes -precisó el padre.

¡Oh padre! ¿Y usted qué ha venido a decirle? -dijo Juanky.

-¡Qué tenga cuidado! Su cabeza tiene precio. Y de paso le he dado la bendición que me ha pedido. Su familia, sus amigos, todos aquí están expuestos... incluso tú. Yo te diría que no te quedes a dormir aquí. Trata de ir a tu casa y vuelve esporádicamente.

Juanky agradeció al padre y le dijo: -¿Oiga, padre, usted conoce Boston?

-Sí claro, tenemos una de nuestras mejores universidades allá: Boston College.

-¡Ah! Okey, dijo Juanky. ¿El campus es lindo?

-Sí es muy lindo, grande y con mucha tradición. Tenemos varias capillas, centros de retiro.

-¿Y hay retiros ignacianos para estudiantes? -siguió preguntando Juanky.

-Pues claro; yo mismo alguna vez di este servicio en el campus. ¿Pero por qué tanto interés?

-Es que una amiga se ha ido a estudiar en esa universidad y quisiera darle algunas pistas sobre los servicios pastorales que ofrecen. Así podrá insertarse en alguna actividad religiosa.

-Dios te bendiga, hijo. Hasta la próxima –dijo el padre al despedirse.

Las sospechas del jesuita estadounidense eran ciertas. Ese lunes Panamá, amaneció con esa novedad del ataque a casa de Díaz Herrera.

...

-Estuvo hermosa la Eucaristía. ¿No te parece?

-Con sedición incluida y todo.

-San Agustín demoró años en encontrarse con Jesús. Él estaba buscando la verdad y se encontró con el cristianismo.

-He escuchado que su madre sufrió mucho por él.

-Sí, Santa Mónica oró y lloró. San Ambrosio la animó: “Un hijo de tantas lágrimas no se perderá, mujer”, le dijo para consolarla.

Jorge encontró un momento para desahogarse con Juanky.

-Me dices que Mónica sufrió mucho por su hijo, ¿Y su padre?

-Patricio, fue pagano hasta unos días antes de morir; igual la oración y la paciencia de Mónica tuvieron algo que ver en su aceptación del bautismo en los últimos momentos de su vida.

-Yo te di la mejor educación, pero no te atendí como debí haberlo hecho. Las cosas materiales... eso me parecía suficiente –dijo Jorge mientras tosía.

-Tranquilo papá. Eso permitió que me encontrara con el Señor.

-Yo quisiera, ser como tu padrino. Tener mi corazón abierto para Dios, pero me es difícil. Siento que sería un hipócrita buscando a Dios en esta hora de mi vida cuando la muerte ya está tan cerca.

-Dios no tiene tiempo, papá. Para él mil años es como un día y un día como mil años.

-Cada vez que recuerdo aquella discusión por lo de Díaz Herrera, me siento más avergonzado. Ese día te grité y casi te golpeo; de no ser por tu madre, quién sabe cómo hubiera acabado todo. Fui a congraciarme con Noriega y te dejé con tu madre, como tantas otras veces...

...

Jorge se fue la comandancia para dar apoyo al General. Cuando llegó, Noriega le dio detalles de la operación.

-¿Todo bajo control, General? –preguntó Jorge.

-La UESAT no se ha despeinado –dijo Noriega a su amigo de confianza

-¿Cuántos heridos y prisioneros? –preguntó Jorge.

-No hay heridos, doctor. Ante la nube de lacrimógenas, no hubo mucha resistencia. Los explosivistas volaron las puertas y la incursión fue relativamente fácil. Hemos capturado al maricón ese, a su mujer, sus hijos y cerca de cuarenta y cinco personas más.

-¿Había religiosos allí? –preguntó Jorge, mientras recordaba lo que su hijo le había comentado.

-No. El que llegó fue McGrath pidiendo que le dejaran entrar; pero Mike Harari le dijo que era una operación militar y que el paso estaba restringido. Estuvo ahí casi dos horas. Ese cura sedicioso. Yo sé que anda metido en esto. Lo vi por la televisión en la Cámara de

Comercio. Él y Fernando Guardia creen que esto es Filipinas y que me van a tumbar como a Marcos.

-¿Llegó el Procurador? – preguntó Jorge Sierra.

-Sí, y también Madriñán para dar conducción a las investigaciones y todo lo demás.

-Congratulaciones, General –dijo el doctor en tono de lisonja.

-Mañana, siguiente paso. Quiero cerrados todos los medios adversos y desestabilizadores del país. El Ministro tiene orden de allanar y cerrar *La Prensa, El Siglo, Extra, Quiubo y la Gaceta Financiera* -dijo el Comandante

-Me encanta como pones en práctica lo de Maquiavelo... El fin justifica los medios – exclamó Jorge mientras recitaba de memoria una de las frases de *El Príncipe*:

A los hombres hay que acariciarlos o destruirlos, pues vengarán un insulto leve, pero quedarán indefensos si se les aplica un golpe duro... Castigar a uno o dos transgresores para que sirva de ejemplo es más benévolo que ser demasiado compasivo.

-Eres el Man, Tony –dijo Jorge para felicitar al Comandante.

-¿No crees que Mike Harari se merece un monumento? -dijo Noriega entre carcajadas-. Es lo máximo. Es mi mentor. Él fue quien me sugirió cambiar el nombre la Guardia Nacional a Fuerzas de Defensa. Ha adiestrado a estos hombres de la UESAT para que acaben con los enemigos -añadió el Comandante.

Efectivamente, la Unidad Especial de Servicio Antiterror estaba bajo la dirección de Harari, y estaba entrenada con lo mejor de la inteligencia israelí. Ambos habían engendrado esta tropa de choque leal al Comandante. La misma vio la luz el 16 de diciembre del 1983 -el Día de Lealtad, para los fieles de la dictadura-. La UESAT contaba con 70 hombres escogidos por su religiosa devoción a Noriega. Sus armas eran la metralleta Uzi y el rifle de asalto Galil, ambos de fabricación israelí, así como el lanzagranadas RPG-7, y rifles de francotirador. Se vestían de camuflaje con boinas negras y llevaban armadura de cuerpo. Su base era la Isla Flamenco. Harari trajo instructores de Israel para adiestrar la unidad en el uso extremo de la violencia, supuestamente para combatir a terroristas. Nunca se empleó con tal propósito.

Noriega se había sacado del paso al primo del General Torrijos. Con los medios de comunicación cerrados, *El Panorama Católico* era una de las pocas fuentes de información independientes. Había sido concebido por Monseñor McGrath en 1985 y, al calor de la crisis política, su circulación había aumentado considerablemente.

El pueblo panameño estaba a la espera de la homilía de Monseñor McGrath en la Cita Eucarística, que había sido pospuesta para el domingo veintitrés de agosto de 1987.

Ese día de la Cita, en la procesión de entrada, Juanky llevaba el incensario.

“¡Qué lindo se ve mi hijo!” -pensaba la señora Flora, madre de Juan Carlos-. “Desde la confirmación de Juanky no asistía a misa”.

De lejos distinguió a su compadre José Raúl Torres con su familia.

Como era de esperarse, Monseñor pidió la liberación de los detenidos del Viernes Negro y la apertura de los medios de comunicación. El aplauso de las casi quince mil personas que abarrotaban el Gimnasio Nuevo Panamá fue sentido. Unos colaboradores de *La Prensa* mostraron sus carteles pidiendo Libertad de Expresión.

Al final de la misa, los Torres-Bárceñas fueron a saludar a la señora Flora, madre de Juanky.

- Hola, comadre, ¿qué tal? –dijo José Raúl.
- Bien, doctor. Extraño mucho a mi hijo, pero sé que está en un buen lugar –dijo la señora.- Mire allí viene él.
- Hola, mamá –dijo Juanky a su madre mientras le daba un beso.
- Padrino, ¿qué tal? –preguntó mientras daba un abrazo a José Raúl.
- Saludos, tía. José Ricardo y Marta qué grandes están.
- ¿Vas para el seminario? –preguntó el doctor.
- No. Tenemos libre hasta las nueve de la noche. Debemos llegar al rezo de las completas.
- Ayer en el correo nos dieron cartas de Rita. Hay una para ti. ¿Aceptan una invitación a almorzar en casa de los abuelos?
- Seguro. ¿Te parece mamá?
- Por supuesto, no tengo inconveniente –dijo la señora Flora.
- Llegaron a casa de Don Raúl y doña Esther. Los clásicos macarrones con gallina del domingo eran la delicia de los jóvenes.
- Voy a casa a buscar la carta. ¿Me acompañas, Juanky? –dijo José Raúl.
- Seguro, tío.
- ¿Qué sabes de tu padre? –preguntó el doctor.
- A veces llega por la casa. El día que capturaron a Díaz Herrera estaba en casa. Me dijo que no me inmiscuyera en las actividades sediciosas.
- ¿Y qué piensa de tu vocación?
- Tú lo conoces mejor que yo, tío. Sabes lo que puede estar sintiendo.
- Sí, tienes razón. ¿Y tu madre?
- Mamá está bien. Ha vuelto a ejercer en una modesta clínica privada. Eso la entretiene y la ayuda económicamente. Me extraña mucho, pero nota que estoy feliz y eso la alegra.
- José Raúl entró a su casa y trajo la carta que Rita había enviado al joven.
- ¡Oh carta de Rita! –exclamó Juanky con alegría mientras iban de vuelta a casa de los abuelos de su amiga.
- ¿McGrath piensa, como los de la Cruzada que con pito, paila y pañuelos van a tumbar a Noriega? –preguntó Don Raúl al seminarista-. Fíjate la burla de Noriega con lo de las tres P: *“Plata pa’ los amigos, plomo pa’ los enemigos y palo pa’ los indecisos.*
- Monseñor sabe todo eso, papá; pero su discurso busca hacer la presión moral, incluso más allá de Panamá. Tú sabes que el Obispo fue determinante ante la opinión pública estadounidense cuando lo de los Tratados –dijo José Raúl a su padre.
- Sí, lo sé. Pero estamos hablando de una mafia. En la Zona Libre, los inversionistas comentan lo del narcotráfico, los negociados, coimas, y sobre todo que los Estados Unidos tienen mucho que perder si Noriega habla.
- Así es Don Raúl –dijo Juanky, cuando creyó oportuno intervenir- El día antes de la captura de Díaz Herrera, conversé con un jesuita de Estados Unidos, quien me habló de los nexos de Reagan y Bush con Noriega.
- La plática se extendió y a Juanky se le empezaron a cerrar los ojos.
- ¿Los llevamos a casa? ¿Seguro, querrás descansar? –cuestionó José Raúl dirigiéndose a Juanky.
- Se lo agradeceremos mucho –dijo la señora Flor.
- Gracias, tío. Es que anoche estuvimos en el Gimnasio casi hasta las doce, ultimando los detalles y ensayando la ceremonia.
- Cuando llegaron a Vía Argentina, se metió a su cuarto a leer la carta.



“¡Cuántas cosas lindas! ¡Wao! Un Retiro ignaciano.” –leía con avidez.

A las ocho de la noche, mientras iba en el taxi por la Tumba Muerto, su mente estaba lejos. Quería que fuera diciembre para poder conversar con ella, y poder tomarla de la mano como aquel día en La Salle. Sin embargo, esa Navidad, Rita no pudo viajar a Panamá y eso entristeció mucho a Juanky. En su carta, ella le hablaba del frío de diciembre en Boston. “¡Qué precioso, Juanky! Ojalá estuvieras aquí conmigo” –decía su amiga al concluir la misiva.

## 18

Para enero de 1988, Noriega se reía al ver como sus opositores habían salido a las calles a celebrar su supuesta renuncia.

-¿Tony, no temes que Del Valle te traicioné? –preguntó Jorge Sierra.

-Ya le pusimos su trabajo –dijo el General-. El santero me dijo que percibió una energía negativa de Tuturo hacia mí. A lo mejor fue la quema de La Mansión Danté. Sabes que su familia es judía y tienen algo que ver con los Eisenmann. También habló de reabrir *La Prensa*, pero como se meta conmigo ya verá.

-¿Qué sabes de la CIA? –le preguntó el médico.

-Tengo gente conmigo, pero el babalao me dijo que desde el norte se desencadenan energías negativas hacia Panamá. ¿Oye y qué hay de tu hijo el cura? –preguntó el General con una sonrisa-. ¿No podríamos tener un agente infiltrado que nos dé pistas de las andanzas de McGrath? –y soltó la carcajada.

-Ah, mi Comando, ese es el colmo de un revolucionario: ¡Qué un hijo le salga conservador! –dijo Jorge con cara de decepción.

-¿Él se habrá ido virgen al Seminario? –preguntó Tony con ironía.

-No sé, mi Comando. Yo nunca le conocí novia.

-¿Será que tu hijo es mari flor y por eso se metió al Seminario?

-No creo, Tony. Mis genes son de un macho, machote, puro sanote.

-Cuidao, pues, que acaba como dice la canción del Mari flor –y soltó la carcajada.

Ciertamente a finales de enero se proclamaron los *indictments* –encauzamientos- de los Jurados de Tampa y Miami por narcotráfico. Sin embargo los contactos de Noriega trataron de suavizar la situación. Unos días después, el Presidente Ronald Reagan habló de vuelta a la democracia y fin de la dictadura.

A fines del mes de febrero de 1988, la cita de la juventud panameña era, como de costumbre, el Encuentro de Jóvenes en Chitré. El Retiro Espiritual del padre Segundo Familiar Cano reunía unos cinco mil jóvenes para escuchar la Palabra de Dios. Aquello que había empezado como un evento de la Iglesia Católica en Azuero, ya había impactado a todo el país. El padre Segundo, de origen español, se había radicado en Chitré allá por la década del sesenta. Había comulgado con las ideas de la teología de la liberación; pero en un momento, en el que hasta llegó a pensar en dejar el sacerdocio, la Renovación Carismática llegó a su vida.

Hasta Chitré se había trasladado Juanky por la invitación que le hicieron algunos compañeros del seminario. Estaban a la mesa para almorzar. Compartía con los obispos, quienes habían asistido al convivio juvenil. Monseñor José María Carrizo, Obispo de Chitré, había invitado a Monseñor José Dimas Cedeño, Obispo de Santiago, a presidir la Eucaristía de ese viernes. Allí se enteraron de todo lo que estaba ocurriendo en el país ese 26 de febrero.

-Monseñor McGrath me llamó. Me dice que la situación en la capital es muy difícil, pues el Presidente Del Valle decidió destituir a Noriega -comentó Monseñor Carrizo-. Sin embargo, horas más tarde el Estado Mayor lo destituyó a Él, y designaron al Ministro de Educación, Manuel Solís Palma, para remplazarlo –explicó el prelado.

-¿Se complica la cosa, eh! -dijo Monseñor Cedeño.

-El Mayor, a cargo de la Zona militar, ha venido a hablar conmigo para garantizarme que el toque de queda es a nivel de la capital -contó el padre Segundo-. Así que el Encuentro se seguirá desarrollando de forma regular.

En una de las enseñanzas, Juanky se sintió profundamente tocado por el Señor. “María amaba profundamente a San José y éste la amaba ella”- dijo el padre predicador-. “Sólo un amor muy grande espera, confía, perdona, cree.”

“¿Será pecado lo que siento por Rita?”. “Una familia en castidad matrimonial” – reflexionaba en la fila para las confesiones; analizaba cómo decirle al padre su enredo.

-Padre, siento algo por una joven –fue lo que se le ocurrió decir cuando llegó su turno.

-Sentir no es pecado, hijo.-le contestó el sacerdote mientras se reía.

-Pero yo soy seminarista -dijo Juanky.

-Bueno, hijo ¿En qué año estás? –le preguntó el cura.

-Voy a empezar tercero de filosofía -dijo Juanky.

-Es mejor que te pase ahora y no cuando estés ordenado. Es normal que las mujeres te llamen la atención -precisó el presbítero-. Ahora, debes ser muy sincero con tu director espiritual para que te vaya guiando; debes tener muy claro que la vocación es una decisión libre. Lo más importante es la honestidad. Sé sincero con el Señor y dile que se lleve lo que no es para ti: “Agua que no has de beber, déjala correr.”

-¿Qué quiere decir con eso, padre?

-Qué es mejor no complicarle la vida a alguien, si sabes que no la vas a amar con todas tus fuerzas. Ese ha sido mi norte. Durante mis veinte años de sacerdocio, me han llamado la atención muchas mujeres. Cada una más hermosa que otra. Recuerdo cuando estuve hospitalizado. Una enfermera me atendía; me llevaba los medicamentos. Tuvo tantas muestras de amor para conmigo, que me hizo pensar en el matrimonio. Yo tenía unos treinta años, y apenas cinco de ordenado. Estaba en una edad espléndida para casarme y tener hijos.

-¿Y cómo supo que debía quedarse sacerdote?

-Un sabio director espiritual, el padre Guillermo Sosa, me dijo: “Agua que no has de beber, déjala correr. Juega limpio. Tú eres sacerdote según el rito de Melquisedec. Jesús te ama como nadie te va a amar.”

-Muchas gracias, padre.

Cuando regresó de Chitré, pudo estar unos días en casa; hasta el domingo trece de marzo cuando debía regresar al Seminario. Ese día, antes de partir, su madre le dio una noticia inesperada.

-Hijo, tu padre ha tenido unas molestias con su salud – dijo la señora Flora.

-¿A qué te refieres, mamá?

-Le han detectado unas células cancerosas en la próstata.

-¿Qué tan grave es?

-Se lo han detectado a tiempo. Tendrá que ir a radioterapia en el Hospital Oncológico. Ora por él.

Juan Carlos se quedó como en estado de shock por unos segundos.

-Hijo, gracias a ti mi vida ha encontrado mucha paz y comprensión. Esas reuniones con Monseñor Vásquez Pinto me han ayudado mucho.

-Me alegro mucho, mamá -dijo Juanky.

-Pero tú no pareces estar en paz –dijo la señora Flora a su hijo.

-¿Cómo así?

-Mira, hijo, ya vas a empezar tu tercer año del seminario. Cuando empezaste, yo supuse que sólo resistirías un semestre, pero con los meses te ibas afirmando; se te notaba alegre. Pero estas vacaciones has estado muy extraño; como introvertido y llevando por dentro algo que no te permitiese ser tú mismo –dijo la mujer.

-Tienes razón, madre. Es que voy a empezar mi último año de filosofía y creo que es hora de ir pensando en si debo seguir con esto o...

-Hijo, yo te apoyo en lo que decidas. Sabes que cuentas conmigo.

-Muchas gracias. Ya lo sabía.

Ese mismo lunes, empezaron el retiro espiritual de inicio de año académico. La jornada se desarrollaba en Monte Alvernia, la casa de formación que tienen los franciscanos en Miraflores, Betania. La habían llamado así en honor del Monte de La Verna, donde San Francisco había recibido los estigmas de Cristo. Desde esa montaña, en el medio de la ciudad, había una vista preciosa, sobre todo de noche. El retiro iba muy bien. Un sabio sacerdote sulpiciano les predicaba los ejercicios espirituales. Pero el miércoles 16 de marzo, la situación política volvió a complicarse.

Algunos oficiales de las Fuerzas de Defensa y miembros de la tropa estaban cansados de la situación de ansiedad e incertidumbre que se vivía en los cuarteles. Había que estar listos para salir a reprimir manifestaciones por todos lados. El Coronel Leónidas Macías y unos veinte oficiales más habían decidido defenestrar a Noriega. Semanas atrás, ante a la decisión del ex presidente Del Valle de deponer a Noriega, Macías había hecho alarde de su lealtad al Comandante cuando refutó a Del Valle con la frase “Él que se va es usted”.

El epicentro era nuevamente el Cuartel Central en El Chorrillo. La información llegaba por medio de radioemisoras de onda corta, pues los medios nacionales estaban controlados. Desde Monte Alvernia, se veían las humaredas y fogatas que indicaban que algo estaba pasando. Es que los opositores habían aprovechado la situación cuartelaría para provocar más caos en la ciudad y apoyar el movimiento rebelde.

La tarde de ese miércoles, se fue la energía eléctrica en todo el país. Días después Noriega acusó al Sindicato de Trabajadores del Instituto de Recursos Hidráulicos y Electrificación (SITIRHE) de estar asociados con el complot desestabilizador de los sediciosos.

La ciudad estaba en penumbra: era luna nueva. Juanky comentaba con sus compañeros.

-Es el caos –dijo Robert

-¿Cómo el caos inicial, cuando el Espíritu aleteaba sobre las aguas? –preguntó Omar.

-Ojalá sea así –dijo Juanky-. ¡Qué luego de la confusión venga el orden!

-La situación con la Iglesia es muy tensa, pues los trámites para las visas de los religiosos extranjeros son cada día más engorrosos –dijo José del Carmen.

-Están poniendo trabas para la entrada de sacerdotes extranjeros, es posible que empiecen ordenaciones sin haber completado el pensum y los siete años de formación. Tal vez así me libero de tanta filosofía y teología –dijo Omar, el portobeleño, para quien la vida académica era todo un problema.

-Tranquilo, Omar, recuerda lo del Cura de Ars –comentó Felipe con una sonrisa en los labios.

-Ojalá, nosotros tuviéramos la piedad del Santo de Ars –dijo Robert-. El padre Segundo tiene un libro sobre su vida que es impresionante.

-Acérquese el que va a ser ordenado –dijo Omar mirando a Juanky.

-Yo no estoy listo para esto. Cuando llegamos aquí, yo veía los siete años como algo innecesario. ¿Se acuerden de mi comentario en el retiro inicial?

-Pues claro, cómo lo vamos a olvidar –dijo Felipe- Me caíste tan mal. Un niño presumido del Santuario, dije en ese momento.

-“Quiero que se pasen rápido estos siete años y salir a servir al pueblo de Dios” –dijo Omar, recordando la frase de Juanky.

-Fue un comentario sin conocimiento; algo así como el “yo te conocía de oídas” de Job. Por algo la Iglesia considera que deben ser por lo menos siete años –dijo Juanky pensando en Rita.

-Mi párroco me ha dicho que el Obispo tiene otro dolor de cabeza con los capellanes militares –dijo José Del Carmen.

-¡No sabía que había capellanes militares! –exclamó Robert.

-Sí los hay, pero es un poco delicado –comentó Juanky.

-¿Por qué delicado? –preguntó Felipe.

-Eso viene desde tiempos del padre Gallego, me dijo el padre Chema del Santuario. Torrijos quiso tener sus capellanes cercanos y le pidió a McGrath que lo dejara buscar su gente de confianza. El Arzobispo tuvo que acceder. Resulta que algunos capellanes son nombrados por los mismos militares y otros los nombran los obispos en cada diócesis. Pero la gente empieza a cuestionar si la obediencia de ellos a los cuarteles está por encima de la obediencia al ordinario –terminó diciendo Juanky.

-Pero eso no tiene nada malo. He oído que hay hasta diócesis castrenses –dijo Omar.

-Sí, así es. El asunto es que eso también divide al clero, pues los sacerdotes diocesanos, por ejemplo, sienten que los capellanes están a la libre, reciben salarios muy buenos, no van a reuniones del clero... El padre Chema se atrevió a decir que si ellos no obedecen al obispo, su Eucaristía no es válida –dijo Juanky.

-Eso no es cierto –dijo Felipe, de los frailes de Cosca-. Aunque un sacerdote esté en pecado o se haya acostado la noche anterior con una mujer, la misa que celebra no depende él. Eso es Donatismo –precisó el seminarista.

-¿Dona... qué? –preguntó Omar.

-Donatismo. Es la herejía de Donato, obispo, quien decía que el Sacramento depende de la santidad del ministro que lo imparte. Eso ya fue condenado por la Iglesia. El Sacramento depende de Cristo Sacerdote. Claro todos queremos que los ministros sean santos –puntualizó Felipe

-Un sacerdote que pasó por la diócesis nos dijo una comparación preciosa sobre esto. Decía: “Te invitan a tomar sancocho y te lo sirven en bacinilla. ¿Te lo tomarías? Por más que te hayan dicho que la bacinilla fue desinfectada con cloro, hervida... te da un asco muy grande. Pues así debe ser la vida del sacerdote. Tan limpia y transparente que la gente se acerque a Cristo con gusto y que el ministro no sea escándalo para las ovejas del rebaño” –precisó Robert.

-Yo quiero ser un buen sacerdote –dijo Felipe.

-Yo primero quisiera ser un buen hombre, luego un buen cristiano y si Dios así lo confirma, entonces, buen sacerdote –dijo Juanky, antes de levantarse para irse a su cuarto a descansar.

Sólo Robert sabía lo que pasaba en el interior de Juanky y lo guardaba con mucho secreto. El fin de semana siguiente al retiro fueron a visitar las parroquias e instituciones donde harían práctica pastoral. Juanky estaba asignado al Tutelar de Menores, en El Chorrillo, cerca del Cuartel Central.

Noriega logró vadear la situación interna; pero la economía iba en picada, pues las sanciones de Estados Unidos tenían las finanzas panameñas entre la espada y la pared.

En el almuerzo de ese lunes, tuvieron la visita de Monseñor McGrath. Al final del mismo, el Obispo se levantó para dar ciertas noticias a los seminaristas.

-Hemos estado haciendo las gestiones para que el Coronel Macías y sus compañeros, del golpe de la semana pasada, sean respetados en su integridad física y emocional. Su sobrino, el Diácono Poveda, ha estado visitándolo en La Cárcel Modelo.

-Monseñor- dijo un seminarista que levantaba su mano.

-¿Dígame?

-¿No cree, usted, que, ante la situación económica tan problemática, sería mejor que estuviéramos en las parroquias apoyando a los sacerdotes? –dijo Alberto seminarista de Chitré.

-Sí, es cierto que sería oportuno, pero creo que los laicos están haciendo un trabajo fabuloso en las comunidades. Como saben, desde Cáritas Arquidiocesana hemos iniciado la distribución de alimentos a los sectores más necesitados de la ciudad capital. Monseñor Laureano Crestar Durán está coordinando este paliativo a la crisis económica, agravada por el cierre de los bancos a principios del mes, debido a la congelación de las cuentas del Banco Nacional que están depositadas en Estados Unidos.

-Eso es lo de las ollas comunes. Lo vi en Valle de Urracá –dijo Calixto.

-Sí, así es -dijo el prelado.

-Monseñor, ¿usted que tiene tantos contactos en Estados Unidos no puede intervenir en aclarar a los gringos que las sanciones afectan al pueblo y no a Noriega?

-Tienes mucha razón, hijo. Pero a nivel de políticos no lo ven así. Es como el bloqueo cubano. Lo que estamos intentando es que la ayuda que da la AID y otras instituciones llegue a los más necesitados –expresó Monseñor.

-La idea de Alberto parece buena, Monseñor. Se nos dificulta estudiar y concentrarnos cuando sabemos que la situación en el país es caótica –comentó Javier de Chiriquí.

-Jóvenes seminaristas, seguramente que la tensión se vive en todos los estratos. Creo, muchachos, que sería útil que estuviesen en sus parroquias, pero más útil es que estén aquí en el seminario formándose para el futuro. Ya saben las trabas que están poniendo para conceder las visas y permisos de inmigración a sacerdotes y religiosos extranjeros. Es mejor que ustedes sigan formándose, pues así garantizamos el clero de los próximos años. Además, su oración aquí es valiosísima para todo el pueblo de Dios.

Juanky estaba emocionado de estar en el sitio indicado, en el momento indicado. “¡Qué pastor!” -pensaba para sus adentros.

Unos días después, Noriega vociferaba.

-Los traidores no pasarán. Amigos y simpatizantes: Hoy nacen estos Batallones de la Dignidad para contrarrestar a los traidores de la patria. Ya no sólo son los rabiblanco de Calle 50, ahora son los sindicalistas del IRHE, los jubilados... Compañeros batalloneros, hoy los enviamos a cada rincón de esta tierra a repeler todos estos intentos de sedición.

Los Batallones de la Dignidad habían sido creados en febrero de 1988 para enfrentar una posible acción militar de los Estados Unidos. Eran civiles a los que se les daba entrenamiento básico en el manejo de armas. Al frente de ellos estaba uno de los civiles fieles a Noriega: Benjamín Colamarco.

-El General no se raja -gritó Noriega.

Los cientos de batalloneros aplaudieron y corearon:

-Ni un paso atrás, ni un paso atrás...

-Noriega no se va a arrodillar. Quieren que viaje a Estados Unidos para darme una salida honrosa. Yo podría desaparecer, pero sepan que sólo soy la cabeza de este movimiento nacionalista que no se detendrá.

-Ni un paso atrás, ni un paso atrás...

## 19

Cuando entró al cuarto, José Raúl vio la edición de *Las Confesiones* de San Agustín que Juanky le había dejado a su padre el día anterior.

Al rato, llegó Jorge de la sesión de quimio de ese lunes 29 de agosto.

-Ayer empecé a leer ese libro.

-¿Es interesante verdad?

-Sí. Me llama la atención que él cuente todos errores que cometió.

-Es una confesión pública.

-¿Tú crees que podría conversar con un sacerdote? –preguntó Jorge.

La alegría del corazón de José Raúl era inmensa –Seguro, si quieres busco al padre Valtierra-

-Me gustaría que fuese en una especie de gruta que está ahí en Cristo Rey. Ese lugar me agradó. Juanky me llevó a misa.

-Cuando gustes te llevo.

Aquella tarde Jorge tuvo un encuentro con la misericordia del Señor. El padre Valtierra escuchó sus pecados, su sincero arrepentimiento y su deseo de casarse con Flora antes de partir a la Eternidad.

El día de la ceremonia, Flora estaba preciosa. Siempre se había sentido humillada por todas las mujeres que Jorge le pasó por enfrente. La doctora lucía preciosa. Sencilla, pero hermosa. “Qué linda te ves madre”, le dijo su hijo el seminarista.

En el momento de unir sus manos para el consentimiento, que Jorge hizo desde su cama de enfermo, unas lágrimas salieron de sus ojos.

Juanky tenía en su mente la oración de Simeón: “Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz”.

Providencia de Dios, Jorge falleció en la madrugada del martes 11 de octubre de 1988, Aniversario de la Revolución. La auxiliar que halló el cuerpo exánime, encontró al doctor con su edición de *Las Confesiones* en la página que dice:

Tarde te amé, Belleza tan antigua y tan nueva, ¡tarde te amé! Estabas dentro de mí y yo te buscaba por fuera...Me lanzaba como una bestia sobre las cosas hermosas que habías creado. Estabas a mi lado, pero yo estaba muy lejos de ti. Esas cosas...me tenían esclavizado. Me llamabas, me gritabas, y al fin venciste mi sordera. Brillaste ante mí y me liberaste de mi

ceguera...Aspiré tu perfume y te deseé. Te gusté, te comí, te bebí. Me tocaste y me abrasé en tu paz.

Ese día, Juanky cumplía 20 años. La sensación era de tristeza, pero la alegría por lo que había ocurrido en la vida de su padre lo consolaba.. Unas secretarías de la Comandancia asistieron al sepelio que se realizó en el Santuario Nacional. El General estaba muy ocupado pensando en las próximas elecciones de Estados Unidos. Las coronas del Estado Mayor eran realmente imponentes. “Para un gran amigo y patriota”.

...

En la Comandancia, aquel martes 8 de noviembre de 1988, día de las Elecciones de los Estados Unidos, el General estaba con algunos amigos de confianza.

-De seguro con George Bush nos va mejor –comentó Tony Noriega

-¿Cómo estás tan seguro, Tony? –le dijo Nivaldo Madriñán hombre fiel al Comandante.

-Tú sabes que él fue mi jefe en la CIA; confío en que nos apoyará -dijo el General.

-Noriega, tus santos siguen funcionándote muy bien -dijo Madriñán-. Cada intentona de golpe, sales airoso. La gente comenta que tienes más vidas que un gato –dijo mientras soltaba una carcajada.

-Así es. Ni el bloqueo económico ha funcionado -esgrimió el Comandante-. La gente se cabrea por los bonos y cedis, pero a fin de cuentas vamos saliendo adelante.

-Y con el apoyo de Harari, nadie te tumba –añadió el amigo íntimo.

-Ni en las elecciones nos van a joder. Pongan al que sea. De aquí, no nos vamos. Si no nos bajaron en el ochenta y cuatro, ahora tampoco lo harán -dijo Tony Noriega.

-Los cruzados y la oposición ven su oportunidad en las elecciones, pero no pasarán -dijo Madriñán.

...

Desde mediados de noviembre, Juanky esperaba carta de Rita. No fue sino hasta finales del mes, cuando recibió noticias de su amiga. En ella le daba las condolencias por la muerte de su padre, lo cual ya iba superando, pero la carta lo dejó un poco triste. Rita le decía que la situación económica de su familia no le permitiría viajar a Panamá tampoco en esta Navidad. “Tal vez en junio del próximo año, cuando hayan pasado las elecciones y Estados Unidos, ante la victoria de la oposición, haya descongelado fondos en favor del nuevo gobierno” -concluía Rita.

“Eso no está muy claro; pero es una posibilidad” -pensó Juanky-. “Casi un año y medio sin verla.” “No estoy del todo seguro de retornar al seminario el otro año” -reflexionaba en su interior.

Cuando llegó al Santuario, a mediados de diciembre, conoció al padre Rómulo Emiliani, sacerdote claretiano panameño, que había trabajado muchos años fuera de Panamá, y quien recientemente había sido nombrado Vicario Provincial de Centroamérica con sede en Panamá.

-Buenas tardes, padre, ¿qué tal? –le dijo Juanky-. Supongo que usted es el padre Emiliani.

-Sí soy yo. ¿Y tú quién eres? –le dijo el padre Rómulo.

-Soy Juan Carlos Sierra seminarista diocesano del Mayor San José –le dijo Juanky.

-Sí, tu madre me habló de ti. Ella está participando en La Ronda del Santuario que sale a llevar comida caliente a indigentes y nos va a acompañar en el Equipo Cristo Sana. ¡Qué gusto conocerte! Los padres me han hablado mucho de ti, les alegra que estés en el Mayor, pero lástima que se nos adelantaron.

-Gracias, padre. ¿Qué proyectos tiene por delante?

-Bueno, estoy preparando en grande el Nacimiento en Vivo. Va a realizarse en el Gimnasio Nuevo Panamá el miércoles 19 de diciembre. ¿Cómo estás de tiempo? Estoy buscando apoyo para la dirección. Tengo que multiplicarme.

-Claro, padre. ¿Dónde están ensayando? Por ahora, aquí mismo en los salones Claret. Pero el domingo y el lunes los ensayos serán en el Gimnasio.

Juanky apoyó esos días la obra del padre Emiliani. El día de la presentación, vio la magnitud de la obra evangelizadora del presbítero y se sintió muy contento. Esa noche, llegó Monseñor McGrath con la buena noticia de que Roma había nombrado a Rómulo Emiliani primer obispo del recién creado Vicariato Apostólico del Darién.

-Me entristece perder a un gran sacerdote de la Arquidiócesis –dijo Monseñor a los casi siete mil presentes-. Eso mismo he manifestado al Nuncio, pero él me ha dicho que la Conferencia Episcopal gana un Obispo –la ovación fue sentida.

Cuando Monseñor vio a Juan Carlos, se alegró.

-Hola, Juan Carlos ¿Qué tal? –le preguntó Monseñor.- Monseñor Lacunza me habló muy bien de ti. El padre Fernando Guardia me comentó que te habías apuntado para lo de los observadores.

-Así es.

-¿Qué te parece lo del padre Rómulo Emiliani?

-No lo conozco bien, Monseñor. Pero estos días que he estado en el Santuario he visto su trabajo. Mi madre está en sus rondas y me habla maravillas de su labor.

-Sí es un gran sacerdote y seguramente será un gran obispo. Lo que más me agrada es que sabe unir predicación con obras sociales. Cosa no tan fácil...

-Tiene razón.

-Quise ir al funeral de tu padre. Estaba en una reunión de Obispos Centroamericanos. Me dicen que los formadores y seminaristas te acompañaron.

-Así es. Fue muy especial. Todo el proceso fue una bendición. ¿Creo que alguna vez le hablé de la actitud de

-Por supuesto, lo recuerdo.

-En estos meses de agonía, muchos oraron por él. La presencia de mi madre, el apoyo de mi padrino José Raúl y del padre Valtierra fueron fundamentales.

-¡Qué bueno!

-Me cuenta mamá que el día que se confesó, las lágrimas corrieron por sus mejillas. Eso me dio mucha paz.

-La Misericordia del Señor es Eterna. Yo tuve la oportunidad de ver la conversión de John Wayne, un actor muy famoso de Hollywood. Su familia pudo ver su bautismo. Yo mismo oficié las exequias.

-Yo tenía algo de temor por lo que pudiera pasar con mi padre, pero padre Valtierra me dijo que mi padre murió en la gracia de Dios.

-Algo parecido me sucedió con los hijos de Wayne. Yo fui a visitarlo un mes antes de su fallecimiento. Ya la condición era delicada. Estuvo platicando a solas con él. Cuando



terminamos, le dije a sus hijos que estuvieran tranquilos. El día antes de morir, pidió el bautismo católico.

-¡Qué consuelo para su familia!

-Tus formadores me han hablado de algunas inquietudes. Tus evaluaciones son muy positivas. Pasa por la Curia y hablamos. Dios te bendiga.

Juanky estaba entusiasmado con el proyecto de la Comisión de Animación laical de formar a los observadores independientes para garantizar el respeto a la voluntad popular en las elecciones de mayo del 89. Se pasó todo el mes de enero comprometido con esa tarea. Era la idea que había traído el padre Fernando Guardia de su viaje a Filipinas.

El 25 de enero -día de la Conversión de San Pablo-, Juanky estaba en La Salle para la Consagración Episcopal de Monseñor Rómulo Emiliani. Le tocó ayudar al ceremoniero, padre Rómulo Aguilar. La Ceremonia fue preciosísima. Estaban todos los obispos. El Gimnasio estaba repleto. Su memoria lo bombardeaba. “Aquí estuve de la mano con Rita” –recordó.

Nunca había estado en una Consagración Episcopal. Los signos se sucedieron uno tras otro: el anillo, el báculo pastoral, la mitra para el elegido... Pero el que más llamó su atención fue la imposición del Evangeliario sobre la cabeza del elegido.

“Qué hermoso esto, pero yo no tengo vocación sacerdotal” –se dijo para sus adentros-. “Me gusta predicar la Palabra de Dios, pero no me veo como sacerdote. No creo que el celibato sea para mí.” –eso iba pensando mientras caminaba a casa con su madre.

A mediados de febrero, decidió ir al Retiro de Chitré. Las conferencias de Salvador Gómez lo tocaron profundamente. Su pedagogía, carisma, oratoria... Pero lo que más le llamó la atención fue su testimonio:

Yo quería ser franciscano; quería tener los dones del padre Pío de Pietrelcina. Pero descubrí que Dios me quería laico. Mientras trabajaba en ventas, luego de salir del seminario, me sentí llamado a la predicación...

“¿Será que eso es lo mío?” -se preguntó Juanky-. “Una familia, hijos, un trabajo en el mundo, pero listo para evangelizar a tiempo y a destiempo.”

El lunes veinte de febrero, al día siguiente de haber venido de Chitré, se fue a El Marañón, a la sede del Arzobispado para hablar con Monseñor McGrath.

-Monseñor no está aquí, Juan Carlos -le dijo la hermana Inés-. Hoy es su día de descanso. De seguro está en Calle Belén, si no se ha ido a Cerro Azul.

-Hasta luego, hermana. Gracias por la información -dijo Juanky.

Tomó el carro que había heredado de su padre y se dirigió hacia Calle Cincuenta. Cuántos recuerdos, caminatas, protestas, Rita... Cuando llegó a casa de Monseñor, éste iba saliendo.

-Monseñor, buenos días. ¿Cómo está? ¿Qué tal la visita Ad Limina?

-Bien, Juan Carlos. Roma me recuerda mi años del Concilio ¿Cómo has estado, tú?

-Muy bien, Monseñor. He estado en el Encuentro de Chitré. Y me gustaría preguntarle algunas cosas. Pero no sé si tenga tiempo.

-Voy saliendo al Monasterio del padre Henry en Cerro Azul. Trato de sacar un día al mes para tener mi día de retiro, orar y descansar un poco. Si quieres, te vas con nosotros.

-Déjeme llamar a mi madre para decirle. ¿Podría dejar el carro aquí?

-Por supuesto, entra a casa y llámala.

Cuando terminó la misa, Monseñor abrió el diálogo.

-Juan Carlos, caminemos un poco. Cerro Azul en febrero es precioso -dijo Monseñor-. El padre Henry es un trapense que intenta fundar un monasterio aquí en Panamá. Ha tenido varios candidatos, pero luego de unos meses desertan. Los sacerdotes diocesanos dicen que esa vocación no es para panameños; que los panameños necesitamos estar en el mundo; eso de estar enclaustrados no es para caribeños fiesteros -dijo Monseñor con una sonrisa entre labios.

-Este lugar es muy acogedor. Como que invita a orar -dijo Juanky.

-Sí, por eso me gusta. Cuando puedo, me doy mi escapada por acá ¿De qué me querías hablar?

-¿Monseñor, usted sabe qué es la Renovación Carismática?

-Sí, hijo, claro.

-Yo estuve estos días en el Encuentro de Chitré. ¿Ha oído de eso?

-Por supuesto. Conozco al padre Segundo. Un sacerdote que se ha consagrado a la juventud. Padres Paco, Rómulo, Cosca y Karamañites son muy cercanos al padre Segundo Familiar Cano.

-Yo sentí algo muy especial en este Encuentro.

-Me alegra mucho, Juan Carlos.

-Sí, Monseñor, pero también pensé que podía ser un predicador laico como Salvador Gómez.

-¡Ah! Ya voy captando. ¿Para qué año de seminario vas?

-Voy a primero de Teología, Monseñor.

-O sea, vas a empezar tu cuarto año de seminario.

-Además, Monseñor, hay algo que he estado llevando conmigo desde que inicié la formación.

-¿A qué te refieres?

-Mire, Monseñor, yo siempre he sido muy sincero con mi director espiritual. Antes de entrar al seminario, me llamaba mucho la atención una joven que estuvo conmigo en la confirmación... Usted nos confirmó a los dos en la Parroquia de Los Ángeles en noviembre de 1985.

-¿Y qué quieres hacer?

-Ella estudia en Boston. Mi padre me dejó un dinero que podría ayudarme a cubrir algo de mis estudios. Podría vender el auto que también heredé de él. Tal vez puedo conseguir un trabajo. No sé. Tengo que discernir si tengo vocación. Creo que necesito un tiempo de experiencia en el mundo.

-Te propongo algo -le dijo Monseñor-. Ya tus formadores me habían hablado de tu capacidad intelectual, de tu excelencia en varios aspectos de la formación y de tus deseos de un tiempo de maduración. Yo soy parte de la Junta Directiva de la Universidad de Notre Dame que está en Indiana, Estados Unidos. Puedo tramitarte una beca para terminar allá tu Licenciatura en Filosofía. Varios panameños se han beneficiado con becas, como hizo el profesor Stanley Muschette de la USMA. Además tendrás grupos carismáticos cerca.

-¿Pero, Monseñor, sería seguir en un ambiente de seminario?

-No; no te preocupes. Estarás en los dormitorios de la Universidad, pero no estarás interno en un seminario. Estudiarás filosofía o teología como laico. En el camino, decides si quieres seguir con tu formación sacerdotal.

-¿Y si al final descubro que no quiero ser sacerdote?

-Bueno... La Congregación de la Santa Cruz y la Iglesia de Panamá habrán invertido en un buen católico. Me parece que este Salvador Gómez que mencionas fue religioso. Y así pasó con Ricardo Arias Calderón. ¿Lo conoces verdad?

-Sí lo he visto en marchas y jornadas de la Cruzada Civilista. Efectivamente, Salvador Gómez estuvo algunos años con los franciscanos.

-¿Y cuándo quieres irte?

-Mañana.

-Bueno, tan rápido no puedo –dijo el obispo con una sonrisa-. El padre Peter, quien ha estado con nosotros hoy, vive en South Bend, en el campus de la universidad. Es mi compañero de formación. Estuvo conmigo en el Seminario de la Santa Cruz en Washington.

-Sí, lo conozco. Es quien ha estado estructurando la Biblioteca del Seminario los últimos años.

-Exacto. Voy a pedirle que lleve todos tus documentos y mi solicitud al Presidente de la Universidad. El padre Peter se va después de Pascua. Empieza este semestre aquí en San José y sigues apoyando lo de los observadores de las Elecciones. En agosto te vas a Estados Unidos y empiezas clases en septiembre. ¿Te parece?

-¡Wao!, Monseñor. Muchas gracias. Voy viendo luz en el camino.

Juanky estaba muy emocionado y se fue a la capilla a dar gracias a Dios por esta señal que estaba enviándole.

...

En abril del 1989, la campaña política llegó al punto más alto. Las Elecciones estaban en la puerta del horno.

La Alianza Democrática de Oposición Civilista, ADO-Civilista, candidatizó a Guillermo Endara Galimany, Ricardo Arias Calderón y Guillermo Ford. Uno por cada partido: Panameñista, Democracia Cristiana y Movimiento Liberal Republicano Nacionalista –MOLIRENA-. Por el lado del oficialismo, la Coalición de Liberación Nacional –COLINA- propuso a Carlos Duque, Ramón Sieiro y Aquilino Boyd.

Guillermo Endara era uno de los herederos políticos de Arnulfo Arias. Lo había acompañado desde la campaña de 1964 y había salido electo como diputado suplente. Fue miembro del gabinete de gobierno de los once días de octubre del 68. A partir de entonces, fue uno de los perseguidos por el régimen militar. Era un abogado prestigioso; y cuando la decisión por una única candidatura opositora lo ameritaba, el Doctor Ricardo Arias Calderón supo renunciar a sus aspiraciones personales por el bien de la alianza. Para muchos, había sido un digno gesto de desprendimiento del líder de la Democracia Cristiana.

Endara no era de palabra fácil; su oratoria no era la de Demóstenes, pero en estas circunstancias eso no hacía falta. Los canales de televisión y los medios estaban llenos de propaganda de ambos bandos. Pero la cuña y la canción de los civilistas eran pegajosísimas:

Habla, pueblo, habla  
tuyo es el mañana.  
Habla y no permitas  
que roben tu palabra  
Habla, pueblo, habla;

## REVOLUCIÓN

habla sin temor  
 No dejes que nadie  
 apague tu voz.  
 Habla, pueblo, habla  
 este es el momento.  
 No escuches a quien diga  
 que guardes silencio.  
 Habla, pueblo, habla  
 habla, pueblo, sí.  
 No dejes que nadie  
 decida por ti.

El oficialismo acusaba a los opositores-civilistas de tener patrocinio de Estados Unidos. El día de las elecciones, domingo 7 de mayo, el pueblo salió a votar temprano. La consigna era “vota temprano y en la tarde ve a custodiar los votos.”

Juanky fue temprano a La Salle, pues no había hecho cambio de residencia.

Había un ambiente muy positivo. El cambio se veía venir. Las encuestas a boca de urna hacían presagiar el triunfo inobjetable de la oposición a Noriega. A las cinco de la tarde, cuando se cerraron las votaciones, los observadores de la Iglesia estaban en los centros de votación para presenciar los escrutinios.

Juanky llamó a su padrino para que lo acompañara a recorrer los centros de votación de su circuito.

En la Escuela El Japón, de La Locería, ocurrió algo que alentaba resultados positivos. A las nueve de la noche, cuando el conteo de votos parecía cumplir la profecía de “los vamos a ahogar”, una delegada del PRD no quería firmar las actas de su mesa, en la que Guillermo Endara superaba a Carlos Duque en una proporción de seis a tres. La avalancha de votos era incontenible. Ante la negativa de la delegada, el capitán de las Fuerzas de Defensa le dijo: “señora cumpla con su deber.” La gente empezó a aplaudir y a gritar: “Justicia, Justicia, Justicia...”

Camino al seminario, Juanky pasó por la USMA, en donde estaba el centro de la Iglesia Católica para acopiar información sobre los resultados de las votaciones. Allí confirmó lo que había percibido: Endara gana las elecciones con un sesenta y seis por ciento de los votos.

Al bajarse del carro, dijo a su padrino: “¿Tío, tú crees que esto sea suficiente para que Noriega se decida a abandonar el poder?”

-Ojalá, Juan Carlos. Pero tú sabes cuánto se ha aferrado al poder; y no sólo él, sino todos los civiles que lo han apoyado incondicionalmente estos años. Veremos qué pasa -dijo José Raúl al despedirse de su ahijado con un abrazo.

-Gracias, padrino. Gracias por ser estar aquí. Gracias por el apoyo que nos has dado en la muerte de papá.

-Doy gracias a Dios por haber visto a tu padre comulgar, confesarse y proclamar su fe en el Señor.

-Padrino, hay algo que debo contarte, pero ya es tarde y debo entrar al Seminario. Espero que la puerta no esté trancada.

-Llámame y hablamos. Te quiero. Dios te bendiga.

En Atlapa, el Centro de Convenciones que habían edificado los militares a finales de los setentas, estaba la Junta Nacional de Escrutinio. Cientos de opositores intentaban cuidar los

resultados. La noticia de la injustificada muerte del padre Nicolás Van Kleef, en un confuso incidente en Chiriquí, había sido la nota triste del día de las elecciones.

En algunos centros de votación, se dieron robos y suplantación de actas, lo que daba malos augurios. Pero la proporción de votos a favor de la nómina de Endara, imposibilitaba hacer lo que se había hecho cinco años antes. La demora en un pronunciamiento oficial del Tribunal Electoral provocaba duda en los miembros de la Alianza.

El miércoles 10 de mayo se organizó una caravana que recorrió desde Vía España con la Vía Porras hasta el Parque de Santa Ana. Cuando la nómina de la ADOC arribó a Santa Ana, una multitud de paramilitares y Batalloneros de la Dignidad los esperaban con palos, piedras y armas de fuego.

Guillermo Endara recibió un varillazo en la cabeza y fue sacado inconsciente por Salsipuedes. Las imágenes de la camisa ensangrentada de Guillermo Ford empezaron a recorrer el mundo; uno de sus escoltas, Alexis Guerra, murió cuando las balas lo alcanzaron en Santa Ana.

Horas después la Magistrada Yolanda Pulice declaraba la anulación de las Elecciones aduciendo constante sustracción de boletas de los recintos electorales, compra de votos por parte de los partidos políticos, falta de actas y otros documentos que permitieran proclamar al ganador. La esperanza, por vía de las elecciones, de una salida pacífica a la crisis, que ya cumplía tres años, se esfumaba.

La Organización de Estados Americanos se ofreció para mediar una mesa de conversaciones entre el Gobierno Norieguista y la Alianza de Oposición, pero todo era una pantalla para que el General se mantuviese en su puesto. La voluntad popular había sido burlada.

...

En julio, Juanky terminó sus semestrales y empezó a organizar su viaje a Indiana. Monseñor le compró los boletos de avión. La señora Flora acompañó al joven a buscar ropa para otoño e invierno. Estaba un poco nostálgica. Si bien al principio no estaba muy entusiasmada con el deseo de su hijo de ser sacerdote, cuatro años después la ilusión se le apagaba.

-Y ¿qué? ¿Ahora eres tú la que está triste?

-No, hijo; me alegra esta oportunidad que se te presenta de clarificar tu vocación -dijo la señora Flora-. ¿Es Rita verdad? -preguntó ella.

-No sé madre. He tratado de ser muy serio con mi formación y no dar pie a tentaciones, pero ella continúa allí. Yo se lo comenté a Monseñor y fue él quien me propuso ir a Indiana, ya te lo he dicho. Sí me gustaría verla, conversar con ella... ¡Bueno, no es malo enamorarse!

-Así es hijo. Pero sé muy prudente. Recuerda que el matrimonio también es algo muy santo y no es bueno adelantar las cosas.

-Seguro, madre. Sé que cuento con tus oraciones para vivir castamente en un camino u otro.

-¿Qué te dijo Monseñor de los costos de créditos y demás?

-La Congregación de la Santa Cruz correrá con todo, mamá.

-¡Qué bendición!, hijo -dijo la mujer mientras lo abrazaba.

Juanky empezó a orar:

Gracias, Señor, por el don de la vida. Gracias por los padres que me has dado. Gracias por sus ejemplos. Gracias por la educación que me han brindado. Gracias por esta Iglesia, santa y pecadora. Toma mis amigos, Señor. Toma en tus manos la situación de Panamá. Dale perseverancia a mis compañeros del Seminario. Gracias, Señor, por estos cuatro años en esta casa de estudios sacerdotales. Gracias por los formadores que me diste. Gracias por Monseñor McGrath, bendícelo y protégelo. Dame la luz de tu Espíritu para que discierna correctamente tu voluntad para mi vida. Muchas gracias, Señor, muchas gracias. Amén.

Esos días, Juanky llamó a su padrino para solicitarle la conversación que tenían pendiente.

-Buenas tardes, padrino –dijo Juan Carlos a José Raúl que lo había estado esperando en el McDonald's de El Dorado. El médico recordó su cita de hace unos años con Rita cuando intentaba reconquistarla a ella y a su familia.

-Hola, ahijado. ¿Quieres comer algo?

-Sí, tío. Lo que gustes.

Después que comieron, Juanky no sabía cómo empezar la conversación.

-Habla, Juanky. Soy todo oído.

-No sé por dónde empezar, tío. Espero que esto no te decepcione. He decidido dejar el Seminario.

-Sigue, eso ya lo sabía.

-¿Cómo te enteraste? Sólo Monseñor, mamá y la Comunidad del Seminario lo saben. Nadie más los sabía.

-¿Estás seguro?

-¿Rita? ¿Te contó todo?

-Bueno, lo que yo debía saber. La comunicación entre nosotros ha mejorado mucho, y creo que debo agradecerte algo de eso. Cuando se fue a Boston, estábamos realmente alarmados. En fe, sabíamos que iba a encontrar la luz, pero para unos padres los sentimientos son traicioneros. Debíamos dejarla madurar sin imponerle nuestra visión. Sufrimos mucho por lo de Rogelio, pero no queríamos perder el canal de diálogo y nos mantuvimos en una sana distancia, orando y sufriendo.

-Wao, tío.

-Ella nos ha escrito de su amistad y hasta me contó del Halloween de 1985, Calle 50 en la Navidad del 86, Patines en La Salle...

Juanky hizo un gran silencio. No sabía qué decir.

-Ánimo, ahijado, siempre jugaste limpio. Es más, creo que siempre te conformaste con poco. Tú sabes todo lo que pasó conmigo. Como me desboqué; las pasiones me destruyeron. ¿Quién sabe dónde estaría si no fuera por la gracia de Dios? Sé que de ti mi hija puede decir: "Dichoso el hombre que pudo pecar y no lo hizo".

Unas lágrimas afloraron en los hijos del joven.

-Tío, yo no quise fijarme en ella, pero cuando me habló de Dios, me retó. Luego empecé a mirar su belleza. Me fui al Seminario, pero la idea de Rita seguía ahí...

-Ve a Boston tranquilo. Estudia. Cuida a Rita. Yo no sé si ustedes son uno para el otro. El matrimonio es muy serio: una decisión, no un sentimiento. Si lo de ustedes camina, ya no tendré que cantar como Perales –y soltó una carcajada.

En el túnel hacia el avión, Juanky pensaba en la última carta que había recibido de Rita. Ella le contaba que anhelaba verlo antes de retornar a clases en septiembre. “Boston es una ciudad preciosa para caminar y pasear...” “El mundo está cambiando. Los jesuitas me han ayudado a tener una visión holística, son gente muy universal” -concluía Rita.

También recordaba a Monseñor McGrath. Cuanta comprensión y apoyo de su parte. “Me duele no acompañarlo en estos momentos cruciales para la Iglesia y la patria” -pensaba en su interior.

Las relaciones entre el Gobierno y la Iglesia se habían tornado extremadamente tensas. Los comunicados de la Conferencia Episcopal, y la petición para que el General propiciara una salida a la crisis, habían enojado a Noriega. Y por supuesto que el conteo paralelo de actas, lo enervó.

Juanky recordaba a Roberto y sus demás compañeros. De quince que habían entrado en 1986, quedaban cuatro. El responsable de grupo había dicho que la proporción era de un veintiocho por ciento de ordenados: “Tal vez cuatro de ustedes se ordenarán” -dijo el padre-. Y ahora, él claudicaba. De repente se sentía triste. “¿Quién va a ser la voz de los pobres de Samaria, Valle de Urraca, Las Lajas, Lucha Franco, la 24 de diciembre?” -pensaba-. “¡Cuántos recuerdos tan lindos de todas las parroquias y capillas donde he prestado servicio pastoral!”

“No... yo he sido fiel en lo poco” -pensaba-. “Yo traté de no alimentar mis sentimientos hacia Rita y ellos han persistido. Además cuando tuve oportunidad de más, supe mantener la distancia. No es algo apasionado y ciego lo que estoy haciendo.” -recordaba su curso de tomismo-. “La razón debe gobernar las pasiones.”

Cuando se sentó, sacó su pequeña Biblia de Jerusalén y buscó el pasaje de Tobías:

¡Bendito seas, Dios de nuestros padres, y bendito sea tu Nombre  
por todos los siglos de los siglos!  
¡Que te bendigan los cielos y todas tus criaturas por todos los siglos!  
Tú creaste a Adán  
e hiciste a Eva, su mujer,  
para que le sirviera de ayuda  
y de apoyo,  
y de ellos dos nació el género humano.  
Tú mismo dijiste: ‘  
No conviene que el hombre esté solo.  
Hagámosle una ayuda semejante a él’.  
Yo ahora tomo por esposa esta hermana mía,  
no para satisfacer una pasión desordenada,  
sino para constituir un verdadero matrimonio.  
¡Ten misericordia de ella y de mí,  
y concédenos llegar juntos a la vejez!’.  
Ambos dijeron: “¡Amén, amén!”,  
y se acostaron a dormir.

“Señor, no sé si Rita es la mujer para mí; te pido que nuestra relación sea tan pura como esta que empezaban Tobías y Sara.” -fue su oración antes de que el avión levantara vuelo.

A finales de agosto, cuando Juanky llegaba a Notre Dame, Noriega vociferaba contra las estadounidenses.

-Quiero que sepan que no les tenemos miedo. Estos hombres y mujeres que forman los Comités de Defensa de la Patria y la Dignidad –CODEPADI- son gente de una sola pieza. No tenemos las armas que tienen ellos, pero tenemos un corazón de guerreros.

“Ni un paso atrás, ni un paso atrás...” -a coro gritaron los CODEPADIS.

-No nos van a intimidar con sus maniobras militares. Ya hemos denunciado las constantes violaciones al espacio aéreo panameño. Quieren nuestro Canal y están buscando la manera de no devolvérselo.

La multitud aplaudía.

-No pasarán, sépanlo bien, no pasarán. No es sólo el General Noriega; es toda una nación que se va a levantar contra el gigante que nos amenaza. En los diversos foros internacionales, hemos denunciado la intromisión de los yanquis en los asuntos internos de Panamá. En septiembre daremos inicio a la nueva república. ¿Quieren elecciones? Pues descongelen nuestros millones y saquen las manos de Panamá –casi a gritos exclamó el General.

La multitud volvió a aplaudir.

Al decir la nueva república, estaba pensando en Francisco Rodríguez, su ungido para el Gobierno Provisional. “Ya poco a poco, todo irá tomando su curso” -cavilaba el MAN-. “Mi contacto en la CIA, Néstor Sánchez, me comenta que “todo está bien” -pensaba para sus adentro-. “Sé que con Bush me irá mejor que con Reagan, ya los santeros le tienen sus trabajos montados.”

## 20

-Padre Peter, -dijo Juanky- ya tengo todo listo: mis horarios, el dormitorio... Quisiera ir a Boston este fin de semana, antes de que empiecen las clases.

-¿Conoces Boston?

-No, pero me gustaría ir a visitar a una amiga antes de meterme con los estudios.

-En autobús hasta allá, son como veinte horas, y te puede costar unos cincuenta dólares. Aquí mismo en South Bend hay una estación de Greyhound.

-Gracias, padre, haré las averiguaciones. Hábleme un poco de la historia de Notre Dame.

-La universidad fue fundada el 26 de noviembre de 1842 con el nombre de Notre Dame du Lac, que en francés significa *Nuestra Señora del Lago*. Los Hermanos de la Santa Cruz -Congregación de Monseñor McGrath y también mía- que estuvieron en la fundación eran franceses. Cuando llegaron, encontraron un lago dentro de la finca donde se ubicaría la universidad. Realmente existen dos lagos, pero cuenta la leyenda que era invierno cuando visitaron el lugar por primera vez, y uno de ellos estaba congelado, así que sólo notaron uno y bautizaron el lugar *Notre Dame du Lac*. Parece ser que los indios de la tribu Potawatomi contribuyeron en gran medida al desarrollo de la universidad, en colaboración con los hermanos de Santa Cruz. El padre fundador de Notre Dame, dijo esto:

This college will be one of the most powerful means for doing well in this country.

-¿El fundador era francés?

-Sí, él y sus compañeros. Hay una anécdota preciosa del padre Sorin, a quien se atribuye la frase que te cité –continuo diciendo el padre-. Cuando él llegó acá en 1842, todo esto era bosque. Tres décadas después, su indomable voluntad fue puesta a prueba cuando un



pavoroso incendio quemó la universidad. Según la leyenda, el sexagenario padre Edward, dijo entonces:

Yo vine aquí muy joven y soñaba con construir una gran Universidad para honrar a Nuestra Señora. Pero la construí muy pequeña, y ella la quemó hasta los cimientos para que corrigiéramos. Así que mañana, tan pronto los ladrillos estén frescos, la reconstruiremos, más grande y mejor que nunca.

-Otra pregunta padre: ¿Qué es eso de fighting irish? ¿Es que todos son irlandeses? ¿Por qué ese apodo?

-¿Te llamó la atención?

-Seguro. Es que en casa de Monseñor McGrath vi varias imágenes y mensajes con ese nombre.

-Hay varias anécdotas del apodo. Al principio, lo utilizaban para burlarse de nuestra universidad. Hacia finales del siglo pasado y principios de este, las pequeñas universidades que iban naciendo eran identificadas con títulos como bautistas, protestantes, episcopales. Al grupo de los nuestros los llamaban católicos. Pero resulta que los inmigrantes católicos en su mayoría eran irlandeses; a los puritanos ingleses les parecía que todos los católicos eran irlandeses. Con el tiempo, a nuestros equipos atléticos los empezaron a llamar los “fighting irish” –combatientes irlandeses-. Pero lo más hermoso es que el apodo empezó a ser símbolo de lucha, combate; no sólo contra los otros, sino contra las adversidades de la vida. Y luego, en lugar de ser un nombre de burla, que los nuestros aceptaban, se convirtió en un grito de fe, que sin duda es lo que más nos enorgullece. ¿Conoces el texto de Pablo sobre no avergonzarnos de la fe?:

Yo no me avergüenzo del Evangelio, porque es el poder de Dios para la salvación de todos los que creen: de los judíos en primer lugar, y después de los que no lo son. En el Evangelio se revela la justicia de Dios, por la fe y para la fe, conforme a lo que dice la Escritura: *El justo vivirá por la fe.*

-Una última duda padre.

-A ver, Juan.

-¿Usted es carismático?

-Ja, ja, ja –rió el padre muy fuerte-. Todos somos carismáticos, hijo.

-¿Cómo así, padre?

-Todos recibimos carismas y dones del Espíritu en el bautismo y la confirmación, hijo. Ahora, si te refieres a los de la Renovación Carismática, es otra cosa.

-Sí a eso me refiero. Monseñor McGrath me dijo que la Renovación había nacido aquí en Notre Dame, pero siento que él no es muy partícipe de estas manifestaciones externas como orar en lengua y otros dones carismáticos.

-Bueno, hijo, tienes razón. Para nosotros no es tan fácil abrirnos a estas manifestaciones espirituales. Él y yo somos curas preconciarios. Si bien hemos crecido en otros aspectos de la Iglesia, eso de que todos los cristianos tengan manifestaciones carismáticas no lo vemos muy claro.

-Gracias, padre. Nos vemos el domingo.

Las veinte horas de Indiana a Boston no se le hicieron tan pesadas. Llevaba su walkman. Escuchó Richard Clayderman, José Luis Perales... “¿Cómo han cambiado mis gustos

musicales durante el seminario!” -se dijo para sus adentros-. En el colegio puro rock, ahora soy como más espiritual.

También llevaba buenos libros. Monseñor McGrath le había regalado una edición del libro *The Hidden hand of God* del Cardenal Suenens sobre la historia de la Renovación Carismática. Lo ayudó para refrescar su inglés y entretenerse durante el trayecto. Cuando el Arzobispo se lo dio, le dijo: "Mira este libro es del Cardenal Leo Joshep Suenens, uno de los hombres más destacados del Concilio Vaticano II. Más tarde, fue el primer responsable a nivel mundial de los grupos carismáticos, seguro te va a interesar." No se equivocó en lo que le había dicho.

“Gracias, Señor, por mi educación, por la educación que me brindaron mis padres. Gracias por los Hermanos de La Salle” -oró dando gracias a Dios por su preparación académica.

Roberto, su mejor amigo en el Mayor San José, le había regalado unos casetes. “Éste es para que no te vuelvas yanqui tan rápido” -le había dicho al darle música de Rubén Blades-; “éste es para que aprendas a bailar típico -le dijo, cuando le dio uno con canciones de Osvaldo Ayala y de Yin Carrizo-, ahí está *Lucy*”; “este es de *chombera* -añadió-, tiene lo mejor de Renato, Nando Boom, Ness y los Sensacionales.”

“¿Quién se podría dormir así?” -pensó-. Lo cierto es que sí se durmió unas siete horas, luego de haber comido los emparedados que había preparado.

A las nueve de la noche, cuando llegó a la estación de buses en Atlantic Avenue, Rita estaba ahí. Eran los últimos días del verano. El clima era muy agradable.

Cuando la vio por la ventana del bus, su corazón latió como otras veces. “¿Será que de verdad esto lo pone Dios en mi corazón?” -trató de no demostrar tanta emoción.

Cuando bajó del autobús, ella lo abrazó fuertemente sin decir palabra alguna. “¡Qué bien me siento!” -pensó al ser abrazado por Rita.

-Bienvenido a Boston -dijo ella-. Esperamos tu maleta y nos vamos al campus.

-¿Seguro que no te voy a causar problemas?

-No. Ya te dije que hablé con los padres y te vas a quedar con ellos. Tengo varios amigos entre los capellanes. Me quieren mucho. Les dije que todo lo que sabía de Dios, te lo debía a ti.

-¡Jo! Qué exagerada eres. Las monjas del María Inmaculada y tus padres se van a quejar de ti.

Se montaron al taxi. No había tanto tráfico a esa hora. Hasta el Boston College tomaron unos veinte minutos. Ella lo tomó de la mano durante todo el trayecto.

¡Cuántas cosas estoy sintiendo! -Pero no dejaba de orar en su corazón-. “Hágase tu voluntad, Señor.” “*Ad maiorem Dei gloriam*, como dicen los jesuitas para cuya casa voy.”

Cuando llegaron al campus, Juanky quedó impresionado de la belleza de las instalaciones.

-¡Con razón estás tan llena de Dios! -dijo él.

Fueron hasta la Iglesia de San Ignacio, donde los esperaba el padre William. Llegaron al despacho parroquial. Ahí estaba él, delante de algunos papeles.

-Hola. Tú debes ser Juan Carlos, el teólogo panameño -dijo en un español de gringo.

-Sí, padre, ¿qué tal?

-Debes tener hambre. Vamos a tu habitación y luego salimos a comer algo.

Juanky se sentía muy bien. Acomodó sus cosas y se dio una ducha. Salió muy rápido a la sala.

-Aquí, al otro lado de la calle, hay varios restaurantes.

¿Qué les provoca?

-No sé, padre, algo rápido para ir a descansar -dijo Juanky.

-Okey, vamos al lugar de las ensaladas y los emparedados. Algo saludable.

El padre le preguntó sobre sus estudios y sobre su obispo. -Me dice Rita que estás en sabático.

-Sí, así es, pero no sé si regrese. Monseñor McGrath se ha mostrado muy comprensivo y me dejó abierta la posibilidad de estudiar filosofía y teología en Notre Dame, sin que forzosamente tenga compromisos vocacionales.

-Es bueno Monseñor McGrath. Acá en Estados Unidos es muy reconocido por los obispos.

-Sí, lo he sabido por el Vicario General de la Arquidiócesis que es jesuita, el padre Fernando Guardia.

-¿Cómo está la situación en Panamá? -le preguntó el padre.

-¡Ah, padre! Usted sabe, lo de Noriega sigue afectándonos. No se ve luz. Los resultados de las Elecciones no fueron respetados y se vive en una incertidumbre.

-¿Y la Iglesia? ¿Cómo está la Iglesia de Panamá en todo esto?

-Creo que se ha hecho una gran labor. Monseñor McGrath es todo un profeta en esto de los temas políticos y sociales. Es una bendición para la Iglesia de Panamá.

-¡Qué bien! -afirmó el padre William.

-¿Ahora que ha traído el tema, podría hacerle algunas preguntas?

-A ver dime, y trato de ayudarte.

-Mire, padre, yo entré al Seminario porque me atrajo la figura de Monseñor McGrath. Con el tiempo he visto su estatura moral, su voz profética en temas políticos y sociales, pero...

-¿Pero qué? -dijo el padre.

-Sé que los grupos carismáticos nacieron en Notre Dame, pero no siento que él sea abierto a estas manifestaciones.

-Hijo, Iglesia es muy amplia. Hay diversos carismas, pero el Señor es uno. El Concilio, como sabes, habló de la unidad en la diversidad. Hay diversos movimientos y espiritualidades, y uno no excluye a los otros. Ellos, desde la Congregación de La Santa Cruz, han propagado la hermosa Campaña Mundial del Rosario con el Padre Peyton, y dieron cabida a los carismáticos, pero esas no son las únicas espiritualidades de la Iglesia -le dijo el padre.

-En el tiempo que he estado en el seminario, he visto que hay de todo. Monseñor ha traído del extranjero sacerdotes con vocación por lo social, pero él también apoya mucho a los sacerdotes que han salido de la renovación. Últimamente está enfocado en que varios de ellos vayan a tomar estudios superiores.

-Eso es un buen signo. Mira, hijo, el Espíritu es uno solo que se manifiesta de muchas maneras. Es más, San Pablo ha dicho que el carisma más importante es el amor, y el amor se hace caridad. ¿De qué sirve hablar en lenguas, sino tienes caridad? Gracias a Dios en la Iglesia hay espacio para todo; el peligro es fanatizarnos y pretender que sólo en una espiritualidad está la presencia del Señor.

Cuando terminaron de comer, al joven ya se le cerraban los ojos.

-Nos vamos -dijo padre William-. Seguramente mañana Rita te tiene una agenda llena de charlas, prédicas y retiros que dar...

Juanky se puso serio.

-Ja, ja, ja, qué cara pusiste. No, no, es una broma. Ya Rita te tiene un tour por Boston que te va a maravillar.

Llevaron a Rita a casa de su tío Mario Raúl, quien se había casado con una estadounidense y ya tenía casi diez años de vivir en Boston. Ella se despidió de Juanky con un beso en la mejilla.

Cuando llegaron a San Ignacio, el padre acompañó a Juanky hasta su dormitorio.

-Descansa. Ten mucha paz en tu alma. Disfruta de la amistad con Rita... y si Dios quiere más de ustedes, se los irá revelando.

Juanky se sorprendió, pero no dijo nada.

-No te asustes. Rita me tiene mucha confianza y ya me había adelantado que siente algo por ti. ¿Tú lo sabes, supongo?

-Bueno, padre, creo que es algo mutuo. He orado mucho para que Dios nos dé la luz. Quiero hacer la voluntad de Dios en mi vida.

-Así será, hijo; descansa.

Muy temprano, el padre lo llamó. Ya Juanky estaba listo. Ya había hecho laudes. La oración seguía siendo muy importante en su vida.

El padre le tenía desayuno: Panqueques, jugo de naranja, salchicha y café.

-¿Padre William, puedo hacerte unas preguntas más?

-Por supuesto, hijo.

-¿Cómo llegaron estas universidades católicas a ser tan grandes? Estoy asombrado de Notre Dame y ahora ésta de ustedes.

-¡Oh, hijo! Es la obra de Dios. Cuando los fundadores de estas casas llegaron por estas tierras, sus sueños eran algo inalcanzable. Pero Dios no se deja ganar en generosidad. Ellos pusieron su agua y el Señor la transformó en vino. Eran misioneros con corazones de guerreros.

-¿Los jesuitas también eran de origen irlandés?

-Sí, el padre McElroy también era oriundo de Irlanda. Estos hombres eran tan fieles como San Patricio. Te regalo esta oración que, según la tradición, era utilizada por San Patricio para exorcizar. Es preciosa. Yo mismo la rezo de vez en cuando:

...Convoco hoy día a todas esas fuerzas poderosas,  
 que están entre mí y esos males,  
 contra las encantaciones de los falsos profetas,  
 contra las leyes negras del paganismo,  
 contra las leyes falsas de los herejes,  
 contra la astucia de la idolatría,  
 contra los conjuros de brujas, brujos y magos  
 contra la curiosidad que daña  
 el cuerpo y el alma del hombre...  
 Amén.

-Come algo y vamos por Rita.

-¿Puedo hacerle otra pregunta, padre? -le dijo Juanky.

-Sí, por supuesto.

-¿Usted ha oído sobre la Teología de la liberación? ¿Es mala la Teología de la Liberación para la Iglesia?

-No, hijo. No es mala. Toda la Historia de la Salvación es un proceso de liberación. ¿Supongo que preguntas por lo del caso Leonardo Boff?

-Sí, padre. Es que incluso hay quienes me dicen que Monseñor McGrath es de esa corriente.

-Eso no te lo podría contestar, tal vez tú has sido testigo de mucho más. Lo cierto es que sí podría haber desviaciones. El Marxismo tiene un error de raíz y es su errónea concepción de que lo espiritual es posterior a lo material o su consecuencia. Ya Juan Pablo II lo dijo en sus Encíclicas y manifiestos. Los teólogos de la liberación tienen buenas intenciones, pero pueden acabar haciendo lo que hacen los clubes cívicos. A la Iglesia le preocupa que se absolutice que los métodos marxistas son la redención, y más si implican violencia. Además el Reino de Dios no es lo mismo que las luchas sociales; las transformaciones sociales son un signo, pero no forzosamente se traducen en el Reino de Dios.

-¿Dónde está el justo medio, padre?

-Cuando fui a hacer mis estudios superiores a Roma, un jesuita brasileño nos contó una anécdota preciosa. En Brasil hay muchas corrientes teológicas y varios de los grandes exponentes de la Teología de la Liberación están allá. Un sacerdote de una favela, muy cercano a estas corrientes, se lanzó a promocionar humanamente a sus feligreses: acueductos, letrinas, carreteras, ollas comunes... Luego de varios meses de ardua faena, notaba que las obras sociales eran bien recibidas, pero a la Eucaristía dominical sólo iban unas cuantas viejitas. Un domingo, decidió darse una vuelta por la favela, y su sorpresa fue que vio la carpa evangélica repleta. Más aún, vio a uno de sus líderes comunales saliendo del culto. Entonces se atrevió a cuestionarlo: “¿Mauro, por qué vienen al culto y no van a la misa?” le preguntó el padre. El hombre le contestó: “Padre, usted nos alimenta el cuerpo, acá nos alimentan el alma.” Tenemos que llevar a la gente a Dios.

-¿Pero la Iglesia hace eso?

-No te creas. No siempre. A veces nos complicamos. Ponemos las reglas y leyes antes que el amor de Dios y la gracia. El Cristianismo es un don, antes de ser leyes. Eso se nos olvida. Las Iglesias Evangélicas no tienen el peso teológico de la Tradición y por eso su discurso es más sencillo y existencial. “Dios te ama”... eso puede cambiar un alma.

-Eso me cambió a mí. Recuerdo ese retiro en que me lo dijeron.

-Es cierto que hay que cambiar las estructuras, pero sin violencia. Nuestra lucha es contra el pecado. Ése es el verdadero mal. La pastoral tienes tres dimensiones: lo profético, lo celebrativo y lo social. Nosotros los religiosos debemos estar en las cosas espirituales y fomentar que los laicos testifiquen a Cristo en las materiales.

-¿Padre cómo es la Iglesia en Estados Unidos? –preguntó Juanky.

-Oh, hijo. Acá hay de todo. Vas a ver católicos tradicionales, verás carismáticos fervientes, gente que ama mucho al Papa; pero también te vas a encontrar con “católicas pro aborto”, “grupos pro matrimonio gay”, “gente a favor de los anticonceptivos”. Hay de todo, pero también hay mucha fe. Es más, allí mismo en Notre Dame verás de todo. Pero, vámonos que Rita debe estar esperándonos.

Cuando llegaron, ya ella estaba afuera de la casa de su tío esperando. El padre William los llevó hasta la estación del subway de Chesnut Hill a unos minutos del campus.

-Dios los bendiga, disfruten el día. Los veo mañana en la Eucaristía.

-El padre te quiere mucho -le dijo Juanky.

-Sí, creo que gracias a ti. Todo lo que me enseñaste me ayudó un montón.

-No. Te quiere de veras, por lo que eres.

-Gracias -dijo Rita.

-Tomemos el tranvía y así vemos las calles y la ciudad.

El trayecto toma cerca de veinticinco minutos. Estos jesuitas me han hecho mucho bien, Juanky. Me han enseñado a ver el mundo. Con un sacerdote, estoy llevando una materia que se llama Actualidad Mundial. El mundo está cambiando -dijo Rita.

-¿A qué te refieres? -dijo él.

-El padre nos ha hablado de la inminente caída del Muro de Berlín. Los jesuitas de Alemania y Polonia lo ven venir; del papel de Mijail Gorbachev, Lech Walesa y, sobre todo, Juan Pablo II en todo esto. Nos mostró unos videos sobre Tiannanmen. Nos habló de una primavera democrática y de libertad.

-Es cierto el mundo está cambiando. Lo que me preocupa es que el cambio no llegue a Panamá.

-El padre también nos habló de la situación de América Latina y de las guerrillas. ¡Wao! ¿Cuánto me perdí por no poner atención en María Inmaculada? Esos temas me parecían tan aburridos en clase. Ahora eso me apasiona -dijo Rita.

-Me alegro mucho.

Juanky, sentía que Rita había crecido tanto. Era tan profunda y tan sencilla a la vez. La belleza no era de su físico, sino que su alma transpiraba pureza e inteligencia. "Dichoso el que se case con ella" -pensó.

-Ya llegamos a Freedom Trail, Sendero de la Libertad -dijo Rita-. Es un recorrido por los sitios más antiguos e históricos de Boston, que tuvieron que ver con la Independencia.

Con tono de guía turística, Rita empezó: -El Freedom Trail es un recorrido de unas 2 millas y media que une 16 lugares históricos a través de una línea de ladrillos rojos, utilizada a modo de guía. Realizando esta caminata conoceremos importantes lugares de la historia de Estados Unidos como museos, parques, casas de reunión, iglesias... que narran una parte de la historia del país, centrándose, sobre todo, en la revolución americana."

-¿Dónde aprendiste todo esto? -dijo Juanky con tono de asombro.

-¿Qué te ocurre? ¡Tú crees que eres el único que sabes cosas importantes! -dijo ella mientras sonreía con sarcasmo. Entonces sacó de su bolso un folletito.

-Sólo me sé de memoria la primera parte -dijo entre risas-. Ahora voy a leer.

A las dos de la tarde, habían visitado el *Boston Common*, el parque más antiguo del país; *State House* de Massachusetts, más conocido como el nuevo Palacio de Gobierno; la *Iglesia de Park Street*; el cementerio denominado *Granary Burying Ground*, llamado así por el edificio que había a su lado y que servía como almacén de granos -el punto de este cementerio que llamó la atención de Juanky fue el obelisco levantado en honor a la familia de Benjamin Franklin; la *Capilla del Rey*, una parroquia anglicana fundada en 1688 por Sir Edmund Andros durante el reinado del rey Jaime II.

-Son las tres de la tarde. Recemos a la Misericordia Divina y luego busquemos un sitio para comer -exclamó Juanky.

-En Commercial Street, hay un Burger King -dijo Rita.

-Me parece bien.

-¡Oh sangre y agua que brotaste del Corazón de Jesús, ten misericordia de nosotros!

Cuando terminaron de orar ya estaban cerca de la plaza de restaurantes.

-¿Te acuerdas cuando íbamos al Burger King de Vía España? Al lado, estaba Galáctica.

-Sí, por supuesto -dijo él-. ¿Tú le hablaste de mí al padre William?

-Ya te lo había dicho.

- Me refiero a algo más personal. Anoche me sorprendió un comentario suyo.  
 -Bueno, sí. Le dije que había empezado a sentir algo por ti, pero que no sabía si era tarde.  
 Pues yo no había sabido apreciar tus sentimientos en su momento.  
 -Yo creo que todo tiene su tiempo, como dice el Eclesiastés:

Hay un momento para todo  
 y un tiempo para cada cosa bajo el sol:  
 un tiempo para nacer  
 y un tiempo para morir,  
 un tiempo para plantar  
 y un tiempo para arrancarlo plantado;  
 un tiempo para matar  
 y un tiempo para curar,  
 un tiempo para demoler  
 y un tiempo para edificar;  
 un tiempo para llorar y un tiempo para reír,  
 un tiempo para lamentarse  
 y un tiempo para bailar;  
 un tiempo para arrojar piedras  
 y un tiempo para recogerlas,  
 un tiempo para abrazarse  
 y un tiempo para separarse;  
 un tiempo para buscar,  
 un tiempo para perder,  
 un tiempo para guardar  
 y un tiempo para tirar;  
 un tiempo para rasgar  
 y un tiempo para coser,  
 un tiempo para callar  
 y un tiempo para hablar;  
 un tiempo para amar y un tiempo para odiar,  
 un tiempo de guerra y un tiempo de paz.

- ¡Qué lindo que sabes ese texto de memoria!  
 -Me gusta mucho esa filosofía. Dicen que el Libro del Eclesiastés es de inspiración griega. Tal vez no hubiese sido prudente que pensaras antes en mí. Dios tiene sus caminos que a veces nos sorprenden. ¿Y qué has sabido de Rogelio?  
 Hubo un silencio.  
 -Una de mis amigas está esperando un niño de él. Sus padres la enviarán a Costa Rica luego de que dé a luz. Le pagarán una nana para que la ayude mientras ella va a la universidad. Aparentemente él se ha desentendido del asunto. Y pensar que yo pude haber estado en el lugar de ella. Gracias a Dios, no fue así. Yo habría aceptado al bebé... por supuesto. Pero me hubiese dolido mucho estar sola con mi hijo.  
 -Crecer en una familia estable y completa ha sido una bendición para ti -dijo él-. ¡Qué hermoso es tener el amor de tus padres! Tuve muchos compañeros de seminario con inmensos vacíos –prosiguió diciendo-. La psicóloga que nos atendía nos hizo ver lo fundamental que es sanar esas carencias antes de ordenarnos sacerdotes; si no es así,

buscaremos compensaciones amorosas temprano o tarde. Quizás no en una mujer, pero tal vez en el licor, la pornografía, las riquezas materiales.

-¿Pero eso es válido para todo el mundo, no sólo para un sacerdote? –dijo Rita.

-Sí, eso nos dijo ella. Es por eso que el matrimonio es algo tan serio. Si uno no sabe amar y recibir amor, entonces no vas a ser pleno en tu matrimonio. Irás a buscar la felicidad que no tienes en tu corazón.

-¿Dónde queda lo de la complementariedad? –preguntó Rita.

Hombre y mujer somos complementarios, pero debemos estar maduros para asumir el compromiso del amor. Nadie te va a dar, lo que tú corazón no tiene. Eso sólo lo da Dios. Yo soy feliz sin ti; pero contigo puedo ser más feliz, sí te hago feliz a ti. Santo Tomás de Aquino define el amor como “hacer feliz al otro”.

¿Y tú quieres hacerme feliz o ya no sientes nada por mí? -le preguntó ella a quemarropa.

-Ha pasado mucho tiempo, Rita...

El rostro de Rita cambió ante la frase incompleta y la entonación extraña que le dio Juanky.

-Ha pasado mucho tiempo –repetió-. Y... empiezo a creer que lo que he sentido por ti, desde hace cuatro años, es algo que Dios ha puesto en mi corazón -dijo él con una sonrisa burlona.

-Eres un tonto; casi me quedo sin respiración con la primera frase -dijo ella a la par que le dio con el bolso en el brazo.

-El amor es algo muy serio; es para toda la vida; eso he aprendido en el seminario y estudiando la Teología del cuerpo de Juan Pablo II. Es una decisión de cada día; es más que un sentimiento, me dijo tu papá antes de venirme a Estados Unidos. No sé si estoy preparado para amar.

-Espera ¿hablaste de esos temas con mi papá?

-Sí, y creo que me debes una explicación de todo lo que le contaste. Me dejaste en la calle.

-Lo siento. Es tan lindo poder conversar sobre esos temas con mi papá. Volvamos al asunto: ¿Y cuándo vas a saber si estás preparado para amar? -inquirió ella.

-No sé; tal vez de aquí a las nueve de la noche.

-Sigue con tus necesidades –comentó ella.

-Lo que más me intriga del amor es saber si yo seré capaz de entender a las mujeres.

-¿Cómo así?

-Sigamos el tour, que ya mañana tengo que volver a Indiana; más tarde te explico eso.

-Vamos al Acuario, al Museo de la Infancia, al Centro de Convenciones, Chinatown – dijo Rita.

-Me gustaría ir a Downtown para comprar algunas cosas personales que me hacen falta. Visitaron todos los sitios que Rita había propuesto. A las siete, ella le dijo -Hay un lugar muy lindo que quiero que visitemos antes de irnos-.

Llegaron a *Esplanade Hatch* un sitio al aire libre para conciertos y teatro. Estaba en la orilla del Río Charles Basin. La concha le daba un toque interesante y moderno.

-¿Entonces cómo es aquello de entender a las mujeres?

-La situación del matrimonio y la familia ha cambiado mucho –le explicó Juanky-. Antes no había divorcios, la pareja seguía junta por los hijos; hoy no. Los matrimonios se acaban. Muchas veces por incomprensión y falta de comunicación. Yo no sé si estoy preparado para amar a pesar de todo. “Amar a pesar de y no porque”, diría Salvador Gómez.

-¿Cómo así?



-Muchos amamos, porque nos aman, porque nos hacen regalos, porque somos guapos; pero el nivel superior es amar a pesar de que seamos feos, a pesar de nuestras limitaciones y cargas heredadas de nuestras familias, a pesar de nuestros complejos, y un largo etcétera. Y lo más elevado, Rita, ¿seremos capaces de un amor inmolado?

-Ahora sí te guillaste, Juanky. ¿Qué es eso de amor inmolado?

-Es el máximo nivel de amor: dar la vida por los que amamos; o más aún, como Cristo, dar la vida y perdonar a los que nos hacen mal.

-¿Sabes? Mamá, nos llevaba a una Asamblea carismática en el antiguo Colegio de María Inmaculada. Un día un sacerdote habló del nivel máximo de amor según San Pablo, y eso la ayudó a perdonar a papá.

-Yo también pude perdonar a mi papá. Y más importante aún, él se pudo perdonar a sí mismo y reconciliarse con el Señor –comentó Juanky.

-Papá me escribió y me contó los detalles de los últimos días. Agradecí mucho a Dios por todo lo que sucedió.

-Sí, fue un milagro. La conversión de papá fue un milagro. Era impensable que un hombre como él abriera su corazón a Dios.

¿Cuándo nos volveremos a ver para seguir hablando de estos temas? -dijo ella.

-No sé, tal vez para Thanksgiving, -exclamó él.

-Me parece bien. En la Universidad nos reunimos con la Comunidad de extranjeros y con los padres jesuitas –dijo ella.

-¿O a lo mejor vas tú a Indiana? –preguntó Juanky.

-Veremos. Hay que correr para ir a tomar el bus -dijo Rita...

## 21

“¿Por qué estoy soñando con el médico, amigo del General? -se preguntó el escolta del Comandante cuando llegaba a recoger a su jefe en Altos de San Francisco.

Luego de referir el sueño Noriega, éste le comentó -¿Será que sus santos me están pidiendo un sacrificio? Tengo que sacar tiempo para ir a Amador a hacerle su ofrenda a Jorge. A lo mejor no tiene paz.” –cavilaba el MAN, camino la Comandancia.

Como a las 6:45 tomó la camioneta Land Cruiser que lo llevaría al Chorrillo. No sabía lo que le esperaba.

-Comando, cuando el carro de Noriega pase la entrada, tire la puerta. Esa es la señal para los hombres –volvió a recalcar el Mayor.

Era lo que habían acordado los hombres de Moisés Giroldi para empezar el golpe del martes 3 de octubre de 1989. Faltaba poco para las ocho de la mañana. Noriega fue conducido a su oficina.

-No lo esposen -dijo el Mayor Giroldi.

-Moisés, déjame hacer unas llamadas –dijo el Comandante.

-Eso es un error, mi Comando -le dijo uno de los rebeldes-. No le permitas libertades, puede ser peligroso.

Los hombres de la Compañía Urraca dirigida por Giroldi, se tomaron rápidamente el cuartel. Apresaron a los Coroneles y a todo el Estado Mayor.

-¿Qué están haciendo? -les increpó Noriega-. Están cometiendo un gran error.

Moisés Giroldi un joven mayor, también egresado de la Escuela de las Américas, había ayudado a sofocar uno de los golpes internos que otros oficiales intentaron dar a Tony

Noriega. Girolodi era un hombre de confianza del General. Es más, Girolodi le había pedido que fuera su padrino de bodas: eran compadres. Pero, al igual que muchos oficiales y la tropa, estaba cansado de la tensión que se vivía por el empecinamiento del Comandante de perpetuarse en el poder. Había entablado conversaciones con los gringos para deponer al MAN. Ese día esperaba que los gringos cumplieran con cerrar los accesos en Loma Cová y en Amador; tal como lo habían acordado. Eso se logró, pero entre las llamadas que hizo el Comandante pudo obtener respuesta del Batallón 2000 de Cimarrón, cerca de Pacora. Girolodi, le tenía respeto. Creía en la bondad profunda del compañero de armas.

-Tony debes jubilarte -le dijo-. Panamá está sufriendo con esta situación; la tropa está cansada; los mandos medios no pueden aspirar a más, mientras esta situación siga así.

Alguno de los alzados le gritó: “Deja de hablar con él, te va a marear.” “Entrégalo a los gringos y basta.” “Ni lo mires.”

-Mátenme, antes de entregarme a los gringos. Respeten mi vida -dijo el General.

Noriega usó una de sus mejores armas: el tiempo. Su mirada fue penetrando a Girolodi. Fueron pasando los minutos. Girolodi le dio demasiada confianza. Bonilla y Lorenzo sabían que eso era un error. Alguno de ellos pensó dispararle.

A las once de la mañana, Javier Licona se fue para Fuerte Clayton a hablar con el General Marc Cisneros. Otro contingente fue a leer la proclama rebelde en Radio Nacional y en La Exitosa.

En la ciudad todo era muy confuso. Noriega fue ganando tiempo para que llegara el Batallón 2000. Y empezó el contra ataque desde fuera del cuartel.

Noriega hizo que Girolodi se sentara para negociar. Al rato le dijo: -Oye los disparos, tus hombres van a morir.

El General Marc Cisneros le dijo a Licona que la opinión pública los iba a demoler si entraban a la Ciudad por el Comandante. Entonces le propuso: “Tráiganlo a Clayton.”

Licona llamó a Girolodi, quien se mantuvo en no entregarlo. Cuando llamó por segunda vez, ya no pudo hablar con Girolodi. El golpe había sido abortado. Luego de potentes intercambios de disparos, cerca de la una de la tarde, todo estaba en calma.

-La traición se paga –exclamó Noriega.

Entre la noche y la madrugada del tres y cuatro de octubre los rebeldes fueron ajusticiados. Noriega dio órdenes: “Ramón, tú y Heráclides se encargan de ese maricón de Girolodi. Llévenselo a Tinajitas”. Allá lo ajusticiaron –se refería a Ramón Díaz y Heráclides Sucre sus nuevos hombres de confianza.

El resto de los oficiales, luego de múltiples torturas y vejámenes, fueron masacrados en un hangar de Albrook: Juan José Arza, León Tejada, Edgardo Sandoval, Jorge Bonilla, Ismael Ortega, Francisco Concepción, Feliciano Muñoz, Dióclides Julio y Erick Murillo. Nicasio Lorenzo murió en la Cárcel Modelo.

“Esa era la pesadilla con Jorge que tuvo el escolta. Él nos estaba avisando lo que venía. Mis santos me están protegiendo.” –reflexionaba el Comandante aquella noche.

Los medios de comunicación del Gobierno –*Crítica* y demás- hablaban de "muertos en combate", pero todo el mundo sabía que los habían torturado y fusilado. Para los deudos fue muy doloroso recibir los cuerpos: madres desconsoladas, hijos en orfandad, mujeres en viudez. Noriega decidió la vida de sus antiguos compañeros; sobre todo de Girolodi, quien en algún momento lo había tenido a su merced.

-¿Por qué los gringos no intervinieron? –preguntó José Raúl a su padre al día siguiente mientras almorzaban.

-No sé, hijo. Se apagó otra opción de una salida a la crisis –dijo don Raúl.

-Que haya sido uno de sus más cercanos, indica el desgaste del Comandante.

-¿Tú crees que esté cansado? –preguntó don Raúl.

-Seguro que sí. Tiene que mantener la fe de sus seguidores, Todos, incluso los civiles del PRD, sienten la presión, pero no pueden echar para atrás. ¿A ver hasta dónde aguantan? – terminó diciendo el doctor a su padre.

En Atlapa, el 15 de diciembre de 1989, estaban Francisco Rodríguez, presidente provisional, Carlos Ozores, vicepresidente, los ministros de Estado y los representantes de corregimiento. La Asamblea declaraba a Panamá en Estado de Guerra, y nombraba al General Manuel Antonio Noriega Jefe de Gobierno. El mismo título que había ostentado Omar Torrijos. El propósito: hacer frente a la agresión extranjera. En su discurso y arenga de aceptación al cargo, Noriega sacó un machete que blandió contra el pódium... La guerra estaba declarada.

Al día siguiente, ocurrió un incidente que puso más leña en la hoguera. Un grupo de marines estadounidenses violentaron un retén cerca del Cuartel Central de El Chorrillo. Los guardias panameños dispararon con sus AK 47. En la refriega, murió el Sargento Robert Paz. Los medios gringos clamaron la intervención de Bush, quien adelantó sus planes contra el MAN. La Alerta Delta, anterior al combate, se puso en marcha. Noriega y los mandos panameños respondieron con su Clave Cutarra.

Los Servicios de Inteligencia de Noriega notaron un movimiento excesivo en Howard – aeropuerto estadounidense cercano a Veracruz- en la entrada del Pacífico del Canal de Panamá. Pero el jefe trataba de estar sereno. El martes diecinueve, Noriega se fue a Colón a una graduación de bachilleres a la que había sido invitado.

-La costa atlántica me libera –dijo uno de los escoltas-. La brisa caribeña siempre me ha agradado. Seguro son mis raíces negras. Esta comida es un manjar.

-Seguro, Comando, a mí también me relaja, sobretodo, porque sigo soñando con el médico. ¿Se acuerdan de Sierra” –preguntó al resto de los compañeros-.

-Sí, el doctor que murió hace como un año –dijo otro de los hombres del General.

-He tenido sueños con él. Lo veo con un aura –dijo el subteniente.

-¿De qué color era, Comando? –preguntó el escolta.

-En momentos era amarilla y luego blanca. En un momento del sueño, él me comentaba que la mía se veía roja. Todo eso me tranquilizó.

-Así es, mi Comando –dijo el escolta intérprete-. El doctor está bien y la suya denota liderazgo y valentía, teniente. ¡Qué vengan los gringos! –dijo con una carcajada, recordando las conversaciones que tuvieron con el Jefe el día anterior por los movimientos de tropas norteamericanas en Howard.

-¡Qué buenos alumnos son! –dijo el General a carcajadas.

El MAN comió y bebió tranquilo. La comitiva que lo acompañaba regresó a Panamá ya entrada la noche. Se dirigieron a Calle 50, a la Casa Omar en el Recuerdo. Había algo en el ambiente que no le cuadraba. Ya sabía que los gringos estaban siguiéndole los pasos. No dormía en el mismo lugar dos noches seguidas.

Sus hombres de confianza comenzaron a sospechar. Los movimientos de tropas en Howard eran masivos. Cuando recibió llamadas alertándolo, les decía que no se preocuparan. -Son movidas para intimidarnos, como han estado haciendo los últimos meses. No nos van a atacar en tiempo de Navidad.

Salieron para el Centro de Recreación Militar –CEREMI, antiguo Hotel La Siesta- en Tocumen. Una mujer lo esperaba para pasar la noche. Allá lo agarró la Invasión. Cuando le tocaron la puerta, cerca de la doce de la noche, su rostro denotaba cansancio.

-General, los gringos nos invaden -le dijo uno de sus hombres.

Los ataques fueron masivos; por tierra, aire y mar. El Cuartel Central fue el primer objetivo. Amador, Río Hato, Tocumen, Tinajitas, el Aeropuerto de Paitilla, Cimarrón también fueron bombardeados.

No había resistencia; no estaban preparados para enfrentar al ejército más poderoso del mundo que había planificado, durante varios meses, atacar Panamá y derrocar a Noriega. Armas sofisticadas, aviones invisibles, lentes para ver en la oscuridad, explosivos poderosísimos... El Chorrillo empezó a arder; la gente, a huir.

Salieron de CEREMI, buscando un sitio para empezar a dirigir la resistencia. El General pensaba en guerrillas. En la Comandancia, nadie respondía el teléfono.

Cerca de las dos de la madrugada, llegaron a Los Andes a la casa de Balbina Herrera, amiga incondicional, líder del PRD, batallonera. Desde ahí oyeron y vieron los ataques a Tinajitas. La soledad del Comandante era mayúscula. Empezó a temer que lo traicionaran sus propios escoltas y lo entregaran a los gringos. Casi al amanecer, logró hablar con Mario Rognoni, uno de los civiles del PRD a quien consideraba un amigo leal.

-¿Hay resistencia, Rognoni? -preguntó el General.

-Muy escasa, General. Son focos muy aislados -le dijo Rognoni.

-Vamos a grabar una proclama para la radio, Mario -dijo el Comandante-. Ni un paso atrás -fueron sus últimas palabras.

Desde la Casa Blanca, George Bush daba las explicaciones de la Operación Causa Justa: "La seguridad del Canal y de la vida de sus conciudadanos en Panamá, capturar a Noriega y restablecer la democracia en Panamá." Para esto último, habían contactado a la terna presidencial Endara, Arias Calderón y Ford. Estos no sabían para qué los habían llamado. Los invitaron a una supuesta reunión en Clayton y cerca de la medianoche del 19 de diciembre fueron juramentados en la Base de Clayton, para asumir el Gobierno de Panamá, por el presidente del Comité Nacional de Derechos Humanos Osvaldo Velásquez, y por el jurista José Manuel Faúndes.

Hacia mediodía del miércoles 20 de diciembre, las Fuerzas de Defensa de Panamá estaban desmanteladas; los cuarteles y los hombres capturados. Los altos mandos, ni la oficialidad habían cumplido con lo de "Ni un paso atrás"; los Batallones de la Dignidad y CODEPADIS, sí. Varios murieron ingenuamente, creyendo en el nacionalismo del MAN.

Sin policía y sin ley -las tropas gringas tenían órdenes de no atacar civiles para evitar repulsas internacionales-, los panameños salieron a buscar comida, pues no se sabía lo que venía; pero en el camino, se encontraron con otras cosas que no les harían daño a sus casas en tiempo de Navidad.

-Hay que buscar comida, José Raúl -dijo su esposa Rita.

-Sí, voy a salir con José Ricardo.

-Tengan cuidado -dijo la mujer-. ¿Te acuerdas del 9 de enero?

-Sí, mujer. Esos días empecé a enamorarme de ti -y le dio un beso a su esposa.

-Ya vamos; déjense de romanticismo y vámonos -dijo José Ricardo molestando a sus padres.

-¿Qué camino vamos a tomar, papá? -preguntó el muchacho a su padre.

-Vamos a ver si podemos llegar al Riba-Smith que está cerca -dijo el doctor cuando salió del Camino Real de Betania hacia la Transistmica. A la altura de Rodelag, notaron el desmadre.

-Papá, mira un hombre lleva una refrigeradora -dijo el menor de los hijos del doctor Torres, cuando iban cerca de TV 2.

-Ay, hijo. ¡Qué triste!

El saqueo de la ciudad fue vergonzoso: supermercados, supercentros, almacenes; sólo las librerías no fueron tocadas. Hubo gente que cambió sus muebles, su línea blanca, sus roperos. Mal presagio para un país que aspiraba a levantarse de una Invasión y de una economía golpeada. El colmo fue que en ciertos almacenes exclusivos, los clientes, también exclusivos, fueron a saquear.

De la casa de Balbina Herrera en Los Andes, Noriega y sus hombres salieron hacia Campo Lindberg, donde un escolta tenía un apartamento. Llegaron con miedo. Noriega estaba acorralado. Una de esas noches decidió ir a dormir al Cementerio de Juan Díaz.

“No puedo seguir aquí”-pensaba.

Estaban muy cansados. Le dijo a su escolta que estuviera atento. Sus entrenamientos en contrainsurgencia le decían que no podía descuidarse. El escolta no resistió y en uno que otro parpadeo se durmió. El hombre volvió a soñar con Jorge, pero a su lado veía a Monseñor McGrath. Se asustó mucho.

-Ah –gritó al hombre al reincorporarse.

-¿Qué te pasa? Estás loco. Quieres que nos encuentren –dijo el General asustado y algo molesto.

-Lo siento, Comando. Es que he vuelto a soñar con el doctor; pero a su lado estaba el obispo McGrath.

Noriega se quedó helado. “¿Qué querrá decir esto? ¿Debo buscar a McGrath? Ahora sí que no entiendo”

-Tenemos que regresar al apartamento. Tenemos que hablar con Rognoni. En algún momento, imaginó irse a conformar una guerrilla en las montañas del Valle de La Luna, como la de los panameñistas que le había tocado sofocar en el 68. Las noticias que recibía no eran alentadoras. "Hasta Luis Del Cid, en Chiriquí, se ha entregado." Logró hablar con Rognoni, el veintitrés de diciembre.

-Mario, necesito que me ayudes a buscar asilo.

-No será nada fácil, General. Ya casi han cercado todas las embajadas amigas.

-¿Qué hay de Cuba?

-Ya es tarde para esa. Ahí están su esposa, sus hijas y algunos allegados a su familia. Pero ya la rodearon los gringos.

-¿Debe haber alguna salida, Mario?

-¿General, usted aceptaría que hablase con el Nuncio del Papa?

-Dónde sea Mario; la cosa es salir de este hueco vivo.

-Lo llamo, General.

“Eso era la pesadilla con McGrath. Sí seguro que eso era” -Noriega recordó todas las veces que los sediciosos se refugiaban en la Nunciatura. Allí se habían asilado los civilistas durante los últimos tres años, huyendo de él. ¡Qué paradoja! Rognoni logró convencer a Monseñor José Sebastián Laboa de que era una buena opción para acabar con el derramamiento de sangre. Allí llegó un cansado General, luego de que el automóvil del Nuncio lo recogiera en Campo Lindberg y sorteara varios retenes el veinticuatro de diciembre.

Para algunos, era un regalo de Navidad que traería paz a Panamá. Otros pensaban que no merecía ser acogido por la Iglesia a la que muchas veces irrespetó, en la figura de sus pastores.

En su residencia en Calle Belén, mientras se preparaba para ir a la Parroquia de Guadalupe para celebrar la Misa de la Vigilia de Navidad -adelantada por seguridad para las

seis de la tarde-, Monseñor Marcos Gregorio McGrath se enteró de que el General se había refugiado en la Nunciatura. Entró en su capilla y oró por el General Noriega y por Panamá.

En Notre Dame, Indiana, mientras se preparaba para dar la misa de Nochebuena, el padre Peter llamó a Juanky para informarle que el General Noriega se había refugiado en la Nunciatura de Panamá.

Juanky, de rodillas en la Basílica del Sagrado Corazón de Notre Dame, dio gracias a Dios por la vida, por la Iglesia que siempre abría sus brazos para todos sus hijos, por Monseñor McGrath y porque había descubierto que no amaba tanto a Rita como para abandonar su vocación al sacerdocio.

-“Yo no voy a hacerla feliz”. “Agua que no has de beber, déjala correr”.

La invitación a su Ordenación Sacerdotal iniciaría con la frase: Revolución....

...

El 3 de enero de 1990, Noriega se entregó a la justicia estadounidense. Allá se le juzgó y se le condenó por narcotráfico. Estuvo preso por más de veinte años, antes de ser extraditado a Francia y más tarde a Panamá. Está confinado en El Renacer, Panamá, por los crímenes de Hugo Spadafora, Moisés Giroldi y otros delitos.

El 9 de enero de 1990, en una Eucaristía en El Dorado, para orar por los mártires de 1964 y los del 20 de diciembre, el Arzobispo decía:

Recordemos en este momento a los fallecidos durante los eventos de estos días: panameños, norteamericanos, civiles y militares. ¡Que descansen en paz! ¡Que su sacrificio no haya sido en vano! Que la presencia militar extranjera en nuestro suelo en estos momentos sea recordada por la historia más como una liberación; que en nada restrinja ni disminuya para el futuro todos los atributos propios de la libertad y soberanía de Panamá, en todo su territorio; y que dé lugar a la pacífica y justa relación entre Panamá y los Estados Unidos, en el consorcio de los demás pueblos del mundo y sobre todo de las Américas.

En 1994, el PRD, brazo político de los militares, volvió al poder después de la Invasión estadounidense de 1989. Ganaron las elecciones con un treinta y tres por ciento de los sufragios.

Monseñor Marcos Gregorio McGrath presentó su renuncia al cargo de Arzobispo Metropolitano de Panamá en 1993, un poco antes del término de su pastoreo, aquejado por el mal de párkinson.

El 31 de diciembre de 1999, el Canal pasó a manos panameñas. Le tocó recibir el control de la vía acuática a Mireya Moscoso, segunda esposa de Arnulfo Arias, presidenta de Panamá. Ese día Monseñor McGrath vio con alegría, desde el televisor de su casa, como el pueblo panameño podía sembrar banderitas en las escalinatas del Edificio de la Administración con la libertad de los hijos de Dios. Las lágrimas corrieron por sus ojos.

Unas horas más tarde, Rubén Blades de la Generación del 66 del Instituto Nacional, autor de la famosa canción Patria, mencionó varios nombres de patriotas: Ascanio, Ricaurte Soler, Rómulo Escobar, Juan A. Tack, Davis Peralta, Mariano Rivera, Monseñor McGrath a quien visitó en su casa de retiro en Juan Díaz.

Marcos McGrath falleció el 4 de agosto del 2000.